

Colapso
Nacionalismo económico
y declive global



Jamie Merchant

Originalmente publicado en inglés como *Endgame: Economic Nationalism and Global Decline* (2024)

ISBN: 978-84-317-0613-5

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en julio de 2025.

Prólogo

«Me dice Seco, el dinero no es todo / Lleva razón, es lo único» – Yung Beef, *Secretos*

Trump ha decidido disparar los aranceles sobre China, su rival, y sobre socios comerciales clave como México, Canadá y la Eurozona, amenazando incluso con el control de capitales. Putin ha adoptado, tras lanzar una cruenta invasión sobre Ucrania a principios de 2022, un keynesianismo de guerra basado en estímulos fiscales masivos a sus industrias de producción armamentística. La UE parece haber despertado de su letargo y tomado un papel activo en su economía con una política industrial agresiva, destacando las inversiones en defensa y seguridad —con el plan *ReArm Europe* haciendo de punta de lanza y Rheinmetall como joya de la corona—, y con un renovado interés en la creación de campeones europeos a través de una política antimonopolista más laxa — justificada sobre las recomendaciones del Informe Draghi de finales de 2024—. El gobierno chino ha retomado, también tras décadas de liberalización, un papel central en la gestión y planificación de su economía. Japón ha prohibido exportar bienes estratégicos a Corea del Sur, su socio y rival comercial. Podría parecer que la última década, y especialmente los últimos cinco años, han supuesto no solo «el fin *del fin de la historia*», sino también un cambio de paradigma en la economía mundial, un retorno del Estado tras tres décadas de liberalismo. ¿Qué está pasando?

A simple vista, el libro que estáis leyendo es una historia sobre la globalización y su desintegración, sobre la historia económica mundial del último siglo. Jamie Merchant, el autor, se toma su tiempo en explicar conceptos y teorías en detalle, pero también amplía el marco y permite ver un

hilo conductor en una constelación de eventos que, a simple vista, podrían no tener nada que ver. Aunque se centre en Estados Unidos —tanto por el origen del autor, como por el papel central del país en la geopolítica post-1917—, da pinceladas sobre el núcleo capitalista global y su declive, y cómo este se manifiesta en la economía política de las grandes potencias.

En el centro está una idea simple: la globalización ha sido enterrada por sus propios partidarios, y como si de una película de horror se tratase, el nacionalismo económico está devorando las entrañas del cadáver cual zombi.

Ello se explica a través de seis capítulos en los que el autor explora, respectivamente: 1) la historia de la globalización, tanto la de sus defensores como la de su expansión material sobre los cuerpos de los trabajadores del mundo; 2) el auge y caída de la economía política neoliberal, desde sus orígenes hasta el crecimiento de los movimientos fascistoides en el mundo occidental; 3) el rol del imperialismo y la explotación en la economía mundial; 4) la teoría monetaria del Estado, sus inherentes contradicciones y su fracaso a la hora de relanzar la acumulación capitalista; 5) la financiarización y su papel en la crisis de acumulación; y finalmente, 6) una teoría del Estado en la economía mundial, como epitafio a la globalización y los populismos que intentaron salvarla.

Las políticas del nacionalismo económico no son difíciles de imaginar; las vemos en nuestro día a día. Algunos ejemplos son el proteccionismo, la intervención estatal en la economía, la creación de ídolos nacionales, la promoción de políticas industriales y la búsqueda de una mayor autonomía económica. Estas políticas se justifican a menudo como necesarias para proteger los intereses nacionales y garantizar la seguridad económica; bajo esta apariencia de «protección» se esconde una competición entre naciones por el control

de los recursos y los mercados. No compiten tanto los trabajadores como los capitalistas a través (y con la ayuda) del Estado. Por la propia naturaleza de los recursos y del capitalismo, la competencia entre naciones —o bloques geopolíticos— es inevitable, ya que los recursos decrecen por su sobreexplotación y la producción de bienes se concentra en cada vez menos manos. El pastel se reduce y la lucha por su reparto se vuelve más encarnizada.

En el fondo de este nacionalismo económico subyace una tendencia señalada en repetidas ocasiones por el marxismo: la tasa de ganancia sufre caídas periódicas, con un movimiento secular a la baja que genera una tendencia decreciente.

Al contrario que los marxistas, los nacionalistas económicos —desde Sumar a Orbán pasando por Bernie Sanders, sectores de la socialdemocracia francesa y la tecnocracia europea en Bruselas—, creen que es posible revertir esta tendencia a través de políticas fuertes de Estado. Ello requeriría o un desacoplamiento de la economía nacional de la mundial —una autarquía económica—, o una competición a nivel global por la hegemonía económica, por devorar lo más rápido posible el pastel en sucesivas guerras comerciales o por recursos.

Cualquiera de los dos objetivos requiere de una política industrial fuerte en la que el Estado dirija la economía, ya sea para la producción en industrias clave en general o en la producción armamentística en particular. Tenemos múltiples ejemplos de ello: Francia entre 1950 y 1980, Japón durante su periodo imperial, la Argentina peronista y la Latinoamérica del CEPAL e incluso la Alemania nazi. Todos estos ejemplos, aunque con sus diferencias, comparten una idea común: el Estado debe dirigir la economía para asegurar la prosperidad de la comunidad nacional. El Estado salva las distancias entre los intereses de los capitalistas y los

trabajadores, se presenta como el garante de la paz social y como un agente que busca el bien común, una armonía virtuosa que impulse la economía. El Estado, en definitiva, es el que garantiza la supervivencia de la nación frente a sus competidores en el mercado mundial.

Este movimiento nacionalista económico se manifestaría en la actualidad en las propuestas populistas de Trump y otros líderes de derecha, pero también en las de la izquierda como Morena, Podemos o Syriza. Uno podría pensar que esto es una teoría de la herradura, que Merchant pone en el mismo saco a estos dos grupos, pero ni mucho menos.

El nacionalismo económico se manifestaría en estos movimientos por su carácter populista, por ser una reacción de «los perdedores de la globalización» frente a una élite centrista y tecnócrata, fundamentalmente un resultado de la propia globalización. Ambos ven un enemigo común —las élites— insertado en alianzas diferentes: por un lado, la banca y el sector financiero, el gran capital; por el otro, inmigrantes y otros grupos subalternos que los gobiernos usan para dividir a la clase trabajadora, desde las mujeres —que al entrar en la fuerza de trabajo han bajado los salarios— a los inmigrantes —que han incrementado la competencia en el mercado laboral—.

Ambos grupos, tanto la derecha como la izquierda, ven en el Estado un aliado para resolver sus problemas, y ambos creen que el Estado es un agente neutral que puede intervenir en distintos aspectos de la esfera pública —políticas económicas, educativas, industriales, etc.— para garantizar el bienestar de la comunidad nacional. Merchant, al contrario, defiende que esta visión es errónea, y que el Estado, como señala la tradición marxista, no es un agente neutral, sino una herramienta de la clase dominante, que busca mantener su hegemonía y su control sobre la economía.

Aquellos que hoy ven el «retorno del Estado» como oportunidad táctica para democratizar la economía y obtener beneficios permanentes para la clase trabajadora en su conjunto están, por ello, destinados a fracasar. Los ejemplos, de nuevo, abundan: un *Green New Deal* para el pueblo europeo, la perspectiva de sectores socialdemócratas estadounidenses que veían la *Inflation Reduction Act* y la *CHIPS Act* como una oportunidad para la clase trabajadora, o el *ReArm Europe* como una oportunidad para la industria europea. Aunque estos movimientos estratégicos de las burguesías nacionales —en el caso de la UE, supranacionales— puedan resultar en beneficios *temporales* para algunos sectores de la clase trabajadora nacional, estos beneficios (1) son puntuales, en un contexto de crisis de acumulación y (2) resultan en una mayor explotación de la clase trabajadora a nivel global. No hay que olvidar que la mayoría de bienes estratégicos de los que dependen las políticas industriales actuales —baterías, semiconductores, etc.— requieren de la extracción *barata* de minerales en países del Sur Global, y dicha extracción barata requiere a su vez de un creciente grado de explotación de la clase trabajadora en esos países.

Es por ello que estos movimientos son parte del nacionalismo económico: son medidas fundamentalmente chovinistas y antiinternacionalistas, en el sentido de que buscan proteger los intereses de la clase trabajadora nacional (¡migajas durante un par de años!) a costa de la clase trabajadora global. La perspectiva de aquellos que defienden estas posiciones es que, frente al neoliberalismo global, un estatismo —de izquierdas o reaccionario— puede ser una respuesta. Se produce una abstracción: la economía nacional se separa de la economía global y se ve como un espacio cerrado donde el Estado, sede de la soberanía popular y garante del bienestar, puede intervenir para proteger el bienestar de la comunidad nacional. No es necesario señalarlo a estas alturas, pero

esta visión ignora las dinámicas de poder y explotación que existen a nivel global, y cómo estas afectan a la economía nacional.

La historia nunca se repite, pero a veces rima; por ello, no viene mal trazar un paralelismo entre la situación actual de Estados Unidos y la del imperio británico durante la segunda mitad del siglo XIX. Al igual que EE. UU. actualmente, la corona inglesa era el hegemon absoluto en la economía mundial y la geopolítica: gozaba de la industria más diversificada y avanzada tecnológicamente, ejercía una fuerte influencia por el globo, ya fuese a través de colonias formales o aliados informales, y proponía un liberalismo económico que, aunque le beneficiaba inicialmente, acabó desmantelando ella misma en una espiral de proteccionismo.

Vale la pena detenerse en este último punto. La política económica liberal que defendía el imperio británico consistía en una amalgama de libre comercio, intervención estatal mínima, expansión del libre mercado, el patrón oro —el cual garantizaba la estabilidad de precios y la convertibilidad de las monedas— y la movilidad del capital. Ello fue clave, a su vez, en la extracción colonial de recursos y en la creación de un sistema financiero global que beneficiaba a la burguesía británica. La extracción de recursos, igualmente, pasaba por la desindustrialización de las colonias, que se convertían en meros proveedores de materias primas para la metrópoli.

Sin embargo, a medida que el imperio británico se expandía, también lo hacía la competencia con otras potencias emergentes como Alemania y Estados Unidos. Esto llevó a una creciente presión sobre el sistema financiero británico y al establecimiento de políticas proteccionistas, además del reparto de esferas de influencia en el mundo —con África como el ejemplo más claro—. Habiendo estallado ya la Primera Guerra Mundial, el imperio británico adoptó políticas

más intervencionistas y proteccionistas, como la creación de aranceles y subsidios para proteger a sus industrias nacionales y la suspensión del patrón oro. Las políticas proteccionistas continuaron durante el periodo de entreguerras, incluyendo la creación del sistema de «preferencia imperial» que favorecía a las colonias británicas en el comercio tras la Conferencia de Ottawa y una serie de movimientos erráticos respecto al patrón oro por parte de Churchill y el Banco de Inglaterra. Tras la Segunda Guerra Mundial, el colapso imperial llevó al abandono del complejo sistema económico de Reino Unido con sus colonias. Los beneficios extraordinarios de los siglos imperiales se reinvertieron a tiempo en un Estado del bienestar que pudiese garantizar la paz social y la estabilidad política, pero que no podía sostenerse a largo plazo. Lo mismo se puede decir del colapso del imperio francés, salvando las distancias: un papel más limitado en la economía mundial y un colapso más violento tras la Guerra de Argelia.

Hoy en día podemos ver una situación similar en Estados Unidos, otrora garante del mercado libre, la globalización, un sector financiero basado en el dólar y el sistema de Bretton Woods en su conjunto. El colapso imperial, empero, no está siendo tan suave como el británico o el francés —en el sentido de que los capitalistas no han acabado cediendo tan fácilmente ni aprovechado la situación tan bien—; es más parecido al final de los imperios otomanos y españoles, con una ola reaccionaria y el nacionalismo en sus vertientes políticas y económicas. ¿Por qué dismantelar este sistema voluntariamente, entonces? Porque el sistema de Bretton Woods no beneficia a la clase dominante estadounidense en el largo plazo, y la clase dominante estadounidense tiene una posición privilegiada en la coyuntura actual del capitalismo por una serie de peculiaridades como el dólar —moneda de reserva mundial—, la hegemonía militar, etc.

Estas peculiaridades vienen con unas ventajas y unas desventajas. Centrémonos en el dólar. Que el dólar sea moneda de reserva mundial significa que los países tienen que mantener reservas de dólares para poder comerciar entre ellos. Esto crea una demanda constante de dólares, lo que a su vez permite a Estados Unidos financiar su déficit comercial y su deuda pública a tasas de interés más bajas, además de influenciar las políticas fiscales y monetarias de otros países. Gran parte de la estructura financiera —y, por tanto, económica— global requiere de la estabilidad del dólar, que desde 1971 no está respaldada por el oro. Esto significa que el dólar es una moneda fiduciaria, cuyo valor depende de la confianza en el gobierno estadounidense y su economía.

Dicha confianza se ha visto erosionada por la creciente deuda pública y la inflación, lo que ha llevado a una pérdida de confianza en el dólar como moneda de reserva mundial. De estos dos fenómenos, obviemos la inflación. Por deuda pública nos referimos a la deuda que un gobierno emite para financiar su déficit fiscal, que en el caso de EE. UU. ha crecido de manera exponencial en las últimas décadas. Una solución fácil para financiar el déficit es emitir más deuda a través de bonos del Tesoro, que son comprados por inversores y gobiernos extranjeros. Entra dinero, se invierte en la economía a través de las políticas industriales y sociales y se espera que el crecimiento económico genere suficientes ingresos fiscales —los impuestos sobre la actividad económica y la riqueza— para pagar la deuda. Los bonos actúan como un compromiso, un contrato de préstamo: el gobierno necesita un dinero inmediato y promete devolverlo en el futuro con intereses. Que este sistema funcione depende de la confianza en el gobierno; EE. UU. tiene la suerte de ser el hegemon y, por consiguiente, de que el resto del mundo confíe en su capacidad de pago. Este ciclo y este compromiso pueden funcionar en épocas de auge económico,

pero en tiempos de crisis como los que vivimos se vuelven insostenibles. No hablamos de recesiones específicas, sino de ciclos capitalistas. Las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, donde la burguesía hizo concesiones para prevenir el estallido de revoluciones, fue un periodo de auge económico en el que la economía creció a tasas elevadas. Ello permitía que, al emitir deuda, los Estados se pudiesen asegurar de que el crecimiento económico generaría suficientes ingresos fiscales para pagarla. No obstante, a medida que la economía se desacelera, los gobiernos se ven cada vez menos capaces de devolver estos pagos. ¿Cómo combatir las bajas tasas de productividad? Fácil: nacionalismo económico. De nuevo, la perspectiva de que se puede relanzar la acumulación a través de políticas industriales, que EE. UU. o Europa pueden recuperar los picos de producción y ganancia del pasado siglo. El programa «America First» también se sostiene sobre el fetiche manufacturero: la idea de que la producción de bienes manufacturados, deslocalizada bajo la nueva división internacional del trabajo, es la clave para el crecimiento económico y la creación de empleo.

La burguesía tiene un problema fundamental en el seno de su propia lógica: si bien debe buscar su reproducción como clase de manera global a través de alianzas entre grupos nacionales, estos grupos nacionales —la burguesía británica frente a la alemana hace un siglo; la estadounidense frente a la china hoy— no pueden sino competir entre sí para apuntalar su propia ganancia. La burguesía estadounidense, por tanto, se encuentra en una encrucijada: o bien acepta la competencia global y se adapta a ella, o bien busca proteger sus intereses nacionales a través de políticas proteccionistas y nacionalistas. La primera opción es la que ha dominado durante las últimas décadas, cuando las ventajas pesaban más que los inconvenientes, pero la creciente presión de la competencia global ha llevado a un

cambio hacia el nacionalismo económico. El problema es que este nacionalismo económico cae en espirales proteccionistas que acaban por perjudicar a la economía global en su conjunto, y que no pueden sostenerse a largo plazo sin un conflicto abierto.

Estos son tiempos caóticos y cambiantes. Quizá cuando el libro se mande a imprenta este prólogo —que se ha basado en señalar tendencias recientes de la coyuntura económica global— esté anticuado y la administración Trump haya cambiado de rumbo mediante movimientos entre bambalinas que parecen estar sucediendo por parte de Musk, Thiel y Vance. Para cuando llegue a tus manos, es posible que los gobiernos occidentales hayan pegado otro viraje más hacia la derecha en medio de una ola reaccionaria. Las tesis de Merchant, sin embargo, se mantienen firmes y son un buen punto de partida para entender el contexto actual y las dinámicas de poder que están en juego. Es una visión general y de largo plazo, que permite entender cómo la economía mundial ha llegado a donde está hoy, sin perderse en los detalles.

Más importante aún, es una feroz crítica al nacionalismo económico de izquierdas y una defensa de la lucha internacionalista de la clase trabajadora. Merchant nos recuerda que el nacionalismo económico no es la solución a la explotación de la clase trabajadora, sino una trampa que perpetúa la opresión. Ello implica un rechazo a la dicotomía entre Estado-nación y globalismo; el segundo no puede ser destruido a través del primero, sino que debe ser superado a través de la lucha internacionalista.

La lucha por ya no un futuro mejor, sino el futuro, no puede limitarse a las fronteras nacionales, sino que debe ser una lucha internacionalista que busque la emancipación de la clase trabajadora en su conjunto.

*Ayer, la oración al atardecer y la adoración de los locos.
Hoy, la lucha.*

W. H. AUDEN, «España» (1937)



Introducción

Era una agradable tarde de mediados de primavera cuando un adolescente armado hasta los dientes se detuvo en el aparcamiento del supermercado Tops en Buffalo, Nueva York. Habiendo explorado la zona el día anterior, sabía exactamente qué hacer y a dónde ir. Después de conducir durante cuatro horas desde Conklin a Buffalo, su plan era comer rápidamente en un McDonald's cercano. Una vez saciado, se detendría en una calle poco transitada para ponerse una armadura de cuerpo completo y un casco de combate táctico, y luego preparar un rifle de asalto Bushmaster XM-15 que había sido tuneado para llevar cargadores de alta capacidad. Luego regresaría a la tienda, asegurándose de llegar a la hora más concurrida del día. Después de haber ensayado sus movimientos en casa, había calculado que abrir la puerta del coche de una patada y abrir fuego le llevaría alrededor de dos segundos.

En lo que describió como una «acción partidista contra una fuerza de ocupación», Payton Gendron asesinó a diez personas, todas ellas negras, el 14 de mayo de 2022. Según el manifiesto publicado en Internet minutos antes del ataque, mientras navegaba por los foros de 4chan con un aburrimiento abrumador durante los primeros meses de la pandemia de COVID-19, había descubierto una intrincada conspiración, perpetrada por una oscura élite judía, para acabar con la «raza blanca». Una cascada de infografías y memes afirmaban cómo, supuestamente, estas élites estarían reemplazando a las personas de piel más clara de ascendencia europea, como él, con los inmigrantes y los negros impulsando leyes para abrir fronteras y reduciendo las tasas de natalidad de los blancos. Cuanto más leía al respecto, más abatido se sentía. ¿Quién podría esperar hacer frente a

una conspiración global tan amplia? ¿Quién podría detener la «pérdida de la raza», como él la llamaba? Con el tiempo aparecieron pensamientos suicidas. Luego se encontró con un vídeo de Brenton Tarrant, el tirador supremacista blanco que mató a 51 personas, en su mayoría musulmanes, en Christchurch, Nueva Zelanda, en 2019.

Poco después, leyó sobre otros «combatientes» como Anders Breivik, el terrorista de ultraderecha noruego que asesinó a 77 personas, entre ellas 69 estudiantes, en un campamento de verano de la Liga Juvenil de Trabajadores en 2011. Gendron había encontrado su solución: en lugar de acabar con su propia vida, él también se convertiría en un luchador apuntando a los propios «sustitutos».

Él también «haría algo». Y lo que es más importante, se aseguraría de que su cuenta en el servicio de streaming Twitch retransmitiera su ataque en vivo desde una cámara montada en su casco, para que los espectadores pudieran ver cómo se desarrollaban los eventos desde su propia perspectiva, como si estuviera viendo a alguien jugar los populares juegos de disparos en primera persona que aparecen en Twitcap.¹

El etnonacionalismo asesino de Gendron se basaba en la teoría de la conspiración del «Gran Reemplazo», según la cual una camarilla judía global conspira para cometer un «genocidio blanco» al eliminar a las personas de piel blanca de los países occidentales. Bajo esta teoría, la cábala manipula a los gobiernos entre bastidores para que lleven a cabo su agenda, a través de políticas permisivas en temas como la inmigración y los derechos reproductivos. Siembra el malestar utilizando el sistema educativo y los medios de comunicación para exagerar formas de opresión racistas y relacionadas con

1. Todo esto según el «manifiesto» de Gendron, publicado en Internet antes del tiroteo. **NdE:** La Liga Juvenil de Trabajadores es el ala juvenil de los socialdemócratas noruegos.

el género, reforzadas a través de productos de la cultura pop como películas, videojuegos y programas de televisión. En lo que quizás sea su plan más nefasto, los conspiradores pretenden socavar la familia nuclear imponiendo definiciones no tradicionales de la identidad de género a la población. La teoría no se ocupa de la cuestión de por qué la cábala está haciendo esto, porque no lo necesita: como ideología antisemita, presenta a los judíos como personas que son naturalmente malas, haciendo inútil explicar sus motivos. Lejos de ser una tendencia marginal, el «Gran Reemplazo» es un tema de conversación conservador que se repite frecuentemente en programas de noticias de prime-time muy populares como *Tucker Carlson Tonight*.²

En la mente reaccionaria, la agenda globalista tiene varios nombres: «marxismo cultural», o a veces simplemente «progresismo»; el enloquecimiento en torno a la vaga noción de «el wokismo» es su versión más reciente. Pero cualquiera que sea su forma, su función para sus adeptos es reconciliar ciertos hechos contradictorios en la sociedad estadounidense, como la desigualdad social en la que se supone que es la principal democracia del mundo o la disminución de los niveles de vida en el país más rico de la historia, en una narrativa más amplia que señala como culpables de estos problemas a una élite global malvada. Por su naturaleza, el pensamiento conspirativo oscurece el trasfondo del poder económico y

2. SHWETA SHARMA, «Tucker Carlson repeats Racist “Great Replacement” Theory and Says Democrats Trying to “Replace the Electorate”», *The Independent*. Desde entonces, Carlson ha dejado Fox News (donde trabajaba) para empezar un nuevo programa en Twitter, ahora conocido como «X». La plataforma fue rebautizada por su brillante propietario, Elon Musk, que se vio obligado legalmente a comprarla tras intentar echarse atrás en su propio intento de adquisición. **NdE:** Tucker Carlson es un «periodista» estadounidense conocido por sus opiniones ultraderechistas y xenófobas.

político que determina nuestras vidas, de modo que las miserias que causa pueden ser culpadas a varias figuras visibles en primer plano. Si uno carece del vocabulario para entender las condiciones básicas de su existencia, la ira y el miedo generados por dichas condiciones llevarán a la búsqueda de chivos expiatorios a los que culpar por ellos. Esta es la fuente de la perdurable influencia del conspiracionismo en la imaginación colectiva, y su impresionante crecimiento en la última década. No se trata tanto de un hábito psicológico individual como de un estado de ánimo social compartido en el que la gente trata de dar sentido a un mundo absurdo. Lejos de confirmar la fantasía conservadora de una élite que todo lo controla, el dramático aumento del conspiracionismo de masas es precisamente lo contrario: una tendencia inversamente relacionada con la disminución de la capacidad de los gobiernos, y de los amos corporativos a quienes sirven, para ejercer el control sobre las sociedades que gobiernan.

Este libro trata sobre el cierre de una era de la historia del mundo. Tal vez se podría decir que es una especie de epitafio. A lo largo de unas tres generaciones, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década de 2010, la economía mundial se caracterizaba por una creciente integración: la integración comercial, a medida que la mayoría de las naciones aumentaban constantemente sus relaciones comerciales entre sí, y, particularmente después del final de la Guerra Fría, la integración productiva, ya que las multinacionales invertían o colaboraban libremente con empresas de otros países para fabricar sus productos. Las élites corporativas y burocráticas de la mayoría de las naciones asumieron que la economía mundial continuaría creciendo a un ritmo saludable, lo que permitiría a los países pobres ponerse al día y a la larga unirse al exclusivo club de economías avanzadas del Norte Global como Europa, América del Norte y Japón. Estas élites también suponían que el orden

político internacional existente, liderado y patrocinado por Estados Unidos después de emerger como la superpotencia indiscutible del mundo en los 90, persistiría indefinidamente, asegurando un entorno estable para los negocios internacionales. El ideal cosmopolita de una civilización global que navega de manera irregular pero constante hacia el futuro fue un *leitmotiv* de la época bautizada por un millón de artículos de opinión olvidados como la era de la «globalización».

El mundo de esa época ahora se está desintegrando, acosado por las plagas gemelas de guerra y epidemia. La pandemia de COVID-19 y el resurgimiento de la guerra en Europa echaron leña a un fuego que ya ardía desde hace mucho. En lugar de crecer para incorporar cada vez más naciones del mundo a él, un mundo en desaceleración pone a esas mismas naciones a competir por las fuentes de crecimiento que quedan; la suposición de que los países en desarrollo pueden alcanzar la riqueza de las economías avanzadas es reemplazada por la convicción de que algunos países deben ser explícitamente impedidos de lograrla; y en lugar de promover los ideales e instituciones del «libre comercio», el gobierno estadounidense, que una vez fue su mayor partidario, los derriba con políticas comerciales hipernacionalistas que, hasta hace poco, políticos y economistas habrían denunciado como graves violaciones de la integridad de los mercados libres. Ahora, desprovistos de cualquier otra idea, en su mayoría simplemente asienten con la cabeza con lo que sea que esté haciendo el Gobierno.

De hecho, el proceso global de desintegración se manifiesta en el creciente atractivo del nacionalismo económico. La mayoría de los gobiernos, al quedarse sin opciones, están adoptando políticas que expanden su presencia en la industria nacional mientras socavan a sus rivales, en un intento desesperado por aumentar sus tasas de crecimiento

económico. Sin embargo, como trataré con detalle en los siguientes capítulos, las políticas nacionalistas son incapaces de abordar la fuente del problema, que es la desaceleración secular de la tasa de crecimiento *transfronteriza* de la economía mundial. Cuando la tasa de crecimiento de la economía mundial se desacelera, la competitividad se convierte en un asunto más existencial, de suma cero, ya que el crecimiento para algunos solo puede producirse a expensas de otros. En estas condiciones, las políticas económicas nacionalistas pueden beneficiar temporalmente a un país en particular, pero solo socavando los términos de intercambio y las perspectivas de crecimiento en otros países, exacerbando la tendencia mundial a la decadencia que alienta tales políticas en primer lugar. Este círculo vicioso de nacionalismo económico es ahora el trasfondo de toda la política mundial. Nadie sabe realmente lo que depara el futuro, pero vale la pena señalar que la última vez que la economía mundial se desmoronó, el resultado fueron tres décadas de guerra y depresión industrial desde 1914 hasta 1945. Sea lo que sea lo que esté por venir, es casi seguro que será bastante extraño, probablemente más de lo que nadie espera. Cada treinta años, más o menos, se produce una crisis económica global masiva que destroza la confianza del *establishment* y destruye la credibilidad de sus tecnócratas. Cuando las personas que se supone que saben resultan no tener ni idea, todo vale, y las ideas generalmente consideradas como tonterías empiezan a ganar tracción. La última década constituye uno de esos períodos. Estas tonterías gozan ahora de prestigio entre un público deseoso de respuestas, mientras sus gobernantes contemplan boquiabiertos los resultados de su propia incompetencia.

En el clásico de ciencia ficción *Matrix*, el protagonista Neo toma la píldora roja para descubrir la verdad, que es que vive en una simulación controlada por máquinas inteligentes que han esclavizado a la raza humana y la han convertido en una

fuelle de energía. La «píldora roja» se ha convertido desde entonces en una expresión para describir la creencia de que los espectáculos mediáticos de la política y el entretenimiento son todos un elaborado engaño perpetrado por fuerzas malvadas, sobrenaturales o extraterrestres para mantenernos esclavizados, como en *Matrix*. El movimiento QAnon es un ejemplo pintoresco. Las historias espeluznantes sobre los pedófilos satánicos y sacrificadores de niños que supuestamente gobiernan el mundo proliferan como un incendio forestal en las redes sociales, mientras que figuras de héroes improbables emergen del pasado nacional. Se espera que John F. Kennedy Jr., un héroe de la mitología de QAnon, resucite como mesías para golpear a los usurpadores y liberar al país del mal en un evento apocalíptico conocido como «La Tormenta». Muchos de los participantes de la turba que destruyó el Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021 eran firmes seguidores de QAnon. «Tócate la nariz si JFK Jr. sigue vivo», le preguntó un detective de Internet de QAnon a Robert Kennedy Jr., en un directo de Instagram, quien luego procedió a tocarse la nariz.³ Si la elección es entre participar en un gran despertar patriótico para salvar a la nación, o el aburrido zumbido de los opinólogos y comentaristas en MSNBC o CNN, ¿es de extrañar que la píldora roja sea tan popular? No ayuda, por supuesto, el hecho de que los multimillonarios y sus aduladores sean a menudo depredadores sexuales cuyo comportamiento lascivo está más que documentado. El difunto Jeffrey Epstein, por ejemplo, un criminal sexual convicto y traficante de personas, se asoció personalmente con muchas de las personas más poderosas del mundo durante décadas. Esto no mejora su posición entre la población en general.

3. «Touch Your Nose if JFK Jr. Is Alive», *Our Great Awakening*, www.ourgreatawakening.org.

Lejos de ser una anécdota exclusivamente estadounidense, QAnon es un movimiento global, que ha brotado en más de setenta países.⁴ Su popularidad internacional estalló cuando se extendió la alarma durante la pandemia de COVID-19 sobre el «Gran Reinicio», el tema oficial del Foro Económico Mundial de 2020 en Davos, Suiza.

Para QAnon y compañía, este fue el gran plan de la élite global para abolir la propiedad privada, instituir un gobierno mundial comunista, sacrificar a la población mundial con COVID-19 y esclavizar al resto de la humanidad con vacunas. Pero el «Gran Reinicio» es en realidad algo mucho más banal: una propuesta de los multimillonarios para una gobernanza internacional basada en el «capitalismo participativo», la noción de que los gobiernos deberían trabajar más estrechamente con las empresas privadas para servir no solo a sus accionistas, sino a la sociedad en general.

En la práctica, por supuesto, «trabajar más estrechamente» con las empresas multinacionales significa darles *más* influencia en los procesos de toma de decisiones, más influencia en la configuración de los resultados de políticas y programas.

Significa promover los intereses corporativos para que sean los principales interesados en las políticas públicas, con el gobierno en una posición secundaria y la sociedad civil como una mera ocurrencia tardía, si es que realmente importa.⁵ En otras palabras, el «Gran Reinicio» es cualquier cosa menos lo que su nombre sugiere; es más bien una

4. EMMA ZAFARI, «How Social Media Enables Violence and Breeds Conspiracy Theories like QAnon», *Foreign Policy Youth Collaborative*, www.fpyouthcollab.org.

5. IVAN WECKE, «Conspiracy Theories Aside, There Is Something Fishy About the Great Reset», *Open Democracy*, www.opendemocracy.net.

campaña de relaciones públicas para continuar con el dominio corporativo, para seguir permitiendo que las empresas continúen saqueando y contaminando el mundo como siempre lo han hecho.

Este libro expone la anatomía de la dominación corporativa, también conocida como capitalismo, y su historia para explicar cómo el mundo ha llegado a su estado actual. Aunque a veces se centra en los Estados Unidos debido a su importancia dentro de ese régimen, esta es una historia global, una moldeada no solo por los narcisistas billonarios de Davos, sino por las batallas cotidianas llevadas a cabo por la gente común de todos los países contra el capitalismo, no en el reino fantástico de los grupos de Facebook y las cadenas de correos electrónicos, sino en el mundo de las oficinas, fábricas, barrios y calles. A pesar del giro nacionalista, el terreno transnacional de clase y conflicto sigue dando forma a la economía mundial, y poder visualizar claramente estas dinámicas —la política y la economía de la desintegración global— es una condición básica para cualquier oposición efectiva. Pero toda historia debe comenzar en alguna parte. Una historia global del presente puede iluminar cómo hemos llegado hasta aquí comenzando con el surgimiento y la desaparición prematura de la idea anteriormente conocida como «globalización».



1. La globalización y su doble

«El documento que define el sistema de globalización es el Acuerdo» – Thomas L. Friedman.¹

«Los acuerdos son mi arte» – Donald Trump.²

Imagina un mundo en el que las divisiones heredadas entre las personas se han vuelto irrelevantes. Todos los viejos conflictos alimentados por la guerra, la violencia, la ideología –la sangrienta pesadilla de la historia– se disuelven en un paisaje global pacificado de comercio fluido y colaboración. Las naciones comercian entre sí en igualdad de condiciones, sin ventajas injustas, porque todos participan en el mismo mercado global donde la competencia recompensa las mejores ideas. El acceso universal a las revolucionarias tecnologías de la comunicación otorga una libertad de expresión sin precedentes a personas de todo el mundo que, por primera vez en la historia, tiene toda la extensión del conocimiento humano al alcance de la mano. La información se convierte en un recurso abundante. Y, lo que es más importante, las personas se desplazan con facilidad a través de las fronteras nacionales, yendo y viniendo a su antojo en busca de las perspectivas más prometedoras para su trabajo y sus vidas.

¿Suena tentador? Un tal Thomas Loren Friedman pensaba lo mismo. Friedman, el autor de best-sellers y tres veces ganador del Premio Pulitzer, un renombrado sabio que habitaba la sección de opinión del *New York Times*, predicó durante años el evangelio de la «globalización». Es decir, la tesis de que el triunfo global de la democracia liberal, los avances

1. THOMAS FRIEDMAN, «A Manifesto for a Fast World», *New York Times*, 3 de marzo de 1999, sección 6, p. 40.

2. DONALD TRUMP, *Twitter*, www.twitter.com, 9 de diciembre de 2014.

tecnológicos como Internet y la expansión mundial de las oportunidades de negocio acabarían por hacer que las fronteras quedaran prácticamente obsoletas. El resultado sería un terreno de juego allanado para todos, individuos y países por igual, que por primera vez estarían plenamente integrados en un mercado mundial en el que todos competirían en condiciones de igualdad.

Las fronteras no desaparecerían de la noche a la mañana, sin duda, pero se marchitarían gradualmente bajo las presiones gemelas de la interconexión y la innovación, a medida que los gobiernos de todo el mundo se vieran obligados a adoptar unos dogmas comunes para seguir siendo competitivos: libre comercio y democracia. El libre comercio fomentó la democratización y las democracias tendieron naturalmente hacia políticas comerciales liberalizadas. «Se acabó el debate histórico», bromeó el gurú de la globalización en 1999. «La respuesta es el capitalismo de libre mercado».³

Era una época de optimismo. Durante más de una década y media, desde principios de los 90 hasta mediados de los 2000, las élites occidentales dieron por sentada la noción de globalización como una fuerza irresistible destinada a conducir al mundo hacia un estado armonioso de gobierno liberal responsable, gestión económica ilustrada y libertad de mercado. Si incluso los Estados «post-socialistas» del antiguo bloque soviético estaban adoptando estos principios como propios, cosa que hicieron a un ritmo acelerado después de 1989, entonces ¿quién podría dudar seriamente de ello?

Muchos académicos se subieron a este tren. Tras el fin de los conflictos ideológicos de la Guerra Fría, parecía que se estaban dando las condiciones para que las sociedades democráticas florecieran como nunca antes. Paralelamente al

3. THOMAS FRIEDMAN, *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization* (Nueva York, 1999), p. 102.

entusiasmo en torno a la economía de la información en la prensa económica, los críticos culturales escribieron sobre las implicaciones igualitarias de los medios digitales, que estaban marcando el comienzo de una «revolución del control» en la que «Internet está poniendo a los individuos al mando y cambiando el mundo», como proclama el título de un libro de 1999 del periodista Andrew Shapiro.⁴ Los politólogos y filósofos esperanzados previeron una era de renovación democrática basada en la transparencia y rendición de cuentas que los nuevos medios aportarían a la vida cívica.

A las personas se les daría una capacidad sin precedentes para supervisar los procesos de gobierno, convirtiéndose en «ciudadanos supervisores», en términos del historiador Michael Schudson. Debido en gran medida a los esfuerzos del filósofo alemán Jürgen Habermas, la «democracia deliberativa» se convertiría en todo un subcampo de investigación en la filosofía, la ciencia política y los estudios de los medios de comunicación.

El sociólogo Manuel Castells profetizó que «los cimientos materiales de la sociedad, el espacio y el tiempo se están transformando, organizados en torno al espacio de los flujos y el tiempo atemporal [...]. Es el comienzo de una nueva existencia y, de hecho, el comienzo de una nueva era, la Era de la Información».⁵ En la que es quizás su metáfora más

4. ANDREW L. SHAPIRO, *The Control Revolution: How the Internet Is Putting Individuals in Charge and Changing the World We Know* (Nueva York, 1999).

5. Véase MICHAEL SCHUDSON, *The Good Citizen: A History of American Civic Life* (Cambridge, 1998), y MANUEL CASTELLS, *Rise of the Network Society* (Hoboken, nj, 1996), pp. 507-9. La producción de Habermas es prodigiosa, pero para hacerse una idea de lo que se suponía que era la democracia deliberativa, véase su *Between Facts and Norms: Contributions to a Discourse Theory of Law and Democracy*, traducción de William Rehg (Cambridge, 1996).

famosa, el propio Friedman capturó la esencia de la época en el superventas internacional de 2005 *The World Is Flat*. Deslumbrado por las brillantes perspectivas de posibilidades que abría el software de gestión de tareas, él y sus compañeros terraplanistas en el gobierno, la academia y el equipo de expertos instaron a sus coetáneos a participar en el programa, pues este futuro era inminente: solo era cuestión de quién lo aprovecharía con más éxito. El aplanamiento de la tierra antes de la embestida de la globalización parecía ineludible.⁶

Desde que se publicó el manifiesto de Friedman, la doctrina del terraplanismo ha ganado un sorprendente número de seguidores devotos más allá —o, más exactamente, por debajo— de afluentes pensadores conservadores. El problema es que estos creyentes sostienen una interpretación más literal. La Sociedad de la Tierra Plana sostiene que el mundo es, de hecho, físicamente plano, no esférico. Producto consumado de la «Era de la Información», sus prolíficos creadores en línea trabajan principalmente a través de redes como YouTube y Facebook para dirigirse a una comunidad en rápido crecimiento de cientos de miles de seguidores, llegando a millones con su contenido.

Reuniendo una impresionante cantidad de pruebas, los terraplanistas pueden descartar fácilmente el «hecho científico» de una Tierra redonda no solo afirmando que lo refutan, sino lo que es más importante, ofreciendo una narrativa alternativa que le da sentido al mundo: el «consenso de la Tierra redonda» es parte de una campaña mayor de mentiras mediante la cual una élite global manipula a las masas,

6. NdE: La metáfora que usa el autor, algo enrevesada, considera que para Friedman la globalización es una fuerza que nivela las barreras entre naciones y crea igualdad de oportunidades a través de la tecnología y el comercio, haciendo a la tierra «plana». Los «terraplanistas» serían los defensores de este futuro interconectado.

ocultándoles la verdadera estructura de poder que controla sus vidas. Esta narrativa da respuestas y significado a sociedades que, en gran medida, no proporcionan ninguna de las dos cosas.

El movimiento ha celebrado importantes convenciones en Estados Unidos, Reino Unido, Brasil e Italia, y se están preparando más. Su popularidad, y aparentemente su plausibilidad, están creciendo.⁷ Y, a diferencia de los partidarios de la globalización como Friedman, estos terraplanistas son un movimiento popular que difunde sus evangelios a las masas. Sigmund Freud sostenía que el encuentro con el doble es siempre, en algún nivel, un encuentro con un «extraño presagio de la muerte».⁸ Nacida de las mismas tecnologías de conexión glorificadas por Friedman, la próspera Sociedad de la Tierra Plana es el extraño doble del movimiento globalizante, una sentencia de muerte para cualquier plausibilidad que la historia de la globalización hubiera dejado.

La Sociedad de la Tierra Plana es solo un ejemplo especialmente pintoresco de una crisis generalizada de legitimidad a la que se enfrentan las élites tradicionales tras el fin de la globalización como proyecto político y económico. Se suponía que el fin de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética anunciarían una nueva era de democracia, un orden ilustrado y cosmopolita respaldado por la expansión del comercio mundial, una economía favorable al mercado y

7. ROB PICHETA, «The Flat-Earth Conspiracy Is Spreading Around the Globe. Does It Hide a Darker Core?», *cnn*, www.cnn.com, 18 de noviembre de 2019; «America's Flat-Earth Movement Appears to Be Growing», *The Economist*, www.economist.com, 28 de noviembre de 2017; STEPHANIE PAPPAS, «Are Flat-Earthers Being Serious?», *Live Science*, www.livescience.com, 17 de octubre de 2022.

8. SIGMUND FREUD, *The Uncanny*, trad. David McLintock (Nueva York, 2003), p. 142.

el flujo abierto y abundante de información a través de los cables de fibra óptica que pronto conectarían al mundo entero. Ahora, y prácticamente en todas partes, una floreciente contra-Ilustración⁹ descarta estas nociones como bromuros vacíos,¹⁰ o como nada más que un juego de trileros deshonesto ofrecido por una camarilla corrupta de élites en el que la gente común siempre pierde. En lugar de aspiraciones de adhesión a una prometedora comunidad del Nuevo Mundo, un número creciente de personas exige separarse de ella. De la integración global a la desintegración fragmentada: esto capta la trayectoria actual del mundo.

DERIVA

Leer trabajos escritos durante el apogeo de la globalización le saca una sonrisa a cualquiera. Gran parte de la misma parece como una autoparodia involuntaria, o como una ficción distópica.¹¹ Desde el principio, hubo una buena dosis de

9. NdE: El término «contra-Ilustración» se refiere a la reacción contra los ideales de la Ilustración, como la razón, la ciencia y la democracia, que se ha producido en algunos círculos ultraconservadores en los últimos años.

10. NdE: El bromuro de potasio es una sal ampliamente usada como anticonvulsivo y sedante durante los siglos XIX y XX. Actualmente tan solo se emplea con este uso en veterinaria.

11. Consideremos una sección de una de las columnas de Friedman: «Los estadounidenses somos los apóstoles del mundo rápido, los profetas del libre mercado y los sumos sacerdotes de la alta tecnología. Queremos la “ampliación” tanto de nuestros valores como de nuestros Pizza Huts. Queremos que el mundo siga nuestro ejemplo y se convierta en democrático y capitalista, con una página web en cada olla, una Pepsi en cada labio, Microsoft Windows en cada ordenador y con todo el mundo, en todas partes, repostando nuestra gasolina». FRIEDMAN, «Manifiesto».

fantasía que motivó el consenso de la élite, pero que nunca alcanzó un consenso amplio entre las masas. Sin embargo, eso no es suficiente para explicar por qué la historia resultó tan diferente de lo que tantos «expertos» habían predicho. Vale la pena reflexionar por un momento sobre lo extraño del asunto. Durante décadas, académicos, expertos y políticos aclamaron la creciente obsolescencia de las barreras nacionales, basada en el crecimiento igualmente inexorable de un mercado mundial competitivo dentro del «orden internacional basado en reglas». Los filósofos escribieron sobre «el fin de la historia» y la «constelación posnacional»; los economistas se dignaron a explicar a las masas ignorantes que la resistencia al libre mercado era inútil, sus dictados tan inevitables como las leyes naturales; los políticos hablaron de una revolución tecnológica que ignoraba las tradiciones nacionales y acabaría con la lucha de clases; los opinólogos a sueldo del capital proclamaron el advenimiento de un «mundo posestadounidense» y el supuesto «ascenso del resto del mundo» en un campo de juego internacional.¹² Una serie de comentaristas respetables e influyentes estaban seguros de

12. Políticos, expertos y filósofos corearon al unísono el nuevo credo. La heroica autoestima de los políticos de la época está perfectamente resumida en el discurso sobre la «Tercera Vía» pronunciado en 1999 por el ex-Primer Ministro británico Tony Blair. «Tony Blair's Full Speech», *The Guardian*, www.theguardian.com, 28 de septiembre de 1999. Anthony Giddens, sociólogo e intelectual de la casa del Nuevo Laborismo, proporcionó la justificación teórica de la obediencia del Partido Laborista al capital en *The Third Way: The Renewal of Social Democracy* (Cambridge, 1998). Gran parte de la filosofía académica de este periodo se ocupó de renovar el liberalismo como filosofía rectora de un mundo que ya no tiene alternativa a él. Entre las principales obras de referencia figuran FRANCIS FUKUYAMA, *The End of History and the Last Man* (Nueva York, 1992); JÜRGEN HABERMAS, *The Post-national Constellation: Political Essays*, trad. Max Pensky (Cambridge, 2001), y JOHN RAWLS, *Political Liberalism* (Nueva York, 2005).

un futuro posnacional para la humanidad en su conjunto. Ahora, nos hablan con la misma certeza sobre la necesidad perdurable del Estado-nación para asegurar la existencia de comunidades nacionales separadas y únicas, de hecho, para la supervivencia misma de la democracia.¹³

Así, los sermones liberales que predecían un viaje constante hacia un mundo de abundancia, derechos humanos y armonía internacional se estrellaron contra la desigualdad extrema, la polarización ideológica y el regreso prematuro de la geopolítica. Este giro imprevisto de los acontecimientos ha dejado a la élite liberal —una cohorte de profesionales educados en el nexo institucional del gobierno, los medios de comunicación y la academia— luchando por dar sentido al mundo, sin ninguna respuesta convincente para las preguntas más importantes del momento. Su prestigio se ha disipado, su credibilidad ha quedado destrozada, están tan confundidos como la gente con movilidad económica descendente a la que supuestamente están cualificados para gobernar, un número creciente de los cuales los desprecia furiosamente. Las promesas de la globalización yacen en ruinas, y sus víctimas se están volviendo cada vez más vocales. Las secuelas de este fracaso estrepitoso ensombrecen toda nuestra era. No faltan síntomas mórbidos que expresan la muerte lenta y agonizante de la globalización tal como la conocíamos, pero el recrudecimiento de los movimientos de masas xenófobos y nacionalistas es el más revelador. En distintas ideologías y países, las formas de pensamiento y discurso político que afirman la primacía de la comunidad

13. Véase DANI RODRIK, «Put Globalization to Work for Democracies», *New York Times*, www.nytimes.com, 17 de septiembre de 2016; MARTIN WOLF, «Capitalism and Democracy: The Strain Is Showing», *Financial Times*, www.ft.com, 30 de agosto de 2016; LAWRENCE SUMMERS, «How to Embrace Nationalism Responsibly», *Washington Post*, www.washingtonpost.com, 10 de julio de 2016.

nacional como vehículo de la democracia frente a las malvadas fuerzas de la globalización están acrecentando su poder, en algunos casos desafiando los cimientos del liberalismo político. Considerada por muchos después de los acontecimientos de 1989 como el punto final teleológico de la historia humana, la democracia liberal se encuentra ahora en tela de juicio, víctima de la lenta desintegración del sistema económico mundial.

En un giro de guion predecible, los propios liberales se han convertido en algunos de los neonacionalistas más virulentos. Habiendo renunciado al dogma de la «tercera vía», que predicaba una mezcla pragmática de libre comercio sin restricciones, gestión técnica de la economía y redes de seguridad social mínimas, los liberales ahora se vuelven contra ella como exsectarios que denuncian su antigua fe, pidiendo un retorno a la socialdemocracia nacional, o incluso al «nacionalismo fuerte», en algunos casos.¹⁴ El nacionalismo liberal ahora dirige gran parte de su energía contra el chivo expiatorio pertinente, sea quien sea. En Estados Unidos, por ejemplo, este movimiento es claramente visible en la transición de la última década de un enemigo oficial abstracto y apátrida —el «terrorismo»— a *Estados poderosos* como enemigos nacionales: Rusia, China, Irán. En su nueva postura de confrontación abierta, el gobierno de EE. UU. está totalmente dispuesto a convertir el sistema monetario global en un arma en torno a su propia moneda, el dólar, aboliendo el ya endeble pretexto de que el sistema sirve como un foro justo para el comercio mundial. Si bien las sanciones extremas impuestas a la economía rusa tras la invasión de Ucrania son el ejemplo más dramático de esto, la tendencia

14. Véase, por ejemplo, YASCHA MOUNK, «How Liberals Can Reclaim Nationalism», *New York Times*, www.nytimes.com, 3 de marzo de 2018; JOHN B. JUDIS, «What the Left Misses About Nationalism», *New York Times*, www.nytimes.com, 15 de octubre de 2018.

hacia la militarización ya estaba bien establecida en la implacable hostilidad de la élite estadounidense hacia China, un consenso bipartidista para hacer lo que sea necesario para estrangular el desarrollo continuo de ese país aprovechando las sanciones para excluirlo de los mercados extranjeros y bloquear el acceso a tecnología clave. Al subordinar claramente la economía mundial basada en el dólar a objetivos geopolíticos, Estados Unidos ha dejado muy claro que la llamada comunidad internacional es un eufemismo para el orden global dominado por Estados Unidos. Al cambiar su atención de la «guerra contra el terror» a la confrontación con las grandes potencias rivales, el centro ha pasado de defender los principios del comercio y la cooperación internacionales a cavar activamente su propia tumba.

Pero el atractivo del nuevo nacionalismo es panideológico. Entre los intelectuales de la izquierda se esconde la persistente creencia de que los programas redistributivos audaces y a gran escala requieren que la globalización sea de alguna manera «revertida». Esta línea de pensamiento implica que es necesaria alguna forma de desvinculación o «desacoplamiento» del mercado mundial. Equivale a un nacionalismo de izquierdas basado en el modelo de la sociedad de posguerra, en la que el capital, el trabajo y el Estado son nominalmente socios iguales en un acuerdo de reparto del poder que constituye la base de la socialdemocracia. Otros, como el economista keynesiano J. W. Mason, argumentan a favor del desacoplamiento como el camino hacia el socialismo, ya que se considera la condición clave que debe cumplirse para perseguir la ambiciosa política de redistribución en el corazón de un nuevo movimiento socialista.¹⁵

15. ROBERT KUTTNER, «Economic Nationalism Becomes Mainstream — and Sensible», *American Prospect*, www.prospect.org, 15 de junio de 2021; J. W. MASON, «A Cautious Case for Economic Nationalism», *Dissent*, www.dissentmagazine.org, primavera de 2017.

En el extremo opuesto del espectro, solo hay que señalar a un macabro elenco de personajes que desafían a los gobiernos liberales o lideran sus propios regímenes de extrema derecha: Donald Trump, Boris Johnson, Marine Le Pen, Alexander Gauland, Jair Bolsonaro, Rodrigo Duterte, Viktor Orbán, Matteo Salvini, Vladimir Putin, etc. Los apologetas conservadores de estas figuras comparten la misma noción de compromiso de clase que los socialdemócratas, pero la adornan con bochornosos cánticos en favor de la familia nacional, una doctrina conocida como corporativismo que se inspira en el pensamiento social-católico medieval. Los llamamientos al desacoplamiento se han hecho más fuertes en todo el espectro político a raíz de la pandemia de coronavirus, la cual expuso las fragilidades de un sistema productivo mundial basado en cadenas de suministro dispersas por todos los continentes.

Parecería que el proyecto de globalización tal como lo conocíamos se ha agotado, y la reafirmación de la soberanía nacional es la única alternativa. A pesar de la apariencia de oposición entre izquierda, derecha y centro, todo el espectro se dirige hacia el mismo horizonte. No son más que variantes distintas de la misma ideología central del nacionalismo económico. Los nacionalistas económicos afirman que la riqueza generada dentro de un país pertenece únicamente a sus ciudadanos legales, y que la política económica debe reflejar eso. El nacionalismo económico se opone al globalismo y aboga por un mayor control interno sobre la economía, ubicando la esencia de la democracia en la soberanía nacional. Steve Bannon, exasesor de Donald Trump, lo define como un programa para «maximizar el valor de la ciudadanía».¹⁶ ¿Quién no estaría de acuerdo con ese objetivo? Esta intuición,

16. GADI TAUB, «Steve Bannon Tells Haaretz Why the Russians Aren't the Bad Guys and Why He Can't Be an Anti-Semite», *Haaretz*, www.haaretz.com, 30 de julio de 2018.

que en principio se distingue de las formas culturales de nacionalismo, explica en parte su atractivo panideológico. Si la globalización ha sido la fuente de nuestros males, entonces el remedio obvio sería revertirla.

Nuestras vidas están dominadas por gigantes corporativos que deberíamos dismantelar o someter a la regulación nacional o a la propiedad pública. ¿Cansado de que los ricos escapen de los impuestos acumulando su riqueza en paraísos fiscales en el extranjero? Cerremos los vacíos legales y repatriémoslos. La gente de a pie ha sido golpeada durante cuarenta años, su nivel de vida se ha desplomado, mientras que el 10% más rico se ha vuelto exponencialmente más rico, así que redistribuyamos el producto nacional con un impuesto a la riqueza.

¿Nos hemos hartado de los oligarcas corporativos que manipulan la política para favorecer sus negocios? Expropiémoslos. Hagamos que el gobierno compre todos sus activos financieros a precios de mercado y los convierta en un gigantesco fondo indexado de propiedad pública que, a medida que la economía nacional crezca, pague dividendos a la ciudadanía.

Todos nuestros problemas parecen provenir de un sistema económico opaco y depredador a nivel global; naturalmente, las soluciones más ambiciosas y prometedoras podrían parecer estar en romper lazos. Despojado de su envoltorio racista en la confusa imaginación de la derecha reaccionaria, el nacionalismo económico podría parecerle a los progresistas como el ego racional de la identidad palpitante y nihilista del trumpismo.¹⁷

17. Sobre la propuesta de un fondo de inversiones social, ver MATT BRUENIG, «A Simple Fix for Our Massive Inequality Problem», *New York Times*, www.nytimes.com, 30 de noviembre de 2017.

Pero aquí es donde la profundidad del problema se vuelve más clara. Se pueden encontrar nacionalistas económicos de todas las tendencias políticas, a veces abogando por el mismo programa desde lo que se supone que son posiciones completamente opuestas: el movimiento antimonopolio, que busca dividir a las grandes instituciones financieras para introducir más competencia de mercado entre los actores más pequeños, tiene partidarios tanto en la extrema derecha como en la extrema izquierda. Mientras que la izquierda es tradicionalmente vista como la guardiana de la redistribución, buscando aliviar la desigualdad de clase a través de programas sociales que parcelan de manera más justa, la derecha ahora tiene su propia marca de política redistributiva dirigida a los ultrarricos y a los inmigrantes irregulares por igual.

Del mismo modo, las fronteras nacionales y las leyes de inmigración más estrictas suelen considerarse una prerrogativa conservadora, pero también se oye a los expertos defender a su favor un argumento liberal, o incluso «izquierdista».¹⁸ El soberanismo, el movimiento para reclamar el Estado nacional como el único terreno viable de la democracia real, se presenta en versiones de izquierda y derecha, como «Lexit»¹⁹ vs «Brexit», o los esfuerzos condenados al fracaso del partido Syriza para liberar a Grecia de las garras de los bancos del norte de Europa. En su tendencia a traspasar los límites de los marcos políticos convencionales, el principio del nacionalismo económico se parece más a una metaideología, y sus premisas son compartidas en todo el espectro de la opinión política como el terreno incuestionable que subyace a sus

18. Véase JUDIS, «What the Left Misses», y ANGELA NAGLE, «The Left Case against Open Borders», *American Affairs*, www.americanaffairs-journal.org, 20 de noviembre de 2018.

19. NdE: El «Lexit» es un acrónimo de «Left Exit», refiriéndose a la postura de miembros Partido Laborista británico como Owen Jones o Graham Stringer a favor de la salida de la Unión Europea.

facciones opuestas. De hecho, el nacionalismo económico describe toda una *economía política*, es decir, las prácticas materiales a través de las cuales una sociedad se reproduce a sí misma y al lenguaje conceptual en el que reflexiona sobre ese proceso de reproducción. Como tal, tiene un papel recurrente a lo largo de los siglos XIX, XX y XXI en contraste con el internacionalismo liberal. De manera más precisa, el nacionalismo económico resurge periódicamente como una economía contrapolítica a los colapsos recurrentes del orden internacional moderno, acompañándolo como una sombra de sus inicios. Invocando una vez más a Thomas Friedman, la economía política nacionalista se afianza en un mundo que no es plano, sino que en realidad es «más rápido, más profundo, más fusionado, más abierto y frágil», para usar una de sus concisas re-descripciones del presente.²⁰

¿QUÉ FUE LA GLOBALIZACIÓN?

Echando la vista atrás a la delirante exageración de las décadas de 1990 y 2000, sería fácil tener la impresión de que la globalización ha sido un fenómeno radicalmente nuevo y sin precedentes. Esa era sin duda la percepción general en ese momento —pero no fue nada de eso. Las grandes declaraciones que proclaman una nueva era de agilidad, conexión y cambios veloces son una característica recurrente de la modernidad.

Al menos desde la Revolución Francesa, cada generación se ha sentido obligada a registrar su propia opinión sobre el tema, comenzando quizás de manera más memorable con la observación de Marx y Engels en 1848 de que

20. «The World Is Faster, Deeper, More Fused, Open and Fragile: A Dialogue between Thomas L. Friedman and Wang Huiyao», *China-U.S. Focus*, www.chinausfocus.com, 20 de abril de 2021.

[l]a continua transformación de la producción, la ininterrumpida convulsión de todas las condiciones sociales, la eterna incertidumbre y movimiento distinguen la época burguesa de todas las demás. Todas las relaciones fijas, oxidadas, con su séquito de representaciones y opiniones veneradas ancestralmente se disuelven, mientras todas las recién formadas envejecen antes de poder osificar. Todo lo estamental y solidificado se evapora en el aire [...].²¹

A principios del siglo XX, el telégrafo, el barco de vapor y el ferrocarril eran las «grandes fuerzas cósmicas», por citar al sociólogo Robert Park, que estaban rompiendo todas las viejas barreras para marcar el comienzo de una nueva era radical de conectividad y cosmopolitismo. Incluso la era de la posguerra, vista implícitamente como la adormecida precursora de la globalización de alta velocidad de finales del siglo XX, fue para sus contemporáneos una época de una «gran revolución mundial» en la que «la rápida difusión de la alfabetización, las comunicaciones de masas y los viajes [...] está rompiendo con las tradicionales instituciones y patrones culturales que en el pasado mantuvieron unidas a las sociedades. En resumen, la comunidad mundial se está volviendo de igual forma más interdependiente y más fluida que en cualquier otro momento de la historia». ²² La única certeza parece ser que cada era, viéndose a sí misma como una de conexión y cambio rápidos, está condenada a ser vista como un período de aislamiento por su sucesora.

Considerar las realidades económicas del momento posterior a la Guerra Fría también desinfla rápidamente la hipótesis de la época. Desde el final de la Guerra Fría hasta mediados

21. MARX Y ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista* (Ediciones Ex-táticas 2025), p. 64.

22. SEBASTIAN CONRAD, *What Is Global History?* (Princeton, nj, 2016), pp. 93-4.

de la década de 1990, el crecimiento promedio del comercio internacional de productos y servicios fue un 4,5% menor que durante el período de auge de 1950 a 1973, y solo marginalmente superior al del período de 1853 a 1872. Además, el crecimiento promedio del producto bruto mundial durante el mismo período fue de solo de un 1%, en comparación con el 5,3% entre 1950 y 1973 y el 2,3% de 1973 a 1990. Tomando como medida el producto bruto per cápita, el panorama es aún más decepcionante: desde 1990 hasta 2003, el apogeo de la globalización posterior a la Guerra Fría, el PIB estadounidense per cápita creció solo un 1,74% anual, considerablemente menos que el 2,45% del período de posguerra, e incluso menos que la década y media de crisis de 1973 a 1990 (1,96%), un período afectado por una severa inflación y una profunda depresión económica.

Durante el mismo período, la economía mundial en general se expandió a un ritmo modestamente más rápido del 1,81%, una tasa de crecimiento todavía mucho menor que la de 1950 a 1973 (2,92%), a pesar de la integración histórica mundial de enormes mercados nuevos en China e India.²³ Estos datos indican que todas las celebraciones de velocidad, conectividad y apertura durante el apogeo de la globalización deben entenderse en relación con el *estancamiento* general de la economía mundial y no con una expansión vertiginosa. En su dogma de que los individuos de todo el mundo deberían adaptarse a las supuestas nuevas realidades de un mundo hiperconectado, el discurso de la globalización funcionó como un discurso ideológico, que propagó la noción de que, como no hay alternativa, todos debemos ser más creativos,

23. PAOLO GIUSSANI, «Empirical Evidence for Trends Toward Globalization: The Discovery of Hot Air», *International Journal of Political Economy*, xxvi/3 (otoño de 1996), p. 19. Los datos sobre el PIB estadounidense vienen de ANGUS MADDISON, *Contours of the World Economy*, 1-2030 ad (Oxford, 2007), p. 345.

más productivos y más valiosos para lograr sobrevivir. Este discurso competitivo reflejaba la menguante vitalidad de la economía privada y la resultante sensación de una competencia cada vez más estricta. En una sociedad en la que la economía está controlada de forma privada, al igual que la nuestra, las neurosis de sus propietarios tienden a extenderse por toda la sociedad en general a través de la influencia que ejercen sobre las instituciones políticas y mediáticas.

Sin embargo, incluso si la exageración en torno a la globalización fuera más una mistificación que una sustancia, no significa que el concepto esté completamente vacío. Como una abreviatura para la formación de una economía global a través de la aceleración del tráfico de mercancías, personas e ideas, la «globalización» define las dinámicas de expansión en el corazón del mundo moderno. A partir del advenimiento del industrialismo científico a finales del siglo XVIII, el estrechamiento de los lazos del comercio y la comunicación ha llevado gradualmente, aunque de manera desigual, a la mayoría de los habitantes del planeta a un contacto más estrecho entre sí. A pesar de interrupciones a razón de guerras y crisis económicas, la tendencia general durante varios siglos ha sido hacia una red mundial de mercados a través de la cual todos —o casi todos— sus países están integrados económicamente. Este es el proceso por el cual se forjó el «globo» en la globalización.

El filósofo escocés Adam Smith dio quizás la teoría más influyente de este proceso. En su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, Smith lo describe como una creación libre de la razón humana: una propensión innata y natural en los individuos al «trueque, al intercambio y al comercio» conduce a la aparición espontánea de mercados, redes integradas para el intercambio de mercancías. Al mismo tiempo, la extensión de tales

mercados y la reorganización de la economía a lo largo de sus líneas finalmente enciende la fuerza transformadora de la división del trabajo, que es para Smith el motor de la historia humana. La división del trabajo, a su vez, trae consigo una productividad creciente y la posibilidad de aumentar los rendimientos de la inversión, generando ingresos en forma de ganancias, rentas y salarios para un grupo cada vez mayor de personas. Esto abre nuevos mercados, por lo que el proceso continúa. Smith bautizó todo este ciclo, junto con su expresión política en los derechos de propiedad individual y el imperio de la ley, como el «Sistema de Libertad Natural».

Como dicta el evangelio de la globalización, el sistema de libre comercio con el tiempo permitirá que todos los países eleven constantemente su nivel de vida y converjan hacia la coexistencia pacífica en medio de una prosperidad creciente y compartida. Esta es la narrativa clásica del cosmopolitismo liberal, el ideal de un orden autosuficiente de libertad individual respaldado por las leyes naturales del mercado. La narrativa cosmopolita ve la equidad inherente al mercado como el núcleo de la sociedad civil, un dominio libre opuesto al Estado y constituido a través de la actividad comercial voluntaria de los particulares vinculados por el derecho contractual. No conoce la identidad colectiva ni las fronteras de los gobiernos nacionales; su actor fundamental es el individuo como ser interesado en sí mismo, siendo su institución más elemental el mercado. Su escenario, implícitamente, es el mundo entero como un agregado de comerciantes de mercancías particulares, cuyas transacciones no forzadas entre sí impulsan el motor del progreso de la civilización. Este sentido progresista de la historia, motivado por los derechos del mercado, define la identidad de la clase social antes conocida como burguesía, propietaria de los medios de producción de la sociedad. A través de la providencia de la mano invisible del mercado, la famosa metáfora de Smith, la

búsqueda burguesa de la ganancia comercial privada crearía prosperidad general, ya que más mercados significaban más oportunidades para la inversión, y más inversión significaba ingresos crecientes para todos.

Una historia apaciguadora, impregnada del aura de la ciencia a través del esfuerzo mental de generaciones de economistas. Sin embargo, desde el principio, el relato cosmopolita fue contradicho por una contra-narrativa que criticaba las suposiciones poco realistas que subyacían en su visión atomista del mundo. El nacionalismo económico se apodera del poder político del Estado-nación como medio para llevar a cabo las fábulas morales del liberalismo frente al fracaso de este último para asegurarlas. Como tal, constituye una especie de crítica intrínseca del liberalismo. La participación abierta en el mercado mundial sustituye el crecimiento y el bienestar de la comunidad colectiva, haciendo siempre hincapié en un tema fundamental: la necesidad de proteger «nuestra» economía, activos o propiedades de la competencia desleal o de la propiedad extranjera. En lugar de la sociedad civil y el mercado, hace hincapié en el Estado como garante de la libertad económica; en lugar de «libre comercio», llama al proteccionismo; y, tal vez lo más importante, impone límites a la libre circulación del capital monetario, es decir, a las finanzas, en nombre de la soberanía nacional, el derecho político a la autodeterminación. Estos objetivos políticos son acordes diferentes en la misma clave liberal de «equidad» o paridad, la pretensión de lo que *nos* pertenece por derecho. Al igual que el cosmopolitismo liberal, el nacionalismo económico se basa en una base institucional incuestionable y presunta de dinero y propiedad.

Pero lo más importante es que es un «nos pertenece» en lugar de un «me pertenece». El nacionalismo económico niega la premisa principal del cosmopolitismo liberal, el individuo

calculador y utilitario como unidad básica de la vida económica, y sustituye al Estado-nación en su lugar. Desde este punto de vista, la idea de una tendencia secular hacia una prosperidad común ascendente basada en la difusión gradual del libre comercio en beneficio de todos se revela como una ficción, ya que ignora el hecho de que los Estados nacionales existen y, además, que existen en una lucha competitiva desigual entre sí.

Este descuido ciega al liberalismo *laissez-faire* a la principal consecuencia de su propia visión: la competencia económica en un mercado mundial plenamente abierto no conduce a la prosperidad universal para todos, sino a la abundancia de unos pocos y la ruina de los demás. La única manera de remediar este resultado es que los propios gobiernos se conviertan en los ingenieros de la política económica, estructurando los mercados para el máximo beneficio de su población a través de una política fiscal proactiva y medidas proteccionistas como aranceles, controles de capital y subsidios. El objetivo principal, que no se persigue de acuerdo con otros países sino a expensas de estos, es aumentar la productividad y la competitividad, en particular mediante la expansión del sector manufacturero, a través de una política industrial impulsada por el Estado. Con sus orígenes en los albores del siglo XIX, la economía política del nacionalismo surge para oponerse al orden internacional del mercado mundial, en el que el mercado media principalmente la competencia entre empresas privadas, y la sustituye por la competencia explícita entre países, es decir, entre naciones que actúan como empresas gigantes. Pero lo hace desde dentro de la misma visión liberal del mundo que toma las categorías de la propiedad, el Estado de derecho y los derechos individuales como verdades evidentes por sí mismas, simplemente viendo un gobierno más proactivo como el medio práctico para hacerlos realidad.

Como economía política particular, el nacionalismo se asemeja, pero no es idéntico, al ámbito del arte de gobierno económico conocido como mercantilismo. Las políticas mercantilistas tienen como objetivo fortalecer la posición competitiva del Estado en el mercado mundial a través del desarrollo interno de industrias estratégicas clave. Estas rechazan la doctrina del libre comercio como una ficción conveniente que esconde el interés propio de la potencia económica actualmente dominante, que, en cierto modo, es la que más se beneficia de las políticas de *laissez-faire* en otros países. Esta postura libera la mano visible del Estado para dar forma activamente a su economía. Históricamente, los regímenes mercantilistas han buscado por lo general una balanza comercial positiva mediante una estrecha gestión de la modernización tecnológica de las industrias nacionales para que puedan competir eficazmente en el mercado mundial. Si bien los diferentes tipos de Estados persiguen estrategias comerciales mercantilistas por diferentes razones, una defensa fuerte y la capacidad de proyectar fuerza militar a través de la industria modernizada son con frecuencia las principales entre ellas. Pero sea cual sea la forma que adopte, el mercantilismo apunta al empoderamiento del propio Estado en relación con sus competidores. De ahí su atractivo para los modernizadores imperiales pre-nacionales, como el Muhammad Ali de Egipto a principios del siglo XIX, o los radicales modernizadores del gobierno japonés durante la Restauración Meiji.²⁴ El mercantilismo también ha caracterizado a unidades subnacionales, como la República de Venecia, cuyo gobierno cultivó activamente industrias de exportación como los textiles de lujo para apoyar su hegemonía sobre el comercio mediterráneo durante los siglos XIV y XV. Para

24. ERIC HELLEINER, *The Neomercantilists: A Global Intellectual History* (Ithaca, NY, 2021) es una buena introducción a la idea del mercantilismo en la historia del pensamiento económico.

regímenes como estos, aumentar el poder económico y militar del Estado para prepararlo para la competencia imperial por el territorio y los mercados es, con mucho, el objetivo más importante de la política comercial, mientras que el bienestar y los derechos de la población ocupan un segundo lugar, si es que cuentan. Por el contrario, el nacionalismo económico enfatiza el aspecto específicamente *nacional* del desarrollo, la evolución cultural, moral y productiva de un pueblo diferente.²⁵ Como filosofía y práctica, tiene un tem-

25. La idea de una comunidad que comparte alguna identidad intrínsecamente única está incorporada en la palabra moderna «nación», común en las lenguas de Europa Occidental: deriva del latín *natio*, que más o menos significa nacimiento, raza u origen, pero que también se utiliza para referirse a tribus o razas específicas de personas, a un parentesco común. Los tropos de nacimiento aparecen con frecuencia en los relatos sobre el origen nacional como el momento histórico en el que «el pueblo» nace como cuerpo colectivo a través de un acto fundacional, como en la apertura de la Constitución de los Estados Unidos: «*We the people...*». Pero *natio* es también el origen de las palabras «naturaleza» y «natural», que sugieren un fenómeno orgánico con un proceso vital propio, independiente de los asuntos humanos. Esta tensión fundamental entre dos sentidos del tiempo, el tiempo de la creación política en un momento concreto de la historia y las cualidades atemporales de una naturaleza imperecedera, es la ambigüedad irresoluble en el corazón del mito nacional. Históricamente, se manifiesta en las fronteras siempre permeables entre las formas cívicas de nacionalismo, basadas en la ciudadanía dentro de una comunidad políticamente definida, y el etnonacionalismo, la identificación de la ciudadanía con el origen étnico o racial —no elegido— de una persona, que determina su destino político. La bibliografía académica sobre el nacionalismo es enorme; lo mejor es tomar una visión general de tres textos clásicos sobre el tema: ERNEST GELLNER, *Nations and Nationalism* (Ithaca, NY, 1983); ERIC HOBSEBAWM, *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge, 1990), y BENEDICT ANDERSON, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Nueva York, 1983).

peramento liberal, que apunta al empoderamiento de alguna comunidad de sentimientos, herencia, sangre o tradición, de alguna sociedad civil idealizada, como quiera que se conciba. Se basa en la separación del Estado y la sociedad, lo público y lo privado, el gobierno y el mercado, tomando el poder estatal como un instrumento al servicio del interés nacional. Todas las formas de nacionalismo se basan en la idea fundamentalmente moderna de la autodeterminación. Puede implicar ambiciones territoriales, pero el núcleo del concepto nacional es un grupo inherentemente único de personas que se mueven juntas a través del tiempo hacia un futuro abierto, forjando su destino colectivo como uno solo. Si la lógica del mercantilismo es espacial, la lógica del nacionalismo económico es temporal, basada en el desarrollo interno y el destino de la comunidad nacional. Y todos los regímenes mercantilistas imperiales, sin excepción, han llegado a organizarse como Estados nacionales, la unidad política universal del orden mundial moderno.

El nacionalismo económico es, pues, el gemelo de la globalización, y nunca ha estado ausente de su historia. Esto no debería sorprender: si el aumento de la interconectividad económica es una característica definitoria del mundo moderno, también lo es su división política en Estados nacionales que compiten entre sí. Esta condición básica, tomada como un hecho puro e inexplicable, es el escenario para la articulación clásica de la filosofía económicamente nacionalista en *El sistema nacional de economía política*, de Friedrich List. List fue un enérgico nacionalista alemán activo en la reconstrucción política y económica de Europa a raíz de las guerras napoleónicas. Para él, que escribía en la primera gran época del despertar nacional, el Estado-nación parecía ser tan ontológicamente básico para la existencia humana como el mercado lo era para Adam Smith: ambos son expresiones de las «leyes de la lógica y la naturaleza de las cosas», para

usar la frase de List. La historia está ahí para demostrar que las regulaciones protectoras se originaron en los esfuerzos naturales de las naciones para alcanzar la prosperidad, la independencia y el poder, o como consecuencia de las guerras y de la legislación comercial hostil de las naciones manufactureras predominantes», afirma List en su disputa con la escuela clásica de economía política.

La idea de independencia y poder se origina en la idea misma de «nación». La escuela nunca tiene esto en cuenta, porque no toma la economía de la nación separada, sino la economía de la sociedad en general, es decir, de todo el género humano, como el objeto de sus investigaciones.²⁶

El ideal cosmopolita de la prosperidad universal, si es posible, solo puede realizarse a través de la supervisión administrativa de Estados particulares con intereses particulares propios. Es la lógica del mercado proyectada sobre los Estados nacionales: de la interacción de muchos intereses particulares, surgirá de alguna manera la armonía general.

List es conocido por articular la filosofía económica de la nación en la que quizás sea su formulación más sorprendentemente clara, mostrando sus contradicciones en su forma más pura. En su base hay una presunción metafísica incuestionable: ya que los Estados nacionales existen, siempre lo harán.

Todas las conclusiones de la economía política, para List como para cualquier nacionalista económico, son funciones de este hecho inerte, dado. Esta presunción es el reverso de la narrativa que alaba la globalización como una fuerza inevitable y natural, que solo convierte al Estado-nación, en lugar del mercado, en una característica permanente e inalterable

26. FRIEDRICH LIST, *The National System of Political Economy*, cap. 15, www.econlib.org.

de la realidad. El orden liberal cosmopolita del codesarrollo pacífico puede preservarse, pero solo si las grandes potencias económicas pueden perseguir agresivamente sus propios intereses a expensas de sus competidores, sin importar las consecuencias. Si esta noción incoherente suena familiar, es porque el nacionalismo económico ha vuelto a ponerse de moda hoy como la cura para las economías nacionales crónicamente enfermas.

La historia global en la era moderna oscila entre estos dos polos ideológicos como un péndulo. A veces, los mecanismos internacionales del mercado son ampliamente considerados los árbitros finales del destino de las naciones, a los que no se puede apelar, como en la marea alta del neoliberalismo. En otras ocasiones, se supone en general que es evidente que los gobiernos nacionales deben participar activamente en la maximización del bienestar económico de sus habitantes en ausencia de una tendencia automática hacia una mayor prosperidad —el credo tanto de la socialdemocracia como del nacional-conservadurismo—. En estos períodos, el Estado-nación es el lado privilegiado del mismo dualismo básico. Al igual que en la época de List, hoy en día los elogios a las virtudes del libre mercado y el comercio liberal de ayer se olvidan rápidamente, reemplazados por un nuevo estatismo en el que tanto liberales como conservadores, un centro neomercantilista y la derecha nativista convergen en un nacionalismo vigorizado para revivir sus economías tambaleantes. Al igual que la única pregunta relevante para los contemporáneos de Thomas Friedman cuando se enfrentaban a la supuesta obsolescencia del Estado-nación era «¿qué tipo de ciudadano global serás?», la única pregunta relevante para los líderes de opinión de hoy, frente a la obsolescencia de la globalización, es «¿qué tipo de nacionalista serás?». Por supuesto, la pregunta más importante de *por qué* resultó de esta manera casi nunca se aborda.

OSCILACIONES

Hegel dijo, en una famosa cita, que «el búho de Minerva solo levanta el vuelo con la llegada de la noche».²⁷ Su intención era decir que el verdadero significado de los acontecimientos solo se nos hace disponible retrospectivamente. El búho, es decir, el conocimiento, solo comienza a volar cuando el día termina, una vez que podemos echar la vista atrás al desarrollo de los acontecimientos para apreciar cómo divergieron de lo que la gente esperaba, de lo que creían saber. De ahí que el primer paso para comprender el presente sea aprehenderlo como un desenlace histórico concreto. Verlo como la culminación de un cierto proceso nos ayudará a ver los parámetros de lo que es posible y lo que es necesario en el momento actual. Por lo tanto, un breve repaso de los principales puntos de inflexión de la economía mundial durante el último siglo y medio puede iluminar el presente como historia, más precisamente: como resultado de la historia *global* del mundo moderno.

Como campo de investigación particular, la historia global sobrepasa la nación, región o civilización individual para analizar cómo estas unidades se constituyen a través de la interconexión entre sí. Esto significa no solo describir cómo son interdependientes, sino comprender la forma que adopta dicha dependencia y, lo que es más importante, cómo tales formas son imaginadas y entendidas por sus coetáneos históricos. Las formas de integración explican cómo diferentes sociedades pueden participar en el mismo contexto estructural mayor, y, al mismo tiempo, experimentarlo de forma distinta. La integración puede tener dimensiones tecnológicas, económicas, culturales o incluso biológicas,

27. Prefacio a G. W. F. HEGEL, *Elements of the Philosophy of Right*, ed. Allen W. Wood, trad. H. B. Nisbet (Cambridge, 1991), p. 23.

y puede ocurrir a escala regional, continental o planetaria, pero su aspecto más importante es que se transforma con el tiempo. La historia global, como la define el historiador Sebastian Conrad, «persigue la cuestión de la causalidad hasta el nivel global».²⁸

Como análisis sistémico de la vida social a este nivel, la economía política proporciona conceptos para tratar la causalidad a escala global. Al examinar la historia desde esta elevada altura, se pueden distinguir ciertos cambios generacionales en el patrón general de las relaciones económicas, junto con las formas en que se imaginan estas relaciones. Esta historia, marcada por transformaciones estructurales en la economía mundial, traza el contorno transnacional del *capital*. Se trata de capital no en su definición económica convencional como factor de producción, o como el coste de los insumos para producir un determinado producto. Más bien, denota una forma de integración, una forma específica de organizar la vida material que une a las diversas economías del mundo en un todo interdependiente mayor que la suma de sus partes. Todo esto se transforma estructuralmente a lo largo del tiempo. Las respuestas de las diferentes sociedades a los problemas globales que esto presenta, a su vez, influyen e impactan aún más en la evolución de ese contexto más amplio, un proceso de retroalimentación histórica cuyos efectos definen el arco de la historia moderna. El problema específico del crecimiento, que afecta a casi todos los aspectos de la vida en las sociedades capitalistas, convierte gran parte de la política en un intento perpetuo de gestionar el proceso de integración en un sistema mundial capitalista en crisis.

Según he argumentado antes, la visión liberal del mundo ve el crecimiento económico como un hecho natural. Ya sea que el crecimiento esté mediado por la oferta y la demanda

28. CONRAD, *What Is Global History?*, p. 67.

—el mercado— o por un gobierno activista —el Estado—, las sociedades modernas simplemente crecen, el comercio se expande, la gente se enriquece. A medida que aumentan los ingresos, los niveles de vida mejoran. Evidentemente, señala el economista, el crecimiento es algo bueno, por lo que debemos centrar nuestra atención en las condiciones que mejor lo apoyen. Los mercados abiertos, el imperio de la ley que protege la propiedad privada, la libre circulación de dinero y mercancías, el afán de lucro como recompensa por asumir riesgos, factores como estos preparan el escenario para la iniciativa empresarial, el corazón de las economías capitalistas. Pero todo esto aborda la pregunta de «¿cómo?», en lugar de «¿por qué?», ignorando la rareza inherente a la noción de expansión sin fin. Después de todo, ¿por qué las sociedades deberían esperar crecer sin cesar? ¿Por qué es necesario el crecimiento perpetuo? Al fin y al cabo, ¿qué es exactamente el «crecimiento económico»? ¿Y por qué tiene que tomar la forma que tiene, es decir, la acumulación constante e inquieta de mercancías, de cada vez más productos y servicios vendidos por dinero? ¿Cuál es el objetivo? Plantear estas preguntas al economista medio sería como preguntarle a un sacerdote de la antigua Sumeria por qué el dios Enlil controla la fertilidad de la tierra. Después de mirarte con perplejidad, el sacerdote probablemente te respondería que simplemente lo hace, y que lo importante es hacer lo que sea necesario para apaciguarlo, para que la cosecha sea abundante. Nosotros, los modernos, debemos satisfacer por encima de todo a los dioses del crecimiento.

Pero tomarse en serio estas preguntas significa dejar de lado las sutilezas teológicas de la economía académica. La dinámica expansiva de la sociedad moderna, su forma específica de crecimiento y las instituciones que la apoyan están en realidad arraigadas en acuerdos sociales históricamente únicos, aunque se presuponen como naturales en el pensamiento

económico y en la teoría política liberal construida sobre ellos. Desde principios del siglo XIX, la mayoría de la humanidad ha sido gradualmente arrastrada a la órbita de un mercado mundial cuyo tempo marca el ritmo y moldea la sustancia de su vida laboral, constriñendola en todas partes hasta adoptar la misma forma básica. En esta forma, el propósito principal del trabajo no es producir los propios medios de subsistencia, ni producir cosas o servicios que sean directamente útiles para la sociedad, sino más bien producir un excedente de dinero para el negocio para el que uno trabaja. En este sistema de clases, se producen bienes útiles, por supuesto, pero el hecho de que se produzcan o no es secundario a la necesidad más profunda de obtener beneficios. Sin ganancia no hay inversión, y sin inversión no hay trabajo.

El propietario, entonces, se ve obligado a aumentar su excedente reinvirtiéndolo de nuevo para producir un mayor rendimiento. Esto es el capital: el ciclo de inversión, ganancia y reinversión sobre una base expansiva. Nótese la naturaleza contradictoria de esta situación: las necesidades materiales y psicológicas de las personas —aquellas cuyo trabajo produce las ganancias— están subordinadas a la necesidad capitalista del crecimiento sin importar el qué, a la necesidad constante de más ganancias sin importar el coste para la salud humana, la cultura o la naturaleza. Cuanto más se sacrifican las necesidades humanas y ecológicas a los dioses del crecimiento, más inestable se vuelve la sociedad y más socava el impulso incondicional de lucro las condiciones para la obtención de beneficios. Al mismo tiempo, la sociedad depende del ciclo del capital para proporcionar empleo, ingresos y recursos, en resumen, para reproducirse materialmente. Cuando el ciclo se ralentiza, la sociedad se desmorona y comienza a desintegrarse. El resultado es una forma inherentemente caótica de vida económica constantemente acosada por la crisis. No obstante, la organización general del trabajo para

la producción y reinversión del capital, su acumulación, es el motor interno del mercado mundial. Porque la premisa básica del capital es el crecimiento sin fin, por lo que el mercado debe expandirse sin límite hasta cubrir todos los rincones del planeta.

Hasta principios del siglo XX, los países industrializados y sus periferias coloniales habían estado unidos, durante varias generaciones, en un orden económico mundial definido por amplios flujos transfronterizos de personas, dinero y productos básicos. La era clásica del capitalismo liberal, a veces periodizada de 1789 a 1914 como el «largo siglo XIX», fue ampliamente imaginada por sus gobernantes burgueses como una de movimiento firme hacia el progreso histórico.²⁹ A pesar de los reveses ocasionales, la historia, la ciencia, la industria y las leyes naturales y autorreguladoras del mercado trabajarían en conjunto para repartir los beneficios de la civilización moderna a todos. El progreso era inevitable. La confianza histórica de la burguesía en este período fue plasmada de manera evocadora en las grandes Exposiciones Universales de la segunda mitad del siglo XIX: espectáculos masivos y extensos que encarnaban la ideología del progreso en sus exhibiciones que mostraban los muchos logros científicos y tecnológicos de la época.

Sin embargo, debido a la enorme concentración de inversión requerida por el capitalismo industrial, las grandes potencias —principalmente el Reino Unido, Estados Unidos, Francia, Alemania y Japón— finalmente buscaron aumentar la rentabilidad de sus empresas en busca de nuevos mercados

29. La periodización del «largo siglo XIX» fue propuesta por Eric Hobsbawm, que abarca el período en los tres primeros libros de su monumental historia del mundo moderno: *The Age of Revolution: Europe, 1789-1848* (New York, 1962), *The Age of Capital, 1848-1875* (New York, 1975) y *The Age of Empire, 1875-1914* (New York, 1987).

con materiales y mano de obra más baratos en el extranjero. Sus aventuras imperialistas generalmente implicaban la subyugación salvaje de las poblaciones locales en el sur y el este de Asia, África y el Pacífico Sur a través de la conquista militar, de modo que pudieran organizarse como una fuerza de trabajo explotable cuyos productos pudieran ser importados a bajo precio por el país de origen, y cuyos salarios pudieran comprar sus exportaciones. Los apologistas imperiales lo bendijeron todo como una «misión civilizadora» que llevaría los beneficios de la sociedad burguesa a los pueblos atrasados de los territorios coloniales. Como pasa ahora, el imperialismo había sido elegido como la otra cara del progreso civilizatorio. Alguna versión de la narrativa del progreso era la moneda ideológica común de todos los países industrializados que, independientemente de su complejión política local o de su forma de gobierno —liberal o tradicionalista, república o monarquía— se vieron obligados a adoptar la misma economía política de industria pesada impulsada por la manufactura, el comercio liberalizado y el acceso exclusivo a los mercados de ultramar a través de las posesiones imperiales. Para usar la jerga que los opinólogos de hoy entenderían fácilmente, esto era la «Globalización 1.0».

Por supuesto, como la palabra lo indica, esta civilización internacional era un conjunto de naciones individuales. Con el tiempo, las fuerzas centrífugas del nacionalismo destrozarían esta primera iteración de la sociedad capitalista global. Conforme la depresión industrial envolvía a las economías avanzadas hacia el comienzo del siglo XX, el fortalecimiento del proteccionismo estimuló el surgimiento de una formación de reacción complementaria: la creencia en la identidad única y singular de cada «pueblo», que lo distingue esencialmente de todos los demás. A medida que los gobiernos hicieron caso omiso de las panaceas del libre comercio en favor de medidas proteccionistas más agresivas, inevitables en un

mercado mundial estrechamente competitivo, desmantelando así los lazos de dependencia económica en la búsqueda de una economía nacionalista, también avivaron las brasas de la reacción nacionalista. La historia del progreso, al igual que hoy, comenzó a parecerse más a un descenso a una barbarie exclusivamente moderna. Llegado 1914, esas brasas estallaron en una llamarada que consumió al mundo capitalista.

En la larga secuencia de conflictos y depresiones mundiales que duró desde la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo liberal clásico se desintegró en una vorágine de fuego y sangre. A raíz de dos rondas de guerra total a escala global, un período que algunos historiadores clasifican como la «Segunda Guerra de los Treinta Años», que pusieron fin a la destrucción económica sin precedentes provocada por la Gran Depresión, surgió una nueva economía política, supuestamente corrigiendo los fracasos catastróficos de su predecesora. Durante las décadas centrales del siglo XX se produjo un nuevo consenso en todo el mundo desarrollado, y ahora también en el poscolonial. Invirtiendo las certezas del período liberal clásico, los mercados no regulados se consideraban ahora casi de forma unánime inherentemente destructivos. Ahora bien, el camino a seguir para las sociedades modernas pasaría por las economías nacionales semiplanificadas y los Estados de bienestar cada vez más generosos que proporcionaban, la llamada «economía mixta» que combinaba la planificación estatal con los mercados privados regulados. En lugar de la competencia individualista, la ideología popular celebraba un nuevo igualitarismo, centrado en la responsabilidad de los gobiernos para proveer al bienestar de todos sus ciudadanos. Las élites, por su parte, creían ampliamente que la tendencia periódica del capitalismo a descender a crisis prolongadas que amenazaban la civilización podría ser des- terrada a través de la gestión científica de la economía. Una

vez más, la tendencia fue universal, formando la base mundial de legitimidad para las democracias representativas de Occidente, la los llamados países comunistas de Oriente, y las políticas industriales dirigidas por el Estado de los países en proceso de descolonización. Durante varias generaciones, parecía que el «problema económico», como lo llamó John Maynard Keynes, había sido resuelto de una vez por todas.

Todo esto también era una ilusión. El paradigma gestionado por el Estado, a su vez, se estrellaría en los bajíos de una espiral inflacionaria que envolvió el núcleo industrial de la economía mundial en la década de 1970. Su colapso precipitaría otra crisis global que eventualmente, en la década de 1980, permitió el resurgimiento de los ideales decimonónicos de supremacía de mercado e individualismo extremo que todos, excepto los chiflados más obstinados, habían pensado que eran los artefactos muertos de una fase más primitiva de la sociedad. El escenario fue para un nuevo tipo de internacionalismo liberal —el neoliberalismo— que se construirá sobre las ruinas del capitalismo regulado por el Estado. Esta época, la Globalización 2.0, fue el mundo que Friedman plasmaría tan poéticamente.

Avancemos unos treinta años más o menos hasta el presente. Volviendo la vista atrás desde el actual renacimiento neonacionalista, en el crepúsculo de la Globalización 2.0, está claro que la historia global ha sido definida, como un péndulo, por oscilaciones dramáticas entre períodos de apertura internacional y cierre nacional, ambos acompañados de cambios generales en el tenor del pensamiento de las élites y la ideología de masas. El momento nacionalista actual, que se remonta conscientemente a la edad de oro de mediados de siglo del capitalismo administrado, es así una repetición con una diferencia, tal como lo había sido el neoliberalismo con respecto a la primera forma de globalización. Y así como

los expertos han estado seguros muchas veces antes sobre las características atemporales de un acuerdo temporal, el consenso actual en torno a la necesidad de regresar al Estado-nación lo ve como la única opción viable para redimir los innegables fracasos de la globalización. La sociedad está condenada a un presente eterno de gestión de crisis. Como dijo Marx una vez: «El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista se le revela al burgués práctico, de la manera más contundente, durante las vicisitudes del ciclo periódico que recorre la industria moderna y en su punto culminante: la crisis general».³⁰ La crisis graba sus lecciones en los cerebros de la clase dominante, independientemente de lo que pensarán que sabían.

30. MARX, «Posfacio a la 2ª edición (enero de 1873)», *El Capital: Crítica de la Economía Política*, vol. i, traducción y edición de Pedro Scaron (Siglo XXI 2002), p. 20.

2. Las mareas¹

El término moderno «crisis» proviene del antiguo verbo griego *krinein*, hacer un juicio para que una decisión se puede tomar. Su sustantivo relacionado, *krisis*, es el momento crítico en el que uno debe decidir bajo circunstancias peligrosas o inestables. En la medicina antigua, la palabra tenía un significado biológico, ya que describía la enfermedad de un organismo y la posterior recuperación de una condición patogénica. En el tratamiento médico, la *krisis* se presentaba en el curso de la enfermedad, lo que indicaba el punto de inflexión en el que un paciente comenzaba a recuperarse mediante el proceso de curación natural, eventualmente volvía a la salud, o comenzaba a morir. Nuestro sentido de la palabra «crisis» hoy en día conlleva este sentido de aflicción y tratamiento, de la necesidad de resolver una desviación peligrosa de una situación que de otro modo sería saludable o normal.

El uso médico de «crisis» es paralelo a su significado en el arte dramático. En la tragedia clásica, la crisis es el momento de la ruptura, cuando los personajes descubren que su destino está gobernado por un enfrentamiento de verdades inconmensurables, de un conflicto irresoluble entre fuerzas suprahumanas que se desarrolla a través de la acción de la trama. Este choque es la perdición de los protagonistas de la historia, a menos que puedan preservar de alguna manera su libertad desechando los viejos mitos para rehacerse a sí mismos a imagen y semejanza de algo nuevo: nuevas leyes,

1. NdT: En el original, el autor usa la palabra «resaca» [*undertow*] en el sentido de las corrientes de agua que fluyen hacia el mar después de que una ola rompa en la playa, arrastrando a los nadadores hacia el océano, no como una resaca de una borrachera. Para evitar confusiones, se ha optado por traducirlo como «mareas».

nuevas instituciones, nuevos mitos. El hilo conductor es el punto de inflexión crítico dentro de un proceso más amplio de cambio, una calamidad general que pone en tela de juicio la existencia humana, pero también abre una ventana de tiempo en la que es posible algún tipo de resolución. La recuperación, la libertad, una forma diferente de vivir; lo nuevo, si ha de llegar, emerge de esta ventana.

El filósofo y militante socialista italiano Antonio Gramsci logró evocar todas estas ideas en su conocida descripción de las crisis que aquejan a las sociedades capitalistas. «A veces ocurre una crisis que dura décadas», observó mientras estaba encerrado por el régimen fascista a principios de los años 30. «La duración excepcional significa que se han revelado contradicciones estructurales incurables y que, a pesar de ello, las fuerzas políticas que luchan por conservar y defender la propia estructura existente están haciendo todo lo posible para curarlas, dentro de ciertos límites, y para superarlas».² Estas son las fuerzas de la reacción, que se apresuran a preservar las jerarquías tradicionales de un mundo condenado incluso cuando se está cayendo a pedazos. La actitud reaccionaria hacia la crisis está bien plasmada en el famoso dicho: «si queremos que las cosas sigan como están, las cosas tendrán que cambiar», dijo un personaje aristocrático en *El gatopardo*, la novela clásica de uno de los contemporáneos de Gramsci, el aristócrata Giuseppe Tomasi di Lampedusa. Si los socialistas creen en la posibilidad de resolver el callejón sin salida en un nuevo acuerdo social, uno en el que la economía no tendría que funcionar con un excedente extraído de una clase subalterna, entonces la derecha política pretende preservar los privilegios existentes de los poderosos en un orden moribundo, cueste lo que cueste. Esta paradoja de la

2. ANTONIO GRAMSCI, *Selections from the Prison Notebooks*, trad. Geoffrey Nowell-Smith y Quentin Hoare (Nueva York, 1971), p. 178

experimentación en aras de la preservación, introduciendo lo nuevo para preservar lo obsoleto, es el desarrollo clave de la política de derecha en todo el mundo durante la última década.

MAREAS GLOBALES

Actualmente estamos viviendo un hiato como el que describió Gramsci. La globalización ha fracasado, pero el régimen social que representaba —la dominación corporativa de la sociedad en todos niveles— se mantiene inalterada. Enfrentadas a una reacción popular y desesperadas por encontrar nuevas estrategias para mantener el orden, las élites políticas de todos los países han vuelto a las nociones de Estado activista para reasegurar su legitimidad, es decir, la base ideológica del absolutismo corporativo. Como resultado, uno de los síntomas más visibles del actual interregno es el neonacionalismo febril que se ha extendido por el mundo en los últimos doce años. La noción de que la globalización puede ser cancelada o revertida hacia algún estadio previo es el *leitmotiv* de la política en los 36 países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Asumiendo diferentes formas en diferentes contextos, la deriva general del mundo hacia un renacimiento nacionalista es a estas alturas un hecho consumado.

Comenzando con un ejemplo, consideremos el interminable espectáculo del Brexit. En un resultado no previsto por el gobierno conservador del país, un referéndum popular de 2016 sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea arrojó una mayoría muy ajustada de votos del no. Alabado tanto por los «brexiters» de la derecha como por algunos «lexiters» de la izquierda, este resultado inesperado se convirtió en una noble campaña para arrebatar la soberanía

a los intrigantes burócratas de la UE y devolvérsela al pueblo británico. Al repudiar a los tecnócratas de Bruselas, el Brexit iba a iniciar una nueva y brillante era de grandeza y autodefinición para la antigua nación imperial. Tal vez podría reabrir la puerta a una renovada anglosfera mundial de zonas comerciales y cooperación en materia de defensa, haciéndose eco de los días del Imperio. En cambio, casi todos los indicadores macroeconómicos del país se han desplomado drásticamente desde que comenzó el espectáculo tragicómico.³ Por supuesto, eso no ha impedido que los residentes más ricos del país acumulen aún más riqueza desde que tuvo lugar el referéndum, un efecto deseado, no un error, para la derecha del Brexit.⁴

La nostalgia por la grandeza imperial no se limita a las Islas Británicas. Los conservadores británicos comparten el ideal de un dominio imperial con Vladimir Putin, el presidente ruso, que se toma el proyecto de una rusosfera restaurada lo suficientemente en serio como para haber lanzado una invasión terrestre de Ucrania con el objetivo de forjar una zona de influencia similar al antiguo Imperio Ruso.

El Brexit es más que nada un mal chiste, mientras que la guerra en Ucrania es alocadamente seria, pero tanto el expresidente ministro de Reino Unido, Boris Johnson, como Putin creen en la posibilidad de un nuevo imperio construido sobre las ruinas de la globalización.

3. Desde 2015, el Reino Unido ha vivido el crecimiento del PIB más lento, y la inflación más alta, de Europa occidental. Véase MARTIN WOLF, «Boris Johnson Must Embrace the Brexit He Made», *Financial Times*, www.ft.com, 17 de mayo de 2022.

4. TOM METCALF, «Richest in Britain Got €25bn Richer Since the Brexit Vote», *Irish Examiner*, www.irishexaminer.com, 11 de mayo de 2019.

En Europa occidental, un centro político asediado mantiene un control precario sobre el gobierno, después de haber luchado contra los desafíos electorales de izquierda y derecha hasta alcanzar un punto muerto. Las coaliciones de gobierno lideradas por partidos tradicionales de centroizquierda ocupan el poder en España y Alemania, mientras que el centroderecha gobierna los Países Bajos.⁵ Francia ofrece una ventana especialmente clara a la dirección de los gobiernos centristas en un mundo posglobalizado. La constante deriva hacia la derecha del centro es claramente visible en la presidencia «jupiteriana» de Emmanuel Macron, una figura destacada en el llamado a controles estrictos en la frontera europea para detener la migración hacia la UE, una nueva Fortaleza Europa para una era posglobalizada.

Apoyado por alrededor de una cuarta parte de la población francesa, pero amado por los expertos del *establishment* de todo el mundo, Macron afirma no representar ni a la izquierda ni a la derecha tradicionales, sino a un centro ilustrado, que en la práctica es una especie de híbrido que fusiona la tecnocracia neoliberal con un gobierno personalizado de arriba hacia abajo. Su énfasis en el orden, la seguridad y el libre mercado, mezclado con una política exterior neocolonial, particularmente en la región del Sahel de África Occidental, lo convierten en el rostro de un nuevo tipo de liberalismo autocrático. Tras su elección a la presidencia francesa en 2017 el exbanquero declaró que «Francia necesita un rey» y que tal gobernante es necesario para llenar el «vacío» de

5. **NdE:** El libro fue escrito antes de la llegada al gobierno del ultraderechista PVV en los Países Bajos en 2023, del colapso de la coalición de gobierno en Alemania en 2024 y las posteriores elecciones de 2025, y, a fecha de hoy [julio de 2025], aún no sabemos cuándo puede colapsar el frágil gobierno de coalición español o la minoría de Macron en Francia.

la democracia francesa.⁶ Poco después, su gobierno declaró efectivamente un estado de emergencia permanente al aprobar un conjunto de poderes de emergencia antiterroristas, poderes que pronto se utilizaron para reprimir las manifestaciones populares en 2018 y 2019. Su partido, Renaissance —antes, La République en Marche!—, ha introducido una legislación para reducir el tamaño del parlamento, supuestamente para hacer que el gobierno sea más empresarial y se acerque más a la «república contractual» que Macron ha invocado como su modelo ideal.

La alta inflación mundial ha provocado algunas revisiones de este modelo. Por ejemplo, Macron también ha respaldado la «planificación económica», diciendo que el gobierno francés tendrá que tomar medidas el control de empresas clave en el sector energético del país para fortalecer su independencia económica.⁷ Podría parecer incoherente que un régimen que se presenta como un campeón liberal del libre mercado plantee el control estatal de la industria, o que militarice la seguridad fronteriza mientras ensalza los derechos humanos del individuo. De hecho, tales contradicciones reflejan la deriva cada vez más autocrática e incoherente del liberalismo contemporáneo. En este sentido, Macron es realmente el rostro del futuro.

Más al este, el subcontinente indio ha progresado constantemente por un camino de furia nacionalista mayoritaria alimentada por el fanatismo religioso interno. Envalentonado por su primer ministro, Narendra Modi, quien tiene profundos lazos con el movimiento ultraderechista Hindutva, el

6. ELEANOR HALLS, «Emmanuel Macron says France needs a King», *GQ*, www.gq-magazine.co.uk, 9 de mayo de 2017.

7. WILLIAM HOROBIN y FRANCOIS DE BEAUPUY, «Macron Says France Must Regain Control of Some Energy Firms», *Bloomberg*, www.bloomberg.com, 17 de marzo de 2022.

nacionalismo hindú se ha convertido en una de las estrategias clave del gobierno para mantener la legitimidad en una economía estancada donde la inversión pública y privada ha estado disminuyendo durante más de una década.⁸ Virulentamente xenófoba, la ideología de Hindutva proclama la superioridad racial de la cultura hindú tradicional de la India frente a sus innumerables minorías sociales y religiosas, sobre todo frente a la población musulmana del país. Pero su hostilidad no se limita de ninguna manera a los musulmanes: Ajit Doval, asesor de seguridad nacional de la India, ha descrito a la India como el lugar de una guerra estratégica entre «el pueblo», que ha dado su mandato democrático al gobierno, y la «sociedad civil», definida como artistas, intelectuales, activistas, prácticamente cualquier persona crítica con el régimen del partido Bharatiya Janata (BJP) de Modi.⁹ Ante la creciente inestabilidad derivada del deterioro de la economía, el gobierno aviva el conflicto entre su mayoría electoral y el resto del país. Se puede observar un patrón similar de chovinismo mayoritario en Turquía, donde el gobernante Partido de la Justicia y el Desarrollo, liderado por Recep Tayyip Erdoğan, presenta la situación política como un conflicto entre su mayoría electoral y los enemigos internos y externos de Turquía. Estos enemigos se definen como una alianza de disidentes nacionales de cualquier tipo

8. Sobre el agotamiento de las inversiones en India: R. NAGARAJ, «India Derailed: A Falling Investment Rate and Deindustrialisation», *India Forum*, www.theindiaforum.in, 21 de febrero de 2023; VRISHTI BENIWAL y MALAVIKA KAUR MAKOL, «India's World-Beating Growth Hides Troubling Investment Trend», *Bloomberg*, www.bloomberg.com, 11 de enero de 2022, y ABHISHEK GUPTA, «India Insight: Post-Election, Revive Capital Expenditure or Risk Decline», *Bloomberg*, www.bloomberg.com, 16 de mayo de 2019.

9. ARJUN APPADURAI, «Modi and His Brand of Hindutva Are Direct Descendants of the British Raj and Its Policies», *The Wire*, <https://thewire.in>, 13 de diciembre de 2021.

y saboteadores financieros extranjeros, a menudo identificados explícitamente como judíos. El neo-otomanismo es la consigna en Turquía, ya que Erdoğan, con su llamativo y colosal palacio presidencial en Ankara, su política exterior militarista y sus guerras culturales islamistas, intenta expandir la esfera de influencia de la nación conjurando el legado de ese imperio muerto hace mucho tiempo.

Las tendencias a la baja en el crecimiento mundial también han avivado las tensiones en Asia oriental, desembocando en una rivalidad neomercantilista acompañada, como cabría esperar, de una creciente hostilidad nacional. Bajo una serie de primeros ministros conservadores, empezando por el difunto Shinzo Abe, que ven en el retorno a los valores familiares y militaristas tradicionales la clave para el renacimiento nacional, Japón ha aplicado tácticas cada vez más agresivas contra sus socios comerciales regionales en un intento de reactivar su economía. Estas han incluido prohibiciones a la exportación de ciertos bienes intermedios a Corea del Sur, prohibiciones orientadas a socavar la competitividad de ese país en la fabricación de alta gama, en particular el importantísimo sector de los semiconductores. Las prohibiciones se produjeron después de que el Tribunal Superior de Corea decidiera que un importante productor de acero japonés, Nippon Steel, debía pagar una suma sustancial a las familias de los trabajadores coreanos reclutados para trabajos forzados bajo la administración colonial de Japón hace un siglo. Así, la guerra comercial está agravando las tensiones latentes entre los dos países derivadas de la brutal ocupación japonesa de la península coreana en la primera mitad del siglo XX.

Ensombreciendo el conflicto entre Japón y Corea está el ascenso de su gigante vecino al estatus de potencia mundial. Bajo el liderazgo de Xi Jinping, presidente de la República de China y secretario general del Partido Comunista Chino,

el gobierno ha vuelto a centralizar gradualmente el control sobre su economía después de varias décadas de liberalización económica y política tras el final de la primera Guerra Fría. Para confrontar la amenaza de un Occidente hostil y beligerante se requiere armonía nacional, dice el discurso oficial; así, China podría asegurar su asiento histórico en la mesa mundial después de la catástrofe conocida en China como el «siglo de la humillación» en el que el país fue dividido a manos de los ocupantes coloniales y repartido entre ellos como feudos. Invocando un sentido étnico de identidad nacional arraigado en la cultura china Han, el liderazgo chino presenta esta confrontación como un choque de civilizaciones, como hace Estados Unidos, solo que de manera inversa: China defiende la igualdad de oportunidades en el desarrollo global, los derechos de los países pobres a perseguir el desarrollo como mejor les parezca, y la paz internacional, que los Estados Unidos están interrumpiendo.¹⁰ La búsqueda de la paz, como tantas veces, implica modernizar el ejército y expandir el gasto en defensa para prepararse para un conflicto abierto. Los preparativos tienen lugar, al igual que en los Estados Unidos, en un contexto de desaceleración de las tasas de crecimiento.

Naciones agitadas, Estados agresivos, el ritmo constante de los tambores de guerra en la distancia: estas son las cuestiones de un mundo fracturado. Los dirigentes políticos de prácticamente todos los países sueñan con restaurar la grandeza sobre la base de los ideales y la memoria del pasado; pocos tienen algo esperanzador o prometedor que ofrecer para las visiones del futuro. De hecho, el futuro ha sido prácticamente excluido en el confuso discurso público de

10. Sobre la retórica de China en la confrontación con Occidente: JAKE WERNER, «The Sources of China's Vision for Global Economic Governance», *Boston University Global Development Policy Center*, www.bu.edu, 9 de septiembre de 2021.

la mayoría de los países de hoy. Hay notables excepciones a esto. En China y Francia, la ideología de modernizar el progreso hacia un futuro mejor sobrevive a costa de la escalada de la xenofobia y la represión interna. En Alemania, donde el lema de la coalición gobernante es «Átrévete a progresar» [*Mehr Fortschritt wagen*], la modernización significa vincular las perspectivas de lucha contra el cambio climático al libre mercado radical y a una política exterior beligerante, sin precedentes en la Alemania de la posguerra. En todos los casos, una elección forzada entre el anhelo nostálgico de un pasado perdido y una parodia distópica del progreso es el futuro que ofrece el neonacionalismo. Originalmente formulado en medio de los nubarrones de guerra de la década de 1930, el interregno de Gramsci, repleto de síntomas mórbidos, describe perfectamente la situación mundial actual.

COLAPSO ESTADOUNIDENSE

El psicodrama de la política en Estados Unidos es una puesta en escena especialmente colorida de una tendencia mundial. Las corrientes ideológicas que giran en torno al expresidente Donald Trump son un ejemplo de ello.¹¹ Como es bien sabido, el trumpismo se remonta a una época en la que se suponía que Estados Unidos era grande, prometiendo volver a poner los intereses nacionales en primer lugar oponiéndose a los oscuros «globalistas» y a su principal co-conspirador, China. Superponiéndose en gran medida con el nacionalismo cristiano estadounidense tradicional, la victimización y la venganza son sus temas principales, localizando la culpa del malestar del país en una demonología que presenta a China y a financieros judíos como George Soros como villanos

11. **NdE:** De nuevo, el libro fue publicado antes de las elecciones de 2024... y de la victoria de Trump.

principales, que en la imaginación trumpista comandan una variedad de secuaces, incluidos demócratas, profesores universitarios, maestros de escuelas públicas, inmigrantes, antifas y activistas de Black Lives Matter, por nombrar solo algunos. Como visión del mundo, el drama del trumpismo se centra en la confrontación entre estos personajes malvados y los patriotas estadounidenses de sangre roja que guardan los valores tradicionales de la religión, el patriarcado y la familia burguesa. Para los verdaderos creyentes, esta es una lucha milenarista con lo demoníaco al borde del fin de los tiempos. Para ellos, el conflicto comercial no es más que una forma de continuar la batalla espiritual, que es el verdadero frente de la guerra.

Si bien toda la ideología del trumpismo se limita a una minoría mayoritariamente blanca y cristiana de la población, la situación es distinta para su narrativa comercial y de política exterior, que desde entonces se ha convertido en la corriente principal. Esto no sucedió fácilmente. Durante su mandato, el propio Trump se había convertido en el centro de un amargo conflicto entre facciones opuestas de la clase dominante, lo que pone de manifiesto una grieta dentro de los EE. UU. Su constante énfasis en el conflicto con China, por muy a medias que fuera, y su derogación del «ridículo» liderazgo de las agencias de seguridad nacional enfurecieron al arraigado *establishment* de la política exterior y los servicios de inteligencia.¹² Sus sugerencias de un acercamiento con el

12. PAMELA ENGEL, «“Ridiculous”: Donald Trump Dismisses CIA Director’s Stance Against Waterboarding», *Business Insider*, www.businessinsider.com, 11 de abril de 2016. La complicada relación de Trump con la «comunidad de inteligencia» comenzó con su franqueza, escandalosa para un candidato republicano en aquel momento, sobre la invasión estadounidense de Irak, «una de las peores decisiones de la historia del país», como dijo en 2016. IAN SCHWARTZ, «Trump on Iraq: How Could We Have Been So Stupid? “One of the

presidente ruso Vladimir Putin, en particular, sobrepasaban las líneas rojas de una facción cuya principal responsabilidad es mantener las condiciones del militarismo global estadounidense, un pilar crucial de su poder internacional y la principal fuente de lucrativos contratos para su enorme industria armamentística.

Al mismo tiempo, su lealtad a las élites empresariales, a las que recompensó con uno de los mayores recortes de impuestos de la historia en 2018 y la promesa de nuevos mercados y acuerdos comerciales favorables, hicieron que el hombre naranja se ganara el cariño de las empresas estadounidenses. El único problema era el propio Trump, que era simplemente demasiado extraño y temperamental como para que los administradores del imperio estadounidense lo mantuvieran en el poder.

Ese problema se resolvió pronto. Desde la salida de Trump en 2020, el conflicto dentro de la clase dominante estadounidense ha sido parcialmente silenciado, ya que todas las partes han llegado a un nuevo *modus vivendi*. La hostilidad arraigada hacia China se ha solidificado en el consenso de la élite política estadounidense, reuniendo a republicanos y demócratas, ultraderechistas y centristas liberales en una causa común. Tomando la antorcha de Trump, la administración Biden remodeló los principios del trumpismo en un proyecto más reconociblemente liberal.

El conflicto comercial que comenzó de manera incompetente bajo su predecesor se ha transformado desde entonces en una guerra tecnoeconómica total, llevada a cabo unilateralmente por los Estados Unidos, pero disfrazada de una lucha civilizatoria entre los principios opuestos de la democracia y la autocracia.

Worst Decisions in the History of the Country”», *RealClearPolitics*, www.realclearpolitics.com, 17 de febrero de 2016.

La afinidad electiva entre los centristas liberales y los extremistas de derecha para buscar un conflicto abierto con China tiene sus raíces en la misma ansiedad, que es que Estados Unidos se ha vuelto débil, dividido y sin un mayor sentido de propósito. Como el opinólogo Matthew Yglesias reflexionó en uno de sus profundos pensamientos: «la política anti-China podría ser el proyecto nacional unificador que necesitamos».¹³ Un vistazo al archivo editorial del *Washington Post*, un órgano del Partido Demócrata propiedad de Jeff Bezos, y del *Wall Street Journal*, propiedad de Rupert Murdoch, bastión del conservadurismo estadounidense, genera una avalancha obsesiva de artículos que reclaman todos lo mismo: la necesidad de «vencer» a China, un objetivo cuyo significado casi nunca se aclara.

Fox News y MSNBC, supuestamente polos opuestos, hablan al unísono sobre la necesidad de que Estados Unidos sea duro con China. Apoyándose en un *establishment* mediático complaciente para cubrir a la población con propaganda anti-China, los líderes estadounidenses, por lo demás sin ideas, han decidido que una campaña de adoctrinamiento masivo es la mejor oportunidad que tienen para restaurar su legitimidad doméstica.

¿Por qué Washington ha adoptado esta nueva posición beligerante? ¿Y por qué ahora? Esto no es tan difícil de responder. Al más alto nivel, la clase política recibe sus órdenes de un sector corporativo que, en interés de sus márgenes de ganancia, ha decidido que ha llegado el momento de un conflicto abierto con China. Desde principios de la década de 1990 hasta alrededor de 2010, las corporaciones estadounidenses, lideradas por Wall Street, se beneficiaron generosamente del

13. MATTHEW YGLESIAS, *Twitter*, www.twitter.com, 4 de junio de 2018. El tuit ha sido borrado, pero aún se pueden encontrar capturas de pantalla del mismo.

acceso a los mercados chinos.¹⁴ Esta fue una relación mutuamente beneficiosa que fue enormemente rentable para las empresas multinacionales estadounidenses, que, como condición para el acceso, firmaron libremente acuerdos contractuales para compartir su tecnología con empresas chinas. Mientras esta relación entre las empresas estadounidenses y China estaba en vigor, el ala de seguridad nacional de los EE. UU. fue ahogada por una avalancha de ganancias corporativas. Pero a raíz de la Gran Recesión, estas mismas empresas chinas se convirtieron gradualmente en rivales de sus invitados extranjeros, reduciendo sus márgenes de beneficio al superarlos en los mercados locales y extranjeros.

El punto de inflexión en la política estadounidense se produjo cuando las corporaciones más poderosas de Estados Unidos comenzaron a ver a China no como un mercado, sino como un competidor que socava sus intereses. Como observa el sociólogo Ho-Fung Hung, «detrás de la creciente voluntad de Estados Unidos de contrarrestar la expansión económica y geopolítica de China durante las administraciones de Obama y Trump [y ahora, podemos agregar, durante la de Biden] está la misma condición estructural que enfrentan las corporaciones estadounidenses: la administración». Lejos de ser una gran lucha por la libertad o la democracia, el conflicto con China tiene que ver con mantener la rentabilidad del capital estadounidense.

Aun así, el imperativo de defender los intereses de las grandes empresas presenta una cierta disonancia cognitiva para los mejores y los más brillantes de Estados Unidos. Según la opinión de la élite de los Estados Unidos, la democracia liberal y los mercados libres son naturalmente superiores a las economías de planificación centralizada. El comunismo

14. HO-FUNG HUNG, «The U.S.-China Rivalry Is About Capitalist Competition», *Jacobin*, www.jacobin.com, 11 de julio de 2020.

siempre estuvo condenado al fracaso, supuestamente, porque no puede funcionar: es demasiado ineficiente, demasiado corrupto, demasiado irracional, va en contra de la naturaleza humana, etc. Ahora, vergonzosamente, los líderes estadounidenses afirman que Estados Unidos, la superpotencia capitalista por excelencia, está en peligro de ser derrotada por un país que se identifica a sí mismo como «comunista».

Esto es una mala imagen, como dirían los consultores. ¿No se suponía que el comunismo era un fracaso total? Después de todo, ¿estaba la élite tremendamente equivocada acerca de la viabilidad de las economías planificadas? Una fábula moral tranquilizadora reconcilia la contradicción: como país autoritario, China solo podría haber alcanzado su estatura actual haciendo trampa en el sistema internacional, manipulando injustamente su moneda y el robo de tecnología estadounidense. O, en la imaginación trumpista, ayudando a la élite cosmopolita y desarraigada a traicionar a Estados Unidos, abandonándolos por China, obviando que la participación corporativa de EE. UU. con China simplemente sigue las leyes del mercado capitalista, buscando los rendimientos más rentables de sus inversiones.

Para ambos bandos, la inocente América fue víctima de conspiranoias chinas, una ficción conveniente que identifica a un enemigo nacional al que culpar de la decadencia estadounidense mientras ignora su fuente: el agotamiento del sistema económico que ha conectado al mundo bajo el imprimátur¹⁵ del poder estadounidense durante los últimos setenta años.

15. **NdE:** Un imprimátur es una declaración oficial de la jerarquía de la Iglesia católica de que una obra literaria o similar está libre de error en materia de doctrina y moral, y se autoriza por lo tanto su lectura para los fieles. Por extensión del uso eclesiástico, la expresión se aplica en el lenguaje político para indicar que un programa, una

ENTROPÍA

Durante aproximadamente las primeras tres décadas después del fin de la Segunda Guerra Mundial, las ricas economías de América del Norte, Europa Occidental y Japón experimentaron un largo auge de expansión rápida y sincronizada, a medida que el mundo capitalista se reconstruía con la generosa ayuda estadounidense y la inversión extranjera. Protegido por la seguridad de EE. UU., el comercio mundial prosperó durante la Guerra Fría, impulsado por una economía internacional basada en el dólar, que a su vez estaba respaldada por el oro. En el corazón del bloque liderado por Estados Unidos, que también incluía a Alemania Occidental y Japón, las ganancias corporativas y los salarios reales aumentaron juntos, impulsados por las altas tasas de productividad laboral en sus principales sectores manufactureros.

Examinar las tasas de crecimiento puede ser complicado, porque los datos económicos son inherentemente poco fiables y los distintos países utilizan diferentes métricas para medirlos. Pero según la medida estándar del producto interior bruto (PIB), que mide el valor de cambio de todos los productos y servicios comprados y vendidos dentro de un país durante un tiempo dado, Estados Unidos experimentó el auge sostenido más largo de su historia durante este período, con un crecimiento real del PIB que fluctuó alrededor del 5% anual desde 1948 hasta 1973, aunque disminuía constantemente año tras año.¹⁶ Su fuerza estaba estrechamente vinculada al dinamismo del orden mundial mayor que apuntalaba.

declaración pública o cualquier otro documento recibe la aprobación de la jerarquía de un partido, de sus aliados o de cualquier otro agente cuyo beneplácito se considera importante.

16. Datos extraídos de la serie de la Oficina de Análisis Económico de EE. UU. «Percent Change from Preceding Period in Real Gross Domestic Product», disponible públicamente en www.bea.gov.

Con la crisis inflacionaria mundial de los 70, la dinámica de crecimiento mundial comenzó a cambiar. A medida que la inflación se intensificó a principios de la década, el dólar se vio sometido a una intensa presión internacional, ya que las demandas de cambio de dólar por oro finalmente superaron los lingotes reales en manos del Tesoro de los EE. UU. Esto provocó una estampida bancaria global contra el dólar, ya que los gobiernos y los acreedores privados se apresuraron a intercambiar sus dólares cada vez más inútiles por la seguridad del oro.¹⁷ En respuesta, la administración Nixon anunció una suspensión temporal del patrón oro en 1971, y después de un intento inútil de arreglarlo, lo declaró formalmente muerto en 1973. Los tipos de cambio fijos entre monedas sobre la base del oro fueron reemplazados por tipos de cambio flotantes determinados por la demanda de los mismos en el mercado mundial. A partir de este punto el crecimiento económico estadounidense continuó disminuyendo, pero su dinámica se vinculó estrechamente con el ciclo económico financiero: períodos de expansión salvaje impulsados principalmente por la especulación frenética sobre el aumento de los precios de los activos, seguidos de colapsos financieros, olas de quiebras y profundas recesiones. Con cada recuperación, el crecimiento del PIB estadounidense no lograba alcanzar el nivel del ciclo anterior y su tasa promedio tendió gradualmente a la baja. La economía de EE. UU. llegó a parecerse a un casino gigante para lucrarse apostando, incluso cuando la vitalidad general de la economía se deterioró.

17. **NdE:** Una «estampida bancaria» es una situación en la que un gran número de personas intentan retirar su dinero de un banco al mismo tiempo, lo que puede llevar a la quiebra del banco. Se suelen producir en situaciones de crisis económica o financiera; un ejemplo reciente es Grecia en 2015, cuando los ciudadanos retiraron más de 25 mil millones de euros del total de 243.800 millones de euros en el sistema bancario nacional.

Esta dinámica contradictoria culminó en el gran crack de 2008, cuando se derrumbó una enorme burbuja internacional basada en los precios inflados de la vivienda. En los años siguientes, el PIB anual apenas pudo mantenerse en torno al 2%. Esta amplia desaceleración es ahora reconocida por investigadores y comentaristas de todas las tendencias, aunque analistas de izquierdas habían estado señalando el problema durante décadas antes de que la corriente principal comenzara a reconocerlo.

Las cifras de crecimiento de los principales índices cuentan parte de la historia, pero el PIB real per cápita es una medida más precisa, ya que se ajusta no solo a la inflación sino también al crecimiento de la población, lo que da una mejor idea de cómo el crecimiento económico se traduce, o no, en mejores niveles de vida.¹⁸ Según la Oficina de Análisis Económico de EE. UU., el crecimiento real per cápita promedió 2.3% entre 1953 y 1973, y un 2% entre 1973 y 2007.¹⁹ De 2007 a 2019, el crecimiento per cápita promedió apenas

18. NdE: El cálculo del PIB real per cápita es simple. Primero, se toma el PIB total —la suma de todos los bienes y servicios producidos en un país en un año determinado— y se divide por la población total del país. El resultado es el PIB per cápita, que se ajusta a la inflación para dar el PIB real per cápita, y su crecimiento se mide en un porcentaje anual: si España tiene un PIB per cápita ajustado a la inflación de 30,000 euros en 2020 y 30,120 euros en 2021 —cada ciudadano ha producido, de media, esta suma—, el crecimiento del PIB real per cápita en España en 2021 es del 0.4% — $30,120 - 30,000 = 120$; $120/30,000 = 0.004$, o 0.4%—. Por supuesto, hay problemas de inferencia, como la distribución de la riqueza, pero dentro de los límites de la economía convencional, el PIB real per cápita es una medida útil para comparar el bienestar económico de un país a lo largo del tiempo.

19. «Prototype Measures of Economic Well-Being and Growth», *U.S. Bureau of Economic Analysis*, www.bea.gov.

0.9%.²⁰ Para dar una idea de la escala de estos números, un 0.1% en el crecimiento nacional podría traducirse en decenas de miles de dólares de ingresos anuales para la persona promedio, o decenas de miles de empleos en la economía en general. Investigaremos el significado detrás de estas cifras y las diversas explicaciones de las mismas con más detalle en capítulos posteriores, pero por ahora es suficiente señalar que los datos oficiales muestran claramente las perspectivas menguantes de crecimiento general de los ingresos y el empleo en los Estados Unidos.

El declive de Estados Unidos es paralelo al estancamiento más amplio de la economía capitalista global que lidera. De 1961 a 1973, los países de la OCDE se expandieron a una tasa promedio de alrededor del 4,2% per cápita, mientras que el resto del mundo los siguió de cerca, según datos compilados por el Banco Mundial.²¹ Pero después de 1973 el crecimiento comienza a disminuir, ciclo económico tras ciclo económico, y el pico de cada período sucesivo no logra alcanzar el de su predecesor. Mucho menos la de la posguerra. Vale la pena señalar, también, que estas estadísticas no toman los costes de la depreciación del capital, es decir, el desgaste de los bienes de producción y de las estructuras fijas como los edificios, por lo que la tasa real de crecimiento es aún menor. Los economistas y los políticos esperaban casi universalmente que los nubarrones de la Gran Recesión eventualmente disminuirían, permitiendo que el mundo volviese a su tendencia de crecimiento anterior a la crisis. Nada de eso ocurrió, y en su lugar las tasas de crecimiento de la OCDE, nuevamente seguidas de cerca por el resto del mundo, permanecerían permanentemente en su nuevo nivel

20. *Ibid.*

21. Tomado de la serie «GDP Per Capita Growth (Annual Percent)» para los miembros de la OCDE y el mundo, disponible públicamente en www.data.worldbank.org.

más bajo, fluctuando alrededor del 1,5% y el 1,2% a finales de 2019, justo antes de que la economía mundial se desplomara por el precipicio del brote de coronavirus. Si bien 2020 estuvo marcado por la crisis de la pandemia, en realidad la economía mundial ya se dirigía a la recesión a finales de 2019. En las estadísticas oficiales, al menos, la decadencia del sistema capitalista es inconfundible.

Tal vez el aspecto más notable de esta desaceleración secular es la ironía de que las condiciones macroeconómicas para el crecimiento capitalista nunca han sido, en muchos aspectos, más favorables. Un asalto de treinta años contra los trabajadores organizados y el movimiento sindical ha minado su fuerza, prácticamente eliminando su capacidad de controlar el poder corporativo; los salarios reales de la mayoría de la clase trabajadora se han estancado durante décadas; las revoluciones en tecnología computacional y de microprocesamiento supuestamente desbloquearon posibilidades previamente desconocidas para la innovación y productividad; la incorporación histórica mundial de India, China y la esfera post-soviética trajo mano de obra masiva y barata al mercado mundial; los políticos neoliberales dismantelaron alegremente los Estados de bienestar nacionales, privatizaron los servicios públicos e introdujeron las eficiencias de la competencia de mercado en cada vez más áreas de la vida que antes estaban protegidas de ella; y el reinado de décadas de la ideología del libre mercado y su dogma corolario de la austeridad gubernamental despejó el camino para la iniciativa empresarial. Paradójicamente, la larga recesión ha tenido lugar en un contexto que se acerca a lo que los economistas creen que son las condiciones ideales para una economía de libre mercado. Los capitalistas no podrían haber pedido un mejor ambiente de negocios. Lejos de desacelerarse, el crecimiento debería haber sido estupendo a lo largo de toda esta era.

Si bien las cifras agregadas como el PIB son una medida útil, aunque bruta, de la salud económica, no dicen casi nada sobre cómo se distribuyen los ingresos y la riqueza de una sociedad. Otro hecho generalmente reconocido es el asombroso crecimiento de la desigualdad en las economías avanzadas, especialmente pronunciado en Estados Unidos. En América del Norte, Europa Occidental y Japón, las clases medias-bajas prácticamente no experimentaron un crecimiento salarial real entre 1988 y 2008.²² Como es bien sabido, esto contrasta marcadamente con los ricos, especialmente los muy ricos, a quienes les ha ido excepcionalmente bien. Tomando el crecimiento total del ingreso para el mundo durante el mismo período, el 5% más rico del mundo se llevó un 44% del mismo; el 1% más rico se llevó casi una quinta parte.²³ Este contraste, que ya era lo suficientemente llamativo, se vuelve aún más marcado cuando se considera la desigualdad de riqueza en lugar de la desigualdad de ingresos. El ingreso es el flujo de pagos que uno recibe de sueldos, salarios, intereses, etc. durante un período de tiempo; la riqueza mide el valor acumulado de todas las propiedades y activos, es decir, el valor total de mercado de un individuo. Según esta medida, el 1% más rico de la plutocracia mundial posee el 46% de la riqueza mundial.²⁴ Esta distribución de alto peso se refleja en los Estados Unidos, donde el 1% de los hogares más ricos posee el 42%, y el 0,1% más rico posee tanto como el 90% más pobre, casi una cuarta parte de la riqueza total.²⁵ La mitad inferior de ese 90%, la clase obrera estadou-

22. BRANKO MILANOVIĆ, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization* (Cambridge, MA, 2016), p. 20.

23. *Ibid.*, p. 24.

24. *Ibid.*, p. 24.

25. Emmanuel Saez and Gabriel Zucman, «Wealth Inequality in the United States since 1913: Evidence from Capitalized Income Tax Data», *Quarterly Journal of Economics*, cxxxi/2 (mayo de 2016), p.

nidense, tiene riqueza neta negativa. La clase media, por su parte, tampoco ha experimentado ninguna mejora neta, ya que posee la misma proporción de la riqueza nacional que hace setenta años.²⁶ Al mismo tiempo, la disminución de los ingresos reales ha enterrado a los hogares estadounidenses en una montaña creciente de deuda, unos 16 billones de dólares en 2022 —tres cuartas partes del PIB anual—.

Por sí solas, estas cifras ya cuentan gran parte de la historia detrás del caos político y el descontento popular que han sacudido a los Estados Unidos y a otras democracias liberales durante la última década. Estas convulsiones son solo algunos de los efectos más visibles del agotamiento del crecimiento capitalista. A medida que el crecimiento se desace-lera, se convierte cada vez más en un asunto de suma cero, en el que las ganancias de unos pocos solo se producen a expensas de la mayoría, y lo que en el capitalismo significa sacrificar el sustento de la gran mayoría a la necesidad de una rentabilidad continua. Este es un apunte importante, porque los reformistas a menudo se centran en la distribución desigual de la riqueza como la principal fuente de los males de la sociedad: si redistribuimos la riqueza, la desigualdad se reduciría, la economía se recuperaría y los niveles de vida mejorarían. Pero como se verá en capítulos posteriores, en realidad funciona al revés: la desigualdad no es la causa del bajo rendimiento económico, sino una consecuencia de ello,

551. **NdE:** el resto de trabajos de Saez y Zucman, a pesar de caer en el campo de la economía neoclásica —sus propuestas políticas son una especie de impuesto global imposible de implementar hoy día—, son brillantes descripciones de la desigualdad mundial, y es una pena que Piketty se haya llevado todo el crédito de su trabajo. Recomendamos la obra de ANTHONY ATKINSON, THOMAS PIKETTY y EMMANUEL SAEZ, «Top Incomes in the Long Run of History», *Journal of Economic Literature*, xlix/1 (2011).

26. *Ibid.*, p. 555.

de la desaceleración sincronizada del crecimiento a nivel mundial. Como resultado, los niveles de vida están cayendo y solo van a empeorar, la clase trabajadora está empobrecida y una clase media con movilidad descendente está desapareciendo, todo para que una plutocracia global y el orden corporativo que representa puedan seguir enriqueciéndose. Visto en este contexto, el período de expansión capitalista impulsada por las finanzas desde principios de la década de 1990 hasta 2008 —la era de la alta globalización— puede entenderse con mayor precisión como un intento parcial y temporalmente exitoso de los Estados nacionales de adaptarse a la energía en declive de la economía capitalista global, una tendencia que ya estaba en marcha mucho antes del ascenso de China a la prominencia mundial. La decadencia de Estados Unidos no se debe a las maquinaciones de China ni de ningún otro país, sino que es el resultado de la decadencia de los signos vitales de un sistema mundial hecho a su imagen y semejanza, y al cual está encadenado su destino.

LA REBELIÓN FASCISTOIDE

El agotamiento del sistema capitalista en su forma actual ha hecho añicos las promesas del orden mundial globalizado posterior a 1989. Con cada año que pasa, el avance de crecimiento prometido, siempre a la vuelta de la esquina, no sucede. Con esto en mente, el resurgimiento mundial del nacionalismo tribalista no parece tanto una revuelta contra la globalización como una convulsión de sociedades con enfermedades terminales. A medida que el crecimiento se disipa, la frustración masiva se extiende, y cada vez más personas desprecian por completo a los políticos, como aquellos que se supone que pueden hacer algo al respecto. Este contexto es indispensable para entender la reacción de la derecha en

todo el mundo, pero no aparece en ninguna parte del debate dominante. En cambio, los comentaristas liberales ven principalmente la deriva hacia la derecha de la política contemporánea como la amenaza creciente del «populismo», un término mal definido que sirve como cajón de sastre para cualquier tendencia que se oponga al *establishment* centrista.

Para los nerviosos defensores del *statu quo*, los llamados populistas son advenedizos irresponsables que se aprovechan del clima partidista para azuzar el odio en su propio beneficio. Para el historiador Sean Wilentz, «Trump y su incipiente régimen son completamente anormales. Trump representa una ruptura brusca en nuestra historia política nacional. Su elección es el resultado de un colapso fundamental en nuestra política».²⁷ Wilentz rechaza explícitamente investigar las fuentes de este «colapso», instando en cambio a una investigación sobre las «élites que azuzaron esas políticas resentidas y pensaron que podían explotarlas».²⁸ Se pueden encontrar opiniones similares en las páginas del *Financial Times* o de *The Economist*. Para los liberales, el problema son los demagogos intolerantes que avivan el resentimiento para perturbar una república por lo demás saludable. Pero es la derecha neoconservadora no reconstruida la que saca a relucir toda la lógica de la posición liberal. Citando al intelectual neoconservador Robert Kagan, Trump representa «cómo el fascismo llega a Estados Unidos».²⁹ Para Kagan, el fascismo no pone en peligro la democracia, sino que el fascismo es *demasiada* democracia, una tiranía de la mayoría enloquecida azuzada en un frenesí por un «hombre fuerte» que promete

27. SEAN WILENTZ, «No, There Is No Precedent», *Democracy Journal*, www.democracyjournal.org, 46 (otoño de 2017).

28. «Politics, Populism, and the Life of the Mind: Sean Wilentz on Richard Hofstadter», *Journal of the History of Ideas*, www.jhiblog.org.

29. ROBERT KAGAN, «This Is How Fascism Comes to America», www.brookings.edu, 22 de mayo de 2016.

vengarse de sus enemigos. Ya sea que se centre en el populismo o en el fascismo, la esencia de la posición liberal es que estas tendencias no representan ningún movimiento o ideología coherente, sino que son un fenómeno del líder individual rebelde, un intrigante que intenta alcanzar poderes dictatoriales cabalgando las olas del descontento popular.

Mientras tanto, desde el otro lado de la corriente principal, los conservadores se preocupan por si los políticos populistas representan realmente un movimiento real. Michael Lind, académico y cofundador de la New America Foundation, es un ejemplo de ello. Su libro de 2018, *The New Class War*, se esfuerza por distanciar el trumpismo de la etiqueta fascista y del drama sensacionalista que rodea al propio Trump, proporcionando un argumento más respetable desde el punto de vista intelectual..

Para los «conservadores-nacionales» como Lind, la nueva guerra de clases en Estados Unidos es entre la «superclase gerencial» con educación universitaria de las grandes ciudades y la mayoría trabajadora de mentalidad más tradicional que reside fuera de los núcleos metropolitanos. Esta nueva guerra de clases supuestamente enfrenta a la clase trabajadora, compuesta por aquellos sin un título universitario, contra una minoría educada, multicultural y de altos ingresos, una oposición que convenientemente redefine la guerra de clases como un choque cultural entre estilos de vida opuestos: las masas rurales mayoritariamente blancas que van a la iglesia contra los impíos y multiculturales profesionales de la ciudad. En el relato de Lind, el poder económico, cultural y político se consigue formando parte de la clase gerente, y con ese acceso viene un conjunto compartido de valores liberales, como la diversidad racial, la representación y la libertad de género, marcadores de las odiadas «políticas de

identidad» en el cerebro reaccionario.³⁰ Sociológicamente, todo el argumento gira en torno a que el voto de Trump representa un *cri de coeur* [NdT: ansias de juventud] de la clase trabajadora que finalmente se enfrenta a la casta dirigente. Pero lejos de la fábula de Norman Rockwell de Lind sobre el trabajador rural víctima de los caprichos de la élite cosmopolita, varias investigaciones basadas en datos electorales han demostrado que una gran parte del electorado de Trump está compuesto por individuos adinerados que no son ricos según los estándares nacionales, pero sí según los estándares locales —es decir, en relación con su comunidad local—. Básicamente, cuanto más altos son los ingresos de una persona en comparación con la propia comunidad, más probable es que uno vote o apoye a Donald Trump.³¹ Al mismo tiempo, si bien las elecciones de 2020 vieron un gran aumento en la participación electoral de prácticamente todas las categorías demográficas, la participación anti-Trump, especialmente entre los votantes de bajos ingresos, también batió récords, y de hecho fue fundamental para las victorias demócratas en Estados clave como Georgia, Arizona y Pensilvania.³² Grandes mayorías de estadounidenses de clase

30. No hay mucho nuevo aquí: la historia de Lind es básicamente un refrito recalentado de *The Managerial Revolution*, de James Burnham, que se ha convertido en una especie de rúbrica para los reaccionarios en la era post-Trump. Publicado en 1941, *The Managerial Revolution* afirmaba que los empresarios privados habían sido sustituidos por un nuevo estrato de tecnócratas intermedios que habían acumulado todo el poder y la autoridad para sí mismos. Lind actualiza la tesis de Burnham para la era de QAnon.

31. THOMAS OGORZALEK, SPENCER PISTON y LUISA GODINEZ PUIG, «Nationally Poor, Locally Rich: Income and Local Context in the 2016 Presidential Election», *Electoral Studies*, lxxvii (octubre de 2020).

32. SHAILLY GUPTA BARNES, «Waking the Sleeping Giant: Poor and Low-Income Voters in the 2020 Elections», disponible para su descarga en www.poorpeoplescampaign.org, octubre de 2021. NdE: Cu-

trabajadora aparentemente desprecian a Trump y al movimiento que representa; por el contrario, las élites localmente ricas, en su mayoría blancos de las zonas suburbanas y rurales, son la columna vertebral del trumpismo. Para ser más precisos: el populismo de derecha es principalmente un movimiento del estrato social intermedio conocido como la pequeña burguesía, una amalgama de propietarios de pequeñas empresas, gerentes locales y rentistas. Es un movimiento de la aristocracia rural y suburbana que domina a los trabajadores pobres en toda América Central.³³

Temerosos del socialismo desde abajo y del poder corporativo desde arriba, es esta ala de la clase media-alta militante la que históricamente ha proporcionado las tropas de choque para los movimientos fascistas de masas. La pequeña burguesía, que no es clase obrera, pero tampoco del todo clase dominante, y petrificada por las ansiedades de la movilidad económica descendente, gravita hacia figuras dominantes que podrían aliviar su miedo a la insignificancia. Esta es la fuente del anhelo de sumisión a los pequeños tiranos que alimenta la política autoritaria de masas. Esta misma subclase confusa está en el corazón del giro hacia la derecha en la política mundial durante la última década. Europa, donde un nuevo eje de partidos nacionalistas duros ha formado gobiernos en

riosamente, Harris perdería este sector demográfico, y estos estados en concreto, durante las elecciones de 2024.

33. Sobre la base social de Trump, véase ANDRÉS RODRIGUEZ-POSE, NEIL LEE y CORNELIUS LIPP, «Golfing with Trump: Social Capital, Decline, Inequality, and the Rise of Populism in the US», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, xiv/3 (noviembre de 2021), pp. 457-81; PATRICK WYMAN, «It's Not Just Billionaires: Local Elites Also Dominate Our Society», *Jacobin*, www.jacobin.com, octubre de 2021. Carter A. Wilson ofrece una explicación histórica más amplia en *Trumpism: Race, Class, Populism, and Public Policy* (Lanham, md, y Londres, 2021).

todo el continente, es ilustrativa. Las coaliciones de gobierno en Italia y Suecia, dos países con una tradición política fuertemente socialdemócrata, incluyen o dependen de partidos con raíces literalmente fascistas o neofascistas, como *Fratelli d'Italia* y los Demócratas de Suecia. Ambos partidos han saltado a la fama al lanzar una mezcla de políticas de inmigración duras, políticas sociales chovinistas e ideas de libre mercado dirigidas a una audiencia de comerciantes, autónomos, conservadores religiosos y, más recientemente, a *criptobros* frustrados que sufren de delirios de grandeza. La actual primera ministra de Italia, Giorgia Meloni, imagina una Europa renovada con los valores del «libre mercado» y su tradicional identidad judeocristiana. La *Lega Nord*, el principal socio de coalición de *Fratelli*, construyó su base social entre industrialistas milaneses superados por las megacorporaciones multinacionales de Europa Occidental.³⁴ Para estas facciones, los «ideales de libre mercado» en la práctica simplemente significan reducir el poder monopólico de los competidores extranjeros.

Entre estos polos norte y sur de la Unión Europea, los votantes de Europa Central también han devuelto la mayoría a los gobiernos soberanistas de extrema derecha en la Polonia y Hungría post-soviéticas. En el poder desde 2015 hasta finales de 2023, el partido Ley y Justicia (PiS) de Polonia atiende a una base de pequeños y medianos empresarios, propietarios únicos y aspirantes a empresarios que se sienten constantemente atacados por las grandes empresas polacas y europeas. Ley y Justicia lamenta la difícil situación del «pobre pequeño empresario polaco», mientras afirma defender

34. FRANCO FERRARI, «Italy's Poll Leader Says It's "Conservative" — but Its Ideology Has Clear Fascist Elements», trad. David Broder, *Jacobin*, www.jacobin.com, 16 de agosto de 2022; PIETRO BIANCHI, «Italy's Lega is a Party of and for Business», trad. Chiara Migliori, *Jacobin*, www.jacobin.com, 27 de septiembre de 2022.

a las familias polacas acosadas por todos lados por elementos malvados como corporaciones extranjeras, activistas LGBTQ+ e inmigrantes, especialmente refugiados.³⁵ Hacia el este, el partido Fidesz de Viktor Orbán arremete en los medios oficiales húngaros contra la Unión Europea, contra los multimillonarios judíos como George Soros y sus supuestos aliados inmigrantes y LGBTQ+ que subvierten la nación desde dentro, nada de lo cual impide que su gobierno dé la bienvenida a los grandes bancos y productores de Europa Occidental como los mayores empleadores de la pequeña nación post-soviética.

Al igual que el trumpismo en Estados Unidos, todos estos regímenes apelan a una base popular con votantes de pequeño-burgueses, clase-medianos y religiosos, con porciones de una clase trabajadora desorientada a las que se les promete que harán algo diferente de las décadas de austeridad que vinieron antes. Pero realmente poco cambia. A pesar de su reputación de agitador anti-UE, Orbán está feliz de recibir miles de millones de euros en los generosos subsidios agrícolas comunitarios, que reparte rápidamente a sus caciques locales.³⁶ Orbán parece reacio a cambiar su política económica, que básicamente consiste en vender a la población húngara como mano de obra barata para los fabricantes de

35. Grzegorz Konat, «How Poland's Failed Transition Fed the Nationalist Right», *Jacobin*, www.jacobin.com, 4 de noviembre de 2019; Maciej Gdula, «Poland's Far Right Is Distorting the Debate on Welfare — and Winning», *Jacobin*, entrevista, www.jacobin.com, 16 de julio de 2020.

36. SEBASTIAN SHEHADI, «How German Automotive Investment in Hungary Exposes the Dark Reality of Globalisation», *Investment Monitor*, www.investmentmonitor.ai, 8 de octubre de 2021; SELAM GEBREKIDAN, MATT APUZZO y BENJAMIN NOVAK, «The Money Farmers: How Oligarchs and Populists Milk the EU for Millions», *New York Times*, www.nytimes.com, 3 de noviembre de 2019.

automóviles alemanes, tratando factualmente a la economía húngara como poco más que una colonia para el capital de Europa Occidental. El gobierno polaco prometió un plan de recuperación pospandemia que impulsaría el crecimiento económico con un generoso programa de gasto público a favor de los ciudadanos de a pie, financiado por los fondos de ayuda de la UE y los impuestos a los que más ganan. En cambio, como era de esperar, el impuesto golpeó más duramente a los trabajadores con salarios más bajos, mientras que benefició a los que más ganan.³⁷ La popularidad de Ley y Justicia se está desvaneciendo a raíz de las crisis en cascada que siguieron a la pandemia de COVID-19, que llevó a la derrota de su coalición parlamentaria en las elecciones de octubre de 2023. Y en Italia, el régimen de Giorgia Meloni ha prometido no poner en peligro el enorme fondo de recuperación pospandemia de 200 mil millones de dólares concedido a Italia por la UE. A pesar de su ideología antiburocrática y amante del mercado, *Fratelli* están más que dispuestos a aceptar fondos de la misma camarilla internacional malvada que supuestamente oprime al pueblo italiano. Todos estos países dependen del apoyo financiero europeo porque siguen atrapados en un ciclo descendente mayor de disminución de la productividad, la inversión, los ingresos y el crecimiento. Impuestas por el deterioro de la economía internacional, estas limitaciones estructurales siembran la miseria que empuja a la gente a elegir por desesperación a populistas, líderes que no tienen un remedio real para aliviar su condición, porque de hecho no hay ninguna solución. Pero los Orbán y las Melonis del mundo están al menos dispuestos a excitar a sus seguidores repitiendo la retórica revanchista y orgullosamente racista de los movimientos fascistas originales.

37. JAMES SHOTTER, «Poland's Finance Minister Resigns after Backlash over Tax Reforms», *Financial Times*, www.ft.com, 7 de febrero de 2022.

ANTIPOLÍTICA, ANTES Y AHORA

La pobreza, la frustración, el miedo, las promesas de arrebatarse la soberanía nacional a la élite global... ya hemos visto estas cosas antes. Al caer el telón del primer ciclo de la globalización capitalista de 1815 a 1914, el movimiento fascista original de la Europa de entreguerras surgió bajo la presión de un aplastante colapso económico, que desbarató a las clases dominantes tradicionales y abrió el espacio político para que los partidos fascistas se enfrentasen electoralmente a ellas.

El término «fascismo» fue acuñado por Benito Mussolini en 1919, poco después de la conclusión de la Primera Guerra Mundial y el estallido de la Revolución Rusa, cuando Italia se vio sacudida hasta sus cimientos por una profunda crisis social. El «fascismo» describía un movimiento paramilitar que uniría a la nación pacificando violentamente los conflictos dentro de ella, especialmente los conflictos laborales. En este sentido, era una forma de extremismo político dirigido a la despolitización de la sociedad.³⁸ Los fascistas hacían campaña a favor de una alianza entre trabajadores y capitalistas, su retórica era una mezcla ambigua de antielitismo, mitología nacionalista heroica, creencia en jerarquías naturales y productivismo, la noción de que la fuerza nacional proviene de las clases que cooperan para impulsar actividad industrial.

Pero su rasgo ideológico más distintivo era el odio histórico a la izquierda, especialmente a la izquierda socialista internacional. En Italia, esta postura le valió al movimiento de Mussolini el apoyo temprano de los grandes terratenientes rurales, así como una base de apoyo popular de los comerciantes, los profesionales de la clase media, los trabajadores

38. ALBERTO TOSCANO, «The Nightwatchman's Bludgeon», *New Left Review*, www.newleftreview.org, 29 de octubre de 2022.

administrativos y las clases medias patrióticas más amplias, es decir, la pequeña burguesía. Esta fue la formación que llevó a Mussolini al poder en la Marcha sobre Roma en octubre de 1922.

Del mismo modo, en la efímera República de Weimar, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) de Hitler, también conocido como el Partido Nazi, cobró impulso al prometer resolver las divisiones dentro de la sociedad alemana, destruir la izquierda y restaurar la grandeza nacional.³⁹ Pero los nazis encontraron un gran obstáculo para su plan. En la década posterior a la Primera Guerra Mundial, los poderosos industriales alemanes invirtieron más que sus homólogos italianos en el libre comercio multilateral. Aunque estaban alegremente a favor de la represión interna para estabilizar el ambiente empresarial, muchos de ellos desconfiaban del extremismo político, especialmente del énfasis nazi en una política exterior impredecible y militarista llevada a cabo a través de un Estado fuerte y centralizado. Para los capitalistas alemanes, con su mentalidad liberal, tales cosas probablemente perturbarían los mercados internacionales y empañarían sus perspectivas de beneficio. Pero esta actitud comenzó a cambiar alrededor de 1930, cuando la situación económica internacional comenzó a deteriorarse rápidamente. A medida que la Depresión se intensificaba, el colapso del comercio mundial creó arenas movedizas bajo los pies del liberalismo económico alemán, dejando a los jefes corporativos sin ninguna razón convincente para oponerse a la entrega del poder a los nazis. Además, la visión jerárquica del mundo nazi basada en una autoridad incuestionable de arriba hacia abajo encajaba muy bien con su visión preferida de la relación natural entre el capital y el trabajo. En efecto,

39. ADAM TOOZE, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* (Nueva York, 2005), cap. 4.

la depresión mundial había roto la base material del liberalismo, permitiendo que los objetivos políticos fascistas se alinearan con los intereses de clase del capital.⁴⁰

El fascismo europeo clásico tuvo éxito al fusionar el miedo y las frustraciones de los estratos de ingresos medios con la agenda de búsqueda de ganancias de las grandes empresas. Esta alianza de clases es el corazón del fascismo. Pero se necesitan ciertas condiciones objetivas para transformarlo en un movimiento político capaz de tomar el poder estatal. En Italia, una posguerra definida por una profunda crisis social y una ola de levantamientos revolucionarios sumió al país en el caos, haciendo que los fascistas parecieran atractivos para los industrialistas, los grandes terratenientes, los pequeños empresarios y los militares. En Alemania, la Gran Depresión fue el entorno *global* que dio a los ultranacionalistas alemanes la oportunidad de alistar a las grandes empresas en coalición con la pequeña burguesía. Igual que cuando la compresión eleva la temperatura de las moléculas de gas empujándolas a colisiones más frecuentes entre sí, la contracción de una profunda depresión económica agita los conflictos de clase, aumenta el miedo social y permite que el militarismo hipernacionalista aparezca como la solución. El colapso en cámara lenta del mercado mundial fue la condición de posibilidad para la toma del poder fascista original.

Si el ciclo de treinta años de guerra y depresión que duró de 1914 a 1945 fue la conclusión asesina del «largo siglo XIX» dirigido por los británicos, entonces el actual resurgimiento mundial del sofocante estancamiento económico y el nacionalismo espasmódico es la muerte lenta del orden internacional posterior a 1945 dirigido por Estados Unidos. Pero faltan elementos clave de la fórmula fascista original. Con la importante, pero parcial excepción de la invasión rusa de

40. *Ibid.*

Ucrania, los llamamientos a la salvación nacional a través de una guerra a gran escala aún no se han materializado. La violencia paramilitar de derecha ha resurgido, pero aún no ha tomado forma institucional en las organizaciones políticas. No obstante, lo más importante es que la economía mundial permanece prácticamente intacta. Medido en términos de volumen de comercio internacional, la globalización se está desacelerando, pero no se ha detenido, y mucho menos se ha revertido.⁴¹ Si un colapso duradero del sistema económico mundial es una condición necesaria para que las clases dominantes recurran a la economía política fascista, a la economía de la plena autosuficiencia nacional, entonces tal giro aún no se ha materializado. Lo que se *ha* materializado, bajo la presión de la geopolítica de la competencia y el descontento de la clase media blanca, es un pronunciado desplazamiento a la derecha del centro de gravedad de la política. Esto no se debe a que los movimientos fascistas hayan accedido al poder estatal, sino porque las facciones dominantes de la élite corporativa, especialmente en el representante más poderoso del sistema capitalista, Estados Unidos, han aprovechado la atmósfera de ira popular para impulsar un tipo de capitalismo más alineado con sus intereses, más estimulado por el Estado.

En Estados Unidos un ciclo de crisis implacable ha erosionado los privilegios sociales tradicionales de las clases medias blancas y de los propietarios de pequeñas empresas. Si bien Trump se convirtió en el vehículo de esta ira blanca, su nacionalismo idiosincrásico, en particular su retórica anti-China, encajaba perfectamente con el panorama de un sector empresarial cada vez más insatisfecho con el *statu quo* internacional. A medida que las empresas estadounidenses

41. MARTIN WOLF, «Globalization Is Not Dying, It's Changing», *Financial Times*, www.ft.com, 13 de septiembre de 2022.

perdían terreno frente a sus competidores chinos, miembros influyentes de la clase dominante decidieron que habían tenido suficiente libre comercio y que estaban listos para que EE. UU. llevara a cabo una política exterior más agresivamente nacionalista en su nombre. Así, la revuelta trumpista presentó una oportunidad histórica para que los intereses corporativos realinearan las políticas estatales hacia dicha postura más agresivamente nacionalista. Si bien el propio Trump era demasiado impredecible para los administradores de la estabilidad de Estados Unidos en casa y la supremacía en el extranjero, su torpe marca de chovinismo nacional se convirtió en la principal estrategia del Estado para pacificar la rebelión interna que él mismo simbolizó. El trumpismo se convirtió rápidamente en el consenso de las élites de los dos principales partidos políticos porque permitió a los actores estatales, en particular en el sector de la seguridad nacional, cumplir dos objetivos a la vez: socavar la amenaza de líderes carismáticos y populistas y señalar a China como el chivo expiatorio más responsable del declive de Estados Unidos, todo ello haciendo lo que las empresas estadounidenses ya querían que hicieran. Ante esta convergencia de fuerzas sociales, el brazo ejecutivo de los EE. UU. decidió que la confrontación y subyugación de China era la mejor estrategia para asegurar la estabilidad interna, ya que coopta la narrativa revanchista en el núcleo del trumpismo al tiempo que ofrece la mejor oportunidad para frenar las tendencias responsables del rápido deterioro de la estabilidad doméstica. Al adoptar una política exterior imprudente y ególatra, los actores estatales esperan neutralizar la agitación que desestabiliza el país, despolitizar la sociedad estadounidense y satisfacer las necesidades de sus verdaderos amos, la élite corporativa. Al igual que en 1930, son las condiciones económicas mundiales en decadencia, y no los líderes populistas ambiciosos, las que vencen la pretensión del liberalismo.

La desaceleración del crecimiento, la intensificación de la competencia, los burócratas ansiosos y la pérdida de relevancia de la clase media blanca: estas son las tendencias cruzadas que están desplazando la política occidental hacia la derecha. Descartado como marco rector de las relaciones internacionales, el liberalismo está prácticamente muerto, eutanasiado por sus propios defensores. La nueva dispensa es sálvese quien pueda. A nivel interno, los gobiernos occidentales progresivamente declaran gobernar para un grupo cada vez más reducido de «pueblos verdaderos»: verdaderos polacos, verdaderos italianos, verdaderos americanos. A pesar de la radicalización retórica, los responsables políticos siguen en su mayoría impotentes frente a una tendencia secular y transnacional de declive económico e incapaces de mejorar la vida de la mayoría de la gente. En ausencia de cualquier alternativa socialista, esta trayectoria de desesperación solo va en una dirección. Si bien el fascismo genuino aún no ha tomado poder, este es el camino amplio y despejado por el cual podría hacerlo. Tal es el contexto poco prometedor en el que los políticos en apuros han reavivado el llamamiento a favor de una «política industrial», que es el tema del próximo capítulo y una noción —como el fascismo— que durante mucho tiempo se ha pensado como una reliquia de tiempos menos ilustrados.

3. El eclipse

En la primavera de 2021 la recién inaugurada administración Biden anunció una amplia agenda para combatir el cambio climático, calificándolo de «amenaza existencial». En el primer día de su mandato la administración ya había señalado que Estados Unidos volvería a unirse al Acuerdo de París, el acuerdo climático global alcanzado en 2015, del cual la administración Trump había retirado a Estados Unidos en su propio primer año. En abril de 2021 el gobierno de EE. UU. parecía dispuesto a volver a comprometerse con la causa, reavivando su tradicional imagen de líder de la comunidad internacional después de los años Trump. La administración anunció su intención de llevar a cabo lo que se podría considerar una política industrial verde, invirtiendo recursos estatales en industrias pioneras que usasen energías renovables y poniendo en marcha una recuperación económica amplia y equitativa. El alcance implícito del programa y la magnitud del gasto público que requeriría eran notables. «Estados Unidos debe liderar los sectores clave que producen y despliegan las tecnologías limpias que podemos aprovechar hoy», declaró la administración en un comunicado de prensa, «y las que mejoraremos e inventaremos mañana».¹

Sin embargo, solo unos meses después, el estado de ánimo era muy diferente. La Administración Biden dio luz verde a la perforación en busca de petróleo en tierras propiedad del gobierno federal incluso más rápido que los cretinos del Departamento del Interior bajo el gobierno de Trump. Si bien la administración rechazó el infame oleoducto Keystone XL,

1. THE WHITE HOUSE, «Fact sheet: President Biden Sets 2030 Greenhouse Gas Pollution Reduction Target Aimed at Creating Good-Paying Union Jobs and Securing U.S. Leadership on Clean Energy Technologies», www.whitehouse.gov, 22 de abril de 2021.

este rechazo fue la excepción a la regla, ya que posteriormente respaldó una gran cantidad de nuevos proyectos de oleoductos en expansión. Su emblemática legislación «bipartidista» de infraestructuras asignó 25.000 millones de dólares en nuevos subsidios a la industria de los combustibles fósiles, que ya goza de una financiación pública excesiva, al tiempo que invertía dinero en autopistas nuevas y ampliadas para camiones y automóviles que consumen mucha gasolina. A pesar de su determinación de perseguir el fracking hidráulico como una fuente nacional clave de energía, el gobierno de EE. UU. se vio prácticamente obligado a suplicar a la OPEP y a Rusia que inundaran el mercado mundial con petróleo en un intento desesperado por limitar el aumento de los precios del combustible.² Todo esto fue mucho antes del estallido de la guerra en Ucrania, que exacerbó el aumento de los precios y renovó las súplicas del gobierno Arabia Saudí, tradicionalmente un aliado clave de Estados Unidos. Pero estas súplicas tuvieron poco efecto. Al ignorarlas, la OPEP decidió no aumentar la producción de petróleo, sino reducirla, lo que intensificó la presión al alza sobre los precios de la energía.³ En octubre de 2022 Estados Unidos estaba lo suficientemente desesperado como para acercarse

2. ALLEEN BROWN, «Bipartisan Infrastructure Bill Includes \$25 Billion in Potential New Subsidies for Fossil Fuels», *The Intercept*, <https://theintercept.com>, 3 de agosto de 2021; BEN LEFEBVRE, CATHERINE BOUDREAU y TANYA SNYDER, «Biden's Pro-Car, Pro-Gasoline Moves Leave Green Allies Fuming», *Politico*, www.politico.com, 15 de agosto de 2021; HIROKO TABUCHI, «Biden Administration Backs Oil Sands Pipeline Project», *New York Times*, www.nytimes.com, 24 de junio de 2021. **NdE:** La OPEP es la Organización de Países Exportadores de Petróleo, un cártel de productores de petróleo que controla de manera cuasimonopolística la producción mundial de petróleo.

3. ELIZABETH HAGEDORN, «Saudi Arabia's Defense of OPEC+ Cuts Draws Sharp U.S. Rebuke», *Al-Monitor*, www.al-monitor.com, 13 de octubre de 2022.

a Venezuela, cuyo gobierno había intentado derrocar solo unos años antes, ofreciéndole levantar las sanciones para que el petróleo volviera a fluir.⁴

Este mismo patrón de contradicciones se repite en todo el mundo. Desobedeciendo el acuerdo comercial entre EE. UU., México y Canadá alcanzado en 2019, el gobierno mexicano ha optado por ignorar a las empresas estadounidenses y canadienses de energía limpia en favor de su empresa petrolera estatal, Pemex, y su propia Comisión Federal de Electricidad.⁵ El presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador promueve una doctrina de soberanía energética nacional que redobla la apuesta por el petróleo y el carbón y deja poco espacio para la inversión privada y extranjera en energías renovables. En la Unión Europea las emisiones generales de carbono han tendido a la baja, pero Alemania, la principal potencia, sigue siendo un enorme consumidor de gas natural, así como un importante productor y exportador de carbón. La quema de gas natural no emite tanto carbono como el carbón o el petróleo, pero libera enormes cantidades de metano, un poderoso gas de efecto invernadero en algunos aspectos peor que el propio CO₂. Pero las exportaciones industriales son fundamentales para la economía política de Alemania, y la industria alemana necesita fuentes de combustible baratas para seguir siendo competitiva. India, el tercer mayor emisor de carbono del mundo detrás de Estados

4. JOHN OTIS, «The U.S. Is Trying to Mend Ties with Venezuela. One Big Reason? Oil», *npr*, www.npr.org, 26 de noviembre de 2022.

5. DAVID AGREN, «U.S. and Canada Launch Trade Dispute with Mexico Over Clean Energy», *Financial Times*, www.ft.com, 20 de julio de 2022. Según el informe, «el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, restó importancia a la queja de EE. UU. en su conferencia de prensa matutina diciendo que “no va a pasar nada”. Luego tocó una canción del artista mexicano Chico Che con el título: “¡Uy, qué miedo!”».

Unidos y China, se ha negado hasta ahora a respaldar un objetivo de cero emisiones netas de carbono, declarando rotundamente que el desarrollo de la economía es la mayor prioridad. Esto no sorprende: el sector capitalista privado de la India casi ha llegado a un estado moribundo, manteniéndose vivo principalmente a través de la continua y generosa financiación de varios subsidios gubernamentales.⁶ Incluso el gobierno caricaturescamente reaccionario de Jair Bolsonaro comprometió a Brasil a una reducción de emisiones del 50% para 2030, aunque el régimen continuó deforestando la Amazonía en búsqueda de lucrativas exportaciones mineras y agroindustriales. El gobierno chino se ha comprometido a alcanzar la neutralidad de carbono para 2060, siendo el mayor productor y exportador mundial de energía eólica y solar. Sin embargo, como parte de los esfuerzos del gobierno para impulsar una recuperación económica nacional tras la pandemia, el país está produciendo actualmente más carbón que el resto del mundo en conjunto.

Prácticamente en todas partes el consenso cada vez más amplio sobre la necesidad de abordar la catástrofe en curso del cambio climático se ve desplazado por el imperativo de seguir siendo económicamente competitivos. Pasa lo mismo con la necesidad, demostrada por el contagio del coronavirus, de enfrentar colectivamente a los patógenos emergentes que plantean una amenaza biológica para todos los seres humanos del planeta. Las crisis a una escala que pone en peligro la propia civilización humana se entienden claramente como tales, incluso por la élite, pero al mismo tiempo parece darse por sentado que no se puede hacer mucho al respecto.

6. SANJEEV MIGLANI, «India Rejects Net Zero Carbon Emissions Target, Says Pathway More Important», *Reuters*, www.reuters.com, 27 de octubre de 2021; VRISHTI BENIWAL y MALAVIKA KAUR MAKOL, «India's World-Beating Growth Hides Troubling Investment Trend», *Bloomberg*, www.bloomberg.com, 10 de enero de 2022.

En cambio, en un mundo en el que el crecimiento es escaso y las ideas lo son más, la política industrial ha regresado no como un camino hacia una socialdemocracia igualitaria y descarbonizada, sino como algo que los países capitalistas se ven obligados a adoptar para derrotarse unos a otros en el escenario cambiante de la competencia global. Su vuelta a la moda en el discurso oficial marca un rasgo distintivo de esa competencia en el momento actual: una huella en constante expansión de los Estados nacionales en las economías corporativas tanto nacionales como internacionales. A medida que el crecimiento económico se desacelera, los Estados se ven obligados a abandonar los tópicos habituales sobre el libre comercio, llamando abiertamente a los tipos de políticas agresivamente nacionalistas y de empobrecimiento del vecino⁷ que se suponía que el mundo había dejado atrás.⁸

Todo esto augura no solo el fin de la globalización posterior a la Guerra Fría, sino el cierre definitivo de toda una era de capitalismo mundial dirigido por Estados Unidos. Si la expansión universal de los mercados, el libre comercio y la apertura de los flujos de capital fue un proyecto respaldado por los EE. UU. desde el final de la Segunda Guerra Mundial, como los historiadores Leo Panitch y Sam Gindin documentan en *The Making of Global Capitalism*, entonces la inversión de esta tendencia y el retorno de la política industrial en todo el mundo marca el abandono de tal proyecto.⁹

7. NdT: *beggar-thy-neighbor policies*, una de las prácticas del proteccionismo económico en política internacional que consiste en buscar el beneficio del país a costa de los demás.

8. Para sendos análisis y crítica del retorno de la política industrial, en particular de lo que se conoce en Estados Unidos como «Bidenomics», ver JAMIE MERCHANT, «The Economic Consequences of Neo-Keynesianism», *The Brooklyn Rail*, www.brooklynrail.org, julio de 2023.

9. LEO PANITCH y SAM GINDIN, *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire* (Nueva York, 2012).

Lo que los autores de esa excelente historia no previeron es que los propios Estados Unidos se convertirían en el verdugo del orden político que supervisaron durante casi tres cuartos de siglo. Lejos de tratar de impedir el desmoronamiento del capitalismo global, Estados Unidos ahora lidera la carga para demolerlo.

UN INSECTO EN UN FRASCO

Hasta hace muy poco, la noción misma de política industrial era un tabú para los responsables políticos estadounidenses. El concepto tiene una larga historia en la era moderna como una estrategia de los gobiernos nacionales para lograr un crecimiento rápido dando prioridad a ciertos sectores clave, y ha desempeñado un papel importante tanto en las economías en desarrollo como en las avanzadas. Después de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, Francia y Japón practicaron la «planificación indicativa», un dirigismo en el que el gobierno estableció objetivos a largo plazo para sectores específicos, así como tasas de crecimiento general, y utilizó la política para ayudar a guiar la economía privada hacia ellos. A través de las políticas industriales, los gobiernos canalizan fondos y recursos hacia sectores específicos con el fin de cambiar la estructura general de la economía hacia esos sectores. Esto implica tomar decisiones estratégicas sobre qué industrias son las más importantes y luego apoyarlas activamente para lograr mejores resultados de crecimiento de los que serían posibles bajo una competencia estrictamente dirigida por el mercado. En resumen, la política industrial es una forma de intervención estatal en la economía; no es el mercado, sino el gobierno, quien elige a los ganadores. Incluso Estados Unidos practicó tales políticas en la era de la posguerra, decidiendo priorizar los automóviles sobre el

transporte público, desarrollar la energía nuclear y construir una fusión descomunal de negocios y gobierno conocida como el complejo militar-industrial.

Supuestamente, el mundo había dejado atrás, hace medio siglo, la necesidad de una planificación estatal activa en favor del crecimiento impulsado por el mercado. Ahora vuelve a estar de moda. Es un trago difícil de digerir en un país como Estados Unidos, donde el dogma oficial se aferra firmemente a la supuesta superioridad de los mercados libres por encima de las economías planificadas. Algunos reaccionarios intrépidos se enfrentan a la disonancia cognitiva sin rodeos. *American Investment in the 21st Century*, un informe encargado por el senador republicano de Florida Marco Rubio, muestra una preocupación por «la dirección a largo plazo de la economía estadounidense». Rubio, un trumpista converso, insiste en que la economía de mercado impulsada por las ganancias fue «nuestra mayor ventaja competitiva sobre las economías socialistas fallidas y controladas centralmente del pasado, y debería seguir siéndolo sobre China y otros competidores del futuro».¹⁰ Sin embargo, también señala que desde finales de la década de 1970 las corporaciones estadounidenses han comprado principalmente activos financieros en lugar de invertir en el tipo de operaciones productivas que generan «buenos empleos», una tendencia debilitante que ha dejado al país en su lamentable estado actual. No es coincidencia que el período de financiarización que Rubio identifica sea exactamente paralelo al auge del fundamentalismo de mercado en Estados Unidos. Como es bien sabido, desde principios de la década de 1980 hasta finales de la década de 2000, el consenso de la élite en Washington fue

10. MARCO RUBIO, «We Need to Invest in America Again», *Washington Examiner*, www.washingtonexaminer.com, 13 de mayo de 2019. Nde: Marco Rubio es ahora Secretario de Estado de EE. UU., uno de los puestos más altos en la jerarquía del gobierno estadounidense.

que no hay alternativa al libre mercado, para usar el famoso lema de Margaret Thatcher. El espíritu innovador de los negocios abriría el camino hacia una mayor prosperidad compartida si el gobierno se quitara del camino. De hecho, era solo esta ideología aplicada a los bancos y otras instituciones financieras durante este período la que, al crear nuevas oportunidades para obtener ganancias, abrió las puertas para el gran cambio hacia la financiarización que Rubio critica. El dominio incondicional del mercado, «nuestra mayor ventaja competitiva», condujo directamente al estado actual y decrepito de la economía estadounidense.

Rubio no se detiene en esta ironía. En el prefacio del informe se apresura a invocar la amenaza de «nuestros adversarios, que no pierden el tiempo en asegurar su propio futuro económico», especialmente China, que está haciendo todo lo posible «para hacerse con las tecnologías del futuro: robots, inteligencia artificial, productos farmacéuticos avanzados y el 5G». La implicación es que Estados Unidos debería estar haciendo lo mismo. Para fomentar el desarrollo del capital nacional, Estados Unidos debe imitar las tácticas de sus enemigos supuestamente inferiores, rechazando los resultados del mercado y gestionándolos activamente hacia fines nacionales. Rubio aboga por un sistema basado en valores que encierre los mercados en las instituciones gubernamentales y culturales, ya que «la orientación económica solo puede ser tan eficaz como el sistema de valores que le da forma».¹¹ En otras palabras, la cohesión social ya no debe buscarse a través del libre intercambio comercial, el ámbito de la sociedad civil que tradicionalmente ha definido la cultura liberal desde el siglo XVIII. Más bien, hay que buscarla en alguna

11. MARCO RUBIO, «American Investment in the 21st Century», 15 de mayo de 2019, p. 25, www.rubio.senate.gov.

sustancia cultural, en algún conjunto fundamental de valores o esencia que supuestamente define a la tribu nacional, especialmente frente a sus enemigos oficiales.

Este giro comunitarista de la derecha estadounidense refleja las mismas condiciones objetivas que están devolviendo la política industrial a la cabecera de los programas económicos de todo el mundo. Según el *Informe mundial sobre las inversiones de 2018*, de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, el número de Estados que han adoptado algún tipo de política industrial o intervenciones específicas en sectores industriales estratégicos también está aumentando rápidamente, y «parece estar en su cénit».¹² China es quizás el caso más conocido, pero el Parlamento Europeo, preocupado por contrarrestar los agresivos subsidios a la energía verde de la «Ley de Recuperación de la Inflación» (IRA) estadounidense aprobada en 2022, también ha lanzado su propia «Política industrial de la UE».¹³ Alemania ha lanzado su política industrial «Made in Germany 2030», que imita el programa «Made in China 2025» de China.¹⁴ Emmanuel Macron, presidente de Francia, anunció que el Estado francés pronto tendrá que «tomar posesión de varios sectores industriales» para fortalecer la

12. UNITED NATIONS CONFERENCE ON TRADE AND DEVELOPMENT, «World Investment Report 2018: Investment and New Industrial Policies», www.unctad.org, 2018, cap. 4.

13. THE EUROPEAN PARLIAMENT, «General Principles of EU Industrial Policy», *Fact Sheets on the European Union*, www.europarl.europa.eu, septiembre de 2022; BARBARA MOENS, JAKOB HANKE VELA y JACOPO BARIGAZZI, «Europe Accuses U.S. of Profiting from War», *Politico*, www.politico.com, 24 de noviembre de 2022; PAOLA TAMMA y SAMUEL STOLTON, «Revealed: France's Massive "Made in Europe" Strategy», *Politico*, www.politico.com, 13 de enero de 2023.

14. BUNDESMINISTERIUM FÜR WIRTSCHAFT Y KLIMASCHUTZ, «Moderne Industriepolitik», www.bmwk.de, 17 de julio de 2021.

independencia del país.¹⁵ El primer ministro indio, Narendra Modi, asumió el cargo con una serie de promesas que darían rienda suelta a la innovación y la creatividad para reactivar la economía de la India. A partir de ese momento, la estrategia de crecimiento del régimen indio se revirtió rápidamente hacia una pantomima de política industrial, convirtiéndose en una frenética batalla campal de subsidios a las empresas y aranceles comerciales en un intento por aumentar la participación manufacturera de la India en el PIB; pese a todo, el PIB se mantiene en su nivel más bajo en los últimos veinte años.¹⁶

Todos estos casos son un retroceso al enfoque político de la década de 1950, cuando la planificación estaba en su apogeo en el mundo capitalista como ideal y régimen del Estado. La planificación era entonces ampliamente aceptada como parte de la «gestión científica», el estándar de los Estados modernos mediante el cual una burocracia bien entrenada podía domar los extremos del ciclo económico capitalista. Los más optimistas entre los intelectuales de mediados de siglo incluso vieron la perfección de la planificación como la clave para resolver el problema económico básico de la escasez. Para los optimistas, la generosidad del crecimiento guiado por el Estado desbloquearía la abundancia material y servicios de bienestar cada vez más inclusivos para todos, lo que finalmente eliminaría la mayor parte, si no toda, de la necesidad de competencia en la economía. La planificación representaba no solo una técnica económica, sino la promesa de plenitud, tal vez incluso el camino hacia un futuro

15. WILLIAM HOROBIN y FRANCOIS DE BEAUPUY, «Macron Says France Must Regain Control of Some Energy Firms», *Bloomberg*, www.bloomberg.com, 17 de marzo de 2022.

16. MIHIR SHARMA, «Modi Govt's Industrial Policy Shows It Has Run Out of Ideas and Is Taking India Back to Pre-1991», *The Print*, www.theprint.in, 16 de julio de 2021.

poscapitalista.¹⁷ Sin embargo, desde la década de 1970, los gobiernos neoliberales de todo el mundo creyeron que habían dejado atrás esas ideas como los sueños infantiles de una época descarriada.

Agua pasada. Evidentemente, los gestores del Estado capitalista ya no tienen otra opción que volver a las políticas de desarrollo impulsadas por el Estado que se suponía que las sociedades modernas habían tirado al basurero de la historia. Solo que, a diferencia del siglo XX, estas políticas no van acompañadas de una visión de progreso, un plan para gestionar o incluso superar las miserias de la vida en la sociedad capitalista. En su lugar, las incompetentes autoridades públicas recurren arbitrariamente a este conjunto de herramientas del pasado en un intento desesperado por revivir las bondades del capitalismo privado, simplemente para mantenerlo vivo, con poca idea de lo que están haciendo o hacia dónde nos dirigimos. La política industrial ha regresado tras el abyecto fracaso del sistema capitalista mundial a la hora de generar el crecimiento suficiente para mantener el *statu quo*. Con el crecimiento económico mayormente agotado, los actores estatales se ven obligados a adoptar estas políticas a una escala cada vez más grande, a su vez convirtiéndose en el vehículo a través del cual las grandes potencias compiten por el control de las fuentes de crecimiento restantes. Cuando agitas un frasco con insectos dentro, estos lucharán entre sí al chocar unos con otros. El sistema capitalista global es como uno de estos frascos, y nosotros, la gente de los países que lo integran, nos enfrentamos violentamente unos contra otros a cada crisis del sistema que sacude al mundo, las cuales se vuelven más graves con cada año que pasa. La única solución es salir del frasco, o tal vez romperlo.

17. Véase HOWARD BRICK, *Transcending Capitalism: Visions of a New Society in Modern American Thought* (Ithaca, ny, 2006), cap. 5.

NUEVOS IMPERIALISMOS

En contraste con los días felices que siguieron al final de la Guerra Fría, cuando Thomas Friedman escribía sus himnos a la globalización y la difusión de la democracia liberal y los mercados libres supuestamente conducirían a una era de prosperidad para todas las naciones, el tema que ocupa el pensamiento de la élite estadounidense actual es la renovada necesidad del proteccionismo en un mundo de suma cero. No hace tanto que los comentaristas nos instaron a pensar en la relación entre China y EE. UU. como «una economía llamada Chimérica», como lo expresaron el historiador económico Niall Ferguson y el economista Moritz Schularick, «la suma de China, el mercado emergente de más rápido crecimiento del mundo, y Estados Unidos, la economía avanzada financieramente más desarrollada del mundo», un vínculo simbiótico en el corazón de un mundo globalizado.¹⁸ En un artículo de 2007 los autores se preocuparon por abordar la crisis crediticia que había comenzado en el verano de ese año, una señal ominosa que causaba cierta inquietud en los mercados financieros mundiales. Los autores tranquilizaron a su audiencia de la única manera que los miembros de la profesión económica pueden hacer: concluyendo que, después de todo, «en nuestra opinión, [la contracción del crédito] no presagia una implosión de una burbuja del mercado de valores comparable con la era de las puntocom».

Ahora, tras más de una década de crisis en cascada, y especialmente después de la vergonzosa gestión de la pandemia de coronavirus por parte de Estados Unidos, estos mismos comentaristas parlotean incesantemente sobre la necesidad de confrontar o incluso desvincularse de China como

18. NIALL FERGUSON y MORITZ SCHULARICK, «“Chimerica” and the Global Asset Market Boom», *International Finance*, x/3 (Winter 2007), p. 218.

una cuestión de seguridad nacional.¹⁹ El mismo Ferguson ha olvidado su viejo acrónimo de antaño para pregonar la «Nueva Guerra Fría» con China. Como era de esperar, el tema de la autodeterminación nacional va acompañado de un resurgimiento del chovinismo nacional. Ferguson señala las ventajas que podría traer una nueva guerra fría de este tipo, ya que, supuestamente, durante la Guerra Fría anterior «las divisiones internas disminuyeron considerablemente» frente a un enemigo externo común. Acordes al espíritu de la cooperación bipartidista, tanto el Partido Republicano como el Partido Demócrata han abrazado la narrativa de una lucha global de la democracia —cuya encarnación es, naturalmente, Estados Unidos— contra las malignas fuerzas del autoritarismo, representadas más vívidamente en la imaginación estadounidense por China y Rusia y tachadas como infractoras corruptas del «orden internacional sujeto a reglas».

En la propia China, la escalada de la confrontación con Estados Unidos se narra desde un punto de vista identificativo con los intereses del Sur Global. Invocando el legado de la revolución, el discurso oficial del Partido Comunista Chino (PCC) presenta a China como un defensor del desarrollo y la igualdad para los países pobres, las víctimas históricas de la conquista y la explotación colonial. En este discurso, China solo aspira a continuar pacíficamente su desarrollo económico como miembro responsable de la comunidad internacional, y es Estados Unidos, con su giro del libre comercio hacia el mercantilismo beligerante, el verdadero villano rompiendo las reglas del orden global.²⁰ La propaganda

19. NIAL FERGUSON, «The New Cold War? It's with China, and It Has Already Begun», *New York Times*, www.nytimes.com, 2 de diciembre de 2019.

20. JAKE WERNER, «The Sources of China's Vision for Global Economic Governance», *Boston University Global Development Policy Center*, www.bu.edu, 9 de septiembre de 2021.

oficial en la Rusia contemporánea es en algunos aspectos similar. El gobierno ruso presenta su agresión militar no solo como una medida defensiva y preventiva contra la agresión *occidental*, sino como un acto de desafío contra un orden internacional unipolar y egoísta dirigido por Estados Unidos que, por supuesto, tiene su propia historia ilustre de lanzar invasiones preventivas a otros países. A ojos de los líderes de estos países, es una absoluta hipocresía moral cuando EE. UU. condena los ataques militares no provocados o defiende la inviolabilidad de los derechos humanos, ya que ellos mismos lanzan tales ataques y socavan tales derechos cuando resulta conveniente hacerlo. (Reconocer esto no es justificar las acciones de estos países, tan solo reconocer la realidad).

La desconfianza extranjera hacia Estados Unidos está bien justificada. Después de todo, la globalización neoliberal ocurrió bajo la protección del poder estadounidense. De hecho, era una continuación del mismo proyecto de gobernanza global que la nación había estado persiguiendo desde mediados del siglo XX, que tenía como objetivo abrir un espacio cada vez mayor para que el capital y las materias primas fluyeran libremente por todo el planeta con Estados Unidos en su centro. Leo Panitch y Sam Gindin se refieren a este proyecto como la «economía política del imperio estadounidense».²¹ A partir de la década de 1940, los responsables políticos estadounidenses identificaron los intereses de su Estado con la salud del orden capitalista global, cuya arquitectura había concebido y construido como parte de los acuerdos de Bretton Woods en julio de 1944. A raíz de la Segunda Guerra Mundial, dicho orden estaba formado principalmente por Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, pero tras el fin de la Guerra Fría, surgió la oportunidad de globalizar completamente este proyecto.

21. PANITCH y GINDIN, *The Making of Global Capitalism*.

Tras 1989, los gobiernos que deseaban que sus países participaran en el mercado mundial, que se unieran al llamado «mundo libre», debían emprender una serie de medidas políticas que el economista John Williamson denominó el «Consenso de Washington». Se trata de las conocidas políticas de *laissez-faire*: tipos de cambio flexibles, reducción de los déficits públicos, liberalización de los mercados de capital, apertura a la inversión extranjera directa y privatización de los activos públicos; los pilares comerciales del capitalismo mundial. Por una feliz coincidencia, la mayoría de dichas reformas generaron oportunidades lucrativas para las empresas con sede en Estados Unidos, al tiempo que incorporaban a una franja más amplia del mundo al orden internacional basado en el dólar. Pero lo más importante, como señalan Panitch y Gindin, era que la incorporación a este orden era atractiva para los países participantes porque parecía ofrecer oportunidades reales para el desarrollo económico.²² Esto lo diferenciaba de las formaciones imperiales anteriores: Estados Unidos era el hegemon de un imperio «informal», basado no en el control territorial directo, sino en la participación en un mercado mundial diseñado en gran medida por Estados Unidos.

Para algunos teóricos, empero, no hay nada informal en este imperio. El economista Michael Hudson describe estos arreglos en su libro *Superimperialismo*. En la historia de Hudson, los funcionarios económicos y de defensa de Estados Unidos se toparon con una nueva forma de ejercer el dominio monetario después de abandonar la convertibilidad del dólar en oro y poner fin a los tipos de cambio fijos en 1973. A pesar del creciente endeudamiento de Estados Unidos y la disminución de la competitividad industrial, al cortar el vínculo con el oro, fortalecieron al dólar como moneda de

22. *Ibid.*

reserva mundial al convertir la deuda estatal estadounidense en la nueva base monetaria mundial. Hudson define el «superimperialismo» estadounidense por el endeudamiento cada vez más profundo de la principal potencia imperial. Estados Unidos se endeuda vendiendo títulos del Tesoro, lo que permite al gobierno aumentar su déficit a través de un gasto desenfrenado en importaciones y un ejército que se extiende por todo el mundo sin preocuparse por las restricciones presupuestarias. El resto se ve obligado a absorber este diluvio de deuda del Tesoro mediante amenazas explícitas de fuerza militar y sanciones financieras, así como mediante la amenaza implícita de que negarse a financiar el déficit presupuestario estadounidense pondría al propio sistema monetario mundial en riesgo de colapso.

Los compradores extranjeros de deuda estadounidense financian así su propia explotación. «No es al sector empresarial al que hay que acudir para encontrar las raíces de las relaciones económicas internacionales modernas, sino a presión del gobierno de Estados Unidos», escribe Hudson. «La raíz de esta nueva forma de imperialismo está en la explotación de los gobiernos por un solo gobierno, el de los Estados Unidos, a través de los bancos y otras instituciones de control del capital intergubernamental, en lugar de a través de las actividades de las empresas privadas en búsqueda de ganancias».²³ El superimperialismo no está impulsado por la economía sino por la política, el imperativo primordial necesario para que los Estados Unidos expandan su imperio. El poder existe por el hecho de obtener más poder. De manera claramente tautológica, Hudson sustituye una descripción provocativa por una explicación real.

23. MICHAEL HUDSON, *Superimperialism: The Origin and Fundamentals of U.S. World Dominance* (Nueva York, 1972), p. 23.

Hudson capta un aspecto obvio del poder financiero estadounidense. Estados Unidos disfruta, con diferencia, de una mayor demanda mundial sobre su deuda soberana que cualquier otro país en el mundo. Pero como relato del imperialismo, esta narrativa adolece de algunas deficiencias básicas. Hay un solo agente, Estados Unidos, que impone unilateralmente su voluntad monolítica al resto del mundo. Otros países no son actores, sino objetos pasivos. Esto impide comprender cómo otros países podrían beneficiarse tangiblemente de estos acuerdos, o aprovecharlos para convertirlos en formas de competencia o incluso de contrahegemonía. Del mismo modo, cualquier división o conflicto de intereses dentro de Estados Unidos, en su gobierno y su sociedad, se disuelven en una descripción unilateral de Estados Unidos oprimiendo a todos los demás. En última instancia, estas debilidades se derivan de los conceptos básicos de Hudson, que se abstraen por completo del ámbito de la producción, de la vida social y material, para elaborar una teoría puramente financiera del imperialismo. En esta concepción, las finanzas y la industria no están entrelazadas en una intrincada economía política. Más bien, las finanzas son la antítesis de la industria, que existe solo como un parásito en el huésped de la «economía real». En el contexto de la nueva Guerra Fría, esto prepara el escenario para una supuesta lucha entre la financiarización neoliberal patrocinada por Estados Unidos y el «socialismo industrial» de China, como lo denomina Hudson.²⁴ El antimperialismo, que equivale al eslogan «las finanzas capitalistas son malas, la producción capitalista es buena», se reduce a respaldar la ideología nacional de una gran potencia rival.

24. MICHAEL HUDSON, «America's Neoliberal Financialization Policy vs. China's Industrial Socialism», *blog*, www.michael-hudson.com, 14 de abril de 2021.

No todos los relatos sobre el imperialismo contemporáneo se centran en Estados Unidos. Si Hudson proporciona una justificación teórica para las políticas actuales y la autocomprensión del régimen de la República Popular China (RPC), entonces los economistas Michael Pettis y Matthew Klein han proporcionado una justificación para una política comercial agresiva por parte de EE. UU. en su estudio macroeconómico *Las guerras comerciales son guerras de clases*. Klein y Pettis sostienen que la economía mundial sufre de desequilibrios estructurales arraigados en el que el exceso de ahorro de unas pocas economías de bajo consumo y alta productividad, principalmente China y Alemania, financia el exceso de gasto en países de alto consumo y déficit comercial, como Estados Unidos. La obsesión de los países productivos con las políticas comerciales centradas en la exportación lleva a suprimir la demanda de los consumidores en China y Alemania, donde los trabajadores no tienen los ingresos para consumir la mayor parte de lo que producen, o para soportar grandes volúmenes de importaciones del resto del mundo. Esto genera enormes superávits en las cuentas corrientes. Al recogerlos el gobierno y depositarlos en su banco central, estos excedentes se canalizan a través de los mercados financieros para comprar activos y financiar el consumo en los países deficitarios, lo que permite a los países con superávit seguir deshaciéndose de sus productos excedentes, con los EE. UU. «actuando como sumidero para los excesos extranjeros».²⁵ El resultado exacerba la desigualdad en ambos grupos de países, ya que la demanda en las economías de exportación mantiene los salarios bajos en las economías importadoras, mientras infla los ingresos financieros y los precios de los activos en beneficio de los ricos.

25. MATTHEW KLEIN y MICHAEL PETTIS, *Trade Wars Are Class Wars: How Rising Inequality Distorts the Global Economy and Threatens International Peace* (New Haven, ct, 2020), p. 7.

A diferencia del relato financiero del «superimperialismo», este análisis keynesiano tiene al menos la virtud de incorporar la dinámica macroeconómica en lugar de obviarla. Inspirándose en la teoría clásica del imperialismo del economista británico J. A. Hobson, quien sostenía que la baja demanda interna fomenta los intereses manufactureros para canalizar el capital hacia los mercados coloniales en el extranjero, Klein y Pettis invierten efectivamente la tesis del superimperialismo. Lejos de ser la potencia imperial dominante, Estados Unidos se ha convertido en víctima del imperialismo exportador, alimentado por el deseo irracional de las élites europeas y de Asia Oriental de acumular riqueza. En consecuencia, estos países tienen la responsabilidad de reestructurar su modelo económico por el bien de la economía mundial. Pero ¿por qué acaparan las élites? Según los autores, las élites simplemente «prefieren acumular activos financieros».²⁶ El rentista parece tener un impulso de ahorrar por ahorrar que no necesita análisis. Este impulso no puede explicar mucho, o actúa, en el mejor de los casos, como una primera causa inexplicada. Aunque no es su intención, los autores proporcionan una racionalización conveniente para el núcleo del discurso trumpista de la victimización estadounidense y su correspondiente deseo de revivir el crecimiento económico en Estados Unidos obligando a otros países a ajustarse a sus preferencias.²⁷

26. *Ibid.*, p. 84.

27. El carácter claramente tautológico del argumento —las élites ricas decidieron acumular riqueza porque las élites ricas prefieren acumular riqueza— se desprende del marco general del análisis de los autores. Invocando un balance global en el que el ahorro debe ser igual a la inversión a nivel agregado, se hace necesario elegir un punto de partida para la secuencia causal que motiva la tendencia de desequilibrios crecientes en una economía mundial por lo demás equilibrada. En este marco, la elección será inevitablemente arbitraria. También se

Como en la mayoría de las teorías keynesianas, la crisis global se limita a la falta de demanda efectiva. Las bajas tasas de inversión de capital se deben a la debilidad constante de la demanda en casi todas las principales economías y a la escasez de poder adquisitivo de los consumidores causada por el deseo de acaparar de las élites corruptas. Los ilustres administradores gubernamentales deberían redistribuir el superávit económico entre los consumidores de a pie en Alemania y China, así como emprender un programa de estímulo fiscal, centrado en la construcción de infraestructura, en EE. UU., para así restaurar el equilibrio global. Las «restricciones políticas irracionales» que han frenado la demanda y la inversión se eliminarían, lo que resultaría en una economía mundial reequilibrada donde la inversión podría volver a ser racional, lo que para los autores significa «buscar las oportunidades más productivas en todo el mundo», en lugar de meras ganancias especulativas.²⁸ No obstante, esta conclusión tiene poco sentido dada la lógica de los autores. Si las élites adineradas se enriquecen a expensas de las populares porque prefieren hacerlo, no está claro por qué cambiarían su comportamiento simplemente porque algunos economistas inteligentes sugieren que deberían hacerlo. De hecho, ¿por qué los gobiernos las respaldarían en primera instancia? La conclusión práctica contradice las premisas del argumento.

Aunque estos dos relatos del imperialismo parecen ser polos opuestos, tienen mucho en común. Comparten el punto de partida de que la política determina la economía, y basan

podría empezar por los conflictos internos que llevaron a la apertura de los mercados de capitales estadounidenses a la inversión extranjera y a la financiación del déficit presupuestario federal en la década de 1980, como se documenta en el estudio de Greta Krippner sobre la financiarización, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance* (Cambridge, 2011).

28. KLEIN y PETTIS, *Trade Wars Are Class Wars*, pp. 82, 64.

sus explicaciones de los fenómenos económicos en decisiones políticas más que en la economía política, en un análisis de cómo se distribuye el producto global en lugar de cómo se produce en primer lugar. Esto, a su vez, es posible porque ambos consideran que el Estado es algo separado de la economía, una institución que interviene o responde al sistema económico desde fuera de él. También comparten una noción común del imperialismo, que se interpreta como una o varias naciones que explotan a otras tomando más de lo que les corresponde de la riqueza mundial. Y ambas son teorías nacionalistas, lo cual es una consecuencia lógica de sus conceptos básicos. En el contexto de la escalada del conflicto geopolítico entre los países más poderosos del mundo, presentan una elección entre grandes potencias rivales. Pero esta elección es falsa.

Todas estas características compartidas tienen sus raíces en un punto ciego común. La producción globalizada, combinada y desigual, fundamento transnacional del sistema capitalista, bien se considera desde un punto de vista puramente técnico, como en el marco keynesiano, bien se vuelve prácticamente invisible, como en la teoría del imperialismo financiero. Este tratamiento lleva a ambas perspectivas a malinterpretar el papel de la preeminencia de Estados Unidos en el capitalismo mundial, que se exagera en gran medida o se ignora por completo. En consecuencia, incluso cuando los propios Estados Unidos derriban el mismo sistema que defendieron durante la mayor parte de un siglo, ninguna de las dos teorías está equipada para comprender la profunda dinámica que impulsa a la principal superpotencia capitalista a acabar con el capitalismo global como lo conocemos. No es cierto que los actores políticos puedan controlar las relaciones económicas clave que establecen los límites de las opciones políticas a su disposición. Tampoco, sin embargo, son meras funciones de estas limitaciones sin espacio para

actuar creativamente. Más bien, hacen la historia, pero en condiciones heredadas del pasado que no han elegido conscientemente. Estas condiciones son las fuerzas y las relaciones de la producción capitalista mundial. Su evolución no determina mecánicamente la política, sino que, junto con ella, remodela las relaciones entre el Estado y la economía de maneras que alteran la naturaleza de ambas.

BENEFICIOS Y SAQUEOS

El terreno geopolítico de la economía mundial se define por la interacción entre la cooperación internacional y la competencia nacional dentro de un solo sistema de producción, el sistema capitalista. En este sistema, los recursos productivos de la sociedad son de propiedad privada y se utilizan para emplear a personas y producir cosas solo si producen una ganancia para sus propietarios. El acuerdo suele ser el siguiente: un empleador contrata a personas a través de un contrato salarial. Los trabajadores trabajan con las herramientas, materias primas, equipos e instalaciones propiedad del empleador para fabricar un producto, que pertenece al propietario, quien luego lo vende por más de lo que inicialmente pagó por el trabajo y los medios de producción. El trabajador recibe su paga, el propietario obtiene el beneficio, que es lo que retiene después de deducir sus costes del precio final de venta. Parece sencillo, pero hay algo más por debajo de la realidad cotidiana de trabajar a cambio de un salario.

¿Qué es exactamente el beneficio? A pesar de haber estudiado la cuestión durante más de dos siglos, todavía no existe un acuerdo general entre los economistas académicos.²⁹ En

29. Un amplio estudio de los manuales de introducción a la economía identifica una serie de definiciones diferentes e incoherentes del beneficio, ninguna de las cuales encaja lógicamente en el sistema neo-

la percepción ordinaria, el beneficio es simplemente el rendimiento de una transacción comercial exitosa, los ingresos totales menos los costes totales. De hecho, así es como las empresas calculan sus ingresos netos, lo que los economistas neoclásicos llaman beneficio contable. Pero los economistas también tienen su propia definición de beneficio, que incluye no solo los costes reales del negocio, sino también los costes de oportunidad, o los ingresos potenciales a los que renuncia una empresa al elegir usar sus recursos de una manera particular en lugar de otra. Tomemos un ejemplo actual significativo: una empresa que cotiza en bolsa puede querer gastar dinero en gastos de capital para producir cosas reales, pero al hacerlo pierde la oportunidad de recomprar sus propias acciones de sus accionistas, lo que al reducir la proporción de acciones en circulación con respecto a las ganancias mejora inmediatamente la rentabilidad de la empresa. Los economistas consideran esta oportunidad perdida como un coste de la decisión de la empresa de llevar a cabo operaciones productivas y, por ende, lo tienen en cuenta en sus ganancias netas. El objetivo de esta definición de beneficio es plasmar la idea de que en un mercado perfectamente competitivo, con un perfecto conocimiento de todas las opciones por parte de los participantes en el mercado, todas esas oportunidades perdidas se eliminarán con el tiempo, ya que las empresas hacen el uso más eficiente de sus activos hasta que no haya más ganancias que obtener. Desde este punto de vista, los beneficios son incidentales, un resultado de la competencia impura resultante de ventajas informáticas o tecnológicas a corto plazo. En competencia perfecta, el equilibrio a largo plazo hace desaparecer eventualmente

clásico más amplio: MICHELE NAPLES y NAHID ASLANBEIGUI, «What Does Determine the Profit Rate? The Neoclassical Theories Presented in Introductory Textbooks», *Cambridge Journal of Economics*, xx/1 (enero de 1996), pp. 53-71.

a todas esas ventajas, reduciendo las ganancias al coste de hacer negocios. Sin embargo, ni la definición de beneficio del contable ni la del economista explican el rasgo más distintivo de las economías modernas, que es su tendencia a expandirse incesantemente, a que el capital y las ganancias crezcan a un ritmo constante.

Un ejemplo simple puede ilustrar el problema. Si una empresa se beneficia comprando algo barato y luego vendiéndolo a un precio más alto, entonces eso es una ganancia para el vendedor, pero una pérdida igual para su comprador: las ganancias del precio de venta más alto se toman a expensas de su socio comercial. Por lo tanto, el resultado neto del intercambio para toda la economía es cero. En otras palabras, las ganancias del tipo de cambio no representan ningún crecimiento neto de la economía. ¿De dónde viene el crecimiento, entonces? Apuntando a sus modelos, el economista insistirá en que el crecimiento total de las ganancias no es la regla, sino la excepción, ya que en una economía de mercado todos los beneficios deberían, en principio, ser eliminados por la competencia. Un excedente económico en expansión tiene que ser explicado por factores supuestamente externos al sistema económico, como la innovación tecnológica, el crecimiento de la población o el exceso de poder de mercado de los monopolios corporativos y gubernamentales. Para la mayoría de los académicos de economía el hecho más empíricamente observable y sorprendente de la economía moderna, su crecimiento sin fin, se toma como un caso especial que solo puede explicarse a través de una serie de excepciones.

En su lugar, el enfoque de Marx sobre la ganancia analiza la dinámica del crecimiento como una cuestión del proceso capitalista de producción, para el cual la acumulación de beneficio no es la excepción, sino más bien el propósito básico

de su existencia. Debido a que se guían por este propósito, las empresas tienen un incentivo natural para obtener la mayor ganancia posible al hacer que sus trabajadores trabajen más duro por menos dinero. Pero la posición de Marx es que incluso aparte de tales formas explícitas de explotación, los trabajadores producen beneficio como una característica inherente de su relación con el capital. A los trabajadores se les paga lo mínimo necesario para sostener su fuerza de trabajo, su capacidad de trabajar todos los días para las empresas que los explotan, así como para reproducirse a lo largo del tiempo. Este mínimo —Marx lo llama el valor de la fuerza de trabajo— es social e históricamente variable, reflejando el desarrollo tecnológico, el nivel educativo, las normas culturales y otros factores que influyen en el coste de vida en una sociedad determinada en un momento dado. Al mismo tiempo, los empleados pagan el valor de su fuerza de trabajo durante más tiempo del que sería necesario para reproducir ese valor. Es decir, en una jornada de trabajo determinada con un nivel social de productividad dado, el trabajador reproduce el valor del salario que se le paga, junto con algo adicional a ese valor, por el que no se le paga. Este valor adicional, que Marx llama plusvalor, es el origen de lo que conocemos como ganancia.

Las empresas capitalistas pueden enriquecerse a través de la acumulación de beneficio debido a esta producción de plusvalor. De cerca, la relación salarial se nos aparece como un contrato que un propietario individual y un trabajador individual celebran para su beneficio mutuo. A nivel de toda la economía, sin embargo, se trata de una relación entre dos clases, en la que una de ellas, los trabajadores, al reproducirse a sí mismos, generan también un excedente económico creciente que es el rasgo más distintivo del sistema. El trabajo asalariado es el sistema a través del cual toda la clase de los trabajadores produce el excedente social que luego

se distribuye entre los propietarios como clase, que devuelven parte de él como salario mientras se quedan con el resto como ganancia, interés, renta, dividendos, etc. Estos ingresos pueden ser reinvertidos para contratar más mano de obra y expandir los medios de producción, para acumular más capital. Como la reproducción de esta relación de clase es esencial para el sistema, los intereses de la clase propietaria capitalista se identifican por defecto con los de la sociedad en general, de la nación y de su gobierno. Aquí es donde entra en juego el poder político.

ENTRELAZAMIENTO

Marx asume que el valor de la fuerza de trabajo es aproximadamente igual al salario porque asume una economía capitalista que se reproduce a sí misma a lo largo del tiempo, lo que requiere reproducir la fuerza de trabajo. Pero los propios capitalistas, atrapados en la obtención de beneficios, no tienen ningún interés en reproducir o incluso comprender los requisitos del sistema. Debido a que la búsqueda de la rentabilidad en condiciones competitivas exige economizar costes donde y como sea posible, las corporaciones individuales tienen un interés natural en pagar a sus empleados el salario más bajo posible o, lo que es lo mismo, obligarlos a trabajar tanto tiempo y tan duro como puedan por un salario dado. El interés del jefe es minimizar lo que los economistas llaman costes laborales unitarios, o cuánto deben pagar a sus empleados para producir una unidad de producción por período. Lo ideal sería que esta relación fuera lo más cercana posible a cero, lo que implicaría salarios muy por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Antes del advenimiento de la jornada laboral estándar de ocho horas, esta era la norma, y los trabajadores de los países industrializados solían trabajar

doce, trece o incluso más horas en turnos agotadores a cambio de una miseria, apenas lo suficiente para sobrevivir. Estos bajos salarios socavan los cimientos del sistema capitalista al poner en peligro la fuente de beneficio. Aun así, cada vez que las empresas pueden salirse con la suya, están felices de pagar menos del salario mínimo y dejan que sean los trabajadores quienes se las arreglen para sobrevivir.

Una sociedad organizada sobre una base capitalista solo puede reproducirse materialmente si se preservan y reproducen las relaciones sociales específicas del capitalismo, sin embargo, el comportamiento habitual de las empresas tiende a socavar esas mismas relaciones, desestabilizando la acumulación continua de beneficios. Al mismo tiempo, la explotación extrema aviva el odio de clase de los trabajadores de los que depende, quienes, ante tales condiciones, puede que decidan que todo el sistema de producción orientado al lucro quita más de lo que da, y organizarse para derrocarlo. Es por ello que los gobiernos de los países industrializados comenzaron a intervenir en sus mercados laborales nacionales a fines del siglo XIX, inaugurando una tendencia que alcanzó su apogeo en los Estados de bienestar construidos en los años posteriores a la SGM. Las agencias estatales y los burócratas que las dirigen no son ni el aparato regulador neutral imaginado por la teoría keynesiana ni una estructura monolítica de opresión como se imagina la historia del superimperialismo de Hudson, sino más bien esfuerzos desorganizados para contener los problemas planteados por las tendencias contradictorias del capitalismo privado. El Estado capitalista es la forma política de las relaciones sociales de producción capitalista. Las políticas sociales son un ejemplo de ello.

Tomemos como ejemplo las históricas leyes de bienestar social aprobadas en Alemania en la década de 1880, que en muchos sentidos proporcionaron el modelo al que luego se

sumarían los Estados de bienestar nacionales que surgieron en el siglo XX. De la escuálida esclavitud asalariada de las fábricas urbanas surgió un movimiento obrero enérgico y políticamente consciente que no solo exigía un salario digno, sino la abolición del propio trabajo asalariado. Como proclamó el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en su Congreso fundacional de Gotha en 1875, su objetivo era «llevar a cabo la destrucción de la ley de hierro de los salarios mediante la eliminación del sistema de trabajo asalariado». Ante el rápido crecimiento del SPD, el gobierno del nuevo Imperio Alemán, encabezado por el canciller Otto von Bismarck, comenzó a aprobar cinco años más tarde un conjunto de leyes que fijaban la duración de la jornada laboral, inaugurando el seguro de salud y accidentes laborales y prohibiendo el trabajo infantil los domingos. Bismarck no era amigo de los obreros, pero como primer canciller del Imperio se preocupó por establecer una paz social entre el trabajo y el capital que fortaleciera la competitividad industrial, la fuerza militar y la estatura internacional de la nación alemana a través del desarrollo del capitalismo alemán. En este contexto, la legislación de bienestar formó parte del esfuerzo del Estado por salvaguardar las condiciones generales de la obtención de beneficios no solo de una clase obrera radicalizada, sino también del comportamiento autodestructivo de los propios creadores de beneficios. A través de sus intervenciones legales en las relaciones sociales de producción, los gobiernos se «entrelazaron» con la economía privada, pasando así a integrar el proceso de reproducción de la misma.

No es necesario que estas intervenciones adopten la forma específica de una legislación sobre asistencia social. Para los funcionarios de los más altos niveles ejecutivos del gobierno, el objetivo de regular los conflictos internos es asegurar las condiciones para el crecimiento rentable de las empresas del país, es decir, preservar la base para el dominio de la clase

burguesa. Esta clase, cuyos activos combinados constituyen el capital nacional del país, está principalmente interesada en ganar más dinero, para lo cual recluta los servicios del Estado para llevar adelante guerras comerciales contra las clases dominantes de otras naciones. Los gobiernos nacionales cumplen con entusiasmo, ya que su existencia está inextricablemente ligada a la salud y al vigor de su clase capitalista nacional. Los gobiernos siguen subordinados a esta clase incluso cuando se esfuerzan por organizarla y fortalecerla frente a sus competidores internacionales. Hay competencia dentro de la clase capitalista, pero en sus intervenciones políticas el Estado nacional se esfuerza por definir un interés unificado y coherente para la clase en su conjunto.

Los líderes de la Restauración Meiji japonesa de 1868 entendieron esto muy claramente tras derrocar al shogunato Tokugawa en nombre de la modernización de la economía y el ejército para que Japón pudiese hacer frente a la amenaza del imperialismo occidental. A diferencia de Alemania, Japón no tenía un movimiento democrático de masas de trabajadores industriales que ejerciera presión sobre el gobierno. Lo que sí tenía el nuevo régimen era la rara oportunidad de diseñar las instituciones capitalistas de Japón casi desde cero. El gobierno Meiji estudió de cerca la historia económica y los métodos industriales de las naciones occidentales. Luego se embarcó en una serie de medidas modernizadoras, donde eliminó los dominios feudales de tenencia de la tierra y los convirtió en propiedad gubernamental sujeta a impuestos, creó derechos modernos de propiedad privada para los terratenientes campesinos, estableció la educación universal y, lo que fue más radical, abolió el orden tradicional de castas para reemplazarlo con un mercado nacional de trabajo asalariado libre, de modo que cualquiera pudiera entrar en cualquier trabajo. El gobierno construyó los cimientos de las

relaciones sociales del capitalismo a un ritmo récord, comprimiendo un proceso histórico que había llevado siglos en Occidente a un par de décadas.

Para el régimen Meiji el tiempo era esencial, ya que también se enfrentaba a un excedente de población de campesinos y guerreros (samuráis) que quedaban del antiguo orden feudal. Para un régimen asediado que se esforzaba por asegurar su gobierno tras un violento golpe de Estado, los grupos itinerantes de guerreros y campesinos descontentos eran una gran preocupación. En una especie de protoprograma de bienestar, algunos de los samuráis, ahora sin propósito, recibían un estipendio del gobierno. Pero el resto de los vestigios feudales —los restantes samuráis, campesinos y arrendatarios— tenían que encontrar empleo, o incluso creado.³⁰ El nuevo gobierno cumplió dos objetivos simultáneamente al establecer empresas estatales para emplear a la mano de obra recién creada en sectores industriales clave como el transporte —ferrocarriles—, la comunicación —telégrafos—, la minería, los textiles —particularmente el algodón—, la construcción naval, el armamento militar, los productos químicos, el vidrio y la construcción. Hasta llegó a intervenir el propio tiempo, modernizando los relojes japoneses tradicionales, que tenían horas de duración variable, al día occidental estandarizado que constaba de 24 horas de 60 minutos cada una.

Aunque al principio funcionaban con pérdidas, las nuevas industrias estatales sentaron las bases para la industrialización pesada, un proyecto a largo plazo que el naciente sector privado nunca podría haber perseguido por sí solo. Las empresas estrechamente relacionadas con el ejército y la

30. TILLA SIEGEL, «Politics and Economics in the Capitalist World Market: Methodological Problems of Marxist Analysis», *International Journal of Sociology*, xiv/1 (primavera de 1984), pp. 1-154.

seguridad nacional permanecieron bajo control estatal, pero el resto se vendió a precios de liquidación a casas financieras privadas, formando la base para los *zaibatsu*, los conglomerados industriales-financieros que son la base del Japón corporativo hasta el día de hoy. Más adelante, tras hacerse cargo de las industrias fundadas por el Estado, los patrones de la era Meiji contaron con la ventaja de una población obrera que podía subsistir con salarios relativamente bajos.³¹ Combinado con el impulso del gobierno para la educación general, un bajo valor de la fuerza de trabajo hizo posible economizar en gran medida en las inversiones de capital al utilizar proporcionalmente más mano de obra para operaciones industriales que en las naciones occidentales más intensivas en capital. Este enfoque de desarrollo impulsado por el Estado permitió que las exportaciones de estas operaciones pagaran la importación de maquinaria extranjera y tecnología avanzada que sentaría las bases para que Japón acelerara la fabricación industrial a gran escala que se convirtió en el núcleo de su economía a principios del siglo XX.

Los casos de Alemania y Japón muestran cómo la política se ha entrelazado con lo que Marx llama las fuerzas y relaciones de producción capitalistas. El Estado no ajusta los parámetros del mecanismo económico desde el exterior. Es en sí mismo un engranaje masivo de la maquinaria capitalista, que trabaja constantemente para disolver los obstáculos para un mayor crecimiento de los beneficios empresariales. Al mismo tiempo, el Estado intenta gestionar la lucha de clases presentándose como el guardián del interés general de la sociedad, al margen de la economía. Una de las características esenciales del Estado capitalista es su papel como parte supuestamente desinteresada que arbitra entre

31. ROBERT ALLEN, *Global Economic History: A Very Short Introduction* (Oxford, 2011), pp. 118ss.

intereses diferentes y formalmente iguales. Debe mantener la apariencia de neutralidad como condición de su legitimidad política. Esta tensión entre asegurar las condiciones para el saqueo corporativo continuo de la población, por un lado, y mantener las condiciones para la lealtad continua de esa población, por el otro, es un problema que el Estado capitalista nunca podrá resolver, pero que debe esforzarse constantemente por manejar de una manera u otra.

Como también dejan entrever estos casos, la industria pesada tiene un papel único en la historia del capitalismo. La industrialización introduce una nueva estrategia de crecimiento que es una de las características más distintivas del capitalismo: la tendencia a revolucionar constantemente los aspectos técnicos de la producción. En lugar de extender el período de tiempo de trabajo excedente directamente al obligar a los trabajadores a aceptar salarios más bajos y horas más largas, la industria a gran escala expande el excedente indirectamente al reemplazar a los humanos por máquinas, mecanizando el proceso de producción. Una vez estabilizada la jornada de trabajo y el valor de la fuerza de trabajo, la mecanización se convierte en el modo general de apropiación de plusvalor, esto es, el motor interno del proceso de producción. A través de la mecanización, el mismo número de trabajadores puede producir una mayor producción por unidad de tiempo; dicho de otra forma, menos trabajo produce el mismo producto. Esta relación clave del tiempo trabajado para producir una unidad de producción, normalmente medida como una suma de dinero, es la tasa de productividad del trabajo. En igualdad de condiciones, las tasas más altas de productividad laboral se correlacionan con tasas más altas de ganancia, como resultado de la escala y el volumen de producción más ampliados. (Nótese, empero, que la fuente

de beneficio en el tiempo de trabajo *excedente* queda oculta, ya que esta proporción solo ve la relación entre el tiempo total trabajado y el producto que produce).

La búsqueda de una productividad cada vez mayor ha llevado a la introducción de la industria pesada en países de todo el mundo, puesto que los gobiernos y las empresas intentan copiar el éxito percibido de la industrialización en el aumento de los ingresos nacionales. A medida que las técnicas mecanizadas se generalizan, a medida que la economía se organiza en torno a la producción industrializada en masa, la productividad general del trabajo aumenta. Al mismo tiempo, uno de sus efectos más importantes es aumentar Uno de sus efectos más importantes, a su vez, es aumentar la productividad en los sectores que fabrican los productos y prestan los servicios que los trabajadores necesitan para mantenerse, disminuyendo el valor de estos productos y, con ellos, el valor de la fuerza de trabajo. Disminuir este valor es reducir la porción de la jornada laboral en la que el trabajador reproduce el valor de su fuerza de trabajo, para así extender el tiempo durante el cual el trabajador trabaja para el patrón de forma gratuita. Esta dinámica, generalizada a través de la difusión internacional de la industrialización, se convierte en el motor del impulso irracional de la productividad que define el curso del desarrollo en las sociedades capitalistas y los conflictos entre ellas.

SOBREPRODUCCIÓN Y POLÍTICA MUNDIAL

Corporaciones particulares en países particulares mecanizan sus operaciones para aumentar su tasa de ganancia mediante el aumento de la productividad laboral. A medida que estas técnicas se generalizan, la ventaja relativa para sus primeros usuarios se agota, y una nueva norma de productividad se

convierte en la tasa a la que las empresas deben producir para seguir siendo competitivas. Comienza el impulso hacia un nuevo avance en la productividad. Durante este proceso se producen y obtienen enormes cantidades de beneficios, mientras que los trabajadores —los portadores de la fuerza de trabajo, la verdadera fuente de ganancia— son eliminados. Como consecuencia, incluso cuando las corporaciones individuales ganan más dinero invirtiendo en maquinaria, la tasa media de ganancia para todos los productores disminuye. Cuanto más se prolonga esto, más escasa se vuelve la rentabilidad, lo que intensifica aún más las presiones de competición. El resultado es una tendencia permanente a sobreproducir capital en relación con el tamaño del mercado.

Los economistas, al igual que los empresarios, ven la competencia en el mercado como el motor de la innovación tecnológica empresarial, pero las presiones competitivas de los mercados, especialmente el mercado mundial, son tanto la *consecuencia* como la causa del impulso hacia una mayor productividad, que por regla general supera lo que los mercados pueden absorber. A medida que la escala de producción se expande y la fuerza de trabajo se reduce como proporción de los gastos totales de las empresas privadas, las ganancias totales en todo el mundo también tenderán a reducirse en relación con el capital total invertido. La caída resultante de la rentabilidad industrial es una tendencia empírica bien documentada. En el libro *Capital Wars*, por ejemplo, el analista financiero Michael J. Howell registra una disminución general en los rendimientos del capital industrial desde 1984 hasta 2019 para Alemania, Estados Unidos y China, con la tasa de rendimiento en los tres países casi convergente para 2019.³² Del mismo modo, según el Banco Mundial, las ta-

32. MICHAEL HOWELL, *Capital Wars: The Rise of Global Liquidity*

sas de crecimiento del «valor agregado» industrial en los tres países han convergido lentamente en una trayectoria común a la baja desde principios de la década de 1990.³³ El valor agregado es la producción neta de un sector, o la producción total (ventas) menos los insumos intermedios (componentes comprados, energía, materias primas, servicios), por lo que puede servir como un indicador aproximado e indirecto de la rentabilidad. En el largo plazo, la media decreciente de la tasa de ganancia es la otra cara de la escala creciente de la inversión de capital, de la búsqueda capitalista de una productividad cada vez mayor. Las empresas experimentan esta tendencia como un aumento de la presión competitiva para seguir siendo rentables. Este conflicto entre productividad y rentabilidad se desarrolla internacionalmente en la arena competitiva del mercado mundial, donde las empresas y sus gobiernos nacionales lo experimentan como un problema de competidores extranjeros. Al confabularse para mejorar la competitividad invirtiendo en capacidad industrial adicional, los Estados y las empresas no hacen más que exacerbar el problema original de la sobreproducción.

Examinar la historia del orden capitalista internacional de posguerra es instructivo. Lo que eventualmente se convertiría en la economía de producción globalizada de la era neoliberal que surgió en la década de 1980 se construyó sobre las ruinas de la guerra industrial dentro del núcleo capitalista avanzado. Habiendo salido de la Segunda Guerra Mundial con toda su capacidad industrial intacta y todos sus principales rivales arrasados, la industria estadounidense disfrutó de un estatus preminente a mediados del siglo XX. Sus trabajadores fabricaban productos en fábricas que representaban

(Londres, 2020), p. 46.

33. Datos tomados para China, Estados Unidos y Alemania de las series del Banco Mundial «Industry (including construction), value added (annual percent growth)», www.data.worldbank.org.

el estándar tecnológico mundial para la producción en masa eficiente. Aprovechando su fuerza industrial, así como su posición como el mayor acreedor del mundo con las mayores reservas de oro, el gobierno de los Estados Unidos se propuso construir un orden internacional centrado en el dólar estadounidense y basado en el flujo abierto de productos y capitales. Los ideólogos hablaron públicamente de esto como un proyecto imperial. Como proclamaron los editores de las revistas *Fortune*, *Life* y *Time* en una declaración emitida en 1942, el orden mundial que se avecinaba encabezado por Estados Unidos sería un «nuevo “imperialismo” estadounidense [...] muy diferente del tipo británico». Para los autores se trataría de un nuevo tipo de imperio, basado no en el dominio directo sobre territorios extranjeros, sino en la difusión de la «libre empresa» bajo el sello del poder estadounidense.³⁴

No obstante, precisamente por su papel central dentro de este orden, la industria estadounidense se vio socavada de forma constante por las empresas rivales alemanas y japonesas que se incorporaron gradualmente a la reconstrucción de la posguerra. A medida que se fueron dismantelando las barreras comerciales vigentes desde el final de la SGM, estos recién llegados al mercado mundial de productos manufacturados en las industrias siderúrgicas, automovilísticas y electrónicas se beneficiaron tanto de salarios más bajos como de maquinaria más eficiente que representaba la siguiente generación de técnicas de producción. Fundamentalmente, disfrutaban de acceso libre a la exportación al enorme mercado estadounidense, donde la demanda se mantenía constantemente alta gracias a las políticas de estímulo keynesianas., incluido el gasto destinado a la campaña asesina en Vietnam, hasta finales de la década de 1970. El gobierno yanqui alentó este

34. PANITCH y GINDIN, *The Making of Global Capitalism*, pp. 67-8.

acceso abierto mercado interno de los Estados Unidos, así como a los mercados extranjeros a expensas de los exportadores estadounidenses, como parte de su estrategia exterior durante la Guerra Fría, cosa que requería fuertes baluartes anticomunistas en Europa y en Asia Oriental.

Esta estrategia geopolítica podía sostenerse mientras los mercados se expandiesen y las ganancias crecieran para todos los productores. Pero una vez que se completó la mayor parte de la reconstrucción de la posguerra, esta condición dejó de cumplirse, pues a medida que la expansión del mercado se desaceleraba, el crecimiento de las exportaciones manufactureras en una nación ocurría cada vez más a expensas de otras. El resultado fue una creciente intensidad dentro del bloque industrial dirigido por Estados Unidos de lo que a veces se llama «imperialismo de exportación», cosa que en realidad es simplemente parte del curso normal de la competencia capitalista. Las relaciones comerciales mutuamente beneficiosas entre las naciones industrializadas se convirtieron en una batalla hipercompetitiva por los mercados impulsada por la creciente sobreproducción de capital, una situación en la que los mercados de exportación existentes se volvieron insuficientes para apoyar la capacidad productiva. La lógica económica de suma cero se puso en marcha, haciendo que la competencia ya no fuera complementaria, sino conflictiva.

Como consecuencia de su ventaja tecnológica y de sus bajos niveles salariales, las nuevas compañías industriales europeas y japonesas obtuvieron mayores tasas de beneficio a expensas de sus obsoletas contrapartes estadounidenses, las cuales fueron debidamente diezmadas. Estos mayores beneficios, al igual que los de las empresas estadounidenses en el período anterior, representan valor que las empresas capturan en vez de producir directamente. Es decir, la masa de beneficios que las empresas obtienen de manera competitiva produciendo

para el mercado mundial responden a un valor apropiado no de sus propios trabajadores directamente, sino de la reserva global de dinero producido por la mano de obra explotada en todo el mundo. La competencia económica internacional entre las naciones es un conflicto por este superávit global.

Para ver cómo funciona esto, consideremos el caso hipotético de un país en economía autárquica, antes de introducir el mercado internacional. Una economía así tendrá una amplia gama de diferentes tipos de negocios que utilizan diferentes combinaciones de recursos de capital y mano de obra. Dado que el plusvalor producido por el uso de la fuerza de trabajo es la fuente de ganancia, las ramas que emplean relativamente más trabajo a una tasa alta de explotación producen la mayor parte del plusvalor; por el contrario, aquellas con proporcionalmente más maquinaria que trabajadores —las de mayor productividad laboral— producirán menos. Pero esto no se correlaciona directamente con sus respectivas tasas de ganancia. Como es de esperar, las empresas que invierten más en materiales, equipos, instalaciones y tecnología avanzada suelen obtener una mayor tasa de ganancia, ya que tendrán menores costes laborales, mayor eficiencia, etc. Sus cuantiosos beneficios son una apropiación del plusvalor producido por el sistema en su conjunto, que obtienen como parte del dinero recibido de las ventas.

El dinero que las empresas ganan de las ventas no se queda en una caja fuerte de su sede corporativa, sino que fluye hacia sus cuentas en los principales bancos nacionales, formando una reserva de plusvalor para la economía en su conjunto. Los bancos utilizan este fondo común como base para proporcionar crédito a todas las empresas colectivamente, a la clase capitalista, para una mayor inversión y expansión, así como a los trabajadores para comprar las cosas que producen los capitalistas. De esta manera, el sistema de crédito ayuda a formar

una tasa media de ganancia en toda la economía, ya que la inversión tiende a fluir hacia sectores con beneficios superiores a la media, empujándolos finalmente hacia abajo a través del exceso de oferta; esto hace que la tasa de ganancia en los otros sectores parezca comparativamente atractiva, lo que atrae fondos hacia ellos, en igualdad de condiciones. El plusvalor total se distribuye por toda la economía, ya que la competencia obliga a los inversores a buscar al menos la tasa media de rendimiento de sus inversiones. Y lo que es más importante, en la medida en que los capitalistas siguen aumentando la productividad del trabajo a través de la mecanización, la fuente de plusvalor se agota gradualmente. Con el tiempo, esto trae consigo el problema del exceso de capacidad al erosionar la fuente de beneficio en la explotación de la fuerza de trabajo, ejerciendo una presión a la baja sobre la tasa promedio de ganancia de todas las empresas del país. La disminución de los beneficios hace que los gastos de capital tengan menos sentido para los propietarios del dinero, lo que empuja las tasas de inversión a la baja. El estancamiento y la crisis no están muy lejos a menos que se pueda encontrar un remedio, tal vez en el extranjero, fuera de las fronteras del país.

Ahora demos un paso atrás para mirar de nuevo el mercado mundial real. El patrón general expuesto funciona de la misma manera en este contexto, solo que tiene lugar entre empresas dentro de diferentes países, introduciendo la política internacional directamente en los procesos de competencia y acumulación. Los Estados tratarán de ayudar a sus empresas a improvisar y experimentar para contrarrestar la caída de los beneficios del capital privado, que en el mercado mundial no se determinan a nivel nacional, sino internacional.

Por ejemplo: durante la Guerra Fría el mundo capitalista estaba inmerso en una guerra interna de imperialismo exportador. Hasta 1971 el dólar estadounidense servía como

moneda mundial, vinculado al oro a 35 dólares la onza. Como las ganancias privadas de Estados Unidos se erosionaron bajo las presiones de la sobreproducción manufacturera, su economía se estancó, alimentando la inflación, que comenzó a acelerarse en la década de 1970. Cuando los gobiernos de las otras potencias industriales —Alemania, Japón y Francia— trataron de cambiar sus dólares menos valiosos por oro, esto ejerció una tremenda presión a la baja sobre el dólar, exacerbando aún más la inflación. Detrás de estos acontecimientos había una caída constante de la tasa de ganancia privada en las economías industriales, que había descendido un 20% en los países del G7 juntos y un 30% en los Estados Unidos entre 1965 y 1973.³⁵ Como principal administrador del sistema capitalista internacional y como un Estado-nación particular, Estados Unidos tenía que equilibrar la relación entre sus responsabilidades globales y su legitimidad política a los ojos de su población nacional, dos roles que frecuentemente estaban en tensión entre sí.

A raíz de la marea inflacionaria que envolvió al mundo capitalista tras el abandono de la paridad con el oro y los tipos de cambio fijos en la década de 1970, la élite keynesiana, formada en los métodos «científicos» de gestión de la demanda, se vio incapaz de estabilizar las economías nacionales con los remedios tradicionales —el gasto estatal y las bajadas de impuestos—. El callejón sin salida resultante abrió la puerta a enfoques monetarios radicales que una generación anterior de economistas había descartado como tonterías fantasiosas. En 1979 el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, desencadenó el «shock Volcker» en la economía, limitando la oferta monetaria y permitiendo que los tipos de interés fluctuaran libremente, limitadas solo por lo que el mercado

35. ROBERT BRENNER, *The Boom and the Bubble: The U.S. in the World Economy* (Nueva York, 2002), p. 22.

podía soportar. La depresión subsiguiente, desencadenada por el aumento vertiginoso de los tipos de interés, acabó por romper la tendencia al alza de los precios de los productos de consumo, al tiempo que inauguró una era de inflación constante en los precios de los activos financieros. Sin embargo, los altos tipos de interés ejercieron una enorme presión alcista sobre el dólar, paralizando a los fabricantes estadounidenses al tiempo que otorgaban una importante ventaja competitiva a los rivales extranjeros. En consecuencia, Estados Unidos llevó a cabo una guerra industrial contra sus socios comerciales a través del Acuerdo del Plaza Hotel de mediados de la década de 1980, cuando impuso unilateralmente condiciones comerciales desfavorables y devastadoras a Japón y Alemania Occidental para asegurar una mayor participación en el mercado para sus propias exportaciones de manufacturas.³⁶ El acuerdo diseñó tipos de cambio más altos para el marco alemán y el yen japonés, lo que permitió que el dólar cayera desde sus máximos históricos. A través de la sacudida del exceso de capacidad industrial —y, por supuesto, de los despidos masivos— que siguió a la profunda depresión de ese período, esta estrategia restauró la rentabilidad de un sector industrial estadounidense recién consolidado al imponer recesiones devastadoras a sus rivales extranjeros.

La competencia nacional, en suma, es la competencia por el producto excedente mundial. Las políticas monetarias, las leyes fiscales, los subsidios corporativos y los acuerdos comerciales son algunas de las medidas que los Estados toman para ayudar a sus empresas nacionales a aumentar la rentabilidad, es decir, a capturar una mayor parte de este

36. Este conflicto comercial fue dramatizado para la imaginación popular en la clásica película de acción *La jungla de cristal* (1988), en la que el policía John McClane debe derrotar a un villano alemán que toma rehenes en un rascacielos de propiedad japonesa, el Nakatomi Plaza.

superávit global. El «imperialismo» no se define por la dominación o explotación directa de un país por otro, sino que es el nombre de la jerarquía internacional a través de la cual se desarrolla la lucha competitiva del capitalismo. Como forma de esta lucha, el imperialismo es parte del funcionamiento habitual en la economía capitalista mundial. Pero como se ya se ha explicado, el impulso inherente del sistema para aumentar la productividad ralentiza el crecimiento del superávit, convirtiendo la competencia global en un conflicto de suma cero por defecto. El sistema mundial capitalista es como un pelotón de fusilamiento dispuesto en círculo en el que la búsqueda de productividad resulta en una pérdida generalizada para todos los participantes.

LA FÁBRICA PLANETARIA

Al mismo tiempo, el proceso competitivo es un motor de ruina y renovación. La competencia y la crisis impulsan la evolución en curso del capitalismo como sistema económico, así como el orden político que lo regula. Durante la posguerra, los productores estadounidenses, europeos y del este de Asia canalizaron los beneficios a sus bancos, donde formaron enormes reservas de capital monetario. Tras el despliegue de las políticas de liberalización financiera a finales de los 70, que eliminaron las barreras al flujo de capital monetario entre divisas y continentes, este fondo común permitió a los capitalistas buscar mayores rendimientos de la inversión industrial al reubicarse en áreas que permitieran combinar técnicas de producción con menores costes de mano de obra. Gran parte de la manufactura estadounidense se trasladó a Europa Occidental, América del Sur, el Sudeste Asiático y el Sur de Estados Unidos, donde los salarios eran mucho más bajos que los del Norte, que estaba más sindicalizado;

las empresas alemanas comenzaron a depender de mano de obra más barata en Europa del Este y la antigua Alemania Oriental tras la caída del Telón de Acero; y los fabricantes japoneses impulsaron la inversión extranjera directa en Corea del Sur y China, en esta última con un rol clave en su período de apertura económica. La concentración cada vez mayor del capital en la producción y su centralización financiera sentaron las bases para que las corporaciones multinacionales dominasen el mercado mundial a través de formas legales como la fabricación por contrato, técnicas de gestión como la producción justo a tiempo y, por supuesto, la mano de obra barata.³⁷ Estos factores definieron los términos en los que las economías en desarrollo buscaron integrarse al mercado mundial a través de las cadenas de valor mundiales (por sus siglas en inglés, GVC).

La concentración internacional de la producción a través de las GVC, que se fue consolidando lentamente a partir de la década de 1970 y que finalmente encontró su centro en el sudeste asiático, fue impulsada por los capitalistas que luchaban por resolver el problema de la rentabilidad. Pero solo pudieron atajarlo a corto plazo, agravándolo con el tiempo; una vez más, esto se debe a la naturaleza del crecimiento capitalista. La tasa de ganancia establece un límite sobre qué tipo y cantidad de inversión es posible. Las sucesivas olas

37. **NdE:** La fabricación por contrato es un acuerdo en el que una empresa contrata a otra para que fabrique productos en su nombre; la empresa contratante proporciona los materiales y las especificaciones, y la empresa contratada se encarga de la fabricación. La producción justo a tiempo es un sistema de producción que se basa en la eliminación de desperdicios y la reducción de inventarios, lo que permite a las empresas reducir su inventario y producir solo lo que se necesita, en la cantidad necesaria y en el momento preciso; el método fue desarrollado por Toyota en Japón durante los 50 y se ha convertido en un estándar en la producción industrial en todo el mundo.

de mecanización en los medios de producción y cada paso en la automatización conforme los capitalistas persiguen niveles cada vez más altos de productividad laboral expulsan a los trabajadores de los sectores tecnológicamente dinámicos de la economía, erosionando la fuente de ganancia en el consumo de fuerza de trabajo y dando como resultado una creciente población de seres humanos económicamente redundantes. Con cada ola sucesiva de industrialización, desindustrialización y deslocalización regional, la producción se concentra más, requiriendo mayores volúmenes de capital, ya que la creciente proporción de inversión que se destina a maquinaria y materiales eleva la escala necesaria de inversión. Las barreras de entrada aumentan, mientras que la base para una mayor acumulación de capital se estrecha, y la reserva global de capital monetario, con cada vez menos oportunidades de inversión, se hace más grande.

La reorganización del sistema productivo mundial en CGV es una de las características más distintivas del mundo forjado por la globalización. La fabricación a través de las GVC se basa en redes transnacionales para la extracción, el procesamiento, la fabricación, el ensamblaje y el transporte, en las que materias primas, componentes intermedios y productos finales se mueven a través de docenas de países en una meticolosa división del trabajo para producir una sola mercancía. Estas redes, que conectan principalmente los países de América del Norte, Europa y Asia Oriental, están involucradas en el 80% de todas las importaciones y exportaciones entre estas regiones, incluidos productos tanto intermedios como finales, pero se concentran en solo el 15% de sus empresas privadas, según cifras del Banco Mundial.³⁸ Para cualquier

38. BANCO MUNDIAL, *World Bank Development Report 2020: Trading for Development in the Age of Global Value Chains*, www.worldbank.org, 2020, p. 15.

producto, especialmente aquellos con complejos componentes tecnológicos como teléfonos y ordenadores, se puede conectar a docenas de países a través de un proceso laboral. Al mismo tiempo, estos países y sus empresas afiliadas siguen siendo competidores económicos entre sí, tratando constantemente de obtener o mantener ventajas sobre sus rivales para conseguir una mayor parte de las oportunidades de beneficio que presenta el sistema.

A lo largo de la década de 1990 y principios de la del 2000, las GVC se expandieron a un ritmo vertiginoso, un acuerdo que se benefició de la desregulación generalizada del comercio y la inversión mundiales durante esas décadas. Su crecimiento, así como la participación de los países en desarrollo en ellos, fue una parte importante de la narrativa *whig* de la globalización que a los neoliberales les gustaba decirse a sí mismos, ya que permitía que el ámbito del libre comercio se expandiera constantemente más allá de su núcleo original de posguerra de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Supuestamente, la participación en estas cadenas de valor permitiría a los países en desarrollo especializarse en algunas áreas clave en las que tienen una ventaja, lo que conduciría a mejores resultados para todos los socios comerciales. Por ejemplo, podrían ser materias primas baratas, una mano de obra de bajo coste y/o formada, o una ubicación geográfica particularmente favorable. La inversión en GVC permitiría a los países en desarrollo familiarizarse con la tecnología extranjera, aumentar sus exportaciones, incrementar sus ingresos nacionales y evolucionar hacia economías industriales modernas. Al mismo tiempo, las economías avanzadas se beneficiaron de los menores costes de producción y de las importaciones baratas de las GVC. Los gobiernos de los países en desarrollo solo necesitaban liberalizar sus economías eliminando las barreras tanto al comercio como a la inversión internacionales —incluyendo, por supuesto,

ofrecer mano de obra «flexible» (es decir, no sindicalizada)—y los mercados financieros mundiales harían el resto asignando el capital a sus usos más eficientes.

Todo parecía una confirmación decisiva de la teoría clásica del comercio, articulada por David Ricardo, la cual afirmaba que la especialización en áreas de ventaja comparativa que afirmaba que especializarse en áreas de ventaja comparativa siempre da lugar a mayores ganancias netas derivadas del intercambio comercial entre países, por lo que siempre les conviene comerciar sobre la base de dicha especialización. La globalización parecía abrir un nuevo camino a lo que los economistas del desarrollo solían llamar modernización, la idea de que todas las naciones podían progresar a lo largo del curso del desarrollo para finalmente unirse al club de los países de altos ingresos. La narrativa optimista fue alimentada por algunos desarrollos notables, en particular el ascenso de China. Durante las décadas en las que el gobierno de la RPC relajó su control directo sobre la economía, construyó grandes mercados internos y se abrió a la inversión internacional, la economía de China creció a un ritmo trepidante sin precedentes históricos.

No obstante, si bien los mercados desempeñaban un papel importante, eran solo un instrumento dentro de un proyecto de desarrollo mucho más amplio impulsado por el Estado. La condición clave para el ascenso económico histórico de China en el mundo, su atractivo como centro manufacturero global, fue la base establecida por las políticas socialistas de Estado de los años de Mao, que habían creado una clase obrera alfabetizada y cualificada sin parangón en cuanto a su tamaño y calidad. El gobierno de la RPC se apoyó en esta ventaja con políticas internas que regulaban estrictamente los mercados laborales, como el sistema *hukou*, que impide que las decenas de millones de trabajadores migrantes del

país cobren beneficios sociales en los municipios industriales donde trabajan. La tradición de planificación centralizada heredada del período colectivista, basada en el modelo soviético de industrialización de «gran impulso» estructurado por planes quinquenales, permitió a los responsables políticos chinos ver el mercado no como un fin en sí mismo, sino como una herramienta en un proyecto de modernización a largo plazo.

En conjunto, estas características de la economía política china hicieron posible que las regiones costeras del sudeste del país se convirtieran en el taller mundial de lo que los geógrafos económicos llaman la «nueva división internacional del trabajo». En la división antigua o «clásica» que caracterizó el comercio internacional durante los siglos XIX y XX, los países en desarrollo de la periferia proporcionaban principalmente productos primarios y materias primas a los países metropolitanos industrializados, que se organizaban en torno a una mano de obra manufacturera tecnológicamente sofisticada que les permitía vender productos de mayor valor a la periferia. Por el contrario, la nueva división internacional del trabajo se caracteriza por la concentración de la manufactura en el sudeste asiático, con China en el centro, incluida la producción menos cualificada y de mano de obra intensiva, así como las fábricas más cualificadas y altamente automatizadas; mientras, el Norte Global se organiza cada vez más en torno al consumo, el trabajo intelectual del diseño de productos, las rentas de propiedad intelectual, los servicios y la desindustrialización. Es importante destacar que la «vieja» división global del trabajo coexiste con la nueva, ya que la rápida industrialización del sudeste asiático alimentó un superciclo de productos primarios, energía y exportaciones de materias primas de América del Sur, Oriente Medio y África. Combinado con esta transformación estructural en la geografía de la producción global, el legado del socialismo

de Estado permitió que China se convirtiera en la historia de éxito insignia del capitalismo durante las décadas de 1990 y 2000.³⁹

Pero como sabemos, el desarrollo de China no condujo al futuro feliz imaginado por los economistas, o por los líderes políticos y empresariales occidentales que dieron la bienvenida al país a la Organización Mundial del Comercio en 2001. En cambio, el comercio internacional se desaceleró drásticamente después de la Gran Recesión y ha estado estancado o disminuyendo desde entonces. La reciente reformulación de China como un villano global por parte de los países de altos ingresos fue provocada por esta desaceleración y las numerosas crisis sociales que ha introducido en ellos. La participación de las GVC en el comercio mundial alcanzó su punto álgido en 2007-8 con poco más del 50%, habiéndose estancado desde entonces y comenzado a disminuir. El crecimiento general del comercio internacional entre 2007 y 2016 fue solo la mitad de lo que fue entre 1990 y 2007.⁴⁰ La inversión extranjera directa (IED), a través de la cual las empresas invierten en operaciones fuera de su país de origen, es un índice clave para el seguimiento de la salud del comercio internacional y la conectividad. Según las mediciones del Centro de Investigación de Política Económica, la IED total de las empresas multinacionales ha disminuido de manera constante desde su punto máximo justo antes de la crisis financiera mundial de 2008, cayendo de manera desigual pero constante año tras año antes

39. Para un excelente resumen general de estas transformaciones, véase ILIAS ALAMI y ADAM DIXON, «Uneven and Combined State Capitalism», *Environment and Planning A: Economy and Space*, lv/1 (agosto de 2021).

40. CAROLINE FREUND, «The Global Trade Slowdown and Secular Stagnation», *Peterson Institute for International Economics*, www.piie.com, 20 de abril de 2016.

de caer en picado con la pandemia de COVID-19.⁴¹ Otras investigaciones indican que el estancamiento persistente de las tasas de inversión directa internacional se debe a la escasez de rendimientos del capital privado. Según los mismos datos, la tendencia a la baja de la inversión internacional se explica por la disminución de las tasas medias de rendimiento de la IED en las economías en desarrollo, lo que ha dado lugar a un nivel de IED total más bajo para la economía mundial que a mediados del decenio de 1990.⁴² Como resultado, la mayor parte del capital de inversión extranjera ahora evita las áreas menos desarrolladas y fluye principalmente entre los países del Atlántico Norte. El desarrollo empieza a invertirse.⁴³

Estas tendencias constituyen un obstáculo estructural para la reproducción continua del sistema productivo internacional tal como existe actualmente. Además, según el *Informe sobre las inversiones mundiales en 2020* del Banco Mundial, a finales de 2019 ya se habían destinado 11,3 billones de dólares en IED a los países en desarrollo. Los economistas a veces estiman la «tasa de depreciación» del capital fijo, la tasa a la que el equipo de producción se desgasta y necesita ser reemplazado. Suponiendo una tasa de depreciación del 3,9%, estos países necesitarán 440.000 millones de dólares adicionales solo para reemplazar el capital IED depreciado,

41. SIMON J. EVENETT y JOHANNES FRITZ, «Advancing Sustainable Development with FDI: Why Policy Must Be Reset», *Centre for Economic Policy Research*, www.cepr.org, 2 de junio de 2021, p. 17.

42. *Ibid.* Véase BANCO MUNDIAL, «FDI Watch: Quarterly Report», www.worldbank.org, i/1, marzo de 2021, p. 3.

43. Sobre el desarrollo inverso, véase el trabajo clásico de Arghiri Emmanuel, que ya seguía una dinámica similar en los años sesenta: *Unequal Exchange: A Study of the Imperialism of Trade*, trad. Brian Pearce (Nueva York, 1972).

antes de que las nuevas inversiones puedan volver a ser rentables.⁴⁴ Dada la IED procedente del mundo rico, esto no parece probable.

La teoría del crecimiento dominante afirma que cierta desaceleración a medida que las economías avanzan es normal, porque a medida que el capital se vuelve más abundante, el rendimiento disminuye. Esto impulsa la inversión hacia el exterior hacia los países menos desarrollados, donde el capital es más escaso y, por lo tanto, su rendimiento es mayor, lo que idealmente conduce a la eficiente distribución del capital a lo largo de la economía mundial. Pero ha estado ocurriendo precisamente lo contrario. A pesar de que normalmente se la considera una economía menos dinámica con tasas de crecimiento más bajas que los mercados en desarrollo, la eurozona siguió atrayendo mucha más IED de Estados Unidos hacia el exterior que los mercados en desarrollo durante la última década.⁴⁵

El persistente estancamiento de las tasas de IED complementa una desaceleración similar de la inversión en las economías desarrolladas. Incluso los economistas ortodoxos han reconocido el peligro, señalando un problema persistente de «estancamiento secular» en los países de altos ingresos. En Estados Unidos la tasa de inversión empresarial no financiera se ha desplomado en las últimas dos décadas, como observa un estudio reciente: «El sector no-financiero de Estados Unidos es rentable, pero no invierte».⁴⁶ Si sigue siendo

44. SIMON J. EVENETT y JOHANNES FRITZ, «Declining Foreign Direct Investment Can't Contribute Much to Sustainable Development», www.brookings.edu, 3 de junio de 2021.

45. *Ibid.*

46. GERMÁN GUTIÉRREZ y THOMAS PHILIPPON, «Investmentless Growth: An Empirical Investigation», *Brookings Papers on Economic Activity* (otoño de 2017), pp. 89-169.

rentable, ¿de dónde vienen las ganancias? Gran parte de los beneficios de las empresas estadounidenses no son producto de la inversión de capital en actividades productivas, sino de la centralización de la propiedad corporativa en toda la economía nacional, de las empresas obteniendo una ganancia por capturar una mayor cuota de mercado dentro de la actividad económica existente, por un lado, y de utilizar su enorme poder de mercado para establecer altos márgenes de beneficio sobre los precios, por el otro.⁴⁷ Según los autores de un extenso estudio de la centralización corporativa y la falta de inversión de capital en los Estados Unidos, esta estrategia empezó

a principios del siglo XXI, [cuando] la naturaleza de los mercados de productos estadounidenses comenzó a experimentar un cambio fundamental [...]. La participación en el mercado de las cuatro empresas de capital abierto y privado más importantes ha crecido significativamente en la mayoría de las industrias, y tanto el tamaño medio como el mediano de las empresas de capital abierto, es decir, los principales actores de la economía, se han triplicado en términos reales.⁴⁸

Una de las firmas más grandes del mundo, Microsoft, básicamente no produce nada, dependiendo casi exclusivamente de posiciones monopólicas en ciertos mercados de productos, rentas de propiedad intelectual y adquisiciones de otras empresas para impulsar el crecimiento de sus ingresos. En resumen, las ganancias no provienen de la inversión física sino de la centralización, de la expansión de la propiedad

47. GUSTAVO GRULLON, YELENA LARKIN y RONI MICHAELY, «Are U. S. Industries Becoming More Concentrated?», *Review of Finance*, xxiii/4 (julio de 2019), pp. 697-743.

48. *Ibid.*, p. 698. NdE: Las empresas de capital abierto son equivalentes a las sociedades anónimas en España.

mediante la eliminación de la competencia. Los autores concluyen que intensificar la centralización de la propiedad es extremadamente rentable, pero apenas hace uso de los activos existentes, y mucho menos de nuevas inversiones físicas.

Si bien esto es indudablemente cierto, esta narrativa solo cuenta una parte de la historia, ya que deja de lado el contexto más amplio en el que ha ocurrido tal monopolización: la fábrica planetaria. Las multinacionales dominantes de Estados Unidos, como Apple, Caterpillar y Wal-Mart, subcontratan la mayoría, si no todos, sus suministros, adquisiciones y fabricación a contratistas en el extranjero. Su dominio del mercado no se produce tanto desde la centralización de la propiedad como del acceso a la fuerza laboral de bajos salarios de otros países, lo que les ha permitido reducir sus operaciones a lo esencial, un modelo conocido como «producción ajustada».⁴⁹ Una empresa como Apple, nominalmente una empresa manufacturera, puede no poseer fábricas propias y, en cambio, confiar en sus subcontratistas para manejar las actividades productivas; esto libera a Apple para centrarse en áreas como el i+D, el diseño de productos y las inversiones financieras. Tomados en conjunto, estos desarrollos reducen drásticamente los costes generales, aumentando las ganancias en consecuencia, pero dichas ganancias permanecen arraigadas en inversiones físicas, es decir, en la explotación de la mano de obra. Las empresas que siguen este modelo económico dependen en gran medida de la rentabilidad continua de sus proveedores, que a su vez depende de un crecimiento salarial moderado entre la propia fuerza laboral de los proveedores. Pero mientras este patrón se mantenga, las empresas estadounidenses pueden obtener beneficios considerables sin necesidad de invertir mucho en

49. TONY SMITH, *Technology and Capital in the Age of Lean Production* (Albany, NY, 2000).

capacidad productiva adicional, por lo que la rentabilidad puede seguir siendo relativamente alta mientras la inversión sigue estancada.⁵⁰

Por último, consideremos de nuevo a China, el corazón de la fábrica planetaria construida sobre los cimientos de la nueva división internacional del trabajo. Al igual que sus predecesores en las economías avanzadas de Norteamérica, Europa y Asia Oriental, China está experimentando un ciclo a largo plazo de desarrollo industrial impulsado por una oleada inicial de inmigración desde el campo a los centros manufactureros urbanos, seguida de un vaciamiento gradual de los núcleos manufactureros a medida que la búsqueda capitalista de plusvalor relativo reduce la cantidad de fuerza de trabajo en las fábricas. Un fenómeno descrito por los economistas ortodoxos como «desindustrialización prematura» es claramente observable en las antiguas zonas industriales del noreste, así como en los centros más nuevos de la costa sureste, como Dongguan, que ha visto «un vaciamiento que recuerda a lugares como Detroit, con una disminución de la densidad de población y con una industria que simultáneamente se mecaniza y huye a lugares más baratos o más cualificados».⁵¹ Como se explicó anteriormente, tales desplazamientos producen localmente mayores ganancias operativas para las empresas individuales, pero finalmente resultan en menos ganancias totales que se distribuyen a través del sistema más amplio, una tendencia claramente visible en la economía de China hoy en día: según un exhaustivo estudio empírico del geógrafo Phillip Neel, la tasa de ganancia en

50. Véase JOEL RABINOVICH, «The Profit-Investment Puzzle under Financialisation: An Empirical Enquiry on Financial and Productive Accumulation by Non-Financial Corporations», *Université Sorbonne Paris Cité*, 2019.

51. «No Way Forward, No Way Back: China in the Era of Riots», *Chuang 1: Dead Generations*, www.chuangcn.org, julio de 2016.

China ha disminuido constantemente desde la Gran Recesión.⁵² El desarrollo económico de China durante las últimas tres décadas es una imagen comprimida del desarrollo y el declive de la economía capitalista mundial en los últimos tres siglos.

EPITAFIO DE UNA ÉPOCA

Lo que conocíamos como «neoliberalismo» era esencialmente la administración política de la fábrica planetaria. Su ideología de libre mercado y su enfoque de *laissez-faire* para la gobernanza solo podían durar mientras la fábrica continuara funcionando más o menos suavemente. El crecimiento estaba destinado a desacelerarse una vez que la mayor parte del excedente de la fábrica hubiera sido bombeado y distribuido entre las naciones que competían por él. Ahora la desaceleración está sacudiendo el orden establecido hasta sus cimientos, como un terremoto que atraviesa una ciudad en ruinas. Este tremendo cambio subterráneo es la causa subyacente del fin del imperio informal de Estados Unidos y del regreso del nacionalismo económico.

Durante tres cuartos de siglo, el gobierno de los Estados Unidos asumió la responsabilidad principal de administrar un sistema mundial basado en la apertura de los canales de comercio y la integración de las empresas y los países del globo en un solo mercado mundial. Las élites políticas estadounidenses identificaron los intereses y el prestigio del Estado con ese sistema, administrándolo en términos estadounidenses; ahora definen los intereses de Estados Unidos en su contra, renunciando incluso a la pretensión de libre

52. PHILLIP NEEL, *Global China and the Global Crisis: Falling Profitability, Rising Capital Exports and the Formation of New Territorial Industrial Complexes*.

comercio. En lugar de integrar el mercado mundial en sus propios términos, Estados Unidos es ahora el principal país que lo está desintegrando, promulgando políticas proteccionistas cuyo efecto más importante no será revivir la economía estadounidense, y mucho menos la del mundo, sino desencadenar una ruinosa carrera armamentista de regímenes rivales en todo el mundo. En este contexto, las crisis transnacionales que exigen soluciones transnacionales, como el cambio climático antropogénico, son rehenes de la nueva agenda del nacionalismo gonzo⁵³ o incluso son utilizadas por ella como arma, como lo demuestran los subsidios de EE. UU. a su propia industria energética en la legislación de bienestar corporativo de la llamada Ley de Reducción de la Inflación (IRA por sus siglas en inglés).

Violando claramente las reglas de la Organización Mundial del Comercio contra el proteccionismo interno, la IRA está destinada a desafiar el dominio de China en el sector de la energía verde tanto o más que a abordar realmente la crisis climática. Incluso puede empeorar la crisis al aumentar el costo de fabricación de tecnologías basadas en energía limpia, como los coches eléctricos.⁵⁴ En cualquier caso, se suponía que la IRA transformaría la economía de EE. UU. mediante la modernización y expansión de su sector manufacturero,

53. NdE: se hace referencia al *periodismo gonzo*, estilo de periodismo que se escribe sin pretensiones de objetividad, y que al utilizar el punto de vista de la reportera y una narración en primera persona dotan de una emotividad al artículo que hace del tono y la retórica los únicos elementos relevantes. Así también han ido evolucionando los Estados de todo el mundo es su nueva ofensiva contra la globalización.

54. ILARIA MAZZOCCO, «Why the New Climate Bill Is Also about Competition with China», *Center for Strategic and International Studies*, www.csis.org, 25 de agosto de 2022; «U.S. Falls Into “Isolationist Mentality” by Pushing Inflation Reduction Act to Curb China’s New-Energy Rise», *Helsinki Times*, 17 de agosto de 2022.

pero, en cambio, la producción en el sector se contrajo durante doce meses consecutivos después de su aprobación, la contracción más larga desde la Gran Recesión. Esto es consistente con el declive secular de la productividad laboral en la manufactura de EE. UU., que se ha mantenido estable o en descenso desde aproximadamente 2010.⁵⁵ Lejos de crecer, se proyecta que el empleo manufacturero disminuirá drásticamente en los próximos años, según la Oficina de Estadísticas Laborales.⁵⁶ En sus propios términos, el célebre renacimiento de la política industrial en los Estados Unidos parece estar fracasando estrepitosamente.

Mientras tanto, las políticas han desencadenado, por supuesto, una reacción en cadena hacia un proteccionismo y subsidios similares en otros países, incluido el «aliado» clave de Estados Unidos, la UE. Evitar ese aislacionismo fue una de las principales razones del acuerdo de Bretton Woods en primer lugar, que buscaba evitar el resurgimiento de las condiciones económicas que condujeron a la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial. Las autoridades estadounidenses son muy conscientes de las consecuencias de este curso de acción, pero, al igual que sus pares en otros países, sienten que no tienen más remedio que seguirlo. Bajo las presiones de una economía mundial en decadencia, las lecciones de la historia se olvidan fácilmente. También lo son las verdades recibidas sobre el gobierno «responsable», que incluyen la relación del Estado con ese extraño pero familiar elemento de la vida moderna: el dinero.

55. BUREAU OF LABOR STATISTICS, «Labor Productivity (Output per Hour): Manufacturing», 1987-2023, www.bls.org, consultado el 2 de octubre de 2023.

56. *Ibid.*, «Employment Projections, 2022-3», www.bls.org, 6 de septiembre de 2023; LUCIA MUTIKANI, «U.S. Manufacturing Sector Slumps in October», *Reuters*, www.reuters.com, 1 de noviembre de 2023.

4. La teoría monetaria del Estado

«Ninguna dominación es tan fácil de soportar, incluso tan agradecida, como la dominación de funcionarios de mentalidad y formación elevadas» – George Friedrich Knapp¹

La novela final e inacabada de Kafka, *El castillo*, puede leerse como una parábola sobre el desconocimiento del poder. Al intentar averiguar si ha sido o no nombrado inspector por las autoridades locales, el protagonista, K, se obsesiona con las propias autoridades, los funcionarios del gran castillo cuya sombra se cierne sobre el pueblo. Sus burócratas son figuras casi sobrehumanas, trabajando incansablemente día y noche en un sinfín de casos, mientras llevan la cuenta de innumerales archivos con un celo sobrenatural que sobrecoge a K y a los aldeanos, que los respetan e incluso los veneran. A lo largo de la narración, empero, se hace evidente que todo este agotador papeleo podría ser completamente inútil, dirigido a tareas que tal vez nunca se completen, acumulando problemas y preguntas que no se pueden resolver o que tal vez nunca existieron en primer lugar —incluido, probablemente, el nombramiento de K—. Es muy posible que los funcionarios no tengan idea de lo que están haciendo, o que sean zánganos inútiles, trabajando hasta la extenuación en tareas sin sentido que nunca llevan a ninguna parte. Pero para K esto es impensable. Porque su prestigio fluye de la regla impersonal del mecanismo, de los procedimientos metódicos que, como en una jaula, envuelven y dominan tanto a los funcionarios como a los aldeanos. K despliega sus formidables facultades de razonamiento para desentrañar sus misterios en la búsqueda por obtener permiso para entrar en el castillo. Pero cuanto más aprende, cuanto más razona

1. GEORG FRIEDRICH KNAPP, *Die Landarbeiter in Knechtschaft und Freiheit: Vier Vorträge* (Leipzig, 1891), p. 86.

con calma y deduce el estado de las cosas con una lógica impecable, más fascinado está por la actitud cabalística de los funcionarios, más se enreda en sus intrincadas redes de influencia y más eficazmente se controla a sí mismo.

La presentación paradójica de Kafka del poder moderno dramatiza el *leitmotiv* de la enajenación: algo creado involuntariamente por las personas que cobra vida propia y las domina. En Kafka, las autoridades gobernantes son menos la fuente que los confusos custodios de este oscuro poder, que proviene de otra parte, tal vez solo de la imaginación de K y los aldeanos. Pero K no puede resistirse a atribuir cualidades cuasidivinas a las autoridades. No puede evitar fetichizarlos, invistiéndolos con el conocimiento superior para decidir su destino. Los burócratas parecen ser maestros del control técnico, cuando en realidad ellos, como K, están subordinados al mismo sistema de irracionalidad racional.

El castillo fue escrito en 1926, casi al mismo tiempo que otro ambivalente teórico de prestigio, John Maynard Keynes, estaba desarrollando las ideas que finalmente se fusionarían en un nuevo lenguaje de gobernanza capitalista. Al igual que K, Keynes tomó como un dogma que las autoridades del Estado podían gobernar en el nombre de la serena razón, flotando por encima de los conflictos desordenados de la economía de mercado con el fin de administrarla para el bien de la «comunidad nacional». Keynes buscó en la autoridad racional la salvación, específicamente en una burocracia estatal científicamente entrenada y equipada con una teoría que, si se practica de manera competente, optimizaría el crecimiento económico y distribuiría sus frutos de manera más equitativa. Si todo salía bien, los aldeanos estarían felices.

Presentada en 1936, la obra más influyente de Keynes, *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, estaba dirigida al mal que más afligía a las economías industrializadas en

ese momento: un desempleo persistente y crónicamente elevado. La *Teoría general* fue ampliamente aceptada como el toque de gracia a la polvorienta doctrina del *laissez-faire*, la noción de que los mercados se regulan a sí mismos con un efecto óptimo. Keynes consideró que esto era «ciertamente pensamiento metafísico», y en su lugar colocó al gobierno nacional en un papel económico principal como el agente fiscal cuyo poder adquisitivo único y control sobre la inversión «demostrará ser el único medio de asegurar una aproximación al pleno empleo».² Hoy, en una época similar de crisis global casi un siglo después, los remedios fiscales keynesianos vuelven a ser populares, ya que los gobiernos buscan en el pasado algo que remplace la hegemonía destrozada del neoliberalismo.

Como ejemplo, tomemos la controversia en torno a la teoría monetaria moderna (TMM), una forma de conceptualizar el dinero que ha influido en los debates sobre la política fiscal en los Estados Unidos. A medida que los tipos de interés se mantuvieron cerca del cero en los años previos a la pandemia de COVID-19, la TMM ganó popularidad entre los expertos y políticos progresistas por insistir en que el gasto público no está limitado por un presupuesto, en el sentido tradicional. Yendo en contra del pensamiento económico dominante, que ve los déficits gubernamentales excesivos y el aumento de la deuda como un peligro inflacionario, LA TMM argumenta que un gobierno que emite, pide prestado y recauda impuestos en su propia moneda puede gastar todo el dinero que quiera, siempre y cuando sea una moneda «fiduciaria» que no esté vinculada a una materia prima como el oro, ni vinculada a otra moneda extranjera en una relación de cambio fija. Los gobiernos difieren fundamentalmente de

2. J. M. KEYNES, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (Boston, MA, 1964), p. 378.

los individuos en este aspecto. Como contribuyente, tu gasto está limitado por la cantidad de dinero disponible en tu cuenta bancaria; para el gobierno que emite dicha moneda, sin embargo, no existe límite alguno, ya que, a diferencia de los contribuyentes, básicamente puede crear dinero de la nada y luego hacer que otros, como los contribuyentes, lo usen.

Por emplear la jerga de la TMM, tal «soberano monetario» puede, y por lo tanto debe, crear y gastar todo lo que necesite para asegurar el pleno empleo y movilizar todos los recursos disponibles en su economía, independientemente de los déficits, y limitados únicamente por la necesidad de mantener la inflación bajo control. Por ejemplo, esto podría incluir una garantía de empleo para proporcionar un empleo en el gobierno a todos los que no estén empleados y estén dispuestos a trabajar. «Los países con soberanía monetaria, entonces, no tienen que administrar sus presupuestos como lo haría un hogar», dice Stephanie Kelton, una de las principales economistas de la TMM. «Estos países pueden utilizar su capacidad de emisión de moneda para aplicar políticas destinadas a mantener una economía de pleno empleo».³ Los promotores de la TMM insisten en que simplemente están describiendo cómo funciona el dinero del gobierno y deduciendo las políticas que lógicamente se derivan de él.

3. STEPHANIE KELTON, *The Deficit Myth: Modern Monetary Theory and the Birth of the People's Economy* (Nueva York, 2020), cap. 1. En palabras del economista y precursor de la TMM Abba Lerner, las finanzas públicas deberían ser «funcionales», evaluadas por sus resultados en la economía, en lugar de «sólidas», encadenadas por límites presupuestarios arbitrarios y autoimpuestos. ABBA LERNER, «Functional Finance and the Federal Debt», *Social Research*, x/1 (febrero de 1943), pp. 38-51.

Parte del atractivo de la teoría se basaba en hechos que cualquiera puede ver. Por ejemplo, la reserva federal EE. UU. puede simplemente comprar bonos —es decir, «imprimir dinero»— indefinidamente como una forma fácil de exprimir el mercado de valores, lo que de hecho hizo casi continuamente desde 2008 hasta 2022. Además, durante la mayor parte de ese período pudo hacerlo sin el menor indicio de inflación. Esto iba en contra de los dogmas presupuestarios de los economistas neoclásicos y los *hawks* del déficit, que creen axiomáticamente que el gasto deficitario de los gobiernos acelerará la inflación al devaluar la moneda y hacer subir los precios.⁴ No obstante, durante más de una década, el balance de la Reserva Federal se expandió constantemente, a través de todos sus diversos programas de estímulo monetario, en 8 mil millones de dólares.⁵ En respuesta a la pandemia de COVID-19, la Reserva Federal intervino en los mercados crediticios mundiales con una promesa sin precedentes de, si fuese necesario, inundar los mercados con un diluvio de dólares tres veces más grande, unos 23,5 billones de dólares.⁶ En efecto, la TMM proporcionó una teoría formal para la política monetaria expansionista posterior a 2008,

4. «¿Qué causa la inflación? En casi todos los casos de inflación, el culpable resulta ser el mismo: el crecimiento de la cantidad de dinero. Cuando un gobierno crea grandes cantidades de dinero nacional, el valor del dinero cae». GREGORY MANKIW, *Principles of Economics*, 6ª ed. (Mason, OH, 2008), p. 15. NdT: El término *hawks* no tiene traducción directa al español; es jerga estadounidense usada para describir a los políticos que favorecen, según el contexto, una política exterior agresiva, una política monetaria restrictiva o una política fiscal moderada.

5. «Recent Balance Sheet Trends», *Board of Governors of the Federal Reserve System*, www.federalreserve.gov, consultado el 11 de enero de 2022.

6. «Banks Lose Out to Capital Markets When It Comes to Credit Provision», *The Economist*, www.economist.com, 25 de julio de 2020.

mientras los bancos centrales inundaban los bancos privados y las empresas con dinero gratis, como un gigantesco pulmón de hierro que bombea oxígeno al cuerpo comatoso de un paciente con muerte cerebral.⁷ Si el aristócrata británico Keynes escribía en el crepúsculo del Imperio Británico, la TMM surgió bajo el apagado resplandor de otra superpotencia senil, que ofrecía remedios similares para detener el declive terminal del capitalismo estadounidense.

ANULACIONES

En un primer momento, pareciera que se había escuchado a los seguidores de la TMM, dada la respuesta del gobierno de los Estados Unidos a la depresión del COVID-19. Si bien la gran mayoría de la ayuda gubernamental fluyó directamente a las cuentas bancarias de las empresas —8,8 billones de dólares, contando las acciones legislativas y de la Reserva Federal—, alrededor de una quinta parte se reservó para ayudar a la gente común.⁸ A medida que se inyectaron 1,8 billones de dólares de estímulo de emergencia en la economía sin

7. El símil es acertado: a finales de 2022 los observadores estimaban que las «empresas zombis», compañías que no ganan lo suficiente para pagar sus deudas y se mantienen vivas únicamente gracias al fácil acceso al crédito, constituían una quinta parte del mercado bursátil estadounidense. ROBIN WIGGLESWORTH, «Cull of the Corporate Zombies», *Financial Times*, www.ft.com, 27 de octubre de 2022; CHRIS GILES, «Global Economy Enters Period of “Synchronized Stagnation”», *Financial Times*, www.ft.com, 13 de octubre de 2019; LISA LEE y TOM CONTILIANO, «America’s Zombie Companies Rack Up \$2 Trillion of Debt», *Bloomberg*, www.bloomberg.com, 16 de diciembre de 2020.

8. COMMITTEE FOR A RESPONSIBLE BUDGET, «Covid Money Tracker», www.covidmoneytracker.org; ALICIA PARLAPIANO ET AL., «Where \$5 Trillion in Pandemic Stimulus Money Went», *New York Times*, www.nytimes.com, 11 de marzo de 2022.

preocupación alguna por posibles consecuencias inflacionarias, la economía comenzó a recuperarse. Parecía que las políticas fiscales sólidas y asertivas habían regresado a lo grande, pero no duró mucho. Muy pronto, un desequilibrio entre la demanda interna impulsada por el gobierno y las interrupciones de la pandemia en las cadenas de suministro mundiales desencadenaría una ola inflacionaria que engulliría a los países de ingresos altos y medianos de todos los continentes. A principios de 2022 la invasión rusa de Ucrania empeoró el problema, exacerbando la inflación subyacente en los precios de los alimentos y la energía.

Después de cuarenta años sin ellos, las subidas de precios en productos y servicios se han vuelto a convertir en un problema importante por primera vez desde finales de los 70. Junto a una fuerza laboral inquieta animada por las condiciones favorables del mercado laboral, las autoridades monetarias han desempolvado el viejo manual de estrategias contra la crisis de Paul Volcker, el presidente de la Fed,⁹ que elevó los tipos de interés lo suficientemente alto como para desencadenar una salvaje depresión mundial a principios de la década de 1980 que, a la vez, controló la inflación, disciplinó a los trabajadores engeídos y devastó a los países endeudados del Tercer Mundo. Ahora la TMM parece estar completamente desacreditada a los ojos de sus críticos, ya que ha ocurrido lo que sus economistas dijeron que no sucedería. Con el actual presidente de la Fed, Jerome Powell, invocando el fantasma de Volcker y subiendo los tipos de interés mientras reduce su programa de compra de bonos, el gobierno estadounidense se prepara para desconectar el respirador, arriesgándose a una recesión para salvar al capitalismo una vez más, arrojando a millones de personas a la miseria en el proceso.

9. **NdE:** «La Fed» es el nombre común de la Reserva Federal de los Estados Unidos, el banco central del país.

En pocas palabras, el momento de la TMM llegó a su fin porque no estaba en sintonía con las prerrogativas del poder. Casi dos décadas de tipos de interés bajos y las necesidades de gestión de crisis del gobierno hicieron que la TMM pareciera describir con precisión lo que es el dinero y cómo funciona, abriendo la posibilidad de un retorno a una política fiscal ampliamente socialdemócrata. Pero tan pronto como el gobierno de EE. UU. cambió a una política monetaria mucho más restrictiva, todos estos avances se detuvieron. A pesar de su insistencia en que solo ofrece una descripción precisa de cómo funciona el dinero, su irrelevancia a la luz de las condiciones cambiantes se debe al hecho de que la TMM, como la mayoría de las teorías keynesianas, ignora la base de clase para las políticas monetarias realmente existentes, por qué los actores estatales hacen lo que hacen.

A los bancos centrales, y especialmente a la Fed, no les interesan las implicaciones de la soberanía monetaria y mucho menos reducir la desigualdad. Tampoco les importan demasiado las nuevas teorías que pretenden demostrar la viabilidad de los programas de gasto socialdemócratas. Básicamente se preocupan por una cosa: preservar la «estabilidad de precios», que para el presidente de la Fed, Powell, es «la base de nuestra economía».¹⁰ Si bien la historia convencional trata de reducir la demanda para que coincida con la oferta, el objetivo primordial de la política del banco central de EE. UU. es mantener el valor de los activos cotizados en dólares. Estos activos incluyen aproximadamente la mitad de todos los bonos que se negocian internacionalmente y el 60% de las reservas mundiales de divisas en poder de otros bancos centrales.¹¹ También incluye el valor de las acciones en esa

10. JEROME POWELL, «Monetary Policy and Price Stability», www.federalreserve.gov, 26 de agosto de 2022.

11. CAROL BERTAUT, BASTIAN VON BESCHWITZ y STEPHANIE CURCURI, «The International Role of the U.S. Dollar», *feds Notes*, www.fede-

moneda —alrededor de 40 mil millones de dólares— negociados en las bolsas de EE. UU., que representan la mayoría de las acciones que cotizan en bolsa en el mundo. El aumento de la inflación deprime el valor del dólar en relación con otras monedas, devaluando estas inversiones. En resumen, la inflación más allá de cierto punto es intolerable para los propietarios de la riqueza, ya que reduce los precios de las acciones, los pagos de intereses cobrados por los préstamos emitidos por los bancos y el valor de las inversiones en bonos, incluidos los bonos más importantes de todos, los bonos del Tesoro de EE. UU. En un país como Estados Unidos, en el que alrededor del 80% del PIB está compuesto por el sector de servicios intensos en mano de obra, inducir una recesión para hacer más fluido el mercado de trabajo pareció la forma más directa de restaurar la estabilidad de precios parecía ser la forma más directa de restaurar la estabilidad de precios, independientemente del hecho de que los ingresos de los trabajadores, que aumentaron modestamente después de décadas de permanecer estables, se incrementaron a un ritmo muy inferior a las subidas de los precios.¹² Para los banqueros de Wall Street que dirigen la política monetaria estadounidense, el curso de acción necesario es obvio.

ralreserve.com, 6 de octubre de 2021; COMMITTEE ON THE GLOBAL FINANCIAL SYSTEM, «U.S. Dollar Funding: An International Perspective», *cgfs Papers*, n.º 65, The Bank for International Settlements, www.bis.org, junio de 2020; SERKAN ARSLANALP, BARRY EICHENGREEN y CHIMA SIMPSON-BELL, «Dollar Dominance and the Rise of Nontraditional Reserve Currencies», *imf Blog*, www.imf.org, 1 de junio de 2022. 12. Los precios han subido más deprisa que los ingresos de los trabajadores a lo largo de la inflación pospandémica, lo que hace absurda la noción de una «espiral salarios-precios». Pero lo absurdo no suele bastar para disuadir a los economistas de los tópicos de la teoría económica. Véase JOSH BIVENS, «Wage Growth Has Been Dampening Inflation All Along-and Has Slowed Even More Recently», www.epi.org, 12 de mayo de 2022. **NdE:** Una espiral salarios-precios es un fe-

En los últimos períodos de baja y alta inflación, el propósito de la política monetaria de EE. UU. sigue igual: apuntalar los valores de los activos de una clase transnacional de propietarios, una turba complaciente de multimillonarios lumpen que ya no pueden generar la inversión de capital necesaria para sostener el crecimiento global. El poder social de esta clase se deriva de su control sobre las vidas laborales de miles de millones de personas, una forma de control mediada por el dinero. Los gobiernos intervienen en el sistema monetario para que el crecimiento económico pueda proceder mediante la reproducción de esta relación de clases. Paradójicamente, la noción de soberanía monetaria se popularizó porque era necesario un flujo constante de dinero gubernamental para mantener el crecimiento en un nivel aceptable durante la larga recesión que siguió a la crisis financiera de 2008. Es decir, fue precisamente el endurecimiento de las restricciones y la reducción de las opciones que la ralentización de la economía mundial impuso a los Estados nacionales, su «soberanía» menguante, lo que hizo plausible la idea de la soberanía monetaria. Al mismo tiempo, estas políticas no abordaron las tendencias recesivas subyacentes que las hicieron necesarias en primer lugar, sino que se convirtieron en un paliativo a corto plazo que mantuvo a flote la economía mundial al consolidar las condiciones estructurales para una economía nacional de baja inversión y bajo crecimiento.¹³

nómeno teórico en el que los salarios suben, lo que lleva a un aumento de los precios que, a su vez, lleva a una nueva subida de los salarios, y así sucesivamente en un ciclo de inflación que se retroalimenta —se trata de un fenómeno extremadamente raro en la economía moderna, que a menudo se usa para justificar el mantener bajos los salarios frente a demandas de sindicatos y trabajadores—. Más al respecto: www.cepr.org/voxeu/columns/wage-price-spirals-historical-evidence.
13. A mediados del verano de 2023, el gobierno de Biden y su escuadrón mediático se felicitaban por la fortaleza de la economía estadou-

Los políticos están obligados a formular medidas cuyo objetivo principal no es ayudar a nadie, sino simplemente mantener un sistema de pulverización catódica en soporte vital. En este contexto, es inútil tratar de persuadir a una casta de tecnócratas para que guíen la economía en una dirección más humana. Al igual que el señor K de Kafka, proyecta una ilusión de autoridad racional sobre los funcionarios que son, en el mejor de los casos, los desconcertados custodios de un orden que no comprenden completamente.

DE LA TMM AL NEOCHARTALISMO

Hasta aquí, pues, el ascenso y la rápida caída en desgracia de la TMM. Aun así, observar más de cerca cómo la TMM imagina el dinero puede abrir una comprensión más profunda de la política, el dinero y el Estado. Durante un tiempo, la TMM puede haber descrito la política monetaria existente, pero no es reductible a ella. Al pretender ser una teoría general del dinero, invierte gran parte de la sabiduría recibida en economía. En uno de los cuentos populares más

nidense, supuestamente propiciada por el programa económico del presidente, y esperaban un «aterrizaje suave» en el que la economía evitaría una recesión pospandémica. Las políticas de emergencia del gobierno durante la pandemia proporcionaron un colchón financiero a muchos hogares, permitiéndoles ahorrar gran parte de los ingresos que más tarde se destinarían al consumo, que representa alrededor del 70% del PIB estadounidense. Este crecimiento impulsado por el consumo ayudó a Estados Unidos a superar a gran parte del resto del mundo en su recuperación tras la pandemia. Pero como los consumidores han gastado la mayor parte de sus ahorros de la época de la pandemia, las quiebras empresariales van en aumento y los efectos contractivos de la subida de los tipos de interés aún no se han dejado sentir del todo, la recuperación de Estados Unidos tiene los días contados.

venerables de los economistas, el dinero surgió naturalmente de los inconvenientes del trueque. A medida que las personas comercian entre sí, se enfrentan al problema de que solo pueden intercambiar con los bienes particulares que tienen, de modo que si dos personas quieren comerciar, cada una tiene que tener algo que la otra quiera. El dinero simplifica el proceso al servir como algo que todos valoran y que cualquiera aceptará como pago.

Esta escena idílica, donde los agentes privados intercambian bienes y servicios entre sí para satisfacer sus necesidades, es la base real de la vida económica según la escuela de pensamiento neoclásica. Aquí, el dinero solo engrasa los engranajes del intercambio, que es lo que realmente importa: para usar un viejo dicho neoclásico, es un «velo neutral» sobre las relaciones reales del mercado.¹⁴ Por sí solos, los mecanismos de mercado conducirán al beneficio mutuo de todas las

14. «El análisis real parte del principio de que todos los fenómenos esenciales de la vida económica pueden describirse en términos de bienes y servicios, de decisiones sobre ellos y de relaciones entre ellos. El dinero entra en escena solo en el modesto papel de un dispositivo técnico que se ha adoptado para facilitar las transacciones [...]; mientras funcione normalmente, no afecta al proceso económico, que se comporta de la misma manera que lo haría en una economía de trueque; esto es esencialmente lo que implica el concepto de Dinero Neutro. Así, el dinero ha sido calificado de «vestidura» o «velo» de las cosas que realmente importan [...]. No solo puede descartarse cuando analizamos las características fundamentales del proceso económico, sino que debe descartarse del mismo modo que debe descubrirse un velo si queremos ver el rostro que se esconde tras él». JOSEPH SCHUMPETER, *History of Economic Analysis* (Abingdon, 2006), ebook, p. 277. **NdE:** Llamar a Schumpeter neoclásico es, en nuestra opinión, una simplificación: su obra se sitúa en la tradición historicista alemana, pero su crítica a la neutralidad del dinero es representativa de la economía neoclásica.

partes involucradas, ya que el comercio continuará hasta que las preferencias de cada individuo se satisfagan tanto como sea posible con los recursos existentes.

La TMM pone patas arriba la versión neoclásica del dinero y los mercados. En lugar de originarse en el intercambio privado, el dinero proviene de los gobiernos. Parafraseando a Keynes, Randall Wray afirma que

durante los últimos 4.000 años [...] nuestro sistema monetario ha sido un»sistema monetario estatal. Para simplificar, es aquel en el que el Estado elige el dinero de cuenta, impone obligaciones —impuestos, tributos, diezmos, multas y tasas— denominadas en dicha unidad monetaria, y emite una moneda aceptada en pago de esas obligaciones.¹⁵

Siguiendo el *Tratado sobre el dinero* de Keynes, Wray y otros economistas de la TMM ven el dinero no como una mercancía en particular, sino ante todo como un dispositivo contable elegido por la autoridad pública, que luego emite como su propio pasivo. La moneda es aceptada por compradores y vendedores porque, al final del día, deben usarla para pagar lo que deben al Estado. Esta secuencia invierte la prioridad causal: no son los mercados los que hacen dinero, sino el dinero del Estado el que hace los mercados.

Con esta redefinición del dinero, la TMM saca a relucir nuevos problemas de la ortodoxia. En lugar de gravar para gastar, los gobiernos gastan dinero en la economía primero, y solo gravan o piden prestado después para ajustar los precios. Pueden hacer esto porque, a diferencia de nosotros, emiten monedas con alta demanda. Por ejemplo, el gobierno estadounidense, como único emisor de una de las principales

15. L. RANDALL WRAY, *Modern Money Theory: A Primer on Macroeconomics for Sovereign Monetary Systems*, 2ª ed. (Nueva York, 2015), pp. 1-2.

monedas de reserva mundial, el dólar, solo necesita acreditar las cuentas bancarias de los contratistas federales dando instrucciones a su banco central, la Reserva Federal, para que lo haga. El gobierno no necesita tomar dinero de un alijo preexistente de ingresos fiscales porque tiene el poder de crear el dinero que luego, en un momento posterior, se recaudará como impuestos. Es simplemente un ejercicio contable. Del mismo modo, cuando un banco central como la Fed compra bonos de bancos y empresas, lo hace expandiendo su propio balance, esto es, creando dinero en el acto a través de pulsaciones del teclado —por usar una metáfora de la TMM—. El comentario del antiguo presidente de la Fed, Ben Bernanke, captaba a la perfección la imponente habilidad técnica de la élite política: «Solo usamos el ordenador para anotar el tamaño de las cuentas».¹⁶

Estas ideas macroeconómicas no son únicamente un legado de las hipótesis keynesianas de la TMM. Dar al Estado prioridad analítica en la teoría del dinero precedió a los argumentos más influyentes de Keynes, apareciendo en Alemania a principios del siglo XX bajo el nombre de «chartalismo». El chartalismo, proveniente de la raíz latina *charta*, que significa ficha o billete, ubica los orígenes del dinero en el orden político. El soberano siempre es responsable de diseñar legal e institucionalmente el dinero, de dar forma a cómo funciona, a quién sirve y las reglas que gobiernan su circulación a través de la política: el dinero es siempre un «proyecto constitucional», en palabras de Christine Desan.¹⁷ Como explica Kelton, «la TMM rechaza la narrativa del trueque ahistórico [...]; en cambio, se basa en un extenso cuerpo de erudición conocido como chartalismo, que muestra que los impuestos

16. KELTON, *Deficit Myth*, cap. 1.

17. CHRISTINE DESAN, *Making Money: Coin, Currency, and the Coming of Capitalism* (Oxford, 2014), cap. 1.

fueron el vehículo que permitió a los antiguos gobernantes y a los primeros Estados-nación introducir sus propias monedas, que solo más tarde circularon como medio de intercambio entre individuos privados». ¹⁸ Pudiera parecer extraño que una doctrina con la palabra «moderno» en su nombre se basara en una teoría supuestamente igual de válida para los reyes sumerios de la antigüedad como para los Estados Unidos de hoy. Pero si bien es cierto que los gobernantes han emitido dinero en su unidad de medida elegida durante milenios, la elaboración de este hecho histórico en una filosofía oficial del dinero es específicamente moderna.

ESTADO DE LA NATURALEZA

El término «chartalismo» fue acuñado en 1905 por Georg Friedrich Knapp, un economista y estadístico de la Alemania imperial y uno de los principales padres de la TMM, cuando publicó *La teoría estatal del dinero*. ¹⁹ Escrita en el crepúsculo del patrón oro internacional clásico, la teoría de Knapp apuntaba directamente a nociones metálicas del dinero, o «metalismo», que identificaba la esencia del dinero con las propiedades físicas de los metales preciosos. Knapp argumentó que la definición convencional de dinero como

18. KELTON, *Deficit Myth*, cap. 1.

19. FRIEDRICH KNAPP, *The State Theory of Money* [*Staatliche Theorie des Geldes*, 1905], trad. H. M. Lucas y J. Bonar (Londres, 1924). Knapp es ampliamente considerado como una figura fundacional de la literatura sobre el TMM, y se le cita con frecuencia como tal. Sin embargo, aunque no se le cite explícitamente, su argumento central de que la aceptación estatal establece el valor monetario es la piedra angular de todo el discurso de la TMM en su insistencia en que «los impuestos impulsan el dinero». También desempeña un papel importante en la teoría política del dinero crediticio del sociólogo GEOFFREY INGHAM en *The Nature of Money* (Cambridge, 2004).

medio de intercambio es solo un caso especial del concepto más general de medio de pago, la unidad oficialmente aceptada para saldar deudas, que es capaz de adoptar formas que pueden o no involucrar una base metálica.

Con su análisis del sistema monetario como un «fenómeno administrativo» de construcción legal, *La teoría estatal* fue una expresión intelectual del dirigismo alemán de principios del siglo XX, un proyecto gubernamental que buscaba organizar activamente la economía nacional en una forma más competitiva mediante la nivelación de los aranceles industriales —principalmente contra Gran Bretaña—; la formación de cárteles en sus industrias pesadas y el sector bancario; y el manejo cuidadoso del tipo de cambio del marco alemán, de nuevo, principalmente frente a la libra esterlina.²⁰ El chartalismo es, en este sentido, una filosofía útil para suscribir proyectos de política económica.²¹ Mientras Knapp declara en la primera frase del libro que «el dinero es una criatura de la ley», más tarde aclara que el Estado «no está, de hecho, obligado por sus leyes, que solo mantiene para sus súbditos: de vez en cuando crea por sí mismo nuevos derechos y obligaciones para hacer frente a los hechos administrativamente, y tal vez después cambie la ley para que

20. Sobre el desarrollo económico alemán y la política monetaria en el cambio de siglo, véase ERIC HOBSBAWM, *Age of Empire* (Nueva York, 1987), cap. 2; JOYCE APPLEBY, *The Relentless Revolution* (Nueva York, 2010), cap. 6. Para un relato más contemporáneo, las observaciones y análisis de Max Weber siguen siendo una fuente excelente. Véase su crítica a Knapp, «Excursus: A Critical Note on the “State Theory of Money”», en *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, ed. Guenther Roth y Claus Wittich (Berkeley, CA, 1978), pp. 184-93.

21. Como observa con decepción Max Weber en su comentario sobre *La teoría estatal*, «la obra se utilizó inmediatamente en apoyo de juicios de valor». *Economy and Society*, ed. Roth y Wittich, p. 184.

corresponda».²² Las leyes no determinan qué debe considerarse dinero, «puesto que son impotentes contra su creador, el Estado; el Estado, en sus pagos, decide lo que es [...] el dinero, y los tribunales hacen lo propio».²³ El Estado es como un demiurgo, creando y destruyendo a través de actos de su voluntad.²⁴ Los neoclásicos asumen al comerciante individual y de trueque como su unidad más básica; el cartismo toma el Estado como concepto fundacional de la vida económica. Se opone efectivamente al individualismo metodológico de los neoclásicos con estatismo metodológico, cambiando un supuesto transhistórico por otro.

En *La teoría estatal* el dinero cambia históricamente, pero el Estado como su principio generador está fuera de la historia, designando y modificando la moneda como necesaria para «cumplir con los hechos». Está literalmente naturalizado. Al igual que muchos economistas de la época, Knapp estuvo fuertemente influenciado por la mecánica clásica, pero particularmente por las ideas del matemático francés Jean-Louis Lagrange, quien buscó modelar los movimientos de los sistemas físicos en un pequeño conjunto de ecuaciones elegantes. De hecho, *La teoría estatal* ha sido descrita por uno de los principales estudiantes de Knapp como un intento explícito de «aplicar el principio lagrangiano a la esencia del dinero: la constitución de un sistema complejo en una formulación simple».²⁵ Uno de sus rasgos más extraños es su terminolo-

22. KNAPP, *State Theory*, pp. 106-7.

23. *Ibid.*, p. 111. Ver también L. RANDALL WRAY, «From the State Theory of Money to Modern Monetary Theory: An Alternative to Economic Orthodoxy», *Levy Economics Institute*, Working Paper 792, p. 6.

24. KNAPP, *State Theory*, p. 53.

25. GERALD BRAUNBERGER, «Was ist neu ander Modern Monetary Theory? Eine Erinnerung an Knapps Staatliche Theorie des Geldes», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, www.faz.net, 18 de enero de 2012.

gía barroca, un catálogo de neologismos griegos y latinos que, según el autor, pretenden darle el aura de una ciencia empírica, como la química o la botánica.²⁶ Estos términos, que Knapp proclama con entusiasmo como «fundados en la Ciencia Política», imitan los nombres latinos de las especies zoológicas y botánicas con palabras como *valuta*, *hylodromy* y *authylism*. El texto compone una historia natural del sistema monetario, una taxonomía que clasifica las múltiples apariencias del dinero en sus elementos más básicos. Como origen de las especies monetarias, el Estado se convierte literalmente en una fuerza de la naturaleza.

La metáfora no es secundaria a su argumento. Knapp formó parte de un movimiento intelectual y político en la Alemania de fin de siglo, un grupo de reformadores académicos que se juntaron para formar la *Verein für Sozialpolitik* [Asociación para la política social]. La *Verein* estaba formada por un grupo de historiadores, estadísticos y economistas que buscaban una solución científica a la creciente intensidad del conflicto de clases en Alemania alrededor del cambio de siglo. Eran reformistas liberales alarmados por el rápido crecimiento de una clase adinerada extraordinariamente rica en la parte superior y una clase obrera cada vez más asertiva y abiertamente revolucionaria en la parte inferior, dejando a una clase media [*Mittelstand*] exprimida por ambas.²⁷ Knapp y compañía, entre ellos el famoso sociólogo Max Weber y el influyente historiador económico Gustav Schmoller, trataron de proporcionar la base para una ciencia de la reforma que pudiera resolver los antagonismos que surgían con la transformación de Alemania en una sociedad industrializada y en rápida urbanización, permitiéndole competir eficazmente

26. KNAPP, *State Theory*, pp. viii-ix.

27. ERIK GRIMMER-SOLE, *The Rise of Historical Economics and Social Reform in Germany, 1864-94* (Oxford, 2003), cap. 3.

con otras grandes potencias. En esencia, esto significaba el desarrollo de un gobierno entrenado científicamente, capaz de anteponer el «interés general» a los intereses particulares de una clase. Esta era una visión para alcanzar la unidad moral de la nación, que se lograría a través de reformas basadas en la investigación científica y llevadas a cabo a través de la administración imparcial y sistemática del Estado.²⁸ En palabras del propio Knapp, esto ofrecía la posibilidad de que el Imperio Alemán, como burocracia meritocrática [*ein Beamtenstaat*], «probablemente podría ser el primero en superar las confusiones y errores de la lucha de clases económica».²⁹

Para Knapp y Verein, fue la misma disciplina impuesta a los Estados por la clase obrera y el mercado mundial la que hizo necesaria la administración científica «objetiva». En contraste con sus epígonos neochartalistas, que ven la ingeniería monetaria como parte de una receta para la política democrática, el fundador del chartalismo reconoció claramente los antagonismos de clase y las presiones geopolíticas detrás de la necesidad de que el Estado promulgue políticas chartalistas. En un período histórico muy parecido al nuestro, marcado por crecientes crisis de legitimidad, colapso económico en cámara lenta y crecientes luchas en las calles, la casta gobernante tuvo que manipular el dinero para aumentar la competitividad nacional y redirigir hacia fuera los antagonismos internos que empujan la nación hacia la desintegración, haciendo que desaparezcan en el espacio externo de la geopolítica.

28. Knapp y sus compañeros consideraban que su proyecto era «a la vez superpartidista y apolítico, pero también profundamente moral», como lo describe el historiador Erik Grimmer-Solem. «En el centro de esa moral está el viejo ideal liberal de una sociedad civil sin clases». GRIMMER-SOLEM, *Rise of Historical Economics*, p. 104.

29. KNAPP, *Die Landarbeiter in Knechtschaft und Freiheit*, p. 86.

Así, la abstracción de Knapp de la gobernanza monetaria en un ámbito por encima de la ley y la democracia refleja una contradicción básica del Estado-nación, dividido entre su existencia como «comunidad» nacional de ciudadanos, cuyo supuesto interés común es la fuente de su legitimidad política, y su naturaleza de Estado de clase, atravesada por el cisma entre las masas empobrecidas y una élite rica y propietaria que las gobierna. La administración científica emerge como una forma intelectual e institucional de dominación de clase que debe reconciliar esta contradicción. Como parte de este esfuerzo, las políticas monetarias son medios por los cuales los Estados nacionales libran una guerra comercial para capturar las ganancias extraídas de la clase trabajadora mundial. Alimentado por las ganancias, el crecimiento económico puede ocultar efectivamente la naturaleza de clase del Estado, reforzando el mito del «interés nacional». Por el contrario, su desaceleración suele exponer la realidad del Estado-nación como una forma organizada de dominación económica. La ley y el dinero no son herramientas neutrales en sí mismas que puedan ser manipuladas para perseguir diferentes intereses políticos. Como formas de gobierno, son inevitablemente armas de clase, precisamente porque se esgrimen en nombre del interés general.

PARTAMOS DE UN BANQUERO

Keynes estaba entusiasmado con el argumento de Knapp, citándolo con aprobación en el primer capítulo de su *Tratado sobre el dinero*. Esto no es sorprendente, ya que el pensamiento social y económico de Knapp reúne la mayor parte de lo que Geoff Mann define como la crítica keynesiana.³⁰

30. GEOFF MANN, *In the Long Run We Are All Dead: Keynesianism, Political Economy, and Revolution* (Nueva York, 2017).

Aquí «keynesianismo» significa más que su representación convencional como una política económica basada en las obras públicas y el pleno empleo. Es una renovación del liberalismo, una crítica inmanente de la filosofía y la gobernanza liberales que se repite, apareciendo y reapareciendo en períodos de agitación en los que las reglas tradicionales del *laissez-faire* deben ser desechadas para dejar espacio a la acción urgente en el presente no en el mundo imaginario de los libros de texto de economía, sino en el mundo en el que realmente vivimos. Para esta tarea, «la razón keynesiana señala *la centralidad de la centralidad*: la función política del Estado como la única, aunque defectuosa, institución universal legítima». ³¹ Los gobiernos, desde el punto de vista keynesiano, son capaces de disolver los conflictos sociales a través del dominio científico de una élite tecnofilosófica, que ve a través del choque de intereses contrapuestos para gobernar en el interés general. La gestión del dinero es fundamental para este proyecto.

Para Keynes, el dinero es, en esencia, un fenómeno temporal. Como lo expresó en la *Teoría general*: «La importancia del dinero fluye esencialmente de que es un vínculo entre el presente y el futuro». ³² El dinero es el *locus* de nociones contradictorias acerca de lo que el futuro nos depara, lo que se traduce en diferentes actitudes hacia la inversión en el presente; por el contrario, los acontecimientos imprevistos en el presente afectan a las ideas sobre el futuro. El dinero y la inversión están movidos por la psicología, son objeto de optimismo y pesimismo fluctuantes en el estado de las expectativas a largo plazo de los inversores sobre un futuro incierto. Por lo tanto, corresponde a los gobiernos intervenir y actuar cuando los inversores, por excesiva cautela o incertidumbre,

31. *Ibid.*, p. 53.

32. KEYNES, *General Theory*, p. 293.

no invierten lo suficiente para satisfacer las necesidades de la sociedad. Si las autoridades públicas responsables utilizan la política fiscal y monetaria para inducir dicha inversión, entonces el dinero puede operar de una manera que beneficie a toda la sociedad, en lugar de solo a un grupo privilegiado de rentistas ricos. La fe keynesiana en el dinero como instrumento técnico refleja la creencia en un Estado neutral en cuanto a clases, idealmente dirigido por expertos científicos que velan por el bien común.

Esta fe es compartida entre los keynesianos contemporáneos, incluidos los promotores de la TMM, en la afirmación de que el dinero es esencialmente una unidad de cuenta, una promesa de pago, un «te debo algo». Frente al monetarismo, que se fija de manera simplista en la oferta monetaria —reservas bancarias— como base para los nuevos préstamos, el argumento keynesiano va en sentido contrario, centrándose en el hecho de que el crédito bancario crea dinero nuevo. Los bancos emiten préstamos, activos que producen intereses en un lado de sus balances, mediante la creación de depósitos, que registran como pasivos para el prestatario en el otro lado. Por supuesto, la pregunta es qué cuenta como dinero real cuando vencen las deudas. La teoría keynesiana, que refleja la práctica real de los bancos centrales, reconoce una jerarquía inherente al dinero. Algunas formas de «dinero» son más aceptables que otras para pagar una deuda. Durante un boom económico, por ejemplo, muchas formas diferentes de crédito pueden circular y funcionar como medios de pago, pero cuando llega la recesión, pueden devaluarse abruptamente hasta el punto de perder su valor, lo que desencadena una lucha por la seguridad financiera. Y en la jerarquía que estructura el sistema monetario mundial, los dólares estadounidenses (deuda estatal de EE. UU.) ocupan el primer lugar como los activos más seguros disponibles. Esta es la base práctica del concepto de soberanía monetaria.

Esta noción de dinero basado en el crédito es una descripción útil del sistema monetario. Describe con precisión el «mundo en el que realmente vivimos», como diría Keynes, ya que se suma a un modelo abstracto de las técnicas de contabilidad y gestión practicadas por los funcionarios gubernamentales y los banqueros privados mientras gestionan sus necesidades de financiación a través de un turbulento mercado monetario global.³³ Como toda teoría económica, se basa en la conciencia práctica de los propios agentes del mercado. Pero esta característica marca sus límites. Aunque articulado desde el punto de vista del Estado-nación moderno, el análisis keynesiano se basa en una teoría de la psicología de los actores del mercado. No trata de explicar esa psicología, sino que la presupone como un dato para que los gobiernos lo manipulen en nombre del interés general. Esta conceptualización oscurece el proceso a través del cual las crisis económicas transforman la relación entre los mercados y los Estados, y la relación del dinero con ambos, en la evolución histórica de la economía capitalista. Es decir, oscurece las fuerzas más profundas que, en última instancia, determinan la autocomprensión de los actores del mercado y del Estado, los hábitos de los inversores y la mentalidad de los expertos gubernamentales por igual. Como discurso gerencial desde el punto de vista del Estado, la teoría keynesiana descarta un análisis crítico *del* propio Estado. Es por eso que tiende a reducirse, en la práctica, a una defensa o racionalización de lo que los funcionarios del gobierno ya están haciendo. Todo esto apunta a la necesidad no de una teoría estatal del dinero, sino de una teoría monetaria del Estado.

33. «La teoría keynesiana descansa sobre un paradigma especulativo-financiero: la imagen de un banquero haciendo sus negocios en Wall Street». HYMAN MINSKY, *John Maynard Keynes* [1975] (Nueva York, 2008), p. 55.

DINERO Y TIEMPO

Keynes tenía razón: el dinero es un fenómeno temporal, pero no en el sentido que él pensaba, o al menos no en su nivel más profundo. Pensemos en un producto típico de la globalización contemporánea, como por ejemplo un portátil. Un ordenador portátil es vendido por dinero por la empresa que lo posee solo como resultado final de una secuencia transnacional de extracción, procesamiento, fabricación, montaje, transporte y distribución, que involucra a miles de trabajadores que realizan diferentes tipos de trabajo para una variedad de contratistas en docenas de países. Estas empresas compiten entre sí para ofrecer las condiciones más competitivas aumentando la productividad de sus trabajadores, produciendo más en menos tiempo que sus competidores; Y ellos, a su vez, contratarán a sus propios contratistas que harán lo mismo. La empresa de tecnología que vende el producto final, por ejemplo, Apple, también empuja a sus empleados hasta el punto del agotamiento.³⁴ También emitirá bonos para recaudar efectivo e invertir en productos financieros para asegurarse contra los riesgos asociados con cada parte de esta cadena de suministro, incluidos los riesgos políticos asociados con los disturbios laborales. De esta manera, actúa de manera muy similar a un banco, organizando su balance de la manera que mejor le permita financiar sus inversiones de manera rentable.³⁵ Pero el objetivo de Apple, sus contratistas y sus competidores es siempre el mismo: tener más dinero al acabar el día que al empezarlo.

34. «Close to 60 Percent of Surveyed Tech Workers Are Burnt Out — Credit Karma Tops the List for Most Employees Suffering From Burnout», *Blind Workplace Insights*, www.teamblind.com, 29 de mayo de 2018.

35. TONY NORFIELD, «Apple's Core: Moribund Capitalism», www.economicsofimperialism.blogspot.com, 24 de mayo de 2017.

Aunque implicará diferentes arreglos de un caso a otro, lo mismo es cierto para todas las corporaciones del mundo. Los balances corporativos no solo registran el movimiento de los precios de mercado; rastrean indirectamente los datos acumulados, el tiempo concentrado de innumerables esfuerzos humanos transmutados en la forma común del dinero. El dinero, en consecuencia, se convierte en su equivalente universal, un estándar compartido por el cual se mide su valor. Este papel de *dinero* como lenguaje común lo desempeña actualmente el dólar estadounidense.

En este sistema, lo que las empresas experimentan individualmente como la presión competitiva por las ganancias es el resultado de un impulso de todo el sistema para aumentar la productividad, independientemente de los límites del mercado, la dinámica clave de la producción capitalista. Desde el punto de vista de los propietarios del capital, esto reduce de manera efectiva todas las diversas formas de trabajo a la misma medida: gastos de tiempo comparables. Sin embargo, al imponer esta reducción al trabajo y presionar constantemente para producir más en menos tiempo, el capital abrasadora la coerción, la violencia, la estupefacción y la hostilidad, las materias primas del conflicto de clases, en el núcleo del dinero mismo. La búsqueda ciega de dinero por parte de los bancos y las empresas es solo la otra cara de este impulso sistémico e implacable por una mayor productividad y los antagonismos sociales que engendra.³⁶

36. «El dinero no es solo *un* objeto del ansia de enriquecimiento, sino que es *el* objeto de la misma. Es, en lo fundamental, *auri sacra fames* [NdT: frase de Virgilio que significa «maldita codicia por el oro»]. El ansia de enriquecimiento [...], la acumulación de dinero por el dinero mismo es la forma bárbara de la producción por la producción misma, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social más allá de los límites de las necesidades tradicionales». Karl MARX, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, ed. Maurice Dobb

Como equivalente universal, el dinero se convierte en una medida de tiempo, la forma en que el sistema evalúa, regula y disciplina todo, desde los diferentes tipos de trabajo que realizan las personas hasta las presiones temporales de la vida cotidiana. Como tal, el «dinero» designa una forma enajenada de poder: relaciones entre seres humanos que asumen una existencia impersonal independiente de sus creadores y a su vez los dominan. Para la percepción cotidiana, así como para las elaboraciones teóricas de la percepción cotidiana que conforman la economía, el dinero aparece como representar cosas diferentes, como las relaciones de mercado, los bienes y servicios materiales o la autoridad estatal. En realidad, ocurre lo contrario: estas cosas ahora representan al dinero como un poder autónomo, que las inviste a todas con su aura soberana.

A través de esta inversión, o fetichismo, que hace que el dinero parezca valioso por sí mismo, los recursos materiales se producen y distribuyen solo como subproductos incidentales del impulso ilimitado por el dinero. El dinero no existe convenientemente para hacer circular bienes y servicios, pero es la razón por la que existen los bienes y servicios en primer lugar. Es un medio que se convierte en su propio fin, que sigue siendo solo un medio, una contradicción enraizada en las relaciones de clase de la producción de mercancías.

El dinero regula la organización social del tiempo. Coordina la vida productiva de la sociedad, pero a espaldas de los productores, los trabajadores del mundo que forman una asociación interconectada e interdependiente de alta densidad: el trabajador planetario. Los endeudados estudiantes estadounidenses compiten por un número cada vez menor

(Nueva York, 1970), p. 132 [ed. en castellano: MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI (Madrid, 2008), pp. 121-3.

de empleos en portátiles ensamblados por los trabajadores de fábrica chinos en Shenzhen, cuyos chips de ordenador son fabricados por trabajadores de fábricas en Taipei, cuyo metal y minerales son extraídos en condiciones brutales por mineros de cobalto y litio en la República Democrática del Congo y Chile, tal vez con el producto terminado transportado en buques portacontenedores operados por marineros daneses abastecidos con trigo cosechado por agricultores rusos. Los beneficios producidos por esta línea de ensamblaje planetaria son el exceso de tiempo de asociación humana extraído por la clase capitalista transnacional, el 1% más rico que posee casi la mitad de la riqueza mundial.³⁷ Todas trabajamos más y más duro de lo necesario no por ningún propósito colectivo, sino para que esta clase pueda seguir enriqueciéndose.

El dinero no creó, ni crea, esta formación productiva que se extiende por todo el planeta. Más bien, es en sí mismo el resultado de un proceso de reconfiguración que ocurrió fuera de la intención consciente de cualquier actor estatal. A medida que la división global del trabajo se ha integrado internacionalmente a través de cadenas de valor y canales logísticos; a medida que el trabajo mismo se ha moldeado cada vez más por su dependencia de los caprichos de la bolsa de valores y los mercados financieros en general, que a su vez dependen de la continua generosidad de los bancos centrales; a medida que la reproducción de las relaciones sociales básicas a través de las cuales se proporcionan los bienes materiales se vuelve cada vez más dependiente de este gigantesco edificio monetario; y a medida que la experiencia del trabajo, paradójicamente, se vuelve más fragmentada, precaria e incierta, más se constituye un mercado mundial de

37. «Why Wealth Matters: Years of Change», *Credit Suisse*, www.credit-suisse.com, 10 de octubre de 2019.

trabajo. En resumen, cuanto más transnacional se vuelve el trabajo social, más cantidad de dinero se convierte en dinero mundial, su representación igualmente transnacional.

LA ARQUITECTURA DEL DINERO MUNDIAL

El dinero mundial es la moneda más utilizada y aceptada en la economía mundial. Pensemos en el dólar estadounidense, la moneda que se encuentra en la cima de la jerarquía monetaria mundial. El dólar representa el 60% de las reservas mundiales de divisas y participa en el 90% del comercio de divisas.³⁸ Es la unidad de cuenta básica para la mayor parte del comercio mundial, para fijar los precios de productos básicos, como el petróleo, y para casi la mitad del mercado mundial de derivados financieros, con valor total de 544 billones de dólares.³⁹ Su posición central la convierte en la moneda más deseada del mundo, una reserva de valor, unidad de cuenta y medio de pago universalmente aceptada para transacciones internacionales, creación de crédito, titulización y flujos de fondos. No obstante, esto es un poco peculiar. Si bien la participación de Estados Unidos en el comercio mundial, el peso económico detrás del dólar, se ha erosionado constantemente en las últimas décadas, el dólar

38. KIMBERLEY AMADEO, «Why the U.S. Dollar Is the Global Currency», *The Balance*, www.thebalancemoney.com, 23 de julio de 2020

39. **NdE:** Un derivado financiero es un contrato cuyo valor se deriva del rendimiento de un activo subyacente, índice o tipo de interés, sirviendo de aseguramiento contra el riesgo de fluctuaciones de precios en el activo subyacente. Por ejemplo, si queremos comprar manzanas en un mes, pero no sabemos cuánto costarán, podemos comprar un contrato de futuros de dos kilos de manzanas que nos permita fijar el precio de esos dos kilos hoy con un granjero; si el precio de los dos kilos de manzanas sube, el contrato de futuros nos permitirá comprarlas al precio acordado, lo que nos ahorrará dinero.

sigue siendo la principal moneda del mundo.⁴⁰ ¿Cómo es posible mantener esta tensión? Para obtener una respuesta, debemos analizar el papel del dólar como medio de pago, en particular su uso en el mercado internacional de la deuda estatal de Estados Unidos.

Cuando el gobierno de los EE. UU. «imprime dinero», lo que hace es comprar bonos y otros activos de bancos, corporaciones y una pequeña clase de ricos propietarios de activos, reemplazando sus valores con dinero en efectivo; del mismo modo, cuando «pide prestado», emite deuda del Tesoro al mercado privado, donde luego circula como un activo seguro y garantizado para los inversores —unos 22 billones de dólares a principios de 2023—. ⁴¹ Esta base de deuda, a su vez, alimenta una mayor creación de crédito, ya que tanto los bancos como algunas empresas que técnicamente no son bancos pero actúan como ellos —los gestores de activos como los fondos de cobertura, por ejemplo— pueden pedir prestado contra sus tenencias de deuda del Tesoro para financiar sus inversiones. Esencialmente, ambos ganan dinero pidiéndolo prestado a una tipo de interés más bajo que el tipo al que prestan. El mercado mundial de dinero y capital, en el que todo esto ocurre, a veces se denomina el «sistema bancario en la sombra», ya que gran parte de los préstamos y préstamos que se realizan en él con poca o ninguna supervisión gubernamental. ⁴² Esta aglomeración no regulada y no

40. SERKAN ARSLANALP, BARRY EICHENGREEN y CHIMA SIMPSON-BELL, «Stealth Erosion of Dollar Dominance: Active Diversifiers and the Rise of Nontraditional Reserve Currencies», *IMF Working Papers*, www.imf.org, 24 de marzo de 2022.

41. «Market Value of Marketable Treasury Debt», *Fred Economic Data*, www.fred.stlouisfed.org, consultada el 20 de diciembre de 2023.

42. NdE: La «banca en la sombra» —o *shadow banking*, como se conoce a este fenómeno— consiste en la creación de crédito y la financiación de activos fuera del sistema bancario tradicional, a través de

supervisada de fondos de capital privado, mutuas, compañías de seguros, fondos de pensiones, entidades legales generadas por bancos («vehículos de propósito especial») y una gran cantidad de otras entidades sospechosas son el crisol de la creación de crédito a nivel mundial.⁴³ Como «espejo financiero de tendencias subyacentes más amplias de desigualdad económica», su tamaño total ha crecido exponencialmente en las dos últimas décadas, y ahora contiene unos 183 billones de dólares, o el 49% de los activos financieros del mundo. Con un peso del 212% del PIB mundial, la banca en la sombra empequeñece los balances de incluso los bancos más grandes.⁴⁴ No es de extrañar que sea el sector bancario en la sombra el que esté financiando la mayor parte del reciente aumento récord de la deuda corporativa, que alcanzó un máximo histórico en 2019.

Un flujo constante de deuda estatal confiable, especialmente de deuda del Tesoro estadounidense, es fundamental para el mercado financiero mundial porque se trata del activo más seguro del sistema: todo el mundo supone que el gobierno estadounidense seguirá pagando los intereses de sus deudas.

entidades que no están sujetas a la regulación bancaria, como los fondos de inversión, las compañías de seguros, los fondos de pensiones, etc. Suponen un creciente riesgo para la estabilidad financiera mundial, ya que pueden ser altamente apalancados y no estar sujetos a las mismas regulaciones que los bancos tradicionales. En caso de interés, ver el artículo de Daniela Gabor y Jakob Vestergaard que Merchant menciona más abajo, «Towards a theory of shadow money».

43. ODDNÝ HELGADÓTTIR, «Banking Upside Down: The Implicit Politics of Shadow Banking Expertise», *Review of International Political Economy*, xxiii/6 (diciembre de 2016), pp. 915-40. Véase DANIELA GABOR y JAKOB VESTERGAARD, «Toward a Theory of Shadow Money», *Institute for New Economic Thinking*, Working Paper, abril de 2016.

44. «Banks Lose Out to Capital Markets When It Comes to Credit Provision», *The Economist*, www.economist.com, 25 de julio de 2020.

Esta garantía virtual le permite actuar como aval ampliamente aceptado para que las empresas puedan obtener los préstamos que necesitan para financiar sus actividades y pagar sus deudas. O, dicho de otra manera, los bonos del gobierno se pueden negociar fácilmente por efectivo porque generalmente habrá compradores listos para comprarlos. Por lo tanto, existe un estrecho vínculo entre la deuda estatal y la liquidez, o la opción de convertir fácilmente un título en su equivalente en efectivo sin cambios en el precio. La liquidez es la sangre que circula por las venas del sistema financiero mundial. Sin ella, los mercados no se pueden crear, los precios no se pueden formar y nadie puede vender lo que necesita sin sufrir grandes pérdidas, lo que hace que todo el sistema sufra una especie de infarto: una crisis de liquidez. Para evitar que esto suceda, los Estados se ven obligados a fabricar liquidez mediante la emisión de bonos que se utilizarán como garantía preferente para préstamos y créditos, principalmente a través de un instrumento legal engañosamente simple llamado acuerdo de recompra, o un «repo».⁴⁵ El repo es la forma jurídica que adopta la mayor parte de la

45. Para explicarlo con un poco más de detalle: el repo es un tipo de contrato a corto plazo en el que, a cambio de una comisión, un prestamista proporciona fondos a un prestatario sobre la base de una garantía aceptable, normalmente deuda soberana, que el prestatario se compromete a recomprar más tarde, a menudo al día siguiente, pero a veces hasta varios meses después de la operación inicial. Permite a los inversores institucionales con grandes reservas de efectivo obtener un beneficio prestando a empresas que poseen una gran cantidad de valores, como bancos, corporaciones o fondos de cobertura, pero que necesitan efectivo para alimentar nuevas inversiones. A menudo a través de un intermediario que busca beneficios en la operación, el repo permite intercambiar garantías por efectivo; la empresa que recibe la garantía puede entonces, a su vez, revenderla a plazo para obtener efectivo adicional, alimentando una mayor creación de crédito en todo el sistema financiero.

financiación y, por tanto, de la liquidez, en el mercado monetario mundial. Es fundamentalmente un acuerdo de préstamo a través del cual un prestatario obtiene fondos vendiendo un bono que acuerda recomprar a un precio más alto después de un corto período, a veces de la noche a la mañana. Los bancos centrales utilizan constantemente las operaciones de repo para ajustar la oferta monetaria mediante la venta y compra de bonos en el mercado abierto. Las operaciones de repo permanente financian más de 12 billones de dólares, el 75% de los cuales se basa en garantías gubernamentales, lo que desempeña un papel fundamental en la creación del mercado global para el Tesoro de EE. UU.⁴⁶ La deuda estatal, la banca en la sombra y los contratos de repo conforman la oscura arquitectura del dinero mundial contemporáneo.

La banca en la sombra es el núcleo volátil del sistema financiero mundial, y la relación entre la deuda estatal y los repos está en el centro de la misma. Como observa Daniela Gabor, «la deuda soberana se ha convertido en la piedra angular de los sistemas financieros modernos, utilizada como referencia para fijar el precio de los activos, para cubrir posiciones en los mercados de renta fija y como garantía para la creación de crédito a través de la banca en la sombra».⁴⁷ La deuda pública es necesaria como garantía de repo en dos tercios de los mercados de deuda de Estados Unidos y Europa, que son

46. COMMITTEE ON THE GLOBAL FINANCIAL SYSTEM, «Repo Market Functioning», *Bank for International Settlements*, www.bis.org, abril de 2017.

47. DANIELA GABOR, «The (Impossible) Repo Trinity: The Political Economy of Repo Markets», *Review of International Political Economy*, xxiii/6 (diciembre de 2016), pp. 967-1000. Véase DANIELA GABOR y CORNEL BAN, «Banking on Bonds: The New Links Between States and Markets», *Journal of Common Market Studies*, liv/3 (mayo de 2016), pp. 1-19.

los más grandes del mundo. En consecuencia, «el Estado se ha convertido en una fábrica de garantías para la banca en la sombra y para las actividades de los grandes bancos en la sombra».⁴⁸ Para que monedas como el dólar o el euro sirvan como dinero de reserva para la economía mundial, para que funcionen como medio universal de intercambio y pago, como unidad de cuenta dominante, una medida y reserva de valor, en resumen, para que sirva como dinero mundial, los gobiernos deben poner sus políticas fiscales y monetarias al servicio de los mercados monetarios internacionales, cuyas actividades no pueden supervisar, y mucho menos controlar. Como fábricas de garantías, no tienen más remedio que seguir bombeando la deuda que mantiene todo el sistema en funcionamiento, incluso cuando sus indicadores generales de crecimiento disminuyen constantemente, año tras año.

CENTRALIZANDO LA DESINTEGRACIÓN

Desde el punto de inflexión de 2008, la Reserva Federal se ha convertido en una especie de «prestamista de última instancia» para la economía mundial, multiplicando su balance por nueve entre 2007 y 2020 a través de la compra de activos. La nueva expansión del balance general de la Fed en 2020 alimentó un atracón de préstamos corporativos que llevó a que un 20% de las 3.000 empresas estadounidenses más grandes ya no ganaran lo suficiente para pagar sus gastos de intereses, mutando en «empresas zombis», bajo la tutela de facto del Estado.⁴⁹ Sin embargo, 2020 solo consolidó una tendencia ya existente, que estuvo bien vigente durante

48. *Ibid.*, p. 3.

49. LEE y CONTILIANO, «America's Zombie Companies».

décadas antes de la pandemia de COVID-19: la zombificación corporativa ha ido en aumento desde finales de la década de 1980.⁵⁰

Los bancos centrales de los países del G10 han seguido un patrón similar, con estímulos monetarios de alrededor de 15 mil millones de dólares.⁵¹ Esto representó casi una quinta parte de toda la economía mundial en 2019.⁵² Los balances de la Reserva Federal y del Banco Central Europeo suman entre el 45 y el 50% del PIB anual de Estados Unidos y de la Eurozona, respectivamente. La expansión de las cuentas de los bancos centrales a través de estímulos y compras de activos se complementa con la expansión de la deuda estatal, como analizamos anteriormente. La deuda estatal, especialmente la deuda estadounidense, ha aumentado constantemente desde principios de la década de 1980, pero desde 2008 ha aumentado exponencialmente. Con 27 billones de dólares, la deuda federal estadounidense se sitúa en casi el 130% del PIB; en la Eurozona, la deuda soberana total es el 95% del PIB de la UE.⁵³

La avalancha de deuda estadounidense y europea marca una tendencia mundial. La deuda estatal de Japón se sitúa actualmente en el 230% del PIB, mientras que la deuda interna (no extranjera) de China supera el 300% del PIB.⁵⁴

50. RYAN NILADRI BANERJEE y BORIS HOFMANN, «The Rise of Zombie Firms: Causes and Consequences», *bis Quarterly Review*, www.bis.org, 23 de septiembre de 2018.

51. TOMMY WILKES y RITVIK CARVALHO, «\$15 Trillion and Counting: Global Stimulus So Far», *Reuters*, www.reuters.com, 11 de mayo, 2020
52. *Ibid.*

53. EUROSTAT, «Government Debt Down to 95.6 Percent of GDP in Euro Area», *Euroindicators*, www.commission.europa.eu, 22 de abril de 2022.

54. AMANDA LEE, «China Debt: How Big Is It and Who Owns It?», *South China Morning Post*, www.scmp.com, 19 de mayo de 2020.

Teniendo en cuenta los 37 países de la OCDE, a finales de 2019 la deuda soberana se había expandido al 72% del PIB total, alimentando una enorme acumulación de deuda corporativa no financiera, el corazón de la llamada economía real de producción e inversión, que alcanzó un récord de 13,5 billones de dólares en el mismo año.⁵⁵ En general, a nivel mundial la relación deuda/PIB ya superaba el 300% antes del inicio de la pandemia de coronavirus en el primer trimestre de 2020.⁵⁶

Aun así, lo más sorprendente no son los niveles absolutos de deuda en sí, sino el esclerótico sistema de producción sobre el que se asienta esta montaña de deuda. El 2019 prepandemia fue globalmente uno de los años más sombríos en cuanto al crecimiento de la productividad que se recuerdan en los últimos tiempos, frustrando una vez más las esperanzas de que, finalmente, la economía mundial se recuperaría del nadir de la Gran Recesión.⁵⁷ Las ganancias de las empresas habían vuelto a los niveles de la recesión, con una tendencia decreciente hasta el punto más bajo de la década anterior.⁵⁸

55. S. ÇELİK, G. DEMİRTAŞ y M. ISAKSSON, «Corporate Bond Market Trends, Emerging Risks and Monetary Policy», *OECD Capital Market Series*, 2020.

56. ANDREA SHALAL, «Global Debt Hits Record High of 331% of GDP in First Quarter: IIF», *Reuters*, www.reuters.com, 16 de julio de 2020.

57. Durante unos treinta años, el mundo ha estado esperando una «revolución digital» en la productividad y los resultados económicos que aún no se ha materializado. A estas alturas, probablemente se puede decir con seguridad que nunca lo hará. Véase CHRIS GILES, «Digitisation Failing to Lift Global Productivity, Study Shows», *Financial Times*, www.ft.com, 14 de abril de 2019.

58. PATTI DOMM, «Falling Profit Margins Raise Some Alarm: “It Can Be a Precursor to Layoffs and a Recession”», *CNBC*, www.cnbc.com, 21 de octubre de 2019.

La inversión, cuando crea empleos, proporciona principalmente trabajo de baja remuneración y baja productividad que, en el área de la OCDE, constituye la gran mayoría de los nuevos trabajos que se han creado desde 2008. El nivel anémico y la calidad inferior de la inversión subyacen a la bien documentada tendencia a la caída de los salarios de los trabajadores, cuya proporción de la renta ha seguido disminuyendo en los últimos quince años.⁵⁹ La gran mayoría de esa renta se convirtió en ganancias de capital —básicamente rentas— para los propietarios de activos financieros, favorecida por una subida vertiginosa de los precios de los activos avivada por el estímulo ilimitado de los bancos centrales. Esta triada de crecimiento decreciente, aumento de la desigualdad y explosión de la deuda estatal es internacional y afecta prácticamente a todos los países que producen para el mercado mundial.⁶⁰ Pero debajo de los indicadores, su fuente común es el estancamiento de la productividad sistémica, que aparece en un flujo constante de gráficos y tablas como un electroencefalograma que muestra simultáneamente el desvanecimiento de los signos vitales de un orden social terminal y la disminución de las capacidades mentales de los gobernantes responsables del mismo.

Durante la pandemia de COVID-19 hubo un breve repunte en el crecimiento de la productividad laboral que fue motivo de cierto entusiasmo entre los comentaristas económicos. El «bum de productividad» podría estar a la vuelta de la esquina, decía entusiasmado el *Washington Post*, citando a economistas que esperaban con cierto optimismo que la pandemia desencadenara innovaciones en inteligencia artificial y robótica que impulsarían la productividad en los años

59. «Low Productivity Jobs Continue to Drive Employment Growth», *OECD Newsroom*, www.oecd.org, 24 de abril de 2019.

60. CHRIS GILES, «Global Economy Enters Period of “Synchronised Stagnation”», *Financial Times*, www.ft.com, 13 de octubre de 2019.

venideros.⁶¹ Parecía, finalmente, como si el malestar de la disminución de la productividad finalmente se hubiera disipado, permitiendo que la economía recuperase unas tasas de crecimiento sólidas que podrían impulsar la prosperidad generalizada. Por desgracia, el repunte tuvo un origen más banal. Fue solo un espejismo creado por el impacto de la pandemia en el mercado laboral: el total de horas trabajadas disminuyó mucho más rápidamente que el PIB total, ya que millones de personas se quedaron sin trabajo por la pandemia mientras que la economía se vio favorecida por el estímulo temporal del gobierno, un menor número de trabajadores con un PIB similar hizo que pareciera, en las estadísticas, que la productividad laboral estaba mejorando. Pero lejos de iniciar un boom de productividad, la economía se revirtió rápidamente a la tendencia. De acuerdo con la *Conference Board* [Consejo de la Conferencia], una organización internacional que hace un seguimiento de las tendencias mundiales de la productividad, la productividad laboral mundial ha tocado fondo y se espera que siga siendo básicamente inexistente en el futuro previsible.⁶² Estas tendencias

61. HEATHER LONG, «The U.S. Could Be on the Verge of a Productivity Boom, a Game-Changer for the Economy», *Washington Post*, www.washingtonpost.com, 18 de agosto de 2021.

62. THE CONFERENCE BOARD, «Stagnant Productivity Growth Returns to the Post-Pandemic Economy: Labor Productivity Set to Flatline for the Second Straight Year in 2022, Dashing Hopes of Resurgence», *Press Release*, www.conference-board.org, 29 de abril de 2022. **NdE:** El fenómeno que describe Merchant en EE. UU. —menos trabajadores, mismo o ligeramente menor PIB salvado por el gasto del gobierno— también es aplicable a la Unión Europea, aunque algo más tarde, tras la aprobación de los fondos *NextGen* el 21 de junio de 2020. Si se observan los datos para Estados como España o Alemania, se puede observar que la caída del consumo de los hogares, el ahorro o la inversión se ve compensada por el gasto del gobierno, «enmascarando» la situación macroeconómica real bajo la medida agregada

llevan a la organización a concluir que el crecimiento mundial general no solo volverá a los niveles previos a la pandemia, que ya eran lamentables, sino que «probablemente se situará por debajo de la tendencia prepandémica».⁶³ Todo esto indica que la búsqueda de una mayor productividad a través de la inversión de capital, el motor del crecimiento capitalista, se ha estancado y no muestra signos de volver.

El crecimiento de la productividad mundial parece haber terminado en el futuro previsible. Es probable que el resultado sea una especie de estado de estancamiento en el que los gobiernos nacionales deben tomar medidas cada vez más extremas para compensar la parálisis del capitalismo privado. A medida que el crecimiento se ralentiza, la inestabilidad del sistema se agrava, lo que sigue detonando crisis que los gobiernos —especialmente el que tiene la divisa más fuerte, Estados Unidos— deben seguir tratando de estabilizar como puedan a través de políticas monetarias. Es aquí donde se encuentra la contradicción entre el papel de custodio general del capital y el de supervisor del interés general de sus ciudadanos se hace ineludible. Por ejemplo, la cruzada de la Reserva Federal para reducir la inflación corre el riesgo de una recesión severa que socavaría los propios esfuerzos del gobierno para revivir la economía estadounidense a través de una nueva política industrial. Sin embargo, se debe permitir que el banco central actúe de manera independiente, sin importar el daño que le inflija a la sociedad estadounidense y al mundo, porque debe seguir siendo un administrador

del PIB. De hecho, las series del Banco de España muestran que el consumo privado medio no se ha recuperado a niveles de 2019; véase CARMEN MARTÍNEZ-CARRASCAL, «2025/T1 Artículo 01. Algunos factores explicativos de la debilidad del consumo de los hogares después de la pandemia».

63. THE CONFERENCE BOARD, «Global Economic Outlook», www.conference-board.org, febrero de 2023.

responsable del sistema monetario a los ojos de los inversores en dólares del mundo. Una incoherencia política de este tipo es el resultado del hecho de que el «soberano monetario» no controla completamente su propia moneda como dinero mundial, sino que permanece subordinado a ella, condenado a servir a su propia creación.

A nivel mundial, la fusión cada vez más estrecha entre las instituciones estatales y los mercados financieros privados, así como la fisión política de la reacción nacionalista que alimenta, es el núcleo de un proceso de desintegración centralizadora. Cuanto más se convierte el dinero en un instrumento gubernamental centralizado de gestión de crisis globales, más va acompañado de un retorno paralelo de la política fragmentadora del espacio y el tiempo: la nostalgia por un pasado perdido y mejor, la fantasía básica que alimenta toda forma de nacionalismo comunitario. Es una fantasía porque no tiene esperanza: las políticas nacionales no pueden abordar los orígenes transnacionales del colapso del sistema. Pero las restricciones cada vez más estrictas impuestas por la necesidad de mantener con respiración asistida a un sistema moribundo alimentan una sensación abrumadora de impotencia que sostiene el auge de visiones de liberación nacional. En Estados Unidos los etnonacionalistas sueñan con un *Reich* blanco, los nacionalistas cristianos con la purificación milenarista de una nación sumida en el pecado, los adictos a Internet esperan que una figura cesarista —Trump ha sido la más reciente— derroque a un gobierno corrupto y arrebate la soberanía estadounidense a una camarilla de conspiradores globalistas reptilianos y los obsesionados con una nueva Guerra Fría ven la renovación de un gran conflicto ideológico y estratégico con China como última esperanza para revivir a una superpotencia que se desvanece. Estos son los sueños febriles de una época ansiosa que se enfrenta a un futuro terriblemente incierto, el producto de décadas

de suposiciones complacientes sobre la supremacía global de Estados Unidos que se evaporan ante nuestros ojos. Sin embargo, su declive no es el resultado de que ninguna potencia extranjera, sobrenatural o no, lo mine desde el exterior. Es el resultado del colapso epocal del orden liberal global hecho a imagen y semejanza de Estados Unidos, al que está encadenado su destino. Lejos de salvar ese orden, el gobierno estadounidense se ve obligado a tomar medidas económicas, particularmente en lo que respecta a las finanzas, que solo aceleran su demolición.

5. El colapso¹

Una deidad metálica corona un monolito de piedra que se alza hasta rozar las nubes: Ceres, la diosa romana de la cosecha y la fertilidad, resplandece desde la cumbre del templo. Su piel de aluminio contrasta con el revestimiento de piedra caliza del edificio, aunque sus líneas verticales hacen eco de la elevación hacia el cielo. En la antigüedad, ella custodiaba un pasaje inferior entre los vivos y los muertos, el *mundus cerialis*, donde sus devotos ofrecían granos como tributo. Hoy, brillando en la cima de la Junta de Comercio de Chicago, se alza recta, impasible y austera, un ídolo indiscutiblemente moderno. Simbolizando el comercio de granos, piedra angular en la historia comercial de Chicago, también podría ser una patrona de la alquimia: el mercado original de derivados surgió aquí con la fundación de la bolsa de futuros de la Junta en 1848, posibilitado por los flujos diluviales de trigo —fruto del trabajo de los agricultores del Medio Oeste— que fluían sin cesar hacia la ciudad. A finales del siglo XX, la Junta protegía las innovaciones en productos financieros derivados que eventualmente conquistarían el mundo.

Hoy, Ceres vigila un pasaje alterado a los reinos inferiores. Los pozos de negociación de la Junta, antaño llenos de voces humanas, guardan ahora un silencio interrumpido solo por el zumbido de los ordenadores, un extraño y moderno *mundus cerialis* bajo una ciudad de finanzas. La diosa custodia ahora una puerta a la vida posterior, donde el tímido pulso

1. NdE: Este es el capítulo que da nombre al libro, «Endgame». Hemos preferido traducirlo así en lugar de usar otras opciones más literales como «Final de la partida» o «Fin del juego», con el fin de mantener el mismo formato de una sola palabra y preservar la efectividad del título original. Creemos que el recorrido del libro hasta llegar a este capítulo justifica a posteriori la contundencia de «colapso».

del crecimiento de la economía capitalista se manifiesta en los números que destellan en las pantallas de las plataformas de intercambio de valores automatizadas.

LA BÚSQUEDA DE ORDEN

Vivimos en un interregno entre un régimen moribundo y un sucesor aún desconocido. La Gran Crisis Financiera de 2008 destruyó la credibilidad del modelo neoliberal de gestión financiera, haciendo añicos las ilusiones de toda una generación de tecnócratas. Durante décadas, los responsables económicos de Estados Unidos habían asumido que un enfoque de política de no intervención permitiría que los mercados funcionaran correctamente. Si se mantenían al margen de la interferencia gubernamental, los bancos e instituciones financieras asignarían de manera eficiente recursos a lo largo de la economía, garantizando la prosperidad para todos. Los bancos centrales independientes se encargarían de mantener la estabilidad de los precios mediante ajustes precisos en las tasas de interés. Subirlas reduciría el endeudamiento y ralentizaría la economía; reducirlas incentivaría la inversión al estimular al crédito. La política monetaria bastaría para garantizar que las economías permanezcan en equilibrio: ni una disminución suficiente del empleo como para generar inestabilidad social, ni una expansión tan rápida como para disparar la inflación. En este ballet finamente orquestado, las distorsiones de mercado serían mínimas o inexistentes, dado que los precios reflejarían toda la información disponible. Todo lo que se requería era una mano firme con un toque ligero. Los banqueros centrales ilustrados, memorablemente personificados en la figura de Alan Greenspan, el discípulo de Ayn Rand. Las tranquilizadoras fábulas de Greenspan sobre la eficiencia del mercado le valieron el apodo de «El Maestro» en Wall Street.

El gran colapso de 2008 y sus prolongadas secuelas acabaron con esta confortable noción de *laissez-faire*. Desde entonces, más de una década de nuevas regulaciones financieras y de políticas monetarias experimentales no ha disipado el malestar de estancamiento en la economía estadounidense. Si bien estas medidas han ayudado a impulsar las ganancias corporativas hasta niveles récord —alimentando una bonanza continua de recompras de acciones, despidos, dividendos y operaciones especulativas en los mercados financieros—, no consiguieron revitalizar la economía productiva.²

Como se señaló en el capítulo anterior, las empresas estadounidenses también se benefician de su posición en la cima de una red global de cadenas de valor, de las que extraen la mayor parte de las ganancias producidas. A esto se suma que en el plano doméstico disfrutan de un ambiente empresarial favorable gracias a un asalto de cuarenta años a los niveles de vida de sus propios trabajadores, ejecutado con presteza por el gobierno estadounidense. Pero nada de esto ha sido suficiente para estimular un crecimiento económico amplio, o reactivar las tasas de inversión empresarial de las cuales el crecimiento a largo plazo depende.³ Una mirada más atenta a los datos de ganancias da una pista sobre las causas: como ha demostrado una investigación reciente, un tercio de todo el crecimiento de los beneficios entre las empresas del S&P 500 desde 2004 proviene de la reducción de los impuestos corporativos —esencialmente, una redistribución regresiva de los ingresos de los trabajadores hacia los propietarios de negocios— y los bajos tipos de interés, que facilitan el

2. JEREMY C. OWENS, «Corporate Profits Are Hitting Record Highs, But Earnings Expectations May Still Be Too Low», *MarketWatch*, www.marketwatch.com, julio de 2021.

3. GERMÁN GUTIÉRREZ y THOMAS PHILIPPON, «Investment-Less Growth: An Empirical Investigation», *Brookings Papers on Economic Activity*, 2017, p. 6.

endeudamiento y la inversión en los mercados financieros.⁴ Las firmas estadounidenses dependen claramente del apoyo estatal para sostener su rentabilidad, pero esto no conduce a una mayor inversión productiva.

Esta tendencia, lejos de limitarse a Estados Unidos, se da a nivel mundial. Ya antes de la pandemia de COVID-19, la economía mundial se encaminaba hacia una recesión, liderada por un estancamiento del crecimiento del PIB en los países de ingresos altos desde 2010.⁵ Cuando la pandemia llegó, se desató un frenesí de gasto gubernamental de emergencia en países donde, como en los miembros del G7, dicho gasto ya representaba entre el 38 y el 50 % del PIB.⁶ En Estados Unidos, el gasto público como proporción del PIB ha aumentado de manera constante desde mediados del siglo XX, y representa el 42% a principios de 2023.⁷ Sin embargo, la recuperación nunca llega, pese a que las autoridades nos aseguran constantemente que está a la vuelta de la esquina. Un cierto estado de ánimo de perestroika parece haberse asentado entre las élites económicas e intelectuales estadounidenses: los economistas, los responsables políticos y sus medios de comunicación buscan reformas capaces de reactivar el crecimiento y restablecer la base del sistema.

El prolongado estancamiento económico ha generado un coro creciente de voces que reclaman respuestas fiscales más enérgicas por parte del Estado. Estas vienen de lugares

4. MICHAEL SMOLYANSKY, «The Coming Long-Run Slowdown in Corporate Profit Growth and Stock Returns», *FEDS Notes*, www.federalreserve.gov, 22 de septiembre de 2022.

5. «GDP Growth (Annual Percent) — High Income», www.data.worldbank.org.

6. «General Government Spending, Total, Percent of GDP», *OECD Statistics*, www.data.oecd.org.

7. «Government Expenditure, Percent of GDP», *IMF*, www.imf.org.

insospechados. Desde 2013, incluso el Fondo Monetario Internacional, durante mucho tiempo paladín de las políticas neoliberales, ha abogado por una política fiscal más decidida. El exsecretario del Tesoro y economista clintoniano Lawrence Summers, así como su colega de Harvard, Jason Furman, han afirmado inequívocamente que «una política fiscal activa es esencial para maximizar el empleo y mantener la estabilidad financiera».⁸ Cuando figuras como ellos invocan la noción de «política fiscal», generalmente quieren decir invertir en infraestructura, educación, y, quizás, impulsar la demanda a través de impuestos moderadamente progresivos. Esta postura es compartida por el Consejo de Asesores Económicos de la Administración Biden, menos preocupado por las limitaciones de presupuesto que los adivinos economistas tradicionalmente reclutados por los presidentes demócratas.⁹

Más a la izquierda, se han formulado propuestas más ambiciosas. En *Mission Economy*, Mariana Mazzucato reclama el retorno a la política industrial, basada en «inversiones públicas de largo plazo orientadas hacia una visión económica» que permita restablecer un crecimiento amplio y equitativo. Esto pondría fin a la capacidad del sector financiero de

8. JASON FURMAN AND Y LAWRENCE H. SUMMERS, «A Reconsideration of Fiscal Policy in the Era of Low Interest Rates», www.brookings.edu, 30 de noviembre de 2020, p. 9. Alguien con un título profesional como el de Furman —Catedrático Aetna de Práctica de Política económica— parece, sin duda, una guía imparcial para entender la economía. **NdE:** La gracia es suponer que una persona que ocupa una cátedra financiada por una compañía de seguros como Aetna (es decir, que está atada de pies y manos) pueda ser un experto neutral e imparcial.

9. BRYCE COVERT, «The Progressive Trio Shaping Biden's Ambitious Economic Policy», *New Republic*, www.newrepublic.com, 4 de mayo de 2021.

imponer sus exigencias de rendimientos especulativos a corto plazo al conjunto de la sociedad. Se trataría, en cambio, de que «las finanzas sirvan a la economía, en lugar de que la economía sirva a las finanzas».¹⁰ Los gobiernos progresistas dejarían de asumir la eficiencia incuestionable de los mercados sin restricciones y pasarían a moldearlos activamente para objetivos sociales progresistas. Un sector público proactivo daría una nueva vida al capitalismo competitivo.

Aunque difieren en los detalles, todos estos remedios para el momento actual retoman el clásico manual keynesiano: en ausencia de un sector privado dispuesto a hacer el trabajo, los gobiernos deben intervenir decididamente para dirigir activamente el crecimiento económico en la economía real de la inversión, la productividad y el empleo. Si la era neoliberal se definió por la supremacía de las finanzas sobre la sociedad, su sucesora se definirá por la reintegración de los mercados financieros en la sociedad, poniéndolos al servicio del bien común. «Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en el subproducto de un casino», como advirtió J. M. Keynes, «es probable que algo se haya hecho mal».¹¹

10. MARIANA MAZZUCATO, *Mission Economy: A Moonshot Guide to Changing Capitalism* (Nueva York, 2021), cap. 6. **NdE:** Mazzucato es la inspiración principal detrás de la política económica de Keir Starmer, el primer ministro laborista británico, que en menos de un año ha llevado a cabo recortes de gasto público dignos de un conservador. Curiosamente, Mazzucato ha sido objeto de críticas recientemente debido a que uno de sus artículos más importantes sobre los efectos positivos del gasto público a través de «supermultiplicadores» tiene graves errores metodológicos; ver BOYSEN-HOGREFE, J., «Is the supermultiplier currently nil? — A replication study of Deleidi and Mazzucato (2021)», *Research Policy*, 54(3), 105176 (2025).

11. J. M. KEYNES, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (Boston, MA, 1964), p. 159.

Esa, al menos, es la idea. La narrativa neokeynesiana parte de la constatación de que la economía estadounidense, en su propio detrimento, se ha financiarizado. Como lo describe la socióloga Greta Krippner, autora de un libro fundamental sobre el tema, la «financiarización» es «la tendencia creciente de obtener beneficios en la economía a través de canales financieros en lugar de actividades productivas».¹² Esta deriva ha propiciado la espantosa redistribución ascendente de la riqueza, elevando a la élite financiera a su posición en la cima del orden económico. Por lo tanto, según esta visión, los gobiernos nacionales tienen la responsabilidad de aprender de los fracasos del neoliberalismo y desfinanciarizar la economía en nombre del interés público. Los keynesianos suelen proyectar su política en conceptos como «el interés general» o «el bien común». En este marco, la premisa implícita es la posibilidad de una nueva colaboración nacional entre trabajadores y capitalistas, induciendo niveles más altos de inversión privada a través del poder del Estado que aumentarán la productividad y los beneficios y generarán trabajos bien remunerados. Asumiendo que el gobierno de los EE. UU. podría revivir los patrones pasados de compromiso de clase para dar a luz a una nueva socialdemocracia, el nacionalismo fiscal idealiza con la resurrección de una forma de vida ya extinguida para enfrentar un presente radicalmente diferente.

Pero conjurar los fantasmas del pasado no ayuda a comprender el presente, ni mucho menos a transformarlo. Lo que los keynesianos imaginan como el «interés público» tiene poco que ver con las actuales prácticas de los actores estatales. Hoy, la financiarización no se percibe como un problema, o como un crecimiento parasitario que deba eliminarse, sino como el paradigma consolidado de gobernanza: la infraestructura

12. GRETA KRIPPNER, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance* (Cambridge, 2011), p. 4.

operativa de conceptos esencial para el crecimiento en las condiciones actuales. Bajo las presiones de un panorama mundial en la que los procesos de producción se concentran cada vez más, la fuerza laboral casi ha dejado de crecer, la riqueza se está centralizando en manos de una élite global de propietarios de activos, las oportunidades para inversiones rentables se están agotando, y las principales potencias capitalistas se han visto obligados a involucrarse cada vez más profundamente en el funcionamiento del sistema financiero.¹³

Cuanto más estrecha es la fusión entre las finanzas y el gobierno, más irrelevantes se vuelven los mercados privados como mecanismo de asignación de recursos, ya que estos son reemplazados gradualmente por las operaciones financieras del gobierno. El resultado es un doble movimiento creciente en el que las finanzas se gubernamentalizan y el gobierno se financiariza, dando lugar a un régimen de criptoplanificación que ni siquiera se reconoce como tal. En una inversión irónica del destino de la Unión Soviética, la sociedad estadounidense se desmorona no por el fracaso de las reformas liberales para revivir una economía planificada moribunda, sino al liquidar silenciosamente las instituciones liberales sobre las que descansa su legitimidad ideológica y vitalidad económica, las mismas sobre las que se apoyaba el capitalismo.

13. «El crecimiento medio anual de la población mundial en edad de trabajar ha caído del 1,9% en el período 1990-1995 al 1,3% en el período 2013-2018. Se prevé que disminuya aún más hasta alcanzar el 1,1% en 2030. Esta ralentización se refleja en el decrecimiento de la población activa, cuya tasa ha pasado del 1,8% en 1992 a menos del 1% en 2018 y en los años posteriores [...]. Del mismo modo, el crecimiento del empleo también ha disminuido durante ese mismo período, pasando de una media del 1,5% en la década de 1990 a menos del 1% en 2018». 2019 WORLD SOCIAL AND EMPLOYMENT OUTLOOK, *International Labour Organization*, p. 7.

LA ANATOMÍA DE LAS FINANZAS

La crítica a la financiarización se abstrae de la producción para centrarse en la distribución. Es decir, se abstrae de un conflicto en constante transformación en torno a la organización y el control del tiempo, de los esfuerzos mediante los cuales las empresas imponen a sus empleados más trabajo por menos y de las múltiples formas en que los trabajadores resisten, incluidos los intentos de controlar las técnicas y formas del propio proceso laboral. La lucha cotidiana, inherente a la reproducción de la sociedad a través de las relaciones capitalistas de producción, posee su propia dinámica cambiante y un vaivén de batallas que refleja el equilibrio de fuerzas de clase no solo a nivel nacional, sino a nivel global. La teoría de la financiarización, y la política socialdemócrata que anima, redefine todo esto como una función técnica de la economía: producir y comercializar mercancías, como se presenta en la definición convencional de Krippner. Krippner comparte este supuesto con el pensamiento financiero, que de manera similar hace abstracción de la producción y analiza los datos económicos como flujos monetarios.

El valor es el componente básico de las finanzas. ¿Qué es un valor?¹⁴ Simplemente, es cualquier reclamo negociable sobre un flujo futuro de ingresos. Aunque esto pueda sonar familiar para nuestros oídos modernos, algunos de sus elementos tienen raíces antiguas. Los contratos de deuda existen desde hace miles de años, al igual que los préstamos a interés

14. NdT: En el original, Merchant habla de «*securities*», que en inglés hace referencia a instrumentos financieros como títulos, derivados financieros, etc. Aunque podría haberse traducido como «títulos», en este caso se ha optado por «valor» para mantener la coherencia en la traducción, a pesar de que puede generar cierta confusión con el significado de valor en el sentido marxista.

compuesto. Podría decirse que los arreglos comerciales de la antigüedad, en particular los contratistas estatales privados, o *publicani* en la antigua Roma, se asemejan a las sociedades de capital o a las empresas de responsabilidad limitada. Durante la Edad Media, los instrumentos de crédito simples como la letra de cambio eran de uso común. Esto permitió a los comerciantes y banqueros, tanto en el mundo cristiano como en el islámico, recibir crédito a cambio de la futura entrega de bienes o pago, dando lugar a redes de comercio regionales prósperas basadas en el crédito ya en el siglo XII, si no antes.¹⁵

Un par de siglos más tarde, las ciudades-Estado italianas del Renacimiento desempeñaron un papel descomunal en la evolución de las finanzas. La contabilidad por partida doble, originada en Florencia, permitió la continuación del negocio como un concepto impersonal y abstracto, al equilibrar los activos totales con la suma de los pasivos más el capital de los propietarios: en términos sencillos, un negocio vale lo que financia mediante deuda y acciones.¹⁶ Acciones y bonos en su sentido moderno como derechos negociables, los créditos que devengan intereses de propiedad sobre el capital y la deuda, nacieron en los bancos públicos de las repúblicas veneciana y genovesa. Obligaban a sus ciudadanos a prestar dinero al Estado para financiar guerras y la expansión comercial; más tarde, los ciudadanos fundaron bancos con acciones basadas en lo que el gobierno les debía, que a su

15. FERNAND BRAUDEL, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, vol. ii: *The Wheels of Commerce*, trad. Siân Reynolds (Los Angeles, CA, 1992), p. 392.

16. En otras palabras, el valor de las acciones de una empresa equivale a su activo total menos su pasivo. **NdE:** Al hablar de «contabilidad por partida doble» el autor se refiere al sistema contable moderno, basado en la ecuación contable fundamental: Activo = Pasivo + Patrimonio.

vez circulaba como dinero. La primera sociedad anónima reconocida, una asociación de capital social negociable legalmente identificada con la empresa misma, fue la Compañía inglesa de Moscovia, constituida en 1553. Sus raíces, una vez más, se remontan a varios siglos antes de los experimentos monetarios y legales de los genoveses.¹⁷

Como una red de afluentes que desembocan en un solo gran río, las fuentes de las finanzas modernas están ampliamente esparcidas por todo el terreno de la historia económica, política y legal. Pero el valor financiero —como forma general de riqueza en la que toda propiedad aparece como un activo generador de ingresos, derechos abstractos y negociables sobre pagos futuros en lugar de actividades particulares conectadas con tiempos, lugares y personalidades específicas— solo surge con las transformaciones sociales del capital industrial en el siglo XIX. Las cuantiosas inversiones y los largos tiempos de rotación necesarios para la inversión industrial a gran escala provocaron una expansión masiva de las finanzas bancarias, cuya fusión progresiva con la industria redefinió la riqueza en términos financieros como propiedad de activos y pasivos. Esta expansión de la industria también impulsó una nueva y explosiva dinámica social: la incorporación de millones de asalariados desposeídos a la producción mecanizada masiva a una escala sin precedentes.

Empujados al proceso bajo amenaza de morir de hambre o de ser encarcelados, estos ejércitos de desposeídos convirtieron la capacidad de trabajo en una fuerza política desde el principio. Politizaron el tiempo mismo en la lucha por la jornada de ocho horas, la semana laboral de cinco días, el

17. Véase FERNAND BRAUDEL, *Civilization and Capitalism*, y FRANKLIN A. GEVURTZ, «The Historical and Political Origins of the Corporate Board of Directors», *Hofstra Law Review*, xxxiii/1 (enero de 2004), p. 116.

ritmo más lento del trabajo, y en general, por la cuestión de quién controla el tiempo y el espacio de la vida laboral. La cuestión es clave porque, como se explicó en el capítulo tres, las ganancias capitalistas provienen del trabajo no remunerado, o plusvalor, la parte de la jornada laboral en que el trabajador trabaja para el capitalista gratuitamente. Este conflicto temporal social, donde las clases se hacen, se deshacen y se rehacen constantemente, se derrumba en la relación salarial, en la que el trabajador parece simplemente recibir un pago por su trabajo del mismo modo que cualquier otro propietario de mercancías recibe un pago por su mercancía. La lucha por el control del tiempo se convierte en la ilusión de un simple pago por un servicio.¹⁸

Desde la perspectiva del inversor capitalista, el trabajo es solo un factor más en el proceso de producción, parte de un circuito en el que el dinero se convierte en mercancías, que luego se venden por más dinero. Es el circuito del capital, descrito por Marx como D-M-D'. El capitalista de dinero es una figura particular que proporciona dinero para que otros lo utilicen en la producción. Por esta cifra, el dinero produce más dinero en forma de intereses: D-D'. El capital que deviene intereses, o la renta financiera, es, por lo tanto, una deducción de la ganancia de las inversiones productivas. Pero para el capitalista de dinero, lo único que importa es el flujo de pagos de intereses que recibirá a lo largo del tiempo. En

18. «Por lo demás, ocurre con la forma de manifestación «valor y precio del trabajo» o «salario» —a diferencia de la relación *esencial* que se expresa, esto es, del valor y el precio de la fuerza de trabajo— lo mismo que con todas las formas de manifestación y su trasfondo oculto: las primeras se reproducen de manera inmediata y espontánea, como *formas* comunes y corrientes del pensar; la segunda debe primero ser *descubierta* por la ciencia». MARX, *El Capital: Crítica de la Economía Política*, vol. I, traducción y edición de Pedro Scaron (Siglo XXI, 2002), p. 660.

este circuito más abstracto de D-D', el proceso de producción desaparece por completo, sin dejar huella en la mente del financiero, quien, aparentemente desligado de toda actividad material, simplemente adelanta dinero para recibir más en algún momento en el futuro. El paso del tiempo en sí mismo parece ser ahora la fuente de la rentabilidad. Esta abstracción fundamenta el valor temporal del dinero, principio fundamental de las finanzas: dado que se puede invertir para obtener ganancia, dado que los intereses se acumulan a medida que pasa el tiempo, una cantidad en mano ahora siempre vale más que la misma cantidad mañana.¹⁹ El tiempo es entendido no como una construcción social e histórica de los seres humanos, sino como una función automática del dinero. El valor temporal del dinero —una abstracción extrema que oculta su fundamento en el circuito del capital y, más profundamente, en la forma salario— es el fetiche en el centro del valor financiero moderno.

Las acciones y los bonos son las formas elementales de los valores financieros sobre los que se construye un caleidoscopio de tipos secundarios: futuros, *forwards*, *SWAPS*, garantías, opciones, *swaptions*, CDOs (Obligaciones de Deuda Garantizadas), *CDSS* (*Credit Default SWAPS*): puede diseñarse un derivado financiero para cualquier circunstancia. No obstante, todos los derivados, por exóticos que sean, se basan en algún activo valorizado: una fuente subyacente de ingresos convertida en un reclamo legal negociable sobre flujos de pagos futuros. Dado que para los inversores un euro hoy vale más que un euro mañana, el valor de los pagos futuros debe ajustarse, o descontarse, para reflejar su valor en el presente. En efecto, los valores financieros anticipan el futuro desde el

19. Como forma de medir el coste de las oportunidades perdidas, el valor temporal del dinero es básicamente una aplicación del concepto económico de coste de oportunidad.

presente, dotan a las expectativas venidas de realidad actual. Esta es la lógica de la capitalización, característica estructural de los valores como tipo de propiedad.

Pensemos en una empresa que lanza una oferta pública de venta (OPV) de acciones. Sus propietarios originales han invertido en edificios, equipos, software, materiales, salarios, etc., pero el precio de las acciones podría no guardar relación directa con esta inversión inicial. Este precio se establecerá según las expectativas de ganancias de la empresa, la demanda esperada de sus acciones, su nivel de deuda, los tipos de interés, etc. Si las perspectivas son buenas y las tasas de interés son bajas, el valor de sus acciones puede superar ampliamente la suma original de capital, ahora transformada en capital accionario. Un ejemplo simplificado: si el tipo de interés es 5% y una acción paga un dividendo de 10€, el precio de la acción es de 200€, la suma que se requeriría para generar 10€ a ese rendimiento, en igualdad de condiciones. Si el interés bajase a 2%, el precio sube bruscamente a 500€, ya que esa suma produciría 10 euros. En la práctica, los cálculos de cualquier valor dado serán más complejos al tener en cuenta las diferentes fuentes de flujo de caja, que deben descontarse por separado, pero en general la relación inversa entre tipos de interés y precios de los valores tenderán a mantenerse. Estos precios, riqueza capitalizada, representan una forma ficticia de capital, en el sentido en que pueden ampliar dramáticamente el valor exclusivamente en función de los pagos esperados.²⁰ Esa es la alquimia situada en el corazón de las finanzas.

20. Por supuesto, suponen una caída drástica del valor si los tipos de interés van en sentido contrario. Supongamos que el tipo de interés aumenta bruscamente, duplicándose hasta alcanzar el 10%. En ese caso, el precio de la acción en cuestión se reduce a la mitad, cayendo a 100 euros.

Lo mismo aplica a otros tipos de valores como los bonos del gobierno, aunque aquí no hay capital invertido original, sino la capacidad del gobierno para pagar sus deudas mediante impuestos o nuevos préstamos. Las tasas de interés de algunos bonos —como las tasas de interés de los títulos del Tesoro en EE. UU.— se consideran «tasas libres de riesgo», o la referencia mínima de rentabilidad. Si los rendimientos de una inversión potencial no superan la tasa libre de riesgo, no vale la pena; si lo hacen, la diferencia es su retorno efectivo. Retomando el ejemplo anterior, digamos que gastamos 200€ para comprar una acción. Los bonos pagan un 5%, pero se anticipa que suba el precio de las acciones a por lo menos 220€ o un aumento en los dividendos a 20€. Ambos casos darían lugar a unos 10€ de prima, o el rendimiento esperado menos la tasa libre de riesgo. Pero conllevan «riesgo». El rendimiento no está garantizado, mientras que el gobierno casi seguro que pagará a sus acreedores. Así, los 200€ pueden representar el precio de asumir un riesgo. El beneficio se vuelve función de la volatilidad, o la correlación entre el riesgo y la posible ganancia.

El valor financiero, en definitiva, es una cosa peculiar. En el mundo de los valores, los activos devienen riqueza a través de la magia de la capitalización, o capital ficticio. La ganancia, plusvalor producido por el trabajo no remunerado y el motor del crecimiento capitalista, se transforma en otra clase de ingreso capitalizado, no diferente en especie de los intereses, la renta o los dividendos: todos se convierten en funciones de volatilidad. En la práctica, la cuantificación financiera transforma el tiempo y el espacio de la lucha de clases en un procedimiento matemático despolitizado, donde las ganancias se convierten en «rendimientos». De Chicago a Seúl, de Santiago a Yokohama, las corporaciones intentan diariamente obligar a los trabajadores a trabajar más por meos para generar suficientes ganancias. A lo largo de estas

mismas coordenadas globales, los trabajadores resisten, reteniendo su fuerza de trabajo, haciendo huelga, sabotando, abandonando en masa. Alimentada por los deseos, sueños, pesadillas, y la rabia de cientos de millones, la lucha de clases convierte la producción de beneficios en un terreno fundido en ebullición. Los activos capitalizados ocultan estos conflictos al presentar su resultado como algo predecible y calculable que puede tratarse como un algoritmo. El malentendido sistemático está incorporado en su forma misma.

Por ello, la gobernanza financiera intenta imponer un orden a instituciones cuya reproducción depende del reconocimiento erróneo de sus propias condiciones de existencia. Cuando los bancos centrales llevan a cabo «operaciones de mercado abierto», por ejemplo, comprando o vendiendo valores a operadores privados, su objetivo es manipular las tasas de interés, alentando o desalentando la inversión. Para asegurar un entorno de ganancias saludable, se requieren precios estables y rendimientos atractivos y predecibles. El mercado debe mantenerse líquido o debe permitir transacciones sin grandes movimientos en los precios. En otras palabras, los bancos centrales comparten la creencia de los capitalistas financieros de que su existencia económica depende únicamente de los rendimientos de los activos, divorciados de su fuente última de ganancia extraída a través del curso de la lucha de clases. Esta suposición no es un error intelectual, sino la práctica y la políticas necesarias para sostener el crecimiento a través de la acumulación financiera. Y cuanto más frágil y quebradizo se vuelve el edificio de esa acumulación, mayor es la presión sobre el Estado para sostener el fetiche de la liquidez que hace que todo funcione. Esta es una de las claves por las cuales los Estados capitalistas principales, especialmente EE. UU., se ven atrapados en la lógica de Sísifo de intentar dominar el capital aunque sigan encadenados a él.

UNA ABSTRACCIÓN MATERIAL

En la práctica y en la teoría, las finanzas entienden la realidad económica tal como se presenta: un mecanismo generador de dinero que tiene poco o nada que ver con el trabajo humano. Esta visión encierra una notable paradoja, ya que los orígenes de la teoría financiera moderna se encuentran en el esfuerzo por modelar la actividad humana a imagen y semejanza de una máquina. Ese es el propósito explícito del recóndito arte de la investigación operativa, la base de la teoría académica contemporánea de las finanzas. Surgida durante la Segunda Guerra Mundial para ayudar a los ejércitos británico y estadounidense a resolver problemas logísticos y de coordinación, la investigación operativa es el arte de maximizar el control sobre personas y objetos mediante el despliegue de estadísticas matemáticas para analizar cualquier situación como un conjunto de resultados predecibles a partir de unas condiciones iniciales. Esta disciplina, una amalgama de gestión industrial, teoría de la probabilidad, logística, economía y programación lineal, tiene como objetivo alcanzar el resultado más eficiente con el mínimo uso de recursos o, en términos financieros, maximizar los rendimientos con un riesgo mínimo. No es casualidad que muchas de las figuras de la primera generación que transformaron las finanzas en una forma de conocimiento puramente calculado y analítico se formaran precisamente en esta disciplina.²¹

21. Existe una amplia bibliografía académica sobre la investigación operativa, pero una buena introducción a la misma —en el contexto de la historia de la economía estadounidense de posguerra— puede encontrarse en PHILIP MIROWSKI, *Machine Dreams: Economics Becomes a Cyborg Science* (Cambridge, 2002). Harry Braverman y David Noble relacionan la investigación operativa a la gestión científica del proceso laboral en *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of*

Tres proposiciones fundamentales sientan las bases para la gran abstracción que es la teoría financiera moderna. La primera es el llamado «teorema de Modigliani-Miller», que afirma que la forma en que una corporación financia sus operaciones —mediante la emisión de acciones, la venta de bonos o la reinversión de ganancias— es irrelevante para su valoración en un mercado perfectamente competitivo. Uno de los autores del teorema, Merton Miller, era experto en programación lineal; su coautor, el economista Franco Modigliani, estaba estrechamente involucrado con la Comisión Cowles, un *think-tank* de la Universidad de Chicago que fue pionero en técnicas econométricas y centro nacional de la investigación operativa.²² La segunda proposición sostiene que la lógica con la cual los inversores deben seleccionar los valores

Work in the Twentieth Century (Nueva York, 1974) y *Forces of Production: A Social History of Industrial Automation* (Milton Park, 1984), respectivamente. Por último, véase PAUL ERICKSON ET. AL., *How Reason Almost Lost Its Mind: The Strange Career of Cold War Rationality* (Chicago, IL, 2013), que sitúa este campo dentro de la imagen más amplia, en el que la razón en la América de la Guerra Fría se concebía como herramienta para optimizar el cálculo.

22. BRUCE D. GRUNDY, «Merton H. Miller: His Contribution to Financial Economics», *Journal of Finance*, lvi/4 (agosto de 2001), pp. 1183–206. **NdE:** En nuestra modesta opinión, Merchant tergiversa el teorema de Modigliani-Miller; los propios autores establecieron desde el principio —y en diversas ocasiones, especialmente Modigliani— que su resultado —esto es, que la fuente de la financiación es irrelevante y que no importa si se recauda recurre a capital o a deuda— es válido solo en un mundo sin costes de transacción, sin asimetrías de información, sin costes de quiebra y, en una de las versiones del teorema, sin impuestos; una sobresimplificación absoluta de la realidad pensada como modelo. El resultado es meramente teórico, un punto de partida para el debate y el acercamiento a la realidad. Sería como decir que la teoría de la relatividad de Einstein es falsa porque no se aplica directamente en nuestro día a día.

que integran una cartera puede modelarse matemáticamente como una relación entre riesgo y rentabilidad, una línea de argumentación iniciada por el trabajo de Harry Markowitz sobre la selección óptima de carteras. Markowitz desarrolló la idea de lo que más tarde se conoció como «teoría moderna del portfolio» en un curso sobre investigación operativa impartido por Tjalling Koopmans, director de la Comisión Cowles en 1948-55.²³ Jack Treynor y William Sharpe, a quienes se atribuye la invención de forma independiente del Modelo de Valoración de Activos de Capital (CAPM), eran protegidos de Modigliani y Markowitz, respectivamente.²⁴

La tercera es la hipótesis de los mercados eficientes (EMH, por sus siglas en inglés), popularizada por Eugene Fama, el ganador del Premio Nobel en 1970, aunque anticipada mucho antes sobre todo en el período de posguerra por el estadístico Maurice Kendall, presidente de la Sociedad Británica de Investigación Operativa.²⁵ La EMH afirma que los precios de los activos reflejan toda la información disponible y, por lo tanto, se negocian a su valor justo de mercado.²⁶ Esta hi-

23. DONALD MACKENZIE, *An Engine, Not a Camera: How Financial Models Shape Markets* (Cambridge, 2006), pp. 46ss.

24. PERRY MEHRLING, *Fischer Black and the Revolutionary Idea of Finance* (Hoboken, nj, 2005), p. 56; y MacKenzie, *An Engine, Not a Camera*, cap. 2. Por cierto, el autor de un libro relativamente reciente que pretende demostrar cómo las finanzas son nada menos que el motor de toda la civilización humana, William Goetzmann, tiene un doctorado en (¡sorpresa!) investigación operativa: *Money Changes Everything: How Finance Made Civilization Possible* (Princeton, NJ, 2016).

25. MACKENZIE, *Engine, Not a Camera*, pp. 61-3.

26. Uno de los más destacados precursores de la EMH fue el estadístico francés Louis Bachelier, a finales del siglo XIX, cuya innovadora aplicación de las técnicas estadísticas a los precios de los valores mostró que seguían una serie de movimientos estocásticos inconexos, imposibles de predecir basándose en el comportamiento pasado.

pótesis se basó en más de medio siglo de estudios estadísticos que mostraban que tales precios parecían seguir un «paseo aleatorio», es decir, una serie de movimientos inconexos. Se supone que la serie es aleatoria porque, si los precios reflejan toda la información disponible, entonces, por definición, solo cambiarían ante datos totalmente inesperados.

Estas innovaciones conceptuales surgieron de una constelación de ideas y tecnologías desarrolladas en la posguerra que giraban en torno al control de sistemas hombre-máquina. Impulsados por espléndidos recursos financieros y los objetivos específicamente militares de optimizar la capacidad destructiva, los científicos e ingenieros desarrollaron una serie de poderosas herramientas para el control automatizado y la electrónica. Por supuesto, esto incluye el legado más célebre de la época: la computadora, la «máquina pensante» de Alan Turing, que recibió su primera aplicación práctica en el descifrado de códigos o criptoanálisis. La figura de la máquina pensante también fue central en el uso ampliamente influyente de la teoría de juegos en economía, cuya fundación se atribuye al polímata y estratega de la Guerra Fría John von Neumann. Basándose en sus trabajos bélicos sobre ordenadores, von Neumann elaboró una teoría general de autómatas, en términos de la cual la toma de decisiones podría teorizarse matemáticamente.

Estos desarrollos intelectuales dieron lugar a la investigación operativa como a su primo cercano en el período de posguerra: el análisis de sistemas. En este mundo algebraico, los humanos se convierten en máquinas de decidir, y las máquinas se convierten en versiones más o menos eficientes de los humanos. Como lo resume el historiador David Noble en su brillante historia social de la automatización:

En el trabajo de los investigadores de operaciones y los analistas de sistemas, el análisis social, al igual que el del mundo físico, consistía en fracturar la realidad en componentes discretos, establecer las relaciones matemáticas entre ellos y volver a ensamblarlos en un nuevo todo matemáticamente construido: un «sistema» que ahora parecía poseer la fuerza de la necesidad lógica y, por tanto, susceptible de control formal.²⁷

El resultado colectivo fue un salto cualitativo en el programa de administración científica, fundado por Frederick Taylor medio siglo antes, que analizaba el trabajo y su división detallada en sus componentes más básicos con el fin de reorganizarlos para maximizar la productividad laboral.²⁸

A mediados del siglo XX, el control del proceso de producción era una prioridad para los propietarios del capital. En la década de 1940, las industrias de guerra estadounidenses se vieron sacudidas por cientos de huelgas espontáneas, a menudo protagonizadas por trabajadores negros recientemente integrados en las filas del Congreso de Organizaciones Industriales.²⁹ Estos conflictos continuaron hasta bien entrado el período de posguerra, sacudiendo hasta sus cimientos industrias clave como la automovilística en algunas de las mayores olas de huelgas en la historia de EE. UU. Los ejecutivos corporativos se lamentaban amargamente de su pérdida de control: «Trabajamos durante años para eliminar

27. NOBLE, *Forces of Production*, p. 55.

28. El texto central sobre el taylorismo sigue siendo BRAVERMAN, *Labor and Monopoly Capital*.

29. JAMES BOGGS, *American Revolution: Pages from a Negro Worker's Notebook* (Nueva York, 1963); JASON SMITH, «The American Revolution: the George Floyd Rebellion, One Year Out», *Brooklyn Rail*, www.brooklynrail.org, julio de 2021.

el azar en nuestras operaciones», se quejó uno, «y ahora regresa a lo grande. Un elemento nuevo e impredecible se ha inyectado en nuestro negocio».³⁰

El auge del trabajo industrial en la posguerra fue el comienzo de su declive. Tras uno de los apuntes más amplios y sostenidos de militancia obrera en la historia de Estados Unidos, la investigación operativa se convirtió en una herramienta intelectual para librar una guerra en dos frentes contra los comunistas en el extranjero y contra los elementos «subversivos» en casa. La intensificación de la lucha de clases en las décadas de 1930 y 1940 había fortalecido a los sindicatos y había impartido cierto control del proceso laboral a los trabajadores industriales, imponiendo una pregunta concreta a los gerentes del capital: «¿Quién dirige la fábrica?» En este terreno de conflicto, la investigación operativa ofreció una vía para maximizar la eficiencia en el taller mediante el análisis del proceso de trabajo, reduciendo la descualificación del trabajo e integrándolo en un reensamblaje como híbrido humano-máquina orientado a acelerar la mecanización y el aumento de la producción. Aplicaciones industriales de la investigación operativa, como el control numérico de la maquinaria automatizada se introdujeron explícitamente, en parte, con el objetivo de socavar el control de los trabajadores sobre el proceso laboral. Gracias al control numérico, las técnicas intrincadas de mecanizado basadas en la destreza e intuición de los operarios humanos podían ser programadas directamente por ingenieros jefe, sometiendo a los operarios al ritmo y propósito de la máquina y a la disciplina impersonal de un software informático.³¹

30. NOBLE, *Forces of Production*, p. 30.

31. *Ibid.*, capítulos 5 y 6.

El sueño de la fábrica automatizada, vaciada de trabajadores salvo por un puñado de gerentes e ingenieros, fue el faro del impulso automatizador de la posguerra. Los servomecanismos autónomos y los procesos de retroalimentación sustituirían a la mano de obra viva, empujando la productividad laboral, enfrentando el «problema del trabajo» siguiendo lo que parece ser un requisito puramente técnicos de la producción. El hombre y la máquina debían fundirse en una fórmula algebraica, y las contradicciones entre trabajo manual e intelectual debían suavizarse, naturalizarse.

En el fondo, la exclusión de la fuerza de trabajo de la teoría financiera refleja el impulso implacable del capital por eliminar al ser humano del proceso de producción. Sus fórmulas técnicas se convertirían en una herramienta decisiva a medida que la desindustrialización avanzase en el mundo capitalista avanzado. Forjadas en el conflicto entre grandes potencias y refinadas en la guerra de clases interna, las herramientas intelectuales de las finanzas emergieron como una «abstracción material»: la teoría que se hizo fuerza material para gestionar un sistema de producción internacional cada vez más intrincado y extenso en el transcurso de las décadas de 1970 y 1980.³² Las elegantes ecuaciones del análisis de riesgos ofrecieron un modo de gestionar el superávit global al hacer que sus fuentes fueran incognoscibles. Sustituyeron de la extracción de trabajo no remunerado por valores de capital ficticios, y compararon el movimiento de los precios de mercado con los giros aleatorios de las partículas físicas. Las finanzas no son otra cosa que la culminación global del taylorismo como ideología y como método de control,

32. Uso el término «abstracción material» acuñado por Nancy Cartwright, a través de PAUL MATTICK, *Theory as Critique: Essays on «Capital»* (Chicago, IL, 2019).

impulsadas por la necesidad del capital de superar las barreras humanas a su propia reproducción dentro del proceso de trabajo industrial.

SUSTRACCIÓN

Las finanzas modernas en esencia una forma de taylorismo monetario, la ciencia de la eficiencia aplicada a la práctica de generar dinero. Al igual que el taylorismo, la ideología nativa de la industria capitalista, el análisis financiero tiene sus raíces en el análisis histórico y real del trabajo bajo el modo de producción capitalista, su división, descomposición y reorganización como proceso técnico. Tanto en lo conceptual como en lo económico, las finanzas son una expresión de la tendencia del capitalismo industrial a centralizarse y concentrarse en un número cada vez menor de manos y lugares, haciéndose más denso a medida que los capitalistas persiguen la eficiencia reemplazando la fuerza de trabajo por medios de producción.

Cada empresa individual busca aumentar su productividad mediante la racionalización de sus operaciones, incorporando y actualizando máquinas en el proceso de trabajo, y eliminando seres humanos del proceso. La reducción de costes mediante las técnicas mecanizadas más eficientes permite obtener una ventaja con precios más bajos y así superar a los rivales. Como el capitalismo es un sistema global de producción, el plusvalor de estas inversiones fluye hacia una reserva mundial de capital monetario, la fuente principal del sistema financiero, supervisada por gigantes bancarios y las firmas de inversión que supervisan la riqueza mundial. Este fondo creciente sirve como fuente común de crédito para toda la clase capitalista, ya que las empresas individuales piden prestado para invertir, expandirse, adquirir otros

activos, etc. A su vez, los fabricantes y las empresas comerciales pagan intereses, que se capitalizan en forma de cantidades colosales de capital ficticio en los balances de las empresas financieras. Por supuesto, los capitalistas financieros también ganan dinero pidiendo y prestándose entre sí, cosa que hacen constantemente en su sector. Pero la verdadera fuente de las ganancias financieras son los intereses que se pagan por las otras formas de capital; las finanzas no crean valor propio, sino que solo se apropian del valor producido en otros lugares. Por lo tanto, en última instancia, estos pagos se deducen de las ganancias de la industria.

Retomando el análisis presentado en el capítulo 3: el crédito facilita enormemente la mecanización y expansión de los productores, impulsando las ganancias mediante aumentos en las tasas de productividad. Para los primeros innovadores, quienes sustituyen fuerza de trabajo por máquinas, los beneficios son significativos, ya que les permite apropiarse de una mayor porción del plusvalor global como ganancia. Pero la ventaja solo puede ser temporal. A nivel mundial, a medida que las nuevas técnicas de mecanización se extienden y se convierten en norma que los capitalistas de todo el mundo se ven obligados a adoptar, la fuente de plusvalor basada en tiempo de trabajo no remunerado se agota, dado que el componente humano de la producción disminuye en relación a los gastos totales de las empresas privadas. La masa global de plusvalor disponible para redistribuirse se reduce a medida que las ganancias bajan en relación con el capital total invertido en todo el mundo. Con el tiempo, esto ejerce una presión descendente sobre la tasa de ganancia de todos los capitales productivos, forzando a revolucionar aún más las técnicas en la producción, para reducir aún más los costes. El ciclo se reinicia, pero esta vez sobre una tasa base de productividad más alta. El resultado a nivel del sistema productivo en su conjunto es una condición permanente de

sobreproducción: la mecanización deprime la tasa general de ganancia, que solo puede contrarrestarse con una mecanización adicional. El mercado mundial es el escenario del drama, pero la batalla competitiva del mercado es apenas una manifestación secundaria de las presiones provocadas por la lógica contradictoria que emerge del interior del propio proceso productivo. Esta dinámica autoreforzante constituye el motor central de la economía global, un bucle fatal inscrito en el corazón del capitalismo.³³

33. La disminución global de la tasa de beneficio del capital industrial es una tendencia empírica ampliamente documentada. Existen diversos métodos para medirla, y los resultados difieren ligeramente según los métodos utilizados. Del mismo modo, las estadísticas elaboradas por las organizaciones empresariales y agencias gubernamentales no representan directamente el ratio que Marx identificó como la tasa de beneficio, y mucho menos otros conceptos más fundamentales como plusvalor, capital variable, capital constante, etc. Sin embargo, con estas advertencias, la tendencia general de las mediciones contemporáneas apunta claramente en una dirección a largo plazo que resulta coherente con lo que cabría predecir basándose en la creciente concentración global de la producción y una creciente relación capital/trabajo, es decir, lo que Marx teorizó como la composición orgánica del capital. Para evidencias recientes, véase MICHAEL HOWELL, *Capital Wars: The Rise of Global Liquidity* (Nueva York, 2020); Michael Roberts, «A World Rate of Profit — New Evidence», www.braveneweuropa.com, 22 de enero de 2022; PHILLIP NEEL, «Global China, Global Crisis: Falling Profitability, Rising Capital Exports, and the Formation of New Territorial Industrial Complexes», disertación, Universidad de Washington, 2021. Incluso *The Economist* cree que los días dorados del capitalismo estadounidense habrían quedado atrás, al reconocer que «las fuerzas que impulsaron el aumento de los beneficios empresariales durante décadas se están agotando, o están retrocediendo». «Have Profits Peaked at American Businesses?», *The Economist*, www.economist.com, 9 de octubre de 2022.

Incapaces de adaptarse a la nueva norma productiva, algunas empresas colapsan o son absorbidas por empresas más grandes. Las ganancias se redistribuyen, elevando temporalmente la tasa de ganancia de los supervivientes. Sin embargo, muchas empresas quebradas logran seguir operando gracias al crédito bancarios, incluidos los bancos centrales, que a menudo tienen interés en mantenerlas vivas para proteger sus propios balances. El masivo rescate federal de 2009 es un ejemplo claro. Sin él, General Motors y Chrysler —esta última ahora propiedad del conglomerado global Stellantis— habrían desaparecido. Algunos de los mayores fabricantes buscan sus fuentes de ingresos financieros por su cuenta, difuminando la distinción entre empresas «financieras» y «no financieras». Apple es un caso paradigmático de este fenómeno: una compañía nominalmente manufacturera que no posee fábricas, pero que tiene un enorme brazo financiero que supera en seis veces sus activos «productivos»; el emblema del capitalismo estadounidense comercia con valores, realiza adquisiciones, recompra sus acciones y persigue otros ingresos financieros más que inversión o innovación en su supuesta función productiva. Cuanto más desplazan las finanzas en detrimento de la producción, más se convierten las propias finanzas en un motor activo de desindustrialización. La riqueza financiera crece a medida que el capital productivo, la fuente última de las ganancias, se desvanece, un proceso que inevitablemente tiene un límite.

Estas dinámicas explican la paradoja aparente de las ganancias financieras astronómicas en un contexto de rendimiento económico decreciente. Desde principios de la década de 1980, el ascenso de los beneficios financieros ha seguido de cerca el estancamiento o la disminución de indicadores macroeconómicos en EE. UU., como las tasas de inversión

y productividad.³⁴ A medida que la desindustrialización ha devastado la economía estadounidense, la productividad laboral ha descendido de un promedio en la posguerra del 4% anual a alrededor del 1% en el período comprendido entre 2011 y 2019.³⁵ En términos de valor añadido real durante el mismo período, es decir, producción total ajustada por inflación menos los costes intermedios, las tasas de crecimiento han pasado de un promedio de 3,7% al 1,8%.³⁶ Si observamos el sector manufacturero desde el período más reciente de 1987 hasta ahora, la productividad laboral creció significativamente hasta aproximadamente 2010, cuando se estancó. La productividad del capital, que mide la eficiencia de los activos de capital a lo largo del tiempo, se ha desplomado un tercio desde 1987, justo cuando comenzaba el auge de la tan celebrada «era de la información» y sepultando las esperanzas remanentes de una revolución productiva

34. Estas estadísticas están a disposición del público en el *Bureau of Labor Statistics* y el *Bureau of Economic Analysis*. Cabe señalar que, incluso en este caso, el patrón de estancamiento que reflejan las estadísticas del gobierno de EE. UU. sobre inversión empresarial nacional está distorsionado por la excesiva representación del sector de procesamiento de información y software en sus mediciones. Este problema ha sido ampliamente documentado. Para una buena visión de conjunto véase el informe «The Greater Stagnation: The Decline in Capital Investment is the Real Threat to U.S. Economic Growth», *Information Technology and Innovation Foundation*, 2013. **NdE:** Debido a diversas medidas adoptadas por el gobierno de Trump y el equipo de Musk, estas estadísticas ya no están disponibles a fecha de marzo de 2025.

35. «Business Sector: Labor Productivity (Output per Hour) for All Employed Persons», *Federal Reserve Economic Data*, www.fred.stlouisfed.org.

36. THE CONFERENCE BOARD, «International Comparisons of Manufacturing Productivity and Unit Labor Costs — Data», edición de diciembre de 2019, www.conference-board.org.

liderada por las TIC.³⁷ Las tasas abismales de productividad vuelven inútiles los gastos de capital, dejando a las empresas, en consecuencia, con pocos incentivos para invertir. Tal vez lo más revelador es que el agotamiento estructural de la economía capitalista se manifiesta como una explosión de la deuda corporativa: reflejo de la escasez de oportunidades rentables como de la creciente proporción de los beneficios financieros en los balances empresariales. En 2019, la relación deuda-superávit de las empresas no financieras en EE. UU. alcanzó el 9,5 de valor, lo que significa que la carga de la deuda media de la empresa estadounidense era 9,5 veces superior a su tasa de beneficio; y esto *antes* siquiera de la pandemia de COVID-19.³⁸

37. U.S. BUREAU OF LABOR STATISTICS, «Labor Productivity for Manufacturing Sector (Output per Hour)», 1987-2021, www.bls.gov; «Capital Productivity for Manufacturing Sector», 1987-2021, www.bls.gov.

38. «Non-Financial Corporations Debt to Surplus Ratio», *OECD Data*, www.data.oecd.org. Una condición que hizo posible la bonanza financiera de los últimos cuarenta años ha sido el descenso secular de los tipos de interés básicos durante el mismo periodo. El tipo de interés de los fondos federales que —es decir, el tipo al que los bancos pueden prestarse entre sí depósitos de la Reserva Federal de un día para otro— se desplomó desde casi el 20 % en 1981 hasta situarse prácticamente en cero. Los tipos de interés bajos o a la baja son fundamentales para mantener unas condiciones de crédito fácil necesarias para inflar un auge ficticio del capital. Sin embargo, la larga caída de los tipos de interés es solo un efecto secundario de la disminución de la tasa de ganancia: los rendimientos decrecientes de la inversión rentable a largo plazo liberan cantidades cada vez mayores de capital. Todo ese excedente de capital necesita encontrar algún tipo de rendimiento allí donde sea posible, ejerciendo una presión a la baja sobre los tipos medios de préstamos y empréstitos. Al mismo tiempo, la falta de demanda de inversión impulsa al alza los precios de otros activos a largo plazo considerados seguros, como los bonos

El estancamiento de la productividad y de la producción son la consecuencia de una inversión empresarial débil; la débil inversión se explica, a su vez, por el hecho de que la tasa de ganancia en los Estados Unidos es demasiado baja como para justificar nuevas inversiones. Como se explicó en el capítulo tres, las ganancias de las empresas no financieras de EE. UU. dependen principalmente de posiciones monopolísticas (o de monopsonio) en cadenas de valor globales, manufactura en el extranjero y rentas de intangibles como patentes, y activos financieros. En esta configuración global, la inversión interna en Estados Unidos no es competitiva, pero la inversión financiera sigue siendo atractiva en la medida en que permita desviar parte del valor producido por el capital industrial. El estancamiento de EE. UU. no es accidental: es estructural, una característica inherente a la organización actual del sistema global. La gran centralización del capital financiero en las últimas cuatro décadas, con Estados Unidos en su núcleo, es la contracara de la concentración masiva del capital productivo en Asia: dos partes de la misma fábrica planetaria. Pero esa fábrica se está desmoronando a medida que la fuente de ganancia se agota.

La esclerosis de la economía estadounidense es un síntoma más visible de una enfermedad más amplia que aflige al capitalismo global. A medida que la carrera por una productividad

del Tesoro, lo que reduce sus rendimientos. Estas tendencias crearon un entorno semipermanente de tipos de interés bajos, que de hecho rondaron el cero desde la Gran Crisis Financiera hasta el repunte de la inflación en 2021. A partir de datos que muestran un estancamiento de los rendimientos marginales del capital industrial en Estados Unidos y una caída abrupta del 50% en los rendimientos de China desde principios de los años ochenta, Michael Howell concluye que «la caída de la rentabilidad industrial y la consiguiente escasez estructural de activos seguros son factores clave de la larga caída de los tipos de interés mundiales», *Capital Wars*, p. 46.

cada vez mayor erosiona la fuente de plusvalor —el tiempo de trabajo no remunerado—, se genera una presión adicional para elevarla aún más. El capital se enfrenta a su propio límite interno: aunque los capitalistas luchan desesperadamente por independizarse de cualquier conexión con el trabajo humano, el sistema en su conjunto sigue dependiendo de él como fuente última de ganancia. Por lo tanto, quienes aún tienen un trabajo deben trabajar más tiempo y más intensamente, solo para sostener un sistema que se descompone. Esta es la razón por la que las «tecnologías que ahorran mano de obra» nos encadenan aún más a él en lugar de liberarnos, haciendo que unos trabajen demasiado, acabando agotados, y otros estén desempleados, subempleados o sufriendo mentalmente. Esta contradicción se desarrolla en la economía capitalista como la experiencia de una cinta de correr cada vez más rápida: todos deben correr más rápido, siempre más rápido, solo para permanecer en el mismo lugar.³⁹

SEPARACIÓN

Desde principios de los años 80, los gobiernos de todo el mundo han tenido que pedir prestado y aumentar el gasto para sostener las ya exiguas tasas de inversión de capital privado. Para que los mercados financieros globales funcionen «eficientemente», los Estados se han visto obligados a intervenir cada vez más. Esto es cierto para Estados Unidos, aunque también para Japón, China, el Reino Unido y la Unión Europea, donde el sistema monetario depende del orden capitalista internacional hecho a su imagen y semejanza.

Este papel lo desempeñan a través de instituciones como la Reserva Federal y el Tesoro. El Tesoro vende a los operadores primarios, un grupo de bancos de inversión con nombres

39. El símil sale de *Tiempo, trabajo y dominación social*, de Postone.

conocidos.⁴⁰ Estos operadores luego crean el mercado de la deuda pública estadounidense al intercambiar los valores con otros actores esparcidos todo el sistema, que normalmente están felices de mantener los activos más seguros disponibles por un rendimiento modesto. Los bonos del Tesoro funcionan como estabilizadores, utilizados como la garantía más segura en acuerdos de recompra, o «repo», que permiten intercambiarlos como garantía de efectivo a corto plazo e impulsa la creación de crédito en todo el sistema financiero. El crédito se invierte en todo tipo de activos, lo que hace subir los precios en todo la economía. Las empresas de todo tipo y los bancos utilizan constantemente los repos para ajustar su liquidez. Los mercados monetarios mundiales necesitan un suministro constante de activos seguros para seguir funcionando.

Para ampliar la cantidad de efectivo en el sistema, los bancos centrales compran bonos del gobierno a bancos y operadores, retirándolos de la circulación. Desde 2008, la Fed ha inyectado más de 7 billones de dólares en balances privados a cambio de bonos corporativos y gubernamentales y, desde abril de 2020, los balances de los bancos centrales del G10 se han disparado en más de 8 billones de dólares. Mediante programas de «compra de activos a gran escala» (*quantitative easing*) —un eufemismo que significa meter dinero recién impreso a los bancos y a las empresas—, los bancos centrales deben expandir sus balances según sea necesario, «lo que sea necesario», como reiteró Mario Draghi.⁴¹

40. «Primary Dealers», *Federal Reserve Bank of New York*, www.newyorkfed.org, consultado en 20 de enero de 2024.

41. NdE: La referencia que hace Merchant alude al «whatever it takes», la afirmación que hizo Mario Draghi —entonces presidente del Banco Central Europeo— en su discurso de julio de 2012 en el que se comprometió a tomar todas las medidas necesarias para preservar el euro y su estabilidad durante un periodo de inestabilidad en los mercados financieros y de bonos.

Amén de la enorme cantidad de intervención estatal, su calidad también sigue evolucionando. En respuesta a la conmoción provocada durante la pandemia, la Reserva Federal compró, por primera vez, bonos corporativos en el mercado de deuda privada de empresas como Microsoft, Apple o AT&T y formó un vehículo de propósito especial (SPV), una construcción legal para evitar la supervisión pública de las transacciones financieras, para adquirir las acciones de fondos cotizados en bolsa. Al igual que los repositorios, los SPV son clave para la mecánica de la banca en la sombra que se analizó en el último capítulo. También se comprometió a comprar directamente de las corporaciones bonos recién emitidos, sin pasar por los intermediarios bancarios habituales —aunque la promesa de comprar valores sin cesar bastó para calmar los mercados.⁴²

La intervención pública en el sistema financiero «privado» es tan profunda que incluso banqueros centrales se han visto obligados a admitir que, en lugar del rol tradicional de prestamista de última instancia, frente a la disfunción del mercado, su papel de creador de mercado continuo cuando el sector privado ya no puede valerse por sí mismo, como argumenta Andrew Hauser, del Banco de Inglaterra.⁴³ La tendencia es evidente. El alcance del mercado como

42. Véase «Secondary Market Corporate Credit Facility», *Board of Governors of the Federal Reserve System*, www.federalreserve.gov, consultado el 19 de enero de 2024; JEFF COX, «The Fed Is Buying Some of the Biggest Companies' Bonds, Raising Questions Over Why», *CNBC*, www.cnbc.com, 29 de junio de 2020; JEANNA SMIALEK, «Fed Makes Initial Purchases in Its First Corporate Debt Buying Program», *New York Times*, www.nytimes.com, 12 de mayo de 2020.

43. ANDREW HAUSER, «From Lender of Last Resort to Market Maker of Last Resort Via the Dash for Cash — Why Central Banks Need New Tools for Dealing with Market Dysfunction», www.bis.org, 7 de enero de 2021.

mecanismo de distribución se está reduciendo a medida que sus funciones son desplazadas por las decisiones de las agencias estatales para preservar un orden social mucho más allá de su fecha de vencimiento.

La propia estructura del sector financiero privado tiene cada vez menos necesidad de mecanismos. Considérense los fondos indexados, que replican índices como el S&P 500, que, desde 2008, han crecido un 450%, superando a los fondos activos tradicionales en dinero administrado en 2019.⁴⁴ No es casualidad que este auge haya coincidido exactamente con las políticas expansivas de los bancos centrales. Los rendimientos de la inversión pasiva dependen de una subida sostenida del mercado, lo que solo es posible gracias a la contención del riesgo sistémico, lo que refuerza la creciente capacidad administrativa y estabilizadora del Estado, en particular la de la Reserva Federal.

Dominada principalmente a través de tres gestores, la inversión pasiva erosiona la competencia al infundir incentivos para desalentar la innovación entre las propias corporaciones que podrían reducir beneficios.⁴⁵ Las firmas de gestión de activos BlackRock, Vanguard y State Street Global Advisors poseen en promedio más del 20% de las acciones de casi todas las empresas del S&P 500.⁴⁶ Esta gran centralización de la propiedad en únicamente tres empresas ha llevado a algunos expertos liberales a decir que los fondos indexados son incluso «peores que el marxismo», lo cual es gracioso dado

44. DAWN LIM, «Index Funds Are the New Kings of Wall Street», *Wall Street Journal*, www.wsj.com, 18 de septiembre de 2019.

45. JULIE SEGAL, «History Made: U.S. Passiveum Matches Active for First Time», *Institutional Investor*, www.institutionalinvestor.com, 17 de mayo de 2019.

46. Véase BENJAMIN BRAUN, «Asset Manager Capitalism as a Corporate Governance Regime», mayo de 2021.

que se basan en dos ideas seminales de las finanzas capitalistas, la teoría moderna del portafolios y la hipótesis de los mercados eficientes.⁴⁷ BlackRock, por ejemplo, ahora se ha convertido en un socio esencial de gobierno para la Reserva Federal y el Tesoro en la crisis de 2008 y 2009, llevando a cabo compras estatales de valores respaldados por hipotecas y bonos corporativos.⁴⁸

Gestores de activos masivos —fondos de pensiones, aseguradoras, dotaciones universitarias, fondos soberanos— acumulan la denominada «liquidez global».⁴⁹ Mediante canales de repo, sirve como fuente de financiación a empresas privadas y gobiernos. La supervivencia ya no depende del mercado competitivo, sino principalmente de la disponibilidad de fondos y de prestamistas dispuestos a refinanciar sus deudas pendientes al día siguiente.

Con el tiempo, las finanzas funcionan como un sistema administrativo global. Su expansión ha vuelto obsoletos los mercados competitivos como mecanismo de asignación. Esta transformación en un aparato gubernamental ha sido posible gracias a la centralización de la propiedad y el control del dinero, y es necesaria para asegurar que el excedente colectivo de una fuerza laboral global cada vez más reducida sea extraído hacia manos privadas como ganancia,

47. ANNIE LOWREY, «Could Index Funds Be “Worse Than Marxism”?», *The Atlantic*, www.theatlantic.com, 5 de abril de 2021; SCOTT HIRST y LUCIAN BEBCHUK, «The Specter of the Giant Three», *Boston University Law Review*, xcix/3 (mayo de 2019), p. 721; SAHAND MOAREFY, «The New Power Brokers: Index Funds and the Public Interest», *American Affairs*, www.americanaffairsjournal.com, iv/4 (2020), pp. 3-18.

48. JEANNA SMIALEK, «Top U.S. Officials Consulted with BlackRock as Markets Melted Down», *New York Times*, www.nytimes.com, 24 de junio de 2021.

49. HOWELL, *Capital Wars*.

especialmente de bancos y empresas estadounidenses.⁵⁰ Esto no se debe a que los funcionarios de la Reserva Federal y el Tesoro se alineen ideológicamente con los grandes bancos, aunque pueden serlo. Más bien, es un rol que es necesario que lleven a cabo debido a su función en sostener, frente a la erosión de la base de las ganancias, el sistema privado basado en el mercado del que depende la supervivencia y la legitimidad política de los propios Estados Unidos.

Bajo la fuerza avasalladora de crisis pulverizantes sucesivas, la alianza público-privada evoluciona para sostener el aumento de los precios de los activos por encima de todo, porque si el crédito se detiene o los precios dejan de subir, el juego se colapsa. La devaluación resultante de las inversiones anteriormente rentables sería de una escala apenas imaginable, haciendo desaparecer masivamente cientos de billones en activos de balance de la noche a la mañana. Los políticos lo saben y lo temen, y por ello siguen rescatando a empresas, emitiendo deuda estatal y metiendo dólares por billones en el sistema financiero. Para evitar un intolerable aumento incontrolado, los bancos centrales lo combaten tenazmente. Mientras los operadores de valores estén dispuestos a intercambiar libremente bonos estadounidenses, todo esto puede seguir. Pero socialmente, las consecuencias son enormes. La deuda representa, en última instancia, un derecho sobre las ganancias futuras aún no producidas. A medida que los gobiernos se ven obligados a hipotecar cada vez más el producto social para sostener este sistema crediticio, habrá menos riqueza social disponible para que la sociedad necesita se reproduzca materialmente. La desigualdad entre los que

50. «Labor Force Projections to 2024: The Labor Force Is Growing, But Slowly», *U.S. Bureau of Labor Statistics*, www.bls.gov, diciembre de 2015; FRANK TANG, «China Population: Workforce to Drop by 35 million over Next Five Years as Demographic Pressure Grows», *South China Morning Post*, www.scmp.com, 1 de julio de 2021.

poseen activos y los que no los tienen, que ya es asombrosa, no hará más que aumentar. La centralización financiera de la riqueza, el crecimiento del desempleo, la descomposición política, la propagación de la agitación interna, el encarecimiento, eventualmente, los costes sociales y políticos alcanzarán un punto de ruptura.

Como el país principal del sistema capitalista, Estados Unidos esencialmente asume el coste de reproducir las condiciones productivas deterioradas, que se muestran en una deuda nacional en crecimiento. Al mismo tiempo, la expansión de la gobernanza hacia las finanzas privadas y de las finanzas hacia el gobierno erosiona la base de la función competitiva del mercado. Cuanto más avanza esta dinámica, más se reduce el alcance del mercado. El mercado se contrae, la producción privada se vuelve menos rentable en relación con las finanzas. Cuanto menos rentable se vuelve la producción privada, más drástica debe ser la intervención del Estado para sobrevivir, lo que erosiona aún más la base del mercado.

Irónicamente, esas medidas perpetúan el estancamiento, lo que las hace necesarias en primer lugar, atrapando a la sociedad estadounidense en un patrón descendente de disminución de productividad, parálisis política y desintegración social.⁵¹ Los llamamientos a impulsar la demanda agregada mediante inversiones auspiciadas por el Estado, a «desfinanciar» la economía, subestiman lo profundamente inmerso que está el propio Estado yanqui en las finanzas mundiales y cómo sus intereses se encuentran determinados por las necesidades de este sistema tanto o más que por cualquier preocupación interna. Mientras no haya un movimiento político que pueda forzar la cuestión, los actores estatales no pondrán

51. «The U.S. Productivity Slowdown: The Economy-Wide and Industry-Level Analysis», *Bureau of Labor Statistics*, www.bls.gov, abril de 2021.

en peligro estas necesidades. Por otra parte, con los gastos del gobierno superando el 40% del PIB, no van a hacer voluntariamente que ese porcentaje sea mayor de lo que ya es, y de hecho estarán interesados en reducirlo para dejar más espacio a las ganancias privadas en un entorno de desaceleración del crecimiento, es decir, para la salud económica de la clase corporativa a la que en última instancia sirven.

MEDIANOCHE EN AMÉRICA

La efigie sin ojos de Ceres que corona la torre del edificio número 121 de West Jackson Boulevard en Chicago es, a la vista de todo lo ocurrido, un avatar muy apropiado de las finanzas. Al igual que ellas, parece contemplar tanto el todo como la nada a la vez, la cara algorítmica e impersonal en que se ha convertido el capitalismo. Hace mucho tiempo supervisó el nacimiento del saber financiero que acabó por dar al capitalismo estadounidense una nueva oportunidad de vida en los albores de la era neoliberal. Quizás ahora, en el ocaso de esa era, y fiel a su antiguo papel, cierre el ciclo de la vida y la muerte: una funeraria que acompaña a un amo difunto al inframundo de los imperios desaparecidos.

Y sin embargo, el sueño keynesiano muere con dificultad. Si las élites pudieran ponerse las pilas, si realmente decidieran actuar en el interés del bien común, si tan solo nuestras carencias políticas pudieran desaparecer por una causa colectiva, una nueva era de prosperidad y poder podría surgir en los Estados Unidos. Pero esta forma de pensar no ve que la disfunción política es en realidad un síntoma directo de la enfermedad económica subyacente: una contradicción estructural entre las exigencias de la economía mundial y la autorreproducción de la sociedad estadounidense. Al

constatar el hecho de que el gobierno aparentemente puede gastar sin límite, los nekeynesianos no se preguntan por qué se está viendo obligado a hacerlo, confundiendo una debilidad extrema con un signo de fortaleza. Por ende, no habrá solución política a los problemas que enfrenta Estados Unidos, ya que no existe tal solución, al menos a nivel nacional. Aunque, claro está, para eso existe la guerra.

Aquellos que desean evitar ese desenlace deben organizarse en el terreno de la crisis global. Las políticas nacionales no podrán revertir la tendencia secular hacia el colapso económico porque esta es más grande que cualquier Estado, sus causas son transnacionales. A medida que el crecimiento de la productividad se desvanezca, las empresas dependerán aún más de la represión salarial y de obligar a la gente a trabajar más intensamente y más tiempo por menos. Al mismo tiempo, los gobiernos nacionales, al verse sin alternativas, tendrán que recurrir más a la represión abierta que al crecimiento para controlar a una población creciente de seres humanos que se han vuelto redundantes para una economía que ya no los necesita. En resumen, el futuro es una intensificación del conflicto de clase. Canalizar esa confrontación hacia la lucha de clases consciente requerirá nuevos conceptos sobre cómo pensar y actuar en común en el mundo para ejercer una acción política capaz de modelar el futuro que necesitamos, es decir, cómo pensamos y actuamos políticamente.



6. Los torrentes

Pero ¿acaso saber lo que está a punto de ocurrir no es útil precisamente para quienes quieren impedirlo, para encontrar los medios, las formas y las fuerzas que garanticen que no ocurra? ¿Qué otra utilidad tendría?

– Mario Tronti¹

El aire de junio hervía como el aliento exhalado del asfalto que chisporroteaba bajo nuestros pies. No se veían coches en Lake Shore Drive, una de las autopistas más concurridas de Chicago. En su lugar, solo había gente, al menos unos pocos miles en esta columna en particular que avanzaba hacia el norte. Desde el Loop, el corazón del extenso centro de la ciudad, acabábamos de cruzar el río Chicago hacia Streeterville, un barrio acomodado del Near North Side de la ciudad donde los ojos atónitos nos miraban desde las ventanas oscurecidas, viendo cómo la masa que se extendía hacia el sur, más allá de donde alcanzaba la vista. Los helicópteros de la policía sobrevolaban la zona, recibiendo una oleada de cánticos que se convertirían en el himno del verano de 2012: *one-two-three-four-five-six-seven-eight-nine-ten-eleven-fuck twelve!*² Los disturbios habían estallado en el Loop la noche anterior después de que se hiciera viral un vídeo que mostraba a Derek Chauvin, un policía blanco de Minneapolis, ejecutando a George Floyd, un hombre negro que había usado un billete falso, quizás sin saberlo, para comprar unos cigarrillos. Ignorando las súplicas de Floyd,

1. MARIO TRONTI, *Workers and Capital* [1966] (Londres, 2019), p. xxvii.

2. «Twelve» [«doce»] hace referencia a la duodécima letra del alfabeto inglés, «L», de «ley». **NdE:** «Fuck twelve» es una expresión común que se usa en los países anglosajones contra la policía.

quien apenas podía respirar, y los ruegos de los transeúntes para que se detuviera, Chauvin inmovilizó a Floyd en el suelo y presionó la rodilla sobre su cuello hasta asfixiarlo.

La violencia se sentía en el aire. Multicolores pancartas salpicaban la multitud, como ocurre en manifestaciones como estas. Pero esta vez era distinto. Podía cortarse la tensión con un cuchillo. Se notaba que cada manifestante era parte de una masa cargada de rabia, desbordada: rabia hacia el racismo homicida de la policía; hacia un gobierno homicida que obliga a los trabajadores a exponerse a un nuevo virus mortal para mantener las «infraestructuras clave» —un eufemismo para mantener las condiciones para las rentabilidad empresarial—, todo mientras sus defensores del orden asesinaban brutalmente a sus propios ciudadanos en la calle; y contra el sistema económico homicida que sacrifica la vida por el beneficio, que debe exponer a algunos trabajadores al riesgo de infección mortal porque depende de su fuerza de trabajo, mientras relega al resto a la miseria del desempleo porque las empresas ya no pueden permitírselo. Las dimensiones de clase de la crisis se volvieron evidentes cuando los bancos y grandes empresas se recuperaron rápidamente con 5 billones de dólares en «gasto estatal de emergencia» en los primeros días de la pandemia, mientras que millones de personas simplemente fueron abandonadas, lanzadas a un nuevo desempleo, con apenas unas migajas de apoyo estatal. No se podría imaginar una demostración más clara de cómo el capitalismo antepone la riqueza privada sobre la vida humana.

Cada barrio por el que pasábamos aportaba más gente, engrosando la marcha, con ojos furiosos en busca de una salida, un objetivo. La policía se mantuvo a distancia. Cualquiera que haya participado en una acción colectiva espera ser superado en número por columnas de servidores de la propiedad armados y sin rostro, armados con excedentes

del equipo militar. Pero, de nuevo, esta vez fue diferente, porque fue la policía la que estaba en minoría. A medida que avanzábamos, informes de estallidos similares en todo el país continuaron llegando, esta vez en nuestro camino de regreso al sur para converger con otras multitudes. Nos dirigíamos hacia los puentes levadizos del corazón del Loop, casi todos levantados, como si quisiesen frenar el avance de un ejército. En la confluencia de la avenida North Michigan con el río Chicago no había programa, discurso ni plan, solo una agitación hirviente, una sensación de presión que crecía. En diferentes partes de la multitud comenzaban a sonar cánticos distintos, cada vez más fuertes. Un grupo subió al techo de una furgoneta policial vacía para bailar; algunos chavales rompieron sus ventanas con sus monopatines, otros pintaron con aerosol *Fuck 12* en las puertas, en las paredes y en las señales de tráfico. Desde el norte, una falange de policías antidisturbios a caballo se acercaba a nosotros. Aunque dudaron un momento, sus porras estaban desenfundadas. Sus caballos parecían nerviosos por el sonido de la multitud. Los cánticos subieron de volumen. Algunos intercambiamos miradas nerviosas. ¿De verdad iban a intentar abrirse paso a través de una multitud tan densa, tan furiosa? Botellas y basura comenzaron a volar. Cuando su capitán dio la orden de avanzar, los cánticos se fundieron en un rugido: la obertura de ese grito de verano que se avecinaba.

¡AY, JUNIO!

A comienzos del verano de 2020, las ciudades de todo Estados Unidos ardieron. En Minneapolis, epicentro del levantamiento, una comisaría se incendió. Una encuesta reveló que más del 50% de la población de EE. UU. consideraba que tales acciones estaban justificadas.³ Las imágenes de furgones policiales calcinados, coches volcados y manzanas envueltas en nubes de gas lacrimógeno llenaban los canales de noticias 24 horas, mientras los opinólogos estupefactos se esforzaban por encontrar una narrativa sobre lo que veían. Durante las dos semanas siguientes al Día de los Caídos, los ritmos de la ciudad fueron reemplazados por el conflicto callejero. Sin miedo a enfrentarse a la policía, las multitudes se batieron con policías antidisturbios en escaramuzas callejeras, mientras que unas fuerzas del orden desbordadas fueron incapaces de llevar a cabo siquiera sus funciones básicas de represión y dispersión. Los manifestantes, encapuchados, avanzaban sobre ellos formando falanges de paraguas capaces de resistir los golpes de porra. En Chicago construyeron barricadas improvisadas con contenedores de basura rescatados de los callejones del centro. En Seattle la policía abandonó la comisaría del este después de semanas de choques callejeras, dejando su distrito en manos de los manifestantes. Hubo destrozos, se rompieron cristales, se saquearon fábricas en un frenesí de violencia anticapitalista. La Guardia Nacional fue desplegada en decenas de ciudades gobernadas por demócratas. En la capital del país, el presidente republicano Donald Trump se refugió en un búnker subterráneo mientras la multitud asediaba la Casa Blanca con helicópteros

3. MATTHEW IMPELLI, «54 Percent of Americans Think Burning Down Minneapolis Police Precinct Was Justified after George Floyd's Death», *Newsweek*, www.newsweek.com, 3 de junio de 2020.

militares sobrevolando las alturas. La multitud había vuelto a rugir como fuerza histórica, con una escala y una ferocidad que tomó por sorpresa a la clase dominante estadounidense.

Esta clase tenía razones para preocuparse. Ni siquiera se respetó el orden sagrado de la propiedad privada, lo cual fue preocupante para la élite empresarial y los burócratas estatales desde los primeros días del levantamiento. En términos de participación, los acontecimientos de esa temporada violenta constituyeron la mayor insurrección interna en Estados Unidos desde los años 60, quizá la más grande de su historia. Las primeras estimaciones indicaban que entre 15 y 25 millones de personas participaron en las protestas durante las primeras semanas de junio.⁴ Impulsadas por la juventud, estas movilizaciones multirraciales iban contra una de las formas más extremas de racismo: la violencia estatal contra los negros. Y participaron personas de todo tipo de orígenes étnicos, incluidas muchas blancas,⁵ tanto empleadas y desempleados, con estudios universitarios como sin ellos. Y se extendieron más allá de las grandes áreas metropolitanas, arrastrando a cientos de miles en ciudades pequeñas y medianas de todo el país. Era como si hubiese reventado una presa.

Como era de esperar, los liberales se unieron a los fascistoides en su condena moral de la violencia. Los apóstoles del mercado no toleran profanaciones del templo de la propiedad. En cuanto las palabras dan paso a la acción, todas las frases vacías sobre igualdad racial, todos los grandes mitos de la

4. LARRY BUCHANAN, Quoc Trung Bui y Jugal K. Patel, «Black Lives Matter May Be the Largest Movement in U.S. History», *New York Times*, www.nytimes.com, 3 de julio de 2020.

5. AMY HARMON y SABRINA TAVERNISE, «One Big Difference About George Floyd Protests: Many White Faces», *New York Times*, www.nytimes.com, 12 de junio de 2020.

derecha lamebotas sobre la unidad de la familia estadounidense y todas las diferencias supuestamente irreconciliables entre estos enemigos se desvanecen rápidamente a medida que, rápidamente, los alcaldes demócratas se suman al llamamiento reaccionario de aplastar la rebelión de la clase baja. Como dijo Marx una vez, el partido de la propiedad, independientemente de su color político, solo toma posición cuando el orden mercantil se ve amenazado.⁶ Y cuando el levantamiento de junio se envolvió en los ideales republicanos de libertad, igualdad y justicia para todos, los guardianes de la república respondieron con una sola voz: «¡Ay, junio!».

No sorprende que la institución que representa el brazo más visceralmente represivo del Estado, la policía, sirvió de catalizador y objeto del movimiento. En el país con la mayor población carcelaria del mundo, la brutalidad policial contra los negros convoca a las masas como ningún otro tema. Desde un punto de vista, el caluroso verano de 2020 fue solo la continuación de una combustión lenta. Después de la revuelta suburbana por el asesinato policial de Michael Brown en Ferguson, Missouri, en 2014, se desarrollaron ciclos similares de lucha en Baltimore en 2015, y luego en Baton Rouge en 2016, cuando las muertes de Freddie Gray y Alton Sterling a manos de la policía encendieron la mecha de movilizaciones masivas que duraron semanas. El patrón no es una coincidencia.

Los guardianes armados de la riqueza privada matan a personas a diario. Desde 2013 la policía estadounidense ha sido responsable de un promedio anual de 1100 muertes. Como está ampliamente documentado, esa muestra concentrada de violencia estatal está dirigida de forma desproporcionada contra las personas de color. El año 2021 alcanzó un nuevo

6. KARL MARX, *The Civil War in France* (Cambridge, 1996).

récord de asesinatos policiales: 1136, de los cuales el 28% eran negros, pese a que los afroamericanos constituyen el 13% de la población.⁷ Las personas negras tienen tres veces más probabilidades que los blancos de ser asesinadas por la policía. Las fuerzas policiales urbanas están entrenadas para desplegarse como si ocuparan territorio hostil, recibiendo formación en tácticas antiterroristas como discriminación racial, vigilancia y control de masas.⁸

Pero la aplicación directa de la fuerza es solo la punta de una lanza institucional mucho más extensa: el sistema de encarcelamiento masivo y excepcional de Estados Unidos. El país de la libertad arroja a más personas que cualquier otra nación del planeta, incluida China, que tiene una población cuatro veces mayor. Según la Prison Policy Initiative, «EE. UU. no solo tiene la tasa de encarcelamiento más alta del mundo, también encarela a más personas per cápita que prácticamente cualquier democracia independiente en la faz de la Tierra».⁹ Hasta hace poco, Estados Unidos tenía más presos en sus prisiones que la URSS en el apogeo del

7. ELLE LETT ET AL., «Racial Inequity in Fatal U.S. Police Shootings, 2015-2020», *Journal of Epidemiology and Community Health*, lxxv/4 (abril de 2021), pp. 394-7; JOHN ELIGON y SHAWN HUBLER, «Throughout Trial Over George Floyd's Death, Killings by Police Mount», *New York Times*, www.nytimes.com, 30 de noviembre de 2021; SAM LEVIN, «“No Progress” since George Floyd: U.S. Police Killing Three People a Day», *The Guardian*, www.theguardian.com, 30 de marzo de 2022. Ver el proyecto «Mapping Police Violence» en www.mappingpoliceviolence.us.

8. «With Whom are Many U.S. Police Departments Training? With a Chronic Human Rights Violator — Israel», *Amnesty International*, www.amnestyusa.org, 25 de agosto de 2016.

9. EMILY WIDRA y TIANA HERRING, «States of Incarceration: The Global Context 2021», *Prison Policy Initiative*, www.prisonpolicy.org, septiembre de 2021.

régimen de Stalin. Una vez más, esta represión se aplica de manera desproporcionada a las comunidades negras: aunque constituyen menos del 14 % de la población, los reclusos negros representan casi el 40% de los casi 2 millones de personas encarcelados. Su tasa de encarcelamiento es de 2.306 por cada 100.000, frente a las 450 por cada 100.000 de las personas blancas.¹⁰

Las tasas de encarcelamiento de los afroamericanos comenzaron a aumentar a fines de la década de 1970 y se dispararon a lo largo de las dos décadas siguientes.¹¹ No es casual que este auge coincida de manera perfectamente con la aceleración de la deslocalización industrial, los cierres de fábricas, la automatización y la evaporación del empleo en la industria manufacturera en las comunidades urbanas que, a menudo, se construyeron en torno a esa industria como principal fuente de empleo. A mediados de la década de los 80, el desempleo oficial entre las personas negras alcanzó el 22%.¹² La desindustrialización arrasó con la clase obrera industrial, pero los trabajadores negros se llevaron la peor parte, tal como el radical James Boggs predijo en su libro *The American Revolution*. Boggs enfatizaba que los trabajadores negros serían los primeros en perder sus empleos en una economía capitalista que solo crece a base de expulsar continuamente a trabajadores de sus sectores centrales, tecnológicamente progresistas.¹³ Su predicción se confirma en el impacto desigual de tendencias económicas como el desempleo. Las cifras de desempleo entre los trabajadores negros suelen registrar tasas sistemáticamente dobles a la de los blancos, y aumentan

10. «Race and Ethnicity», *Prison Policy Initiative*, www.prisonpolicy.org.

11. «U.S. Profile», *Prison Policy Initiative*, www.prisonpolicy.org.

12. *Bureau of Labor Statistics*, www.bls.gov.

13. JAMES BOGGS, *American Revolution: Pages from a Negro Worker's Notebook* (Nueva York, 1963), p. 85.

hasta el triple en las frecuentes épocas de crisis del capitalismo. Del mismo modo ocurre con las tasas de subempleo. Lo que los economistas llaman la «tasa de subutilización de la mano de obra», que incluye fuerza laboral precaria, así como a los que actualmente están desempleados pero buscan trabajo activamente, a raíz de la crisis económica de 2008-2009 llegó al 25 % de la fuerza laboral negra, y tardó en caer por debajo del 10% hasta justo antes de la pandemia de coronavirus.¹⁴ Y eso no incluye a la gran cantidad de personas que simplemente han abandonado por completo la búsqueda de trabajo, millones de personas invisibilizadas en las estadísticas oficiales que muestran una tasa de participación laboral en constante disminución desde principios de los 2000.¹⁵

Marx recuerda que las fuerzas productivas son también fuerzas represivas.¹⁶ En las economías capitalistas, el crecimiento de la riqueza y los empleos viene acompañado del crecimiento simultáneo de las poblaciones excedentes. La función principal de la policía en este contexto es contener a esa parte de la población que no encuentra cabida en su propia sociedad: erigir un cordón sanitario entre los desposeídos y los beneficiarios de un sistema que se alimenta de tal miseria. A escala internacional esto se refleja claramente en los millones de personas sin sueldo ni empleo enclaustradas en barrios marginales alrededor de los núcleos metropolitanos,

14. «Total Unemployed, Plus All Persons Marginally Attached to the Labor Force, Plus Total Employed Part Time for Economic Reasons, as a Percent of the Civilian Labor Force Plus All Persons Marginally Attached to the Labor Force», *Bureau of Labor Statistics*, www.bls.gov.

15. «Labor Force Participation Rate», *Bureau of Labor Statistics*, www.bls.gov. Parte de este descenso se debe a factores demográficos, como la jubilación, pero más de dos décadas de descenso o estancamiento indican que hay más fuerzas en juego.

16. Así lo señala también Mario Tronti en *Workers and Capital*, trad. David Broder (Nueva York, 2019), p. 188.

condenados a vivir de las sobras de la economía mundial. De manera conservadora, se estima que esta población es de 1000 millones de personas —el 30% de la población urbana mundial—, aunque es casi seguro que se trata de una subestimación. Tras una primera década de descenso leve, la tendencia se revirtió en 2014, y a fecha de 2019 ya siguió creciendo.¹⁷ Las Naciones Unidas estiman que, de continuar así, este número podría ascender a 3 mil millones de personas para 2030.

Estados Unidos, como era de esperar, ha desarrollado su propia forma patológica de lidiar con el problema. En lugar de un Estado del bienestar, recurre al encarcelamiento masivo y la vigilancia policial como políticas de facto para administrar su población excedente: la porción creciente de población destinadas al desempleo, el subempleo y la privación, es decir, esencialmente a la inexistencia económica. La violencia estructural del sistema de «justicia penal» se concentra donde la brutal historia estadounidense de subyugación racial se encuentra con el propósito de clase de la policía: proteger la propiedad controlando a los desposeídos. Aquellos que han sido expulsados de una vida económica habitable, junto con los subempleados, los mal pagados y los sobrexplotados, forman el nuevo y creciente ejército de reserva de mano de obra, cuya certeza de que el sistema ha cancelado su futuro se manifiesta ocasionalmente en temporadas de rabia que bautizan con fuego las ciudades del país.

17. UNITED NATIONS, «Sustainable Development Goal 11», 2018, www.unstats.un.org.

ESPLENDOR Y MISERIA DEL POPULISMO

No es casualidad, por tanto, que la policía se haya convertido en el centro y el objeto de las luchas sociales contemporáneas. Después de cada asesinato policial de una persona desarmada, tras cada ciclo de levantamiento y represión dirigido a quienes no tiene parte en esta sociedad, la figura del policía se politiza aún más como el rostro racista de la guerra de clases estadounidense. La rebelión por George Floyd demostró cómo el policía puede personificar el sistema más general de dominación corporativa ante un movimiento enorme, diverso y combativo. Por supuesto, el movimiento finalmente se extinguió, socavado desde afuera por la represión estatal directa, y desde adentro por el habitual elenco de profesionales sin fines de lucro y oportunistas del Partido Demócrata, cuya función en tales momentos es desmovilizarlos y neutralizarlos desviándolos hacia los canales institucionales. Pero mientras duró fue suficiente para enfrentar la difícil cuestión del poder, de la competición concreta entre fuerzas opuestas, en una escala pocas veces vista en la historia reciente de los Estados Unidos. Como estallido de la mayoría contra los sirvientes armados de una minoría, exhibió con vividez la dimensión horizontal de la política: la consolidación de diferentes grupos o corrientes de toda la sociedad en una sola formación, orientada en la misma dirección. Cómo pudieron las diversas fuerzas que impulsaron la rebelión encontrar expresión institucionalmente —es decir, en la dimensión vertical de la política— sigue siendo una pregunta abierta.¹⁸ El populismo, tanto en su teoría como en su práctica, ofreció un tipo de respuesta.

18. «Left-Populism on Trial: Laclauian Politics in Theory and Practice», *Theory and Event*, xxiii/3 (julio de 2020), pp. 740-64.

Desde la primera derrota de Bernie Sanders hasta la victoria de Donald Trump frente a Hillary Clinton, pasando por la segunda derrota de Sanders y la victoria de Joe Biden, el período de aproximadamente cinco años que va de la primavera de 2015 a la de 2020 abarca el auge y la caída del más reciente momento «populista» en la política estadounidense. Tanto Sanders como Trump se presentaron como vehículos de un movimiento más amplio que se oponía a un consenso hegemónico vigente durante décadas que sostenía que los mercados libres y el comercio global, el capitalismo desregulado, ofrecerían los mejores resultados para la sociedad en general si simplemente se les permitiera desarrollarse de manera natural. Desde la izquierda, la campaña de Sanders se propuso ser el vehículo electoral y el heredero político del movimiento Occupy que había surgido unos cuatro años antes. Su apuesta era que hacer campaña basada en reformas socialdemócratas revestida de la retórica propia de Occupy del 99% contra el 1%, el pueblo contra los multimillonarios, encendería un movimiento de masas que podría servir de base para una nueva mayoría política. Compartía estos supuestos con partidos y campañas similares en distintas partes del mundo, que intentaban salvar la distancia entre las masas y los partidos con la misma lógica populista. Examinar su destino compartido puede ser revelador.

Los activistas que ocuparon los centros simbólicos de las ciudades estadounidenses en el otoño de 2011 formaron el eslabón estadounidense de una cadena internacional de levantamientos detonados por la Gran Recesión. Extendiéndose como un reguero de pólvora a más de cincuenta países entre 2010 y 2013, el movimiento de las plazas surgió en el contexto de las medidas de austeridad impuestas globalmente tras la recesión. Establecer los porígenes de los procesos históricos siempre es difícil, pero podría decirse que todo comenzó con los manifestantes de las «Camisas Rojas» de

Tailandia, cuyas masas ocuparon Bangkok y se enfrentaron en repetidas ocasiones al ejército del país en la primavera de 2010. A ellos les siguieron en rápida sucesión protestas estudiantiles masivas en el Reino Unido, huelgas generales en Francia contra la reformas de las pensiones, manifestaciones contra la austeridad en Grecia, los indignados en España y, por supuesto, las revoluciones que se extendieron por casi todo el mundo árabe en la primavera de 2011. En el mismo año, las protestas estudiantiles masivas y combativas en Chile provocaron una ola de insurrección que pronto se extendió por todo el país. A principios de 2012, las ocupaciones y las huelgas masivas sacudieron Nigeria, el país más poblado de África, después de que el gobierno anunciara la eliminación de los subsidios a los combustibles.¹⁹ Aunque motivadas por causas diversas, estas protestas estaban a menudo unidas por el telón de fondo de la depresión económica cada vez más profunda. Continuaron en todo el mundo en 2012, aunque en una escala algo menor.²⁰ La relativa calma que siguió se rompió en las protestas en mayo de 2013 de Gezi en Turquía, en las que se movilizaron unos 3,5 millones de personas en todo el país contra la autocracia neoliberal de Recep Tayyip Erdoğan. El hilo conductor de todos estos episodios fue un discurso que los enmarcaba como las masas empobrecidas contra la oligarquía corrupta —o, como se decía entonces, el 99% contra el 1%—.

Los partidos y corrientes que surgieron de esta marea global —como el ala de Corbyn del Partido Laborista británico, Podemos en España, Syriza en Grecia, La France Inoumise, el Partido Democrático de los Pueblos en Turquía (HDP)

19. DANNY SCHECHTER, «#OccupyNigeria Shows the Movement's Global Face», *Al-Jazeera*, www.aljazeera.com, 23 de enero de 2012.

20. MAX FISHER, «The Global Spike in Protests, Tracked in Social Media and Visualized», *Washington Post*, www.washingtonpost.com, 15 de octubre de 2012.

o, por supuesto, la corriente de Sanders del Partido Demócrata— practicaban un populismo consciente de sí mismo. Aquí, uso la palabra «populismo» no en su sentido centrista, como cualquier tipo de tendencia que se opone de forma irresponsable al centrismo político, sino en el sentido técnico de un discurso que evita las oposiciones entre obreros y capitalistas, ni entre la izquierda y la derecha, sino entre «el pueblo» y «la élite». En los casos griego, español y francés, los líderes de los partidos adoptaron explícitamente la teoría populista de la política articulada por el teórico político argentino Ernesto Laclau. Su teoría se basa en que las coaliciones políticas se forman en relación con una figura, símbolo o imagen que condensa una gama mucho más amplia de demandas. En el caso turco, por ejemplo, la figura de Erdoğan concentró las preocupaciones sobre la corrupción, la protección ambiental, la oposición a las políticas neoliberales, los partidarios del secularismo constitucional, la brutalidad policial, la libertad de expresión, etc. Al actuar como antagonista común —lo que Laclau llama un «significante vacío»—, esta figura permite que intereses diversos, a veces incluso contrapuestos, se perciban a sí mismos como parte de una fuerza política unificada. Al representar algo distinto para cada grupo, los significantes vacíos actúan como el pegamento que mantiene unidas las distintas identidades e intereses que forman los movimientos sociales contemporáneos.

Al menos eso dice la teoría. En la práctica, el giro populista ha ofrecido resultados, por decirlo de manera suave, mediocres. Los partidos populistas europeos han cedido las medidas de austeridad que antes denunciaban (Syriza), se han estancado electoralmente (Podemos, La France Insoumise) o simplemente no han logrado despegar, como la abortada

campaña *Aufstehen* de Die Linke.²¹ En el Reino Unido y los Estados Unidos las campañas de Corbyn y Sanders fueron derrotadas estrepitosamente en las elecciones: la primera, por el payaso pro-Brexit Boris Johnson y la segunda, por Joe Biden, el heredero somnoliento del antiguo régimen centrista. En Turquía el HDP ha sido reprimido hasta quedar reducido a la insignificancia, y sus principales dirigentes han sido encarcelados bajo acusaciones falsas de vínculos terroristas. Los dos principales partidos populistas de Italia —el ideológicamente amorfo Movimiento 5 Estrellas (M5S) y la ultraderechista Liga Norte— se unieron para respaldar un gobierno encabezado por Mario Draghi, uno de los tecnócratas europeos, símbolo de todo lo que esos partidos decían combatir. En un país tras otro la ola populista ha chocado con los escollos del poder financiero transnacional, electorados apáticos y un resucitado centro político.

América Latina constituye una excepción. Allí, una resurgente «marea rosa» ha devuelto a los gobiernos de izquierda al poder en buena parte de la región —en algunos lugares, como México y Perú, por primera vez—.²² Con plataformas

21. **NdE:** *Aufstehen* [Levántate] fue un movimiento político alemán fundado en 2018 por Sahra Wagenknecht, Oskar Lafontaine y Dietmar Bartsch, entre otros, con el objetivo de unir a la izquierda alemana en un frente común contra la austeridad y el neoliberalismo, tratando de recuperar a aquellos votantes preocupados por el aumento de la inmigración en Alemania tras 2015. El movimiento se disolvió en 2019, aunque sus miembros se dividieron entre Die Linke y, más tarde, la Alianza Sahra Wagenknecht, para las elecciones de 2024 y 2025.

22. THEA RIOFRANCOS y DAVID ADLER, «Gabriel Boric and Latin America's New Pink Tide», *New Statesman*, www.newstatesman.com, 11 de marzo de 2022. A finales de 2022, el presidente peruano Pedro Castillo fue destituido cuando intentó disolver el Congreso y gobernar por decreto en respuesta a las acusaciones de «incapacidad moral»

que combinan antimperialismo, derechos indígenas, educación y sanidad públicas, desarrollo económico igualitario, protección del medio ambiente y un impulso general para una profundización en la participación democrática, esta nueva ola de izquierda juega en América Latina dentro de la lógica populista de la política. El continente que le dio a Laclau su ejemplo clásico de populismo, el régimen peronista argentino de posguerra, sigue siendo una de las regiones políticamente más dinámicas. Sin embargo, estos gobiernos se enfrentan a un terreno desalentador: los niveles de deuda pública sigue siendo altos; la economía mundial sigue paralizada por los efectos persistentes de la pandemia del COVID-19, lo que contribuye a una nueva ola inflacionaria en el Norte Global. Y debido a que una gran parte de la deuda latinoamericana está en dólares, esta es muy vulnerable a la subida de los tipos de interés en Estados Unidos, lo que podría desencadenar una recesión masiva continental, como lo hizo la última vez en los 80. Y, por si fuera poco, la superpotencia del norte sigue siendo tan hostil como siempre a cualquier forma de autodeterminación democrática o económica en América del Sur. Con este contexto en mente, los oligarcas locales y los reaccionarios bien organizados se están movilizand para desestabilizar y socavar a los nuevos gobiernos populares recién elegidos en todo el continente.

Al prescindir del lenguaje de clase y capital, tanto en la teoría como en su práctica, el populismo permite imaginar el potencial de coaliciones del «pueblo». Pero al final, esta misma

de un Congreso casi universalmente despreciado por todo el país. Este hecho desencadenó una nueva ola de protesta popular, ya que los partidarios del presidente depuesto salieron a las calles para exigir nuevas elecciones, una demanda apoyada por buena parte del resto del país. Las violentas medidas represivas del Estado han provocado al menos 48 muertes en una revuelta que seguía en curso al momento de redactar este libro.

fuerza es contraproducente. Al desligarse de la geografía internacional de la clase tiende a encerrar sus apelaciones dentro de un marco nacionalista, porque la soberanía del pueblo implica el vehículo moderno del Estado-nación. Los Estados organizados sobre la base de la nacionalidad presuponen una noción de identidad colectiva que trasciende las divisiones de clase, tanto dentro como fuera de las fronteras: se supone que los trabajadores tienen más en común con sus patronos que con los trabajadores de otros países que comparten condiciones similares de vida, a quienes se ve como competidores. En ese marco, la colaboración de clases está implícita en la idea de soberanía nacional. En un mundo dividido en Estados-nación independientes y competitivos, los llamamientos al pueblo no suelen superar las fronteras que la limitan. La competencia con otros «pueblos» por sobrevivir en el mercado mundial capitalista es una constante inevitable de la política populista que neutraliza a sus actores democráticos y socialistas.

El estilo populista es una ventaja natural para los derechistas, que prosperan en ese terreno. En particular, empodera a los chovinistas nacionales al permitirles situar a la «élite» enemiga fuera, como una amenaza extranjera. Entonces, el enemigo externo no tarda en convertirse en enemigo interno, ya que cualquier desobediencia interna es demonizada como «subversión», «interferencia extranjera» o incluso «insurgencia» de alguna manera conectada con adversarios internacionales oficiales.²³ La disidencia es criminalizada en nombre de la estabilidad de la familia nacional. Un ejemplo destacado de la deriva paranoica en la derecha estadounidense serían los supuestos vínculos entre formaciones antifascistas y George

23. MARTIN SCHOOTS-McALPINE, «Anatomy of a Counter-Insurgency: Efforts to Undermine the George Floyd Uprising», *Monthly Review*, www.monthlyreview.org, 3 de julio de 2020.

Soros, o las acusaciones por parte de las personalidades de los medios de comunicación de que Black Lives Matter está financiado por la República Popular de China. Hoy por hoy, el agotamiento del desarrollo capitalista alimenta una sensación creciente de parálisis política y crisis social, que allana el camino para líderes que prometen enfrentar a los globalistas malvados y sus cómplices locales, cualesquiera que sean. De un modo u otro, el gobierno autoritario siempre se justifica como la promesa de recomponer la unidad nacional frente a amenazas desde arriba como desde abajo.

Más allá de los problemas del concepto de «pueblo» como marco político, el populismo tiende a oscurecer el terreno real del poder. En la práctica, los movimientos populistas se han centrado en acceder a las instituciones legislativas del gobierno representativo para ampliar la representación democrática. La suposición es que al construir gradualmente un bloque de gobierno progresista, esas instituciones podrían convertirse en los vehículos para hacer realidad demandas largamente postergadas en torno a la igualdad económica, racial y de género. Las instituciones, si bien están dominadas por intereses de élites adineradas, no son inherentemente conservadoras. Más bien, son un campo de batalla disputable. Esta idea es central para el concepto de hegemonía dentro de la teoría populista, que comparte con el liberalismo tradicional la noción de que el Estado es neutral. Al articular bien las demandas y participar en un choque ideológico efectivo con las ideas de las élites, los movimientos populares podrían ganar una mayoría amplia de bases de apoyo —la hegemonía— que les dé un mandato democrático para implementar políticas transformadoras. Esta es la política de lo «nacional-popular», para usar el término del teórico clásico de la hegemonía, Antonio Gramsci. Pero como demuestra de manera concluyente la experiencia de la última década, esta visión no capta la verdadera naturaleza del Estado.

CAPITAL, CLASE Y ESTADO

Contrariamente a la teoría de la hegemonía, el Estado no es neutral. Tampoco actúa simplemente como un administrador de los intereses de los multimillonarios. Se trata, más bien, del tipo de Estado específicamente capitalista, el Estado nación. Su forma aparentemente imparcial y burocrática, basada en la división entre la política y la economía, expresa justamente su carácter de clase. Los gobiernos de los Estados capitalistas tienen la tarea de salvaguardar el orden fundado en la propiedad privada y el libre intercambio que estos presuponen y que legitiman ideológicamente. A su vez, las instituciones modernas de la propiedad y el mercado presuponen una economía basada en la producción de mercancías: productos y servicios hechos explícitamente para ser intercambiados, con el fin de enriquecer a su propietario, no para ser consumidos o utilizados por los productores. Esto implica una oposición fundamental entre los que controlan los medios de producción para obtener ganancias y quienes hacen el trabajo, pero están separados tanto de los medios que utilizan como de su producto, el cual es tomado por el propietario para ser vendido. Por tanto, en la práctica, salvaguardar el dominio de la propiedad y los mercados equivale a preservar la relación de clase entre trabajadores y capital, de modo que el capital pueda seguir apropiándose del producto excedente de la fuerza de trabajo, la condición necesaria para que las economías organizadas sobre el capitalismo puedan expandirse.

En este tipo de economías, todas las actividades comerciales y productivas se llevan a cabo para obtener ganancia, interés o renta: la porción del producto social total generado por la clase trabajadora que excede lo que necesita para reproducirse. Es decir, el objetivo es capturar el plusvalor que la clase produce, el cual es mayor que el valor de su fuerza de

trabajo, que a los trabajadores se les retribuye en forma de salario. Por lo tanto, el sistema funciona sobre la base de la explotación. Pero esto presenta una paradoja. La empresa, como entidad económica, se preocupa por las ganancias, no por el bienestar de su fuerza laboral. Al tener como fin principal extraer beneficios, existe una presión natural para presionar a los trabajadores a trabajar durante más tiempo, cada vez más duro, por un salario mínimo. Así, el capital fijo se utiliza de manera eficiente, se minimizan los costes y los rendimientos de la inversión se maximizan. Para la empresa, los trabajadores no son personas sino inversiones sujetas al mismo impulso de rentabilidad que cualquier otro capital invertido. Si se dejara que la lógica de la explotación se desarrollara sin freno, en algún momento la remuneración caerían por debajo del valor de la fuerza de trabajo, dificultando, cuando no imposibilitando, la reproducción de la clase obrera, la fuente del plusvalor. El resultado final lógico del empleo privado es la destrucción de sus propios empleados, es decir, la fuente última de las ganancias. Son contradicciones inmanentes como esta las que hacen necesaria la intervención del Estado debe como autoridad general. Su función principal es la preservación de las relaciones sociales capitalistas frente a las propias tendencias del capital. En este tipo de sociedad, la dominación de clase asume necesariamente la forma de administración pública.

En la era moderna, el Estado-nación es la forma universal adoptada porque refleja el concepto igualmente universal y moderno de la soberanía popular. En teoría, sirve para representar la voluntad democrática de su pueblo. Sin embargo, las relaciones de clase están integradas en el propio ADN del Estado-nación, que las expresa a través de la política del interés general. Y dado que estas relaciones de clase son transnacionales —una relación entre la clase trabajadora global y la clase capitalista igualmente global, que trasciende las

fronteras de cualquier país—, la forma nacional de gobierno resulta incoherente, ya que la dominación de clase que se construye en ella impide que un verdadero autogobierno sea realmente alcanzable. El ideal moderno de la soberanía popular, de un pueblo que se gobierna a sí mismo y determina su propio destino, no puede realizarse dentro del marco del Estado-nación.

Para ilustrarlo con un ejemplo esclarecedor: los funcionarios estadounidenses han llevado a cabo una nueva Guerra Fría contra China en nombre de la autodeterminación. Supuestamente, los vínculos entre las economías de Estados Unidos y China se han convertido en amenaza para la seguridad nacional, lo que justificaría que EE. UU. se desacople de China y repatriase su industria en sus propias fronteras. Esto, en teoría, fomentará una reactivación industrial que restauraría la prosperidad nacional. Pero los dos países siguen dependiendo unos de otros de forma que no se pueden separar tan fácilmente: los bancos y las grandes firmas financieras de EE. UU. necesitan acceso al enorme mercado financiero chino para garantizar sus ganancias futuras, y las industrias chinas siguen necesitando el acceso al lucrativo mercado de consumo estadounidense para sostener su crecimiento.²⁴ Además, como se explicó en capítulos anteriores, las empresas estadounidenses necesitan importar bienes baratos para mantener bajos los salarios reales de los trabajadores, mientras que sus multinacionales dependen de la explotación de la mano de obra extranjera, sobre todo en China. Estos acuerdos garantizan la continua rentabilidad de las corporaciones, acuerdos que los gobiernos nacionales

24. PETER S. GOODMAN, «Why Chinese Companies Are Investing Billions in Mexico», *New York Times*, www.nytimes.com, 3 de febrero de 2023; LAURA HE, «China Is Still the Ultimate Prize that Western Banks Can't Resist», *cnn Business*, www.cnn.com, 14 de enero de 2022.

pueden intentar eliminar en nombre del interés nacional, pero solo a costa de socavar la base económica de su poder político y comprometiendo su existencia.

El concepto de autodeterminación nacional es inherentemente irracional. Pero esta contradicción no hace más que alimentar la competencia entre Estados-nación y fortalecer la conciencia nacionalista, precisamente porque el ideal es inalcanzable, una visión de armonía que siempre se aleja, como el horizonte, con cada decepcionante informe de crecimiento del PIB, cada reconocimiento de que las políticas económicas nacionales no basta para ayudar a la gente, cada mantra sobre la necesidad de ser más competitivos.

Cada Estado-nación ocupa un lugar diferente en la división internacional del trabajo que estructura la producción, el transporte, la distribución y el consumo de mercancías. Estados Unidos, por ejemplo, se caracteriza por una baja productividad promedio del trabajo, un sector financiero en metástasis y un consumo masivo sostenido en gran medida por el crédito y las importaciones baratas. Por el contrario, países como China y Alemania presentan una productividad laboral elevada, un menor consumo y regímenes de crecimiento centrados en torno a la exportación de bienes. Cada país cuenta con una constitución política diferente: EE. UU. tiene un sistema presidencial con una legislatura bicameral; Alemania cuenta con un gobierno parlamentario liderado por una coalición con un canciller; la República Popular de China todavía se identifica como el Estado obrero construido por Mao-Tse-Tung tras la Revolución. A pesar de estas diferencias, todos se organizan como Estados-nación que afirman representar la voluntad y la autodeterminación de su pueblo. Todos están basados en un régimen de vida económica privatizada donde los trabajadores, los productores, no son dueños de los medios de producción. En lugar de

producir para satisfacer las necesidades humanas, el trabajo de los trabajadores en estos países está se dirige a obtener ganancias para los propietarios nacionales y extranjeros de los medios de producción. Todos forman parte de un sistema internacional de Estados-nación que compiten dentro de la jerarquía imperialista global para remodelar dicha jerarquía a su favor. Como tales, sus gobiernos están subordinados a la exigencia de expandir el capital mediante la apropiación del producto excedente del trabajo, bajo pena de desaparecer. Pero como ha informado la Organización Internacional del Trabajo, la fuerza laboral mundial apenas crece.²⁵ Y una reserva de trabajo cada vez menor significa un plusvalor cada vez menor.

En un contexto global de bajada del crecimiento general, la competencia por un superávit menguante impulsa la fusión del poder público y privado en todos los Estados principales, sin importar sus formas constitucionales o ideológicas. Según lo analizado anteriormente, los gobiernos se ven obligados a intervenir en la economía privada a una escala cada vez más drástica solo para sostener las tasas de crecimiento ya de por sí insuficientes. Este es el contexto para entender la política contemporánea. La hegemonía, el dominio de ciertas ideas sobre la sociedad, no se gana mediante una articulación discursiva brillante, que luego abra, como dice la teoría populista, el camino para un cambio radical. El cambio radical ocurre a través de la crisis económica, solo después los ideólogos tratan conceptualizarlo. La hegemonía ideológica del nacionalismo actual tiene sus raíces en la incapacidad de la economía capitalista privada para superar sus propias barreras al crecimiento, y lo que empuja a los Estados-nación a reafirmar el poder estatal como un intento de resucitar ese crecimiento.

25. ILO, *World Employment and Social Outlook*, 2019, p. 7.

Como ha quedado dolorosamente claro en la última década y media, los regímenes políticos de las élites no se reagrupan sobre la base de una consideración racional de ideas que luego se aplican a través de políticas. Los actores estatales articulan sus políticas de manera más o menos aleatoria mediante experimentación pragmática en respuesta a circunstancias en constante cambio. La teoría y la ideología evolucionan para reflejar estos desarrollos después de los hechos. Las leyes y las normas importan poco cuando la prerrogativa primordial del Estado no es comprender los acontecimientos económicos ni actuar para darles forma, sino simplemente seguir sobreviviendo. En la sociedad capitalista, eso significa preservar a toda costa la existencia de un sistema cada día más rígido de propiedad privada basado en el mercado.

En estas condiciones el centro político considera los bloques de izquierda no como posibles socios de gobierno, sino como un lastre que pone en peligro un régimen económico ya debilitado en el que el crecimiento escasea, y que potencialmente traba el proyecto de competencia imperial internacional por los mercados y los recursos. Por eso, el centro adoptará el mismo tipo de actitud defensiva que adoptarían frente a cualquier amenaza al interés nacional, que, como ya vimos, expresa las relaciones de clase concretas. Después del shock inicial de 2015-16, cuando fue sorprendido por una oleada de desafíos tanto desde la derecha como de la izquierda política, el centro ahora ha adoptado una postura activamente combativa, especialmente contra su flanco izquierdo.

En nombre de un mundo moribundo, el repliegue centrista ha derrotado el breve resurgimiento de la socialdemocracia en el Norte Global. La izquierda parlamentaria, en sentido amplio, ha sido neutralizada; sus objetivos, frustrados. Los Estados están evolucionando hacia formas centralizadas de nacionalismo neoimperialista. La guerra se respira en el

ambiente. Teóricamente desarmado y agotado en la práctica, el populismo de izquierdas ha llegado a su fin. Sin embargo, la teoría populista sigue captando algo fundamental sobre las condiciones de la política de masas contemporánea. La política gira en torno a las identidades y las figuras de líderes, para bien o para mal; vive a través de las imágenes virales, de los ecosistemas de Internet, e invoca demandas: exigencias de trabajo digno, de control sobre nuestro propio tiempo, de un planeta habitable, de una vida que merezca la pena. Se trata de todo intento colectivo de imaginar y construir otra forma de vida. El error del populismo fue pensar esta experiencia relativizada como una forma más de identidad personal ligada a los ingresos, y la guerra contra el capital como un signifiante flotante más. En realidad, estas son manifestaciones de vivir la relación de clase.

La clase no es una posición económica estática como «clase trabajadora» o «clase media», sino la posición relativa en el proceso de producción dentro del circuito global del capital. Al llevar a cabo sus distintos trabajos, un trabajador en Shenzhen, como un programador en Silicon Valley, un estudiante de doctorado en Toronto, un empleado de tienda minorista en Barcelona, un minero del sur del Congo y un ingeniero de logística en Ciudad de México, todos facilitan la producción y distribución de plusvalor que va a parar a manos de los propietarios del capital, así como de los medios de la sociedad para reproducirse materialmente. Al hacerlo, reproducen la base de clase del sistema, sin importar lo que puedan imaginar sobre su trabajo. La relación de clase y la fuerza de trabajo que la reproduce son un proceso social y político. Como tal proceso objetivo, pueden ser vividos, imaginados y articulados de maneras radicalmente distintas. La identidad de clase se construye sobre la base de la experiencia: la de los excluidos, los endeudados, los trabajadores, los agotados que se dan cuenta de que, por mucho que se

esfuercen, nunca se bajarán de la rueda. No se da de antemano: existe solo *in potentia*, en la experiencia universal de la enajenación social que comparten de alguna manera la mayoría, y que se enraíza en la enajenación de la fuerza de trabajo respecto de sí misma, la separación básica sobre la que se funda el capitalismo.

Una definición amplia de la clase exige un determinado enfoque táctico político. Aquí ofrezco uno de esos enfoques a través de tres perspectivas superpuestas: el escenario, la fábrica y la calle. Los límites son permeables, pero se corresponden a grandes rasgos con una antigua concepción, ya presente en Aristóteles, en la que la política puede ser entendida como las relaciones cambiantes entre el Uno, los Pocos y los Muchos. Pero el hilo que une estas escenas es el concepto de mediación: la necesidad continua de una figura, imagen vívida o idea que actúe como punto de referencia para las diferentes líneas de fuerza dispersas que recorren las masas, que no sirva como un programa o ideología, sino como una estrella polar que permita a los fragmentos dispersos de rechazo converger en un punto común. Ese punto aún está por definir; su contenido no puede especificarse de antemano, pero puede soñarse, representarse, gritarse. Como fuerza política, la clase es la actualización incesante de este potencial.

EL ESCENARIO, O LA POLÍTICA DE LA IMAGEN

La composición de la clase no se da automáticamente. Es un proceso entrecortado que se desarrolla en el terreno desigual del conflicto político y económico. A veces surgen ciertas imágenes que galvanizan a las masas. U ocurre un incidente aparentemente fortuito que atrae a miles. Algo sucede que

despierta repulsión, seguida rápidamente por indignación. Las imágenes horrorizan, los rumores se propagan, la rabia se aviva. Las calles forjan emociones candentes en la acción colectiva. A medida que las personas ven a los demás comenzar a actuar, las emociones antes sentidas en privado se catalizan en motivos compartidos. Ver actuar a otros alimenta el deseo de actuar uno mismo. Los estallidos de lucha de clases suelen tener un carácter viral y explosivo. Se despliegan con su propio impulso interno, impulsados por la lógica de la mimesis: el impulso de imitar lo que se ve.

La política es inevitablemente visual. Está mediada por las imágenes que circulan en las pantallas, por el juego electoral, por los tertulianos que intentan frenéticamente apuntalar una legitimidad que se desvanece, por los medios virales, por la afirmación emocional al ver a otros actuar. Las imágenes políticas pueden agudizar las divisiones de clase, visibilizándolas, como cuando surge una multitud históricamente multirracial ante una grabación explícita de la brutalidad policial racista, como en la rebelión del asesinato de George Floyd. Y pueden hacerlo a escala internacional: la imagen de Floyd se extendió a murales y movimientos en decenas de países durante el verano de 2020. También pueden atenuar sus divisiones, como cuando políticos o figuras de los medios, haciendo gestos simbólicos hacia la causa, instan solemnemente a esos mismos manifestantes a desahogar su ira a través del medio oficial: las urnas. Los medios de comunicación y las instituciones políticas movilizan y desmovilizan, galvanizan y difunden. Son el escenario, el dominio de conflicto sobre el sentido y el significado de las imágenes.

Si la identidad de clase no está predeterminada, sino que se moldea de forma indeleble por una experiencia compartida, entonces los radicales no pueden eludir la necesidad de articular esa experiencia, de describirla como el proceso de

aprendizaje colectivo de una clase que se forma a sí misma de manera irregular. Si la izquierda renuncia al terreno simbólico de la política, entonces será monopolizado por los cultos a la muerte que promueve la derecha. En una época de creciente militarismo y xenofobia alimentados por la intensificación del imperialismo de las grandes potencias, a su vez agravado por el declive de la economía mundial, esta abdicación representa una seria irresponsabilidad. La teoría populista entiende esta situación. Su atención al papel fundamental de la mediación en la política sigue siendo su aporte más importante.

Según esta teoría, un movimiento unificado compuesto por tendencias, intereses y objetivos diversos se une mediante significantes flotantes en los que todos los diferentes participantes pueden verse reflejados, o identificar a sus enemigos comunes. En otras palabras, a una formación horizontal de personas se le da coherencia a través de una figura vertical con la que pueden identificarse. Los políticos suelen desempeñar este papel, convirtiéndose en avatares de un electorado más amplio. Recordando los términos de Aristóteles, esta es la política del Uno. El riesgo inherente a este enfoque es una sobredimensión del líder, del verticalismo de la política. Este verticalismo fuera de lugar fue clave en la derrota de la campaña de Sanders, que asumió que, al llegar al nivel más alto de los medios de comunicación y las instituciones políticas en una elección presidencial, articular el mensaje adecuado, y ganar las primeras elecciones primarias bastaría para desbloquear el poder de las masas desencantadas. Sin embargo, a pesar de que hizo eso, el movimiento nunca se materializó. Persistía un fuerte desequilibrio de poder entre el bloque insurgente dentro del Partido Demócrata y su régimen establecido que, una vez reagrupado, demostró poder

derrotar fácilmente a su adversario emergente. Ahora, con el centro político recortado, la única salida lógica es centrarse en ese desequilibrio de poder.

LA FÁBRICA, O EL TRABAJO Y SUS SECUELAS

En pocas palabras, la fábrica es el ámbito del trabajo en todas sus dimensiones. Abarca todos los conflictos relacionados con el empleo directo de la fuerza de trabajo para extraer beneficios que impulsen la expansión corporativa, así como la explotación del tiempo de trabajo excedente a través de formas asalariadas o cuasi-asalariadas. Espacialmente, abarca a todos los trabajadores que producen de algún modo para el mercado mundial; temporalmente, engloba la totalidad de los regímenes de crecimiento económico, ya que estos conectan a los trabajadores a través de la división global del trabajo. Sus conflictos siguen las líneas de fractura de la economía mundial, que estallan en terremotos a lo largo de ciclos de crisis que pueden durar años o incluso décadas. De la misma forma que la concentración del capital vuelve superflua la fuerza de trabajo, aunque siga dependiendo de él, la fábrica es el terreno de los Pocos: el poder potencial de la organización obrera para tener un impacto sobre los puntos críticos de presión de una economía capitalista decadente.

En el mercado mundial, la resistencia de los trabajadores en el núcleo del sistema productivo se conecta con los conflictos en los lugares donde sus mercancías se convierten en dinero, donde se realiza el plusvalor creado por su fuerza de trabajo. A pesar de pertenecer a distintas empresas, los trabajadores de la línea de montaje en Guangzhou en huelga por impago de salarios y los trabajadores en Nueva York que se dedican a organizar almacenes donde los productos esperan a ser vendidos ocupan dos eslabones de un mismo circuito

global del capital: la producción de plusvalor y su realización como dinero. Sea cual sea la forma que adopten, los conflictos organizados a lo largo de estas líneas están inherentemente interconectados dentro del mundo de la producción, el proceso inmediato de producción de valor.

Pensemos en la evolución del Delta del Río Perla de China, antiguo centro industrial del mundo. En 2011, el gobierno de la República Popular China lanzó una nueva y ambiciosa ley destinada a ofrecer, por primera vez, una red de seguridad social integral a los trabajadores chinos, incluyendo pensiones, seguro de desempleo, baja por maternidad e indemnizaciones por lesiones en el lugar de trabajo. Esta ley llegó como una respuesta directa a un importante aumento de los disturbios laborales en la región, corazón industrial del período de rápido crecimiento de China. Con el colapso de la economía mundial tras la Gran Recesión, una ola de huelgas histórica sacudió la zona, particularmente entre los trabajadores migrantes que trabajaban en la industria del automóvil y textiles de Guangdong. Provocada por la indignación por una serie de suicidios de trabajadores en fábricas de Foxconn, la insurgencia se convirtió en chispa que se propagó como un incendio forestal a cientos de fábricas e involucró a decenas de miles de personas —70.000, según los periódicos chinos, aunque probablemente fueron muchos más—. Foxconn fue y sigue siendo uno de los principales proveedores de Apple, por lo que los conflictos en el Delta tienen consecuencias globales. Las protestas laborales en la región se contaban en miles, de forma esporádica pero consistente en los dos años siguientes, en un país donde cada huelga es, por definición, una huelga salvaje.²⁶ En el verano de 2014, estalló una de las mayores huelgas del decenio en

26. ELI FRIEDMAN, «China in Revolt», *Jacobin*, www.jacobin.com, 1 de agosto de 2012.

una fábrica de zapatos en Dongguan, cuando Cui Tiangang, un trabajador lesionado, descubrió que su empresa no iba a cumplir con el pago de acuerdo con la ley de seguro social. Su caso encendió un malestar ya latente. Más de 40.000 trabajadores participaron durante dos semanas.

No sorprende que desde ese período de sostenida conflictividad laboral, el Delta haya vivido cierres masivos de fábricas, mientras la manufactura china se traslada al interior del país, más barato y con menor resistencia sindical.²⁷ Como se ha desarrollado en un país tras otro del Norte Global, la base industrial se ha reorganizado, a menudo siguiendo planificaciones oficiales, hacia una economía más elegante y más basada en los servicios, con centros de producción altamente automatizada enfocados en la producción de bienes de alta tecnología como las telecomunicaciones, la biotecnología y la farmacéutica.²⁸ Al comenzar a experimentar sus propios ciclos de desindustrialización, la economía china está reflejando, poco a poco, la trayectoria del viejo núcleo industrial global. Como zona de compromiso, lo que se llama fábrica abarca todas las actividades de los trabajadores que impactan directamente en la relación capital-trabajo mundial, obligándola a evolucionar a lo largo de un camino histórico en espiral y plagado de crisis. Los conflictos

27. KATHY CHU, ANJIE ZHENG, y CHUN HAN WONG, «China Wrestles With Wage Dilemma», *Wall Street Journal*, www.wsj.com, 26 de julio de 2016.

28. PETER WONG, «How China's Pearl River Delta Went from the World's Factory Floor to a Hi-Tech Hub», *South China Morning Post*, www.scmp.com, 6 de octubre de 2015; JASON JIA-XI WU, «Chinese Regional Planning Under Xi Jinping: The Politics and Policy Implications of the Greater Bay Area Initiative», *Harvard Kennedy School Ash Center for Democratic Governance and Innovation Occasional Papers Series*, 4 de agosto de 2022.

laborales en el Sur Global, donde se encuentra la mayor parte de la mano de obra industrial del mundo, son el núcleo de esta dinámica.

En el mismo sentido que estoy esbozando aquí, la fábrica también incluye el trabajo de apoyo que hace posible esa fuerza de trabajo productiva: el trabajo de reproducción social. El trabajo reproductivo sostiene los lazos sociales que permiten la comunidad. Pensemos en la enseñanza: los docentes forman parte esencial tanto de la formación de la fuerza de trabajo, proporcionando no solo una experiencia cognitiva esencial para su posterior inserción económica, sino también su reproducción diaria, proporcionando el cuidado infantil durante siete horas al día en una sociedad donde ambos padres deben trabajar. La enseñanza pertenece a la economía del cuidado, esa gran parte del trabajo social dedicada a atender las necesidades de los niños, los familiares, los amigos, los ancianos y los personas enfermas. Además, es una profesión muy feminizada: las mujeres representan entre el 65 y el 70 % del cuerpo docente, desproporción que disminuye a medida que se avanza del preescolar (97 %) a la universidad (43 %).²⁹ Incluyendo tanto el empleo remunerado como el no remunerado, la labor atraviesa la frontera entre lo público y lo privado, el hogar y el lugar de trabajo, las necesidades del mercado y las humanas. Una vez más, la enseñanza es un ejemplo claro, ya que la función educativa se reparte entre maestros y padres. Otro es la salud, dividida entre un enorme sistema mercantilizado y monetizado y la vasta red de cuidados no remunerados proporcionados por las cuidadoras domésticas en los hogares. Los trabajadores

29. OECD, «Gender Imbalances in the Teaching Profession», *Education Indicators in Focus*, 2017.

de la educación y la salud son estratégicos en la economía porque su trabajo es permitir la formación de la fuerza de trabajo y su reproducción.

Los años previos a la pandemia en Estados Unidos fueron de los más combativos desde los años 80, con la participación de casi medio millón de trabajadores en huelgas de 2018 y mucho más de 400.000 en 2019.³⁰ Los docentes fueron la punta de lanza, liderando las protestas más masivas de estos años, especialmente en estados tradicionalmente conservadores, como Arizona, Oklahoma, Virginia Occidental y las Carolinas. Tras 2020, las brutales condiciones laborales derivadas de la pandemia, junto con una breve y torpe expansión de la red de seguridad social por parte del gobierno de EE. UU., alentaron a muchos trabajadores a dimitir en tasas récord durante 2021, coincidiendo con la reactivación de la economía. En estas condiciones, es comprensible que el sector de la salud fuera testigo de un aumento drástico de renuncias, así como de un número de huelgas de alto seguimiento en los sistemas hospitalarios de la costa oeste, Chicago y Buffalo. Desarrollándose en el contexto de escuelas y hospitales, estas luchas en la educación y la salud impactaron directamente la capacidad de la fuerza de trabajo para reproducirse a sí misma y, por lo tanto, para reproducir los requisitos básicos del crecimiento capitalista.

Por último, además de la producción y la reproducción, la fábrica también abarca el vasto aunque menos visible mundo de la vida sin trabajo. Se trata de los que no tienen un empleo regular y asalariado y viven en zonas abandonadas

30. ALEXIA FERNÁNDEZ CAMPBELL, «A Record Number of U.S. Workers Went on Strike in 2018», *Vox*, www.vox.com, 13 de febrero de 2019; U. S. BUREAU OF LABOR STATISTICS, «25 Major Work Stoppages in 2019 Involving 425,500 Workers», *Bureau of Labor Statistics*, www.bls.org, 14 de febrero de 2020.

no solo por el capital, sino por la sociedad entera. Los desechos industriales del Norte, los grandes cinturones marginales en las afueras de las megaciudades del Sur, los ecosistemas colapsados de la campiña estadounidense, el lejano interior, donde millones viven en lugares descartados por completo.

Esta población excedente no es una vasta reserva de mano de obra esperando ser potencialmente absorbida por la vida económica moderna, sino que representa una condición estructural de la expansión capitalista que se reproduce sin cesar. Conforme las corporaciones mecanizan el proceso laboral, se requiere menos insumos laborales para producir lo mismo. Aunque la demanda absoluta de mano de obra todavía puede aumentar con la expansión del capital a nuevas áreas con nuevas poblaciones, la demanda general de trabajo disminuye a medida que crece su productividad general gracias al avance tecnológico. Si la producción no aumenta, o incluso se desacelera, el resultado es una insuficiencia crónica y un desempleo en expansión.

El creciente ejército de reserva del trabajo, en términos marxistas, es tanto una condición como un obstáculo para el crecimiento capitalista. Aunque excluidas de los acuerdos formales de trabajo, estas poblaciones desempeñan un papel clave: las empresas dependen de su existencia como disciplinamiento para la fuerza laboral, mantiene la presión sobre los salarios, desincentivando luchar por mejores condiciones. Por su parte, los gobiernos criminalizan sus estrategias de supervivencia, sembrando divisiones entre empleados y desempleados. Al mismo tiempo, este excedente de población constituye un inmenso problema social práctico. Su crecimiento pone en cuestión los pilares mismos de la propiedad privada y el Estado de derecho. Estallidos sociales como las protestas por George Floyd o las invasiones de ciudades francesas por parte de los chalecos amarillos (*gilets*

jaunes) en Francia recuerdan los riesgos del juego que los poderosos están jugando. En ocasiones, estos pueden derivar en amenaza existencial, como los levantamientos que derrocaron regímenes en todo Oriente Medio y el norte de África en 2011-2012. En estas circunstancias, el encarcelamiento masivo y la expansión de la vigilancia policial emergen como estrategias clave de los Estados para el orden social mediante la represión de esta población. Cuanto más obvio se vuelve que este es su propósito verdadero, cuanto más brutales son sus métodos, más ilegítimos se vuelven. Así, la población excedente se convierte en salvadora y destructora para la corporatocracia: una figura espectral atormentando la mente de sus guardianes. Es así cómo los conflictos de la fábrica se desbordan hacia los de la calle.

LA CALLE, O LA ECONOMÍA DE LA VIOLENCIA

La calle es el territorio de la multitud, o de los Muchos. Mientras que la fábrica es el escenario donde se dirimen los conflictos en torno a la explotación y reproducción del trabajo con fines de lucro, las masas crecientes de la calle manifiestan las relaciones sociales del capitalismo que se desintegran en tiempo real. No es que las multitudes estén respondiendo a su descomposición: son su disolución en forma humana. La necesidad e imposibilidad simultánea de una masa creciente de seres humanos en excedente, la contradicción central de la economía capitalista, se expresa en una crisis de gobernabilidad cada vez más aguda de la sociedad. Sus campos de batalla suelen ser los relucientes centros urbanos o las plazas centrales de las grandes ciudades, escenarios de enfrentamientos entre ejércitos de civiles enfurecidos y falanges de antidisturbios blindados.

El carácter negativo de la multitud se refleja en su estructura marcadamente horizontal y anárquica. Las manifestaciones masivas y las ocupaciones de las plazas públicas suelen carecer de líderes, mientras ideologías ya fenecidas de épocas pasadas fluyen por ellas desde todo el espectro político: desde el anarquismo hasta el trotskismo, del sindicalismo clásico al multiculturalismo liberal, la autodeterminación democrática, el etnonacionalismo xenófobo, el antisemitismo, o todos estos a la vez. Los fantasmas del pasado vuelven para hablar a través de la multitud. Las multitudes son internamente contradictorias, ensamblajes inherentemente caóticos cuya falta de coherencia es su mayor fortaleza. Cualquiera, por cualquier motivo, puede unirse a la multitud una vez que esta ha emergido, una vez más, en la calle.

O a veces, puede que el detonante poco tenga que ver con las ideas en general. Cuando las humillaciones y los insultos se acumulan sin pausa, cuando las mil pequeñas humillaciones llegan hasta un punto de ebullición, cuando la tensión ya no se puede sostener, la olla se desborda. El resultado es la furia ciega y reactiva de los disturbios masivos. Los disturbios son las masas en pie de guerra. Son semejantes a una descarga de energía cinética pura, sin un objeto claro excepto un deseo ardiente de violencia. Un sentimiento de indignación difuso puede ser canalizado a la acción por una política puntual, como la retirada de subsidios al transporte, como en Brasil en 2013, o los recortes a las universidades públicas, como en las movilizaciones estudiantiles que sacudieron Chile a partir de 2011 que finalmente culminaron con el derrocamiento de la constitución neoliberal heredada del régimen de Augusto Pinochet. O bien el catalizador puede ser la difusión viral de una imagen. La autoinmolación del vendedor ambulante tunecino Mohamed Bouazizi a finales de 2010, o el vídeo de un policía asesinando con indiferencia a un civil desarmado, como en el verano de 2020 en los Estados

Unidos. O como en China, donde, en paralelo a la ola de energía revolucionaria que recorría el mundo árabe, las grandes huelgas en el delta del río Perla durante el verano de 2010 fueron seguidas un año después por una espectacular insurrección aún mayor de los trabajadores migrantes de Sichuan en Guangzhou. En un verano ya de por sí convulso, la paliza a una joven embarazada de veinte años por la policía local encendió la chispa, desatando, durante tres días, una tormenta de disturbios que arrasaron la ciudad. No importaba si era cierto o no: se volvió simbólico, representando la opresión sufrida por todos los trabajadores migrantes. Las rutinas cotidianas se suspenden en estos estallidos de violencia masiva. En el tiempo dilatado que impone la calle, las presiones aplastantes de la vida capitalista se hacen a un lado, su velo de legitimidad se desgarr a medida que las masas se enfrentan directamente a las condiciones reales de su existencia.

Imágenes públicas como estas condensan la experiencia de la dominación corporativa y el brutal régimen de violencia normalizada sobre el que se basa. Al ponerle rostro, permiten que el público vea cómo este régimen destruye vidas, cómo literalmente avanza sobre cadáveres, canalizando ese estado de ánimo en movimiento como una descarga de voltaje sobre metal conductor. En los disturbios, la multitud toma represalias contra la violencia letal del orden corporativo y su aparato estatal, buscando venganza por el agravio pasado. Esto, a su vez, invita a nuevas medidas represivas, obligando al Estado a exhibir abiertamente su verdadero propósito de proteger la propiedad y la riqueza de ese orden. Cada acto de represión queda grabado indeleblemente en la memoria de los reprimidos, sembrando nuevas semillas de odio. El proceso de emergencia y aplastamiento de los disturbios de masas será el mismo terreno sobre el cual, en el futuro, se convocarán en fuerza y furia aún mayores. Herida,

represalia, contra-represalia: esta economía de la violencia configura el terreno de la política contemporánea, obligando tanto a gobierno como a oposición a adaptarse a sus ritmos.

Cualquiera que sea el acontecimiento que lo desate, se plantea la cuestión del poder de manera nítida: concentración de fuerzas en un solo punto, como en la estrategia militar napoleónica clásica. A menudo, las fuerzas policiales urbanas pueden verse abrumadas por el gran número de ciudadanos que se les encarga contener, perdiendo momentáneamente el control y cediendo territorio. Al mismo tiempo, las tácticas de la multitud evolucionan, prescindiendo gradualmente del espíritu de sentada del movimiento Occupy en favor de una actitud más confrontativa. Enfrentamientos con la policía, destrucción de propiedades, saqueos, bloqueos de arterias urbanas principales, motivados por una sensación crecientemente clara de que no hay futuro, el repertorio táctico de la multitud se amplía, los métodos se radicalizan. Cualquier demanda concreta se ve ahogada por la ferocidad de las batallas campales contra los agentes de la violencia estatal.

Estos enfrentamientos alcanzan tales dimensiones porque provocan incursiones desde los suburbios que rodean las ciudades, y en ocasiones incluso dentro de ellas. Esta franja industrial en las periferias de las grandes ciudades, el «interior cercano», como lo definió Phil A. Neel, constituye una zona crítica de la producción contemporánea: allí se alberga gran parte de la mano de obra del transporte, la logística y la manufactura de la que depende la economía global.³¹ En estas zonas, los expulsados de núcleos urbanos cada vez más inasequibles se encuentran con migrantes del campo y el extranjero en busca de trabajo, formando enormes bolsas de

31. PHIL A. NEEL, *Hinterland: America's New Landscape of Class and Conflict* (Londres, 2018).

mano de obra barata y precarizada, fuera del alcance de los medios de comunicación. En Estados Unidos, una brecha espacial y cultural divide a quienes trabajan en estos sectores de los más educados —y mejor pagados— trabajadores en finanzas, comunicaciones, tecnología, derecho y otros servicios comerciales que se agrupan en centros urbanos revitalizados y barrios de moda. Este patrón estratificado de urbanización empieza a parecerse cada vez más al de las megaciudades del mundo anteriormente colonizado —como São Paulo, Lagos y Bangkok—, donde las poblaciones excedentes sobreviven en vastos barrios marginales adyacentes a la industria, y donde la frontera entre el empleo asalariado y la supervivencia diaria a través del trabajo informal se vuelve borrosa. En la guerra de la multitud, el conflicto social se libra a lo largo de toda la geografía de la ciudad y sus alrededores: entre circulación y producción.

COMPONRIENDO UN FUTURO

Tres escenas de posibilidad revolucionaria —el escenario, la fábrica y la calle— no se corresponden directamente con espacios físicos o institucionales. Más bien, son vectores entrelazados en un proceso abierto de formación de clase. Surgiendo en medio del neonacionalismo que nació del desgaste económico, representan tres frentes en una nueva guerra de clases. Esta guerra se llevará a cabo tanto desde las salas de juntas corporativas como desde las oficinas gubernamentales donde los custodios del capital, en sus intentos desesperados por mantener la competitividad, lucharán por mantener una fuerza de trabajo obediente. Pero también se librará desde abajo, ya que las propias dinámicas económicas que empujan hacia la desestabilización prácticamente garantizan que vendrán más insurrecciones. La única pregunta es: ¿qué forma adoptarán?

Toda nación en el juego capitalista necesita tanto una clase trabajadora doméstica dócil como un ejército de reserva de mano de obra desempleada para competir. Al mismo tiempo cada vez hay que retener más recursos sociales de la población general para que puedan canalizarse hacia las cuentas bancarias de las empresas, en forma de subsidios, exenciones fiscales, aranceles, lucrativos contratos gubernamentales... el conjunto entero del llamado bienestar de las empresas. Este no consiste en una forma en que los burócratas se enriquezcan regalando dinero a las empresas favoritas, no es «capitalismo de amiguetes». Se trata, más bien, de la necesidad de mantener a flote las empresas de un país a medida que pierden competitividad, además de constituir una estrategia estatal clave para los gobiernos que intentan mejorar o mantener su posición en la jerarquía global. La necesidad de apoyar una economía privada que se debilita día a día es un imperativo incondicional para los gestores de la dominación corporativa, porque esta depende de ello. Pero en un contexto de decadencia, no hay mucho de donde tirar. Mientras una nueva dinámica de crecimiento general no se introduzca —y buena parte de este libro ha mostrado por qué eso es improbable—, la generosidad privada se sostendrá a costa de la privación pública. Las ganancias seguirán llegando a expensas de los salarios reales para la clase trabajadora y de los restos desmoronados del Estado de bienestar. Incluso el régimen de creación de riqueza basado en el aumento de los precios de los activos financieros, la llamada economía de los activos, está funcionando con tiempo prestado. Solo puede durar mientras los gobiernos puedan sostener, a toda costa, el régimen de política por defecto de crecimiento de dichos activos, un régimen que se vuelve cada vez más difícil de sostener a medida que los costes se manifiestan en la creciente agitación social de una sociedad que se tambalea.

Este es el terreno en el que se mueve la clase obrera mundial. La composición de clase no está predeterminada. Su potencial solo se hace real al enfrentar las tensiones entre los distintos sectores de la clase trabajadora, entre quienes tienen trabajo y quienes no, y entre trabajadores divididos artificialmente por las fronteras. La forma exacta que tomará lo que está por venir no se puede conocer de antemano, y por lo tanto tampoco su nombre, si es que ha de tenerlo. En cualquier caso, todo gira en torno a la cuestión de la conciencia de clase, una cuestión que se extiende más allá de las fronteras nacionales e incluye a todos aquellos con los que compartimos la idea común de libertad. Mientras tanto, el río de la historia sigue fluyendo, acelerando y desacelerando a lo largo del tiempo. Los momentos de oportunidad se abren solo para cerrarse de golpe. A los períodos de posibilidad les suceden períodos de impotencia, cuando el espacio de acción se estrecha y ya nada parece posible. Comienza la desmovilización. Las fuerzas de la reacción se reagrupan, se consolidan, aparentemente más fuertes que nunca. Durante este estancamiento, la reacción se felicita a sí misma por su supuesta capacidad de gestión y su visión de futuro, que dura hasta que la siguiente gran crisis revela su naturaleza de mindundis, desencadenando una nueva ola de agitación. Incluso cuando su superficie parece calmada, el gran río no deja de moverse. No se detiene, sino que se agita bajo la superficie, «hirviendo en sus profundidades», como dijo León Tolstói.³² Es solo cuestión de tiempo hasta que la corriente vuelva a repuntar, arrastrando a todo con ella. No sabemos con certeza lo que nos deparará el futuro, pero sí sabemos que el *statu quo* no suele durar mucho en estas tierras. De hecho, ya se está desvaneciendo en este mismo instante, como una ciudad construida sobre una llanura de inundación, engullida por el avance del creciente torrente.

32. LEO TOLSTOY, *War and Peace*, (Nueva York, 2002), «Epílogo».



Agradecimientos

Este libro ha terminado llevándome más tiempo del que había imaginado, en parte por las convulsas circunstancias mundiales —comencé a escribirlo en otoño de 2019—, que siempre suponen un obstáculo cuando se escribe un libro sobre el presente. Pero también porque, más o menos a mitad del recorrido, me di cuenta de que, si quería hacer justicia al momento actual, tenía que profundizar más de lo que había previsto en un principio en algunas cuestiones teóricas. Aun así, he intentado mantener la tesis del libro lo más accesible posible para el público general; si lo he logrado o no, eso lo dirán los lectores.

Pero los agradecimientos están para agradecer, así que allá vamos. En primer lugar, tengo que dar las gracias a Paul Mattick, sin cuya ayuda el libro no habría sido posible. El constante ánimo de Paul durante todo el proceso fue un importante aliciente para seguir adelante, y su a la vez comprensivo y riguroso trabajo de edición del proyecto fue clave para cincelar un montón de pensamientos dispersos en la obra acabada que tienen en sus manos. Amir Hernández, Alex Gendler, Jordan Manalastas, Eli Wilkinson y Eric White aportaron comentarios críticos, tanto de estilo como de fondo, en puntos clave de varios capítulos que los reforzaron notablemente. Años de conversaciones entre cervezas en pubs de Chicago con Jake Werner, Chris Sherman, Tobita Chow, Ben Schacht, Tyler Zimmer y David Hatch proporcionaron las bases intelectuales de muchas de las ideas que se exploran en el libro. También quiero dar las gracias a mi pareja, Gözde, cuya paciencia verdaderamente infinita ante mis absurdas obsesiones intelectuales fue crucial para terminar este libro.

Por último, este libro está dedicado a mi madre. Aunque no vivió para ver su publicación, su amor, generosidad y ánimo me ayudaron a terminarlo. Gracias, mamá.

Índice

PRÓLOGO	3
INTRODUCCIÓN	15
1. LA GLOBALIZACIÓN Y SU DOBLE	25
Deriva	30
¿Qué fue la globalización?	38
Oscilaciones	50
2. LAS MAREAS	59
Mareas globales	61
Colapso estadounidense	68
Entropía	74
La rebelión fascistoide	81
Antipolítica, antes y ahora	89
3. EL ECLIPSE	95
Un insecto en un frasco	100
Nuevos imperialismos	106
Beneficios y saqueos	116
Entrelazamiento	120
Sobreproducción y política mundial	127
La fábrica planetaria	136
Epitafio de una época	148
4. LA TEORÍA MONETARIA DEL ESTADO	151
Anulaciones	156
De la TMM al neochartalismo	161
Estado de la naturaleza	165
Partamos de un banquero	170
Dinero y tiempo	174
La arquitectura del dinero mundial	178
Centralizando la desintegración	183

5. EL COLAPSO	191
La búsqueda de orden	192
La anatomía de las finanzas	199
Una abstracción material	207
Sustracción	214
Separación	221
Medianoche en América	228
6. LOS TORRENTES	231
¡Ay, junio!	234
Esplendor y miseria del populismo	241
Capital, clase y Estado	249
El escenario, o la política de la imagen	257
La fábrica, o el trabajo y sus secuelas	259
La calle, o la economía de la violencia	265
Componiendo un futuro	269
AGRADECIMIENTOS	273



